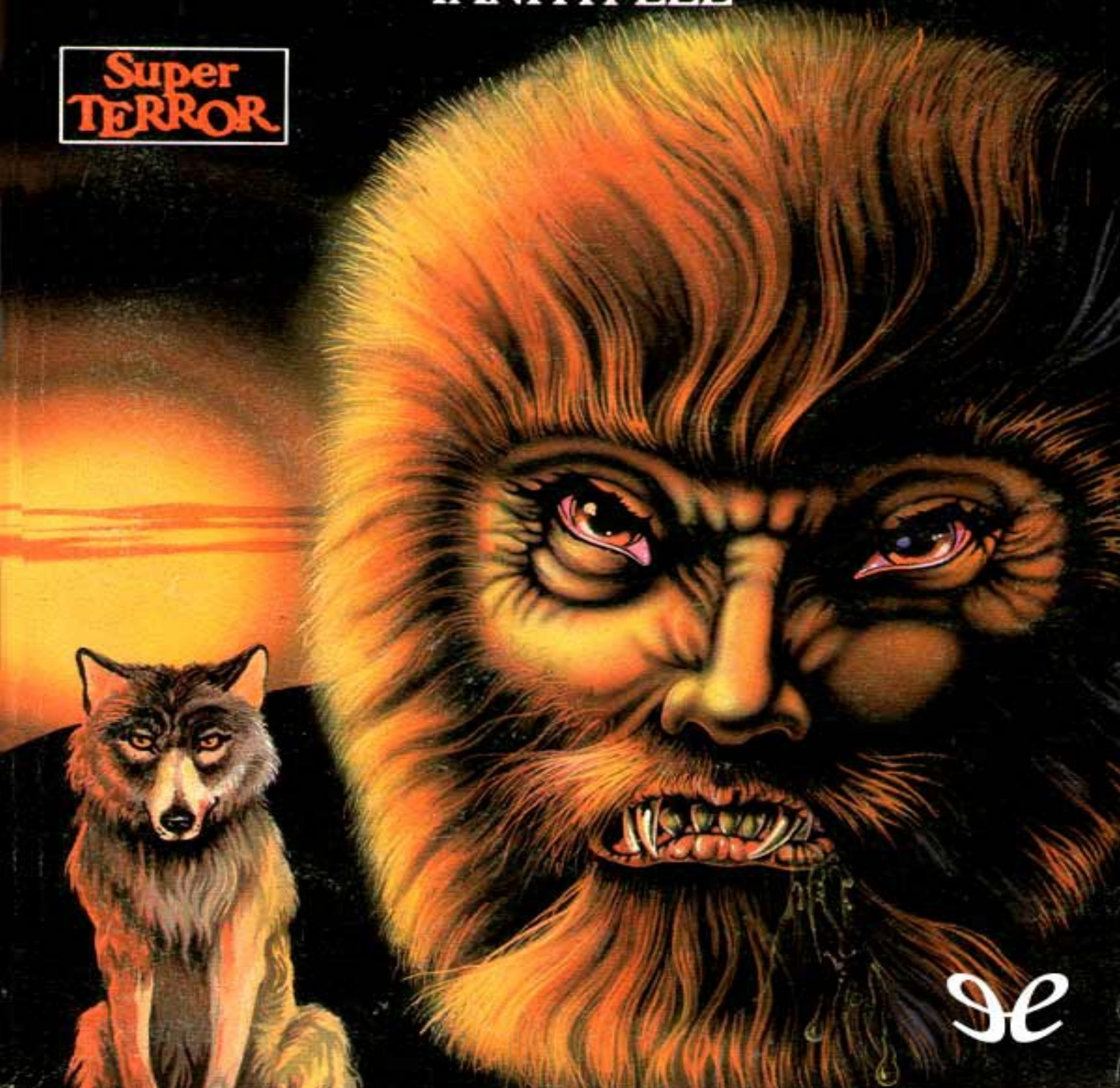
HIJOS DE LOBOS

TANITH LEE

Super TERROR



Una versión insólita de la presencia de los hombres lobo —y las mujeres loba— en el mundo de los humanos. Incluso en el mundo actual quedan rincones en los que las fuerzas malignas del pasado siguen proyectando sus sombras terroríficas. Cuando el joven Christian llegó a la gran mansión que acababa de heredar, lo único que sabía era que existían otros pretendientes a la propiedad del viejo edificio y sus tierras. Los aldeanos le reconocían como señor de la mansión, pero dos personas surgieron de entre los bosques… y con ellas llegó el miedo y el deseo, el terror y el amor…, una combinación que podía ser fatal.

TANITH LEE, considerada la reina de la fantasía, ha sido galardonada en su fulgurante carrera con los premios más importantes del género: el World Fantasy y el British Fantasy. En esta novela combina la fantasía y el terror creando un mundo fantástico con las más escalofriantes leyendas de la tradición sobrenatural.

Tanith Lee

Hijos de lobos

Super Terror 23

ePub r1.1

Titivillus 14.11.16

Título original: *Lycanthia or The Children of Wolves*
Tanith Lee, 1981
Traducción: Albert Solé

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



A FREFF
Que es capaz de encontrar la luz del sol en el bosque más oscuro.

PRIMERA PARTE
Le pays inconnu

1
La llegada

El tren, corriendo hacia el norte bajo un ariete de humo y vapor, había entrado prematuramente en el país del invierno, como si hubiese cruzado una gran puerta, pura y silenciosa. Qué frío y cambiado estaba el mundo en la blanca mañana a medida que empezaba a nacer la luz, blanca y tranquila. Un mundo de bosques húmedos y colinas borrosas. Y, sobre el borde del horizonte, los pinos, cerrando la tierra con un trazo de tinta. Una región vacía, aparentemente. Nada junto a las vías, nada visible entre las ramas, ni uno solo de esos pueblos de casas amontonadas una sobre otra, aldeas colgadas en las laderas, ni uno solo de esos graneros, cobertizos, casitas y granjas que habían sido visibles, de modo interminable, todo el día de ayer, a medida que la locomotora iba desenroscándose al salir de la ciudad. Ahora, nada, hasta que apareció la estación, girando alrededor del tren de un modo tedioso y carente de objetivo, como si quisiese detenerlo. Alrededor de la estación se acurrucaban los restos del otoño; sobre un arbusto, alguna que otra hoja, húmeda y amarillenta, sobre una rama, una hoja color rojo cereza: refugiados.

Cuando bajó del tren, el aire era aguzado como un cuchillo. Le atravesó inmediatamente los pulmones y él, distraído, tosió, sin darse realmente cuenta de que lo hacía. Dejaron a su lado el baúl y las maletas. Permaneció inmóvil, junto a ellas, un islote de oscuridad en la mañana albina, mientras el tren se alejaba.

Cuando ya había recorrido algo más de medio kilómetro por la vía emitió un grito solitario, lanzándole una desanimada llamada de adiós por encima del hombro.

El aspecto de la estación era algo precario y parecía abandonada.

Una vez que el tren hubo desaparecido fue como si le hubieran abandonado, un náufrago en medio de un país salvaje. Christian contempló con desesperanza su equipaje. Había demasiado que transportar. Y no quería hacerlo. Le habían prometido que alguien vendría a buscarle aquí, con un medio de transporte.

No deseaba tomar ninguna decisión. El pensar en hacerlo, el planear su siguiente

acción, le hacía sentirse deprimido, cansado y aburrido. Tomó asiento sobre el baúl. No había podido dormir en el tren. Algo en su eterno movimiento, que le había drogado, le había mantenido despierto al mismo tiempo. Con la cabeza descubierta y el resto del cuerpo sumergido por el manto de astracán negro, se imaginó fundiéndose, disolviéndose en el paisaje. Blanco y negro, como la mañana invernal y los bosques. Cabello negro, negro manto; el rostro blanco. Un rostro joven, excepto por las dos fisuras esculpidas bajo los ojos. Los ojos… ¿de qué color eran? Negro y blanco mezclados; un color gris, luminoso pero plomizo. Curioso. (Ahora estaba imaginándose su propio aspecto). No había en él ni tan siquiera las pequeñas pinceladas carmesíes del otoño. Hasta que pensó en la sangre y todas las hojas que colgaban aún de los árboles alrededor del muro de la estación latieron, ardiendo como si estuvieran vivas, y él sintió el miedo terrible, incrédulo, irracional, y entonces…

Y entonces un hombre surgió del edificio de la estación. Era alto y llevaba una capa, un fúnebre sombrero de copa alzándose de su cabeza como una chimenea. Era todo ropas y parecía carecer de rostro.

—¿Señor? —le preguntó—. ¿El señor Dorse?

Christian se puso en pie, reconociendo su nombre.

—Sí.

—El coche está abajo, señor, en la carretera. Peton viene ahora a buscar su equipaje.

—Sí.

Permanecieron inmóviles e indecisos, el joven y el recién llegado con su sombrero de copa, como actores aquejados de amnesia. ¿Qué venía luego?

—Soy Sarrette, señor.

El conductor. No podía hacer sino alejarse de su equipaje, abandonarlo, avanzar hacia la nada con las manos vacías.

Sarrette fue ante él, abriendo dos puertas y una reja. Había unos peldaños que descendían por una ladera terrosa. Los árboles se acumulaban cual nubes allí donde se perdía en la distancia una angosta carretera de gravilla, allí donde el gran coche descansaba como una antigua bañera, negra como el azabache, extrañamente alargada y provista de techo.

—Hace mucho frío, señor —dijo Sarrette abriendo la portezuela del coche.

Otro hombre había surgido de algún sitio para entrar en la estación, regresando ahora con el baúl. Peton… Era fuerte y, como Christian, llevaba la cabeza descubierta, pero carecía de la abundante cabellera del joven. Sobre la calva de Peton, como trazos hechos a lápiz, se curvaban unas escasas y repeinadas hebras de cabello. Metió el baúl

en el compartimiento posterior del coche y mientras Peton volvía a subir con sus desgarbadas zancadas los escalones, Sarrette se afanó con un trapo hasta que éste regresó con las maletas que faltaban. Peton no miró ni una sola vez a Christian.

Cumplida su tarea estalló un incoherente altercado entre Peton y Sarrette, mantenido en el dialecto local y, por lo tanto, virtualmente incomprensible. Ello lo apartó del radio de las preocupaciones de Christian, por lo cual se sintió bastante aliviado. El aire helado se le había empezado a meter bajo la piel, y le dolía.

De pronto Peton se alejó. Sarrette puso en marcha el vehículo y se instaló en el asiento. El coche se estremeció, deslizándose hacia adelante.

—Señor, me temo que… —dijo Sarrette, deteniéndose a media frase—. En el castillo sólo estamos nosotros cuatro. Creo que el señor Hamel se lo dijo por carta.

—Sí.

—Mala cosa. Pero conseguir servicio en esta época del año es imposible. Hasta la primavera…

—Comprendo.

—Esta comarca, señor… La Estigia. El desierto…

La carretera describía una curva alejándose de las vías del tren y el bosque de pinos parecía fluir hacia ella. Era el bosque de un cuento infantil, sobre el que era totalmente innecesario decir o pensar nada. En algún momento u otro, un novelista lo había pensado y dicho todo…

La sensación de una garra arañándole el cuello fue en aumento y Christian volvió a toser, levemente, conteniendo el espasmo. Que esperase.

—Una comarca magnífica para la salud, señor —le dijo el chófer.

Christian contempló las pagodas de los árboles, con su mezcla de negro y verde oscuro. Tenía veintiocho años. Antes de que llegara la primavera quizás hubiera muerto: eso sí era algo que merecía la pena pensar.

Se encontraba más bien enfermo y cansado, aunque la sensación no era del todo desagradable, al menos mientras pudiera seguir sentado en el cómodo coche. Se preguntó si Sarrette le había encontrado apuesto y, a un nivel de puro paternalismo, sentía deseos de tomarle a su cuidado. Era algo que había sucedido con bastante frecuencia. ¿Acaso Sarrette era un producto local? Christian no estaba realmente acostumbrado a la tradición del terrateniente ni a la noción de tener siervos, la cual, aunque desdibujada y algo herida por el avance de los tiempos, seguía presente en esta comarca salvaje e invernal. Los sirvientes de su infancia, igual que los de la mansión ciudadana de su primo, habían sido afectuosos, totalmente carentes de orgullo y vagamente ofensivos.

Se preguntó cuánto tardarían en llegar al castillo y cuál sería su reacción ante él. Su madre había vivido en él pero sólo hasta los siete u ocho años de edad. Las deudas de su abuelo les habían hecho perderlo casi todo y entonces la casa había sido vendida. La familia se había marchado a la ciudad y a los dieciocho años su madre había caído en la trampa, casándose con un hostelero provinciano de origen extranjero, matrimonio del que había nacido Christian. Un raro capricho de la fortuna y de azares familiares había vuelto a depositar el castillo, cuarenta años después, en posesión de Christian. Nunca había pensado en llegar a poseerlo, ni siquiera lo había deseado. La vida le había arrebatado sistemáticamente todas las cosas que había amado. Para él, la posesión del castillo era como un juguete brillante y barato que le había caído entre las manos mientras yacía tendido en el suelo, llorando desesperadamente. Como un niño, al que se le distrae fácilmente del dolor y del desastre, lo había tomado entre los dedos.

El paisaje parecía antiguo. Los romanos habían edificado ahí sus fortalezas.

La carretera iba subiendo por entre los setos y las cortinas del arbolado. De vez en cuando una brecha en la espesura revelaba la cascada ocasional de un precipicio, un pinar o un abeto solitario, azul y como encogido, que parecía un contrapunto al desfile de los alerces. En lo alto se distinguían partes aisladas del monte que parecían balcones inclinados sobre el bosque. Una vez logró percibir un manchón de humo que indicaba una vivienda aislada, o quizás el paso de unos carboneros. El olor de humo y de las hojas mojadas caídas en el suelo inundó el vehículo como el de los chocolates inmemoriales de su infancia. Esos olores, al igual que los de la carne en el fuego, la savia de los brotes o el cabello de una mujer, habían existido desde el principio del mundo: eran eternos, primigenios e intemporales.

(Naturalmente, ése era el curso que solían tener sus pensamientos).

El pueblo apareció casi sin avisar. Un mojón de piedra al lado de la carretera, luego una granja que surgió perforando el arbolado con la tosca alfombra de sus campos y empalizadas. De repente, una iglesia se cernió sobre ellos en un ángulo casi horizontal al estar edificada sobre una estribación del terreno. Las casas florecieron a su alrededor. Todas parecían muy viejas. Las cruces de hierro clavadas en los muros de mampostería se habían inclinado a un lado como borrachas y en las ventanas y los porches aparecían por doquier macetas con tierra marrón. Los tejados parecían desplomarse unos sobre otros en un movimiento interminable. Los muros se combaban, pintando una imagen de la Edad Media. Mujeres vestidas de negro iban de un lado a otro y una sucia columna de humo se alzaba de la forja. Un niño apareció corriendo por la calle justo delante del coche, con un perro que le pisaba los talones

ladrando, pero Sarrette conducía muy despacio.

Christian se tensó en su asiento, esperando un repentino florecer de rostros clavados en él pero la gente apenas si miraba el coche. En la plaza había una especie de monumento y un pozo, aún en uso, naturalmente.

Cruzaron la plaza pasando junto al monumento y el pozo, dejando atrás la iglesia y penetrando lentamente de nuevo en el bosque.

Cinco minutos después, dos animales de piedra parecieron materializarse a ambos lados del sendero: dos perros rampantes, como surgidos de un blasón, sosteniendo un escudo entre sus patas. Un minuto más y el muro se alzó ante ellos, medio en ruinas, anunciando el castillo. Otros dos perros de piedra les observaban más allá de las puertas abiertas.

El terreno parecía despejado y en tiempos debió de estar cuidado. A Christian el paisaje le daba la impresión de no tener dimensiones. Era suyo y algo se alzó vagamente en su interior intentando reconocerlo o asimilarlo: una avenida de limas deshojadas, un solitario ciprés sobre un montículo, un grupo de piedras que quizá formaron parte de un edificio en la antigüedad… No, todo lo que rodeaba al castillo le era en el fondo tan huidizo e indeterminado como el paisaje que había ido viendo por las ventanillas del tren.

El sendero cruzaba en línea recta la propiedad terminando en un puente que parecía hecho de mazapán grisáceo. Christian no logró ver si aún quedaba agua en el foso. El castillo se alzaba al otro lado: era enorme y, al igual que el terreno de la propiedad, parecía rechazar orgullosamente todo intento de ser aceptado.

Lo contempló con ojos cansados, dejando que se saliera con la suya, demasiado agotado para combatir con él. Las casitas y los apartamentos ciudadanos de su pasado con su tranquilizadora claustrofobia, la gran *suite* estucada del hotel paterno que siempre daba al mar, como un paquebote varado… no, esas moradas nada tenían que ver con el castillo. Parecía inhabitable. Bastiones de roca, sucios muros de ladrillo, postigos, balaustradas…, todo amazacotado e indistinguible, como un enorme vegetal petrificado.

El sendero y por lo tanto el vehículo se detuvieron bajo una terraza de color gris, junto a la que había una escalera de caracol flanqueada por urnas de cemento. Sarrette hizo sonar la bocina. Siguieron sentados e inmóviles en el coche que crujía levemente, esperando.

Un muchacho salió corriendo del castillo, cruzó la terraza y bajó por la escalera. Tendría unos diecinueve años y las mejillas enrojecidas. Christian sintió un apático y terrible desprecio al contemplar la salud y el vigor de su cuerpo.

Sin esperar a que le liberasen de su encierro, Christian abrió la puerta del coche. Salió de él y miró hacia el muchacho que bajaba corriendo los peldaños.

El muchacho inclinó nerviosamente la cabeza hacia Christian en un gesto que resumía y concentraba el más absoluto servilismo imaginable. Sin entretenerse ni un segundo empezó a descargar el equipaje de Christian.

Sarrette salió del coche.

—Renzo —dijo, señalando hacia el chico—. La señora Tienne se encargará de todos los arreglos domésticos y, naturalmente, está la mujer del pueblo, que se ocupará de cocinar. También hay una muchacha para limpiar las habitaciones. No es muy satisfactorio, claro, pero hasta la primavera…

—Sí —dijo Christian.

Examinó los peldaños intentando contarlos. Cuarenta…, ¿o eran cuarenta y dos?

—La mayor parte del castillo sigue cerrada. La señora Tienne se ha ocupado de airear la *suite* principal del primer piso, así como el gran salón y la salita. Pero el resto de las estancias… Tenía entendido que le interesaba el cuarto de música, ¿no, señor?

—No hasta que venga un afinador de pianos.

—Oh, sí, claro está… El señor Hamel contrató a uno de la ciudad la semana pasada. ¿No recibió la carta?

Christian recordó la última e inconfundible carta del abogado Hamel, llegada a casa de su prima justo cuando Christian partía hacia la estación. Su prima lloraba y un taxi aguardaba junto a la entrada. Christian se metió la carta en el bolsillo y, convencido de su pedante falta de importancia, la olvidó.

Sus ojos seguían clavados en la escalera. El muchacho, con una sola mano igual que Peton, subía hacia la terraza llevando el baúl.

—Supongo que debo subir —dijo Christian.

—Sí, señor. La señora Tienne espera sus órdenes en el salón.

Christian subió lentamente por la escalera. Al llegar al peldaño número veinte se detuvo y miró hacia atrás, como si estuviera gozando del paisaje, apoyándose disimuladamente en el pedestal de una urna.

Sarrette, que no había hecho el menor ofrecimiento de ayudarle, se hallaba recostado en la reluciente capota del vehículo, observándole. Desde el principio Christian había tenido una impresión de…, ¿de qué? No era exactamente animosidad…, más bien indiferencia o algo semejante.

«Soy un intruso —pensó Christian—. Esperan de modo instintivo que me iré al igual que he llegado, como el invierno que se aproxima con su cortejo de incomodidades. La llegada y la inevitable partida. Y cuánta razón tienen…».

Más allá del coche y del hombre, tras la curva del sendero y el puente, la tierra parecía alzarse levemente. Por unos instantes, el maltrecho tronco de una lima le resultó imposiblemente familiar.

Había cuarenta y cinco escalones. Renzo pasó por dos veces junto a él, ocupado en el traslado de su equipaje. El rostro de Renzo estaba lleno de alegría y no prestó la menor atención a su lenta subida.

Christian llegó a sentir la reseca palidez de su rostro como una capa de pintura, idéntica a la agrietada fachada del castillo. Se detuvo al llegar a la terraza, jadeando. Sentía las piernas como si fueran de goma, pero aún tenía que hablar con la encargada del castillo. Vio en su mente a una especie de muñeca ataviada con un delantal blanco, sabiendo que la imagen resultaría falsa.

Aún podía oír la voz de su prima: «Querido mío, no te vayas, no nos dejes. No te encuentras bien, no estás en condiciones…».

Momificadas por el frío, unas flores resecas parecían acechar en las urnas que flanqueaban la puerta, abierta de par en par para recibir al nuevo amo.

Oyó cómo el coche se alejaba dando la vuelta a la mansión hacia donde estaban los viejos establos, ahora reducidos a la condición de garaje.

Tosió y luego cruzó las puertas para entrar en el absurdo hogar de sus antepasados.

2
El salón

Al igual que el bosque, el gran salón del castillo parecía algo salido directamente de una novela romántica. Los paneles de madera tallada se alternaban con los brocados, y espesos cortinajes de terciopelo parecían enmarcar el paisaje visible en las ventanas. Dos enormes arañas de cristal brillaban en el techo y dos inmensas chimeneas horadaban los muros. En el centro de la estancia una colosal mesa de caoba rojiza aguardaba a que se instalaran en ella cuarenta o más comensales.

En el interior una escalera parecía ascender hasta el cielo, con la barandilla extrañamente curvada para permitir el paso de las inmensas faldas con miriñaque. (Renzo ascendió por ella cargado con el equipaje). Por encima de una galería una portilla solitaria de cristal coloreado, a través de la que ardía un suntuoso y gélido resplandor azul, indicaba que se había llegado finalmente al cielo.

El salón tenía un hermano pequeño al que se llegaba por unas grandes puertas situadas a la izquierda, siendo la disposición similar: una larga mesa, arañas de cristal y cortinajes. Sólo había una chimenea y estaba encendida, aunque la atmósfera no se había calentado aún y hacía frío.

La señora Tienne permanecía inmóvil delante del fuego, esperándole. ¡Qué estúpido había sido imaginando que al final no resultara tal y como él había profetizado! Como una criatura surgida directamente de su cerebro, sus manos de muñeca permanecían cruzadas rígidamente sobre su delantal blanco, y el rostro, también de muñeca, pertenecía a una austera matrona de cerámica. Se preguntó si habría estado al cuidado de la mansión cuando el borracho, el hombre que le había comprado el castillo al abuelo de Christian, había reinado en él empapándose de alcohol hasta encontrar finalmente la muerte.

Ella le hizo una breve y rígida reverencia y el atado de llaves casi medieval que llevaba colgando de la cintura tintineó estruendosamente. Le dijo que sus aposentos se hallaban en el piso de arriba y que su equipaje ya había sido llevado a ellos. Renzo se

ocuparía de prepararlo todo. Renzo actuaría como mayordomo, portero y ayuda de cámara, si Christian lo deseaba. Le habló del fuego encendido en la chimenea y de lo que Christian consideraba más adecuado para la ocasión. ¿Un café, quizá? ¿Cuándo deseaba almorzar? ¿Debía llegar alguien más todavía? ¿Estaría de acuerdo en dejar las minucias de los menús y otros asuntos similares en sus manos?

A veces sentía un apetito voraz, a veces no tenía el menor deseo de comer. Hoy no tenía apetito. Le dio las gracias y le dijo que tomaría café, sentándose luego junto al fuego una vez hubo partido el ama de llaves. Sabía que debería esperar un tiempo para poder estar solo.

Primero acudió Renzo para informarle de las disposiciones tomadas con su equipaje. Luego fue el turno del ama de llaves, trayendo el juego de café, al que se había añadido una esbelta botella de coñac, una copa y un platito con pasteles. Le sirvió el café y desapareció nuevamente. Unos instantes después fue Renzo el que volvió para cuidar del fuego y mientras se ocupaba de ello llegó Sarrette. Despojado ahora de su capa y de su poco ortodoxo sombrero de enterrador, se había convertido en un rígido soldado, con las manos enlazadas detrás de la espalda y el pecho abombado. ¿Necesitaría el señor nuevamente el coche durante el día de hoy?

Una vez hubieron salido Renzo y Sarrette apareció una doncella para llevarse la bandeja del café, y al descubrir que no había tocado la taza se la llevó trayéndole luego otra taza de café recién hecho.

Pese a la cálida luz blanca que entraba por las ventanas y el rosado fuego de la chimenea, la habitación se hallaba en penumbra y apenas si pudo distinguir los rasgos de la doncella, aunque le pareció que eran rechonchos y tirando a sencillos. Llevaba el cabello recogido sin mucho cuidado en un moño que más parecía una salchicha. La doncella le contempló con la mirada baja, y mientras lo hacía él se preguntó sin gran interés si acaso iba a ser ella la que se decidiera a cuidarle y protegerle. Al ver que la miraba, la doncella se ruborizó, aunque se trataba más bien de algo debido a la timidez que a una auténtica emoción.

—Por favor, dile a la señora Tienne que no me hace falta nada más —le explicó él cuando ya se iba—. Puedo cuidar perfectamente del fuego y del café. No quiero usar el coche, no quiero comer…, no quiero nada de nada. Si una sola persona más entra en esta habitación, seré yo el que se marche. —Hizo una pausa y la muchacha se removió levemente, asombrada pero sin atreverse a contestar—. ¿Se lo dirás?

—Sí, señor —contestó ella, saliendo de la habitación.

Bebió el café recién hecho, mordisqueó un pastel y luego arrojó el contenido del plato a la chimenea, con la extraña sensación de estar cometiendo una traición.

Se puso en pie y pese a su agotamiento empezó a vagar inquieto por la habitación, examinando los adornos y las pinturas, evitando los espejos y, en realidad, sin apreciar nada de lo que veía.

La estancia pareció oscurecerse aún más. Probablemente el cielo se estaba nublando. Al igual que la carretera, el gas llegaba hasta el castillo como rindiéndole homenaje, y lamparillas en forma de lirio asomaban sobre la chimenea que, esparcidas a intervalos regulares, puntuaban el recinto de la habitación. No le haría falta soportar la oscuridad.

Los criados (*sus* criados) le habían traído coñac ya porque le consideraban un inválido ya porque recordaban al borracho. Quizá deseaban asegurarse de que Christian se alejara del lugar: un asesinato lento y metódico realizado a través de la botella. Los imaginó conspirando en una cocina de pétreos muros justo bajo sus pies pero, realmente, no creía en los criados.

Quizá debiera subir a la sala de música e inspeccionar el piano. Al ocurrírsele la idea notó que le invadía una oleada de placer a la que siguió, adecuada e inevitablemente, otra oleada de cansancio y un pálido deseo de no realizar el menor movimiento.

Se instaló nuevamente en su asiento. Debían de ser casi las once. Miró fijamente el fuego; la habitación se estaba calentando y le empezaba a entrar sueño. Al igual que le sucedía con la comida, el sueño le rehuía muy frecuentemente o, de lo contrario, le vencía con una fuerza irresistible.

Cerró los ojos y vio a su hermosa prima. Annelise, treinta años, casada y con tres hijos, estaba pese a todo enamorada de Christian… o, al menos, de lo que representaba. A veces el aura de un moribundo podía llegar a fascinar de modo avasallador a ciertas personas, por complejas razones ocultas en el subconsciente.

Se había desabotonado el manto pero aún lo llevaba puesto. Se le ocurrió por fin que debía quitárselo y le pareció que ello guardaba una extraña relación con su deseo de apartar la imagen inoportuna de Annelise. Se puso en pie y, al quitarse el manto, la última carta de Hamel se deslizó entre sus dedos.

Christian volvió a sentarse. Contempló la carta durante unos instantes, sin muchos deseos de leerla: una de sus estúpidas manías periódicas. La carta, naturalmente, no contendría sino unas cuantas admoniciones y consejos inútiles, típicos de un abogado minucioso. Pero quizá contuviera también alguna nueva carga, alguna petición o un hecho nuevo que le obligarían a comprometerse y actuar, algo que le daba pavor de sólo pensarlo.

Permaneció sentado sosteniendo la carta entre sus dedos y fue dejando que la

somnolencia le venciera. Sus sentidos empezaron a dormirse a medida que la bendición combinada del fuego, el calor y la penumbra los iba reblandeciendo.

Un tronco crujió agudamente en la chimenea, despertándole.

Le pareció que había transcurrido un año pero el fuego seguía aún alto, despidiendo chorros de estrellas amarillentas que se perdían en el hueco de la chimenea.

Si alguien había entrado para hacerle acudir al comedor, como un niño renuente, la intrusión no le había despertado. ¿Cómo le habría mirado ese intruso…, con piedad o con desprecio?

La carta de Hamel crujió en su mano. Sin darse realmente cuenta de lo que hacía, rasgó el sobre.

La escasa luz que entraba por la ventana hacía casi imposible el leer, y si algo era imposible de leer no hacía ninguna falta tomárselo en serio…

Un párrafo de legalidades triviales. Un párrafo sobre el afinador de pianos. Un párrafo financiero. Sus mejores deseos. Los ojos de Christian parecían resbalar sobre el papel sin conseguir retener nada en concreto. Se recostó nuevamente en su asiento y alzó el papel, dejando que el fuego brillara a través de éste, haciendo danzar las palabras.

«… En el asunto de los Lagenay le aconsejaría proceder con la más extremada cautela. Todo lo que concierne a la familia permanece casi por completo en la incertidumbre y, como puede suponer, los rumores abundan en un lugar así. La familia es algo excéntrica y cualquier tipo de reclamación sobre la propiedad que puedan llegar a presentar debe considerarse, en el mejor de los casos, como dudosa. Con todo, le insisto fervorosamente para que no se aventure fuera del castillo sin estar acompañado. No tengo intenciones de alarmarle, meramente pretendo que tome las precauciones adecuadas para cualquier circunstancia, por improbable que ésta sea».

Christian no había despertado aún del todo y la estupidez del párrafo encajaba de un modo perfecto y se hubiera dicho que artístico con su estado mental. Lagenay era un nombre que no recordaba en lo más mínimo haberle oído mencionar a Hamel en su oficina. ¿Reclamaciones sobre la propiedad? Tampoco recordaba nada sobre eso. Claro que había estado sentado ahí, instalado en el cómodo sillón de Hamel, con aspecto despierto e inteligente, asintiendo, emitiendo gruñidos en los momentos adecuados, firmando documentos cada vez que se le ponían delante… y, en realidad, oyendo muy poco y comprendiendo aún menos. A Christian le resultaba cada vez más difícil tomarse en serio tales asuntos, y sus poderes de concentración a veces tan formidables que rayaban en lo enfermizo (el estudio de una mariposa posada en un

postigo, un hombre en una esquina, una melodía musical) no se adecuaban demasiado a tales labores.

Entrecerró los párpados hasta convertir el fuego en una angosta franja de hierba dorada. Vio en ella a los Lagenay, una decena aproximadamente de fornidos campesinos medio ocultos entre los pinos. Llevaban cuchillos, azadones y un viejo mosquetón. Rió con amargura y volvió a quedarse dormido.

Y soñó con una muchacha rubia parecida a un lirio que tenía los brazos cruzados sobre la garganta y le contemplaba fijamente.

—Señor —decía alguien, con vacilación pero insistentemente—. Señor…, señor.

Christian logró alzarse de una tumba llena de velos negros y flores de opio. Por un instante vio a Renzo aparentemente suspendido en el vacío e iluminado por un tenue globo de luz aterciopelada. Pero Renzo tenía los pies plantados en el suelo y la luz venía de una ventana. El fuego se había casi extinguido y hacía frío: la tarde del norte avanzaba para convertirse en un ventoso anochecer. Christian miró a Renzo y le sonrió. El muchacho se tambaleó levemente, aturdido y paralizado por el asombroso encanto de esa sonrisa.

—He venido a encender las lámparas, señor —dijo Renzo—. Sylvie vino antes pero usted dormía.

—Estaba inmóvil —dijo Christian—. Dormido.

Descubrió que no podía respirar y empezó a toser con roncos estertores.

El ataque de tos parecía interminable: primero le obligó a erguirse y luego le hizo doblarse hacia adelante. Cuando por fin cesó, el muchacho, que le había ignorado cuidadosamente, estaba metiendo en la boquilla de una lámpara una vela encendida previamente con un ascua de la chimenea. El silbido azul del gas acabó con la diminuta explosión que era de esperar y una temblorosa llama verde cobró vida lentamente. Como animado por su éxito, el muchacho le ofreció el fuego de su vela a la segunda lámpara.

—La señora Tienne pregunta que si prefiere usted cenar en el salón o aquí. También pregunta que si tomará usted té inglés a las cuatro. Dice que ésa era la costumbre en los tiempos de su abuelo. El té, quiere decir… Té chino.

—Dije… —Logró carraspear Christian—, dije que nadie debía entrar aquí.

—Pero, señor…, las lámparas.

—Nada de té, ni chino ni inglés —dijo Christian—. Y nada de cena.

Renzo entreabrió los labios, atónito.

Christian se levantó, disponiéndose a coger un tronco del cesto que había junto a la chimenea, pero Renzo se le adelantó. El tronco se estrelló sobre las ascuas

agonizantes con un choque sordo.

—La señora —dijo Renzo—, me ha pedido que le informe de que normalmente la cena se ha servido a las ocho.

—Entonces, que la sirva —dijo Christian—. Yo no pienso probarla, pero no quiero echar a perder ninguno de los placeres de la señora Tienne.

Se apoyó en la chimenea, temblando levemente, y observó cómo la luz del fuego renacido iba arrastrándose bajo los troncos. La muchacha llamada Sylvie se había materializado como un fantasma al otro extremo de la estancia y estaba corriendo los cortinajes. Los alrededores del castillo se esfumaron en una masa de neblina plateada, como si nunca hubieran existido.

Renzo pasó junto a Sylvie para encender otra hilera de lámparas y le musitó algo hablando en dialecto. Christian tensó el cuerpo, intentando detectar frases que hablaran de locura o enfermedad.

—Háblame de una familia llamada Lagenay —dijo, los ojos clavados en el fuego, como dirigiéndose a él.

Renzo se calló al momento y reinó el silencio. Christian escuchaba atentamente el silbido y las pequeñas explosiones con que se iban encendiendo las lámparas, y cuando éstas dejaron de producirse volvió la cabeza para contemplar a los dos sirvientes. Sylvie estaba delante de los cortinajes, quieta, sólida e inamovible, con la mirada baja. Renzo, con cierta torpeza, se estaba persignando.

—¿Tan malos son? —dijo Christian.

—No, señor. Es sólo que…

—Señor —dijo Sylvie con voz nerviosa, sin atreverse a mirarle—, existe aquí una familia Lagenay. Pero no en el pueblo.

—En el bosque…

—Oh, no, señor.

Renzo parecía asustado. Miró de soslayo a Sylvie y la vela que sostenía entre sus dedos parpadeó por un instante.

—Mi abogado, Hamel, parece suponer que los Lagenay habitan en el bosque y me advierte que debo tener cuidado con ellos. ¿Qué relación tienen con el castillo?

La vela iluminaba con un resplandor rojizo e infernal el rostro de Renzo.

—Los Lagenay…, los Lagenay no tienen relación con nada ni con nadie.

—¡Calla! —le dijo Sylvie con brusquedad.

Ahora estaban uno frente a la otra, Renzo hipnotizado por su vela y Sylvie en pie sobre la alfombra persa, enzarzados en su discusión sin hacer caso de ninguna otra cosa.

—Hablaré —dijo Renzo—. Debe salir a la luz. No puede impedirse.

—¡Calla! Él no quiere saberlo.

—Me lo ha preguntado, ¿no? Pues se lo diré.

—No dirás ni una palabra o acudiré a la señora Tienne.

Christian se dio cuenta de que, igual que le pasaba a él, su persona no era para los sirvientes más que un mero producto de sus conciencias. Intrigado, les observó morderse los labios como si no estuviera presente y, con expresión iracunda, entablar de nuevo la discusión en dialecto perdiendo con ello el significado exacto de las palabras pero no el ánimo con que eran proferidas.

Y cuando la señora Tienne les interrumpió con voz cortante desde el umbral, también él dio un breve respingo de sorpresa y culpabilidad.

—¿Qué ocurre? —Una pausa cargada de sobreentendidos en tanto que los dos niños traviesos temblaban ante la profesora y su blanco delantal—. Y delante del señor… Fuera, fuera los dos. —Se apresuraron a obedecerla, Renzo sosteniendo aún la vela, que se extinguió ante la rapidez de su retirada—. Debe excusarles, señor —le dijo la señora Tienne a Christian—. Son muy jóvenes, los típicos adolescentes criados en una aldea perdida, y aún les queda mucho por aprender sobre cómo se debe servir en una gran mansión.

La penumbra del salón le daba un aspecto cruel y siniestro. Christian creyó ver a Sylvie y Renzo, desnudos y colgando de una viga como aves desplumadas, azotados con un manojo de zarzas por la mujer que tenía delante.

—Son más de las cuatro —le dijo ella—. ¿Tomará té el señor?

—No, señora Tienne.

—Se le sirvió el almuerzo y luego lo retiraron… intacto.

Así que habían entrado a hurtadillas mientras dormía. Quizá fuera su rostro el que había contemplado en sus sueños. A veces, cuando dormía con mujeres, le habían despertado los besos que a ellas les resultaba imposible retener y que acababan posando en sus mejillas o sus párpados. («Ángel mío…»). Pero no era ese el caso de la señora Tienne. En ella no había el menor rastro de piedad ni de pasión.

—Estoy demasiado cansado para comer, señora.

Ah, ya se había excusado ante ella por primera vez.

—Señor, creo que no se encuentra usted bien.

—¿De veras lo cree? Qué interesante…

—¿Deseará cenar?

—No, señora, gracias. Pero imagino que las bodegas estarán bien surtidas… Una botella de vino, en el piso de arriba. Le dejo escoger. Algo… —vaciló, observándola

atentamente—, algo seco.

En sus ojos brilló por una fracción de segundo un leve fulgor. Sí, la resistencia le gustaba: muy probablemente ella y el borracho habían librado frecuentes combates de mil maneras calladas y sutiles.

Recogió su manto. La carta de Hamel seguía en su mano: la guardó de nuevo en un bolsillo, avanzando hacia la puerta, y la señora Tienne se apartó para dejarle pasar.

—Oh, señora… Esos Lagenay…, ¿quiénes son?

No hubo la menor emoción en su respuesta. Naturalmente, le había concedido un intervalo de tiempo demasiado largo en el que prepararse para replicar.

—Señor Dorse, le ruego que no preste demasiada atención a los comadreos. La gente del pueblo es excelente…, a su modo. Le servirán bien. Pero son gente ignorante y que no tiene educación. ¿Los Lagenay? Bueno, señor, son algo así como unos parias sociales, una familia que en el pasado habrá hecho algo que los aldeanos condenan o temen. Esa gente no olvida, y desde hace generaciones los Lagenay han sido tratados como leprosos.

—¿Y cuál es la razón de que se me deba advertir contra ellos?

—¿Quién le advirtió?

Qué rápidamente había reaccionado, como si lo estuviera esperando…

—Mi abogado, señora. El señor Hamel.

—Son gente algo tosca. Quizá…

—¿Sí, señora?

—Hay cierta historia sobre un vínculo de sangre con el castillo, señor, hace años. Una muchacha fue violada y de ello resultó un nacimiento ilegítimo. Pero en las propiedades feudales siempre han existido historias similares.

Lo dijo con cierta osadía y en sus ojos brilló una luz.

Él le dio las gracias y entró en el salón, pasando junto a su imagen reflejada en el gran espejo.

La portilla de cristal coloreado que había junto al techo se había vuelto de color violeta. Los muros estaban iluminados por lámparas de gas, al igual que la barandilla de la escalera.

Ella había salido del saloncito siguiéndole, y le observó atentamente mientras empezaba a subir. Los peldaños no eran muy altos y la ascensión no le resultaba demasiado insoportable. Por el plano que Hamel le había enviado, sabía que la habitación del amo se encontraba después de un pasillo que se abría siguiendo la galería.

Cuando se encontraba ya casi en lo alto de la escalera, un tintineo de cristales le

hizo volverse y mirar hacia la araña más próxima. Sin duda se trataba de una corriente de aire, pues el cristal ondulaba suavemente, como si fuera agua.

La señora Tienne seguía inmóvil en el salón, una figura extrañamente rígida y amenazadora ataviada con un delantal inmaculado.

3
El perro

El vino que le trajo era tinto y seco. Era bueno, aunque tenía un acusado sabor, no muy común en las cosechas de tales características. Los viñedos se encontraban a unos veinte kilómetros de distancia y en tiempos habían pertenecido al castillo. También el nombre de la etiqueta era curioso: *Sang-de-Seigneur*.

Bebió dos copas de vino mientras examinaba sus aposentos. Comprendían cinco habitaciones, una de ellas un cuarto de baño gigantesco y helado al que el agua caliente debía llegar por tortuosos senderos desde la caldera de las cocinas. El dormitorio contenía un tapiz de dos metros por tres. El lecho era también enorme y, naturalmente, provisto de dosel: probablemente en él había tenido lugar un número incontable de concepciones, nacimientos y muertes.

Christian se contempló finalmente en el gran espejo que dominaba el vestidor recubierto de caoba. Como muchas otras personas, tampoco él era inmune a su aspecto. Se estudió lentamente, con una sensualidad y una fascinación tan absortas como objetivas. La blancura de la piel, la claridad de los ojos, los ricos tonos de su cabello, el elegante equilibrio que a todo ello otorgaba su esbeltez tan puramente masculina… Su cuerpo resultaba para él una desgraciada fuente de hechizo, pues era hombre dotado de las suficientes cualidades artísticas como para reconocer la perfección física cuando la veía y podía lamentar su pérdida inminente. Sí, todo esto iba a perderse, y aún más terrible quizá que tal hecho era el que la enfermedad, asentada tan firmemente en él como un trozo putrefacto de carne, no había hecho por el momento más que aumentar su atractivo. ¿De qué servía todo eso? Quizá fuera una especie de ilusión autoprotectora, como la creada por una planta agonizante para atraer dentro de su órbita a los animales que la rodeaban logrando así alimentarse con su vitalidad.

Siempre había existido alguien a su alrededor para cuidarle y protegerle. No los necesitaba y había luchado constantemente para escapar de padres rapaces, amigos

hambrientos y amantes absorbentes. Y luego la enfermedad le encontró (la imaginación a veces buscándole por las angostas callejas de la ciudad y por los anchos bulevares, llamando a todas las puertas: «¿Está aquí Christian? ¿No? Entonces debo seguir buscando». Y, por fin, avanzando silenciosamente por los pasillos del conservatorio, pasando de largo junto a todos los estudiantes y acabando tarde o temprano por oír las notas que fluían de su piano como un lago desbordante. Sí. Le había encontrado). Al principio agradeció que Annelise y su esposo le acogieran en su casa y llegó a permitirse el lujo de sentir cierta preocupación impersonal y desapasionada por sus hijos. Finalmente se dio cuenta de que la enfermedad no iba a dejarle marchar ahora que le había encontrado: sin que nadie lo supiera, en el silencio y la calma de la noche, la enfermedad se había casado con él. Le pareció cruzar instantáneamente a otra dimensión, un país en el que no quedaba nada que pudiera considerarse cierto, en el que ningún símbolo o verdad perduraba tal y como había sido antes. Como si se hubiera quedado ciego o sordo; era algo parecido.

No había discutido sus problemas con Annelise. Le complacía la bondad que le demostraba; le complacía pero, naturalmente, no le sorprendía. Mas la naturaleza de la enfermedad que había caído sobre él era tal que estimulaba de modo perverso una exigente concupiscencia. Como si la vida batallara para expulsar a la muerte, el impulso sexual corría por su carne con el dulce dolor de un nervio herido en el interior de un diente. Era una especie de tortura que le hacía evocar desagradables fantasías eróticas de crucifixión en las que el cuerpo se envaraba echándose hacia atrás hasta doblarse como un arco tensado, en las que la línea divisoria entre el éxtasis y la agonía se volvía incalculable, y clavos ardientes le atravesaban las manos y los pies…, hasta el último clavo, el definitivo, latiendo desbordante y henchido de licores, le atravesaba entre los muslos.

El esposo estaba lejos y el joven enfermo, demasiado débil para causar daño alguno, yacía tendido en un sofá en tanto que su linda prima se afanaba a su alrededor en tareas aparentemente inocentes. De pronto él vio sus ojos y todo lo que contenían. Sin decir palabra la abrazó y en unos instantes, quizá menos de un minuto contado en el minutero del reloj, se encontraron los dos luchando por atravesar las barreras de carne y músculos que les separaban, como si quisieran ascender una abrupta colina, lanzando alaridos de lujuria y sin enterarse de nada que no fuera sus cuerpos.

Cuando el esposo volvió, Annelise, desgarrada por la culpa, cuidó de él como si fuera una esclava. Sus ojos estaban abrasados por la vergüenza pero también por el anhelo del mañana. Ahora sus ojos, a cada mirada, le decían a Christian: «Somos de una vileza terrible porque seguiremos pecando. Mañana, amor mío, y el día siguiente a

ese mañana».

Amaba su muerte, o eso le parecía a Christian. Era algo aún peor que el adulterio, era necrofilia. A la primera ocasión que se le presentó, aunque ésta fuera el castillo, Christian huyó.

En la habitación principal todas las lámparas de gas estaban encendidas y el fuego ardía en cada chimenea. La disposición de la estancia era simple: una sala de estar que daba al dormitorio, el cual daba a su vez al vestidor y el cuarto de baño. La sala de estar comunicaba por la izquierda con una biblioteca privada bastante considerable.

Por la biblioteca se podía salir igualmente de los aposentos y más allá un corredor llevaba hasta los pétreos bastiones del siglo XIV que se habían alzado sobre la comarca incluso antes de que la Muerte cabalgara asolando Europa sobre su pálido y flaco caballo.

En un ángulo del corredor se abría una puerta. Tres peldaños después había una segunda puerta y, como acurrucada en secreto, escondida en el espacio existente entre dos murallas, una medieval y otra de construcción moderna, se hallaba un cuarto que tenía la forma de una rebanada de pastel: la sala de música.

Los muros eran de una pálida madera dorada y brillaban con un leve resplandor, pues incluso hasta ahí había llegado la previsión de la señora Tienne, mandando a alguien antes que él para encender las lámparas. La sala estaba llena de tristes muestras de abandono: tres o cuatro mandolinas y guitarras colgadas de soportes de madera, una gran arpa con las cuerdas rotas… Pero el piano era enorme y estaba vivo. No solamente lo habían afinado sino que también había sido limpiado y pulimentado. Se alzaba junto a una angosta ventana carente de cortinas y con armazón metálica, como si fuera un negro monstruo reluciente aguardando la ocasión de engullir cualquier presa que se le aproximara. Pues el piano era la más hábil de todas las bestias de presa: su solitaria altivez era muy atractiva, ya que sólo se ofrecía a quienes fueran capaces de trabajar duramente para llegar a dominarlo. Y cuando se acercaban a él, seducidos por las promesas picantes que había en ese dominio, el piano magnetizaba sus dedos hasta hacer que se posaran sobre sus colmillos de marfil, chupando el alma a través de la piel desnuda y febril. Para decirlo brevemente, el piano era un vampiro.

Acabó su copa de vino (Sangre-del-Señor, ¿por qué no?) y se instaló frente al piano. Una vez ante los lisos peldaños del teclado sintió un nerviosismo familiar. El salto del precipicio…

Empezó a tocar una transcripción que había hecho el año anterior sobre un concierto para piano de Rachmaninov. Por un segundo tuvo miedo, temiendo extraviarse en un laberinto, pero luego sus dedos se afianzaron en el teclado y la

fuerza volvió gradualmente a sus articulaciones, fluyendo por las muñecas y la columna vertebral. Los sombríos acordes de las teclas graves, las perlas blancas que se desprendían de las octavas más agudas, una sucesión de combinaciones y desarrollos melódicos que se abrían naciendo unas de otras como abanicos extraordinarios. Estaba dentro del laberinto y conocía el camino.

Al principio la sensación de que le observaban no logró distraerle. Un año antes había estado acostumbrado a ella pues muy frecuentemente había gente mirándole, ya cuando practicaba ya cuando componía. Incluso existía una reducida y selecta camarilla capaz de permanecer sentada una hora contemplando como él ensayaba variaciones de escalas.

Pero en la habitación no había nadie.

Entonces debía de ser alguien escuchando en la puerta. Renzo o una de las mujeres del pueblo, Sylvie o la cocinera. No, seguramente no. Y menos aún la señora Tienne. A medida que se le ocurrían tales ideas para irse fragmentando en nuevos pensamientos cada vez más extraños empezó a perder el sentido de lo que hacía y acabó mareándose. El mareo le resultaba temible, dado que había sido el preludio de la enfermedad y su aspecto más horrible. Un acorde ciclópeo pareció hendirle el cráneo. Dejó de tocar inmediatamente y, en un hórrido silencio, apretó su frente, acunándola con sus brazos, sobre la parte del piano en que se colocaba normalmente la partitura.

Christian, bañado en un sudor gélido, permaneció unos minutos en esa posición. Toda solidez parecía haberle abandonado, como si hubiera perdido su centro de gravedad. El piano lo había devorado.

Finalmente se movió, no porque se sintiera capaz de ello sino porque no le quedaba otra salida.

Se puso en pie, tambaleándose. Logró llegar hasta la puerta y la abrió con un gesto violento. Nadie. La verdad era que ya no esperaba encontrar a nadie ahí.

Volvió haciendo eses hacia el piano, ahora tan inaccesible para él como si no hubiera aprendido nunca a tocarlo. Más allá del piano estaba la ventana.

Christian se apoyó en ella. No había postigos y el panel de cristal parecía brotar con aérea facilidad de la piedra y el metal, desvaneciéndose para dejar en su sitio un hueco de pura frialdad. Las ramas de un gran árbol sin hojas, que debía crecer a escasos centímetros de la pared, reflejaban la luz de la sala y parecían bordadas en el cielo. En lo alto se extendían los rollos de pergamino de las estrellas, las diminutas, duras y brillantes estrellas invernales que se encendían y se apagaban. Un jardín borroso parecía unir el cielo y la tierra y en lo alto la curva de una urna ofrecía sus

temblorosos contornos de un blanco lechoso.

Algo se movió, apareciendo y esfumándose entre las ramas del árbol. Puntitos de luz resbalaban sobre su cuerpo alargado. Se detuvo en el hueco dibujado por dos ramas y alzó su cabeza como emergiendo de un estanque.

Sus ojos ardían con un brillo cegador que dejaba en ridículo todas las leyes de la perspectiva: dos llamas verdes que parecían estar a unos centímetros de la ventana en tanto que el perro permanecía en la terraza, a veinte metros de distancia.

Algo cambió de rumbo en la cabeza de Christian. Se apartó de la ventana y se tocó el rostro con el dorso de la mano: de su fosa nasal derecha había brotado una solitaria y perfecta gema de sangre.

Esperó en la sala de música hasta que cesara la leve hemorragia y luego cerró la ventana, recogió la copa y se fue.

Soñó que el perro estaba en el dormitorio. Iba y venía entre el vestidor y las ventanas, agitando lentamente su rabo como si fuera un león. Obviamente, no era un perro. Tampoco se encontraba solo en el lecho: a su derecha yacía tendida una figura humana cuyo largo cabello se extendía sobre la almohada y le rozaba la mejilla. El aire olía a rosas y al distinguir su perfume notó también el leve aliento de otra respiración: alguien dormía a su izquierda.

Christian se despertó a las dos de la madrugada, presa de un hambre devoradora que ya le era familiar. No se trataba de un apetito saludable, pero le resultaba imposible resistirse a él.

Sabía perfectamente dónde estaba la cocina gracias al mapa de Hamel pero no sentía deseos de ir hasta allí: la atmósfera de la habitación, incluso en la cama, resultaba más que fría. Además quizá se topara con la señora Tienne en la escalera, como un niño que se niega a cenar y al que luego sorprenden atiborrándose de golosinas a hurtadillas. Distraído, le fue dando vueltas a tal posibilidad y a la imagen anterior de Sylvie y Renzo colgados de una viga añadió la suya propia.

Acabó levantándose de la cama y, tras ponerse el exótico batín de terciopelo que su primo le había regalado (¿como recompensa?, ¿como soborno?), fue hasta la puerta de la habitación. Había una lamparilla de aceite sobre una mesa y a su lado una caja de cerillas. Christian encendió la mecha y abandonó la habitación para internarse en las oscuras aguas de la casa.

No había ni una sola lámpara de gas encendida.

El corredor, la galería, el gran salón… todo había sido tragado por una oscuridad

impenetrable. Como un ser vivo o, mejor aún, como una jauría de animales, las tinieblas de terciopelo parecían acecharle, contenidas a duras penas por los barrotes luminosos de su lamparilla. Empezó a pensar en la oscuridad de la tumba, y la intolerable banalidad de tales ideas le irritó.

Tomó por el corredor que salía del salón y luego bajó unos peldaños. En la parte baja del castillo el silencio parecía aún más espeso y mortuorio.

No tardó en perder el sentido de la orientación y las líneas geométricas del mapa que antes recordaba huyeron de su memoria. Se quedó inmóvil, indeciso: su repentina hambre de inválido agonizaba ya lánguidamente en sus entrañas, y de haberse parado a pensarlo le habría bastado indudablemente con el vino para adormecerla. Además, también podía acudir como anestésico al libro que había dejado sobre la cama.

Christian se apoyó en la pared. Quizá debiera volver a su habitación, pero la futilidad de esa acción o de cualquier otra le oprimía el espíritu. Dejó su lamparilla en el suelo, se dio la vuelta y apoyó la frente sobre la pegajosa argamasa de la pared.

Ideas de lo más extraño vagaban por su mente y, como perdida entre ellas, le pareció oír la ronca voz de una muchacha, a medio camino entre la risa y la maldad.

Pero esa voz no pertenecía a su mente, no era ni un fantasma ni un recuerdo. La voz de la muchacha, procedente de no sabía dónde, le llegaba por el pasillo zumbando a través de la pared, sin cuerpo alguno que la transportara. No podía distinguir sus palabras, sólo el tono general: una extraña invitación susurrante que a ratos le parecía algo totalmente opuesto.

Christian sonrió. Una criada, quizás una de las dos mujeres del pueblo; presumiblemente Sylvie dado que la otra, la cocinera a la que no había visto, era indudablemente más vieja. No, la voz pertenecía a una joven y contenía también algo inconfundiblemente sexual. Era esa cualidad, por encima de cualquier otra, la que había percibido con más claridad en las tinieblas e incluso en esos mismos instantes su cuerpo respondía a ella, aunque con cierta vacilación: sentía cómo se le aceleraba el pulso y su inercia anterior se estaba esfumando. Había tenido un sueño en el salón, algo parecido a esto…, no, era algo totalmente distinto.

Christian se apartó de la pared.

La idea de que se estuviera haciendo algo en secreto le estimulaba. No le resultaba interesante, pero le excitaba. No deseaba alertar a nadie, sólo compartir el espectáculo desde la penumbra. Sylvie y Renzo, quizá… Sintió un leve fastidio al pensarlo, casi desprecio. Pero, después de todo, aún no había oído ninguna otra voz, y el murmullo femenino, aunque provocativo, no era totalmente el que correspondería a una enamorada.

Dejando la lamparilla en el suelo avanzó por el pasillo tanteando la pared, sin hacer el menor ruido. Se imaginó el aspecto que tendría en esos instantes, una visión extraña e inquietante, pero ya llevaba mucho tiempo sin importarle la imagen que los demás pudieran formarse de él. Parásito, mirón… Daba igual.

La oscuridad era casi tangible, le parecía notar su presión sobre los ojos. El pasillo giró de pronto revelando la entrada a la gran cocina. Una luz débil y vacilante emitida por una llama sin protección convertía el umbral, las paredes, el suelo y el techo en presas de un silencioso terremoto.

La muchacha habló de nuevo en el interior de la cocina. Una voz ronca, juguetona, irresistible. Hablaba en dialecto pero o Christian se estaba acostumbrando ya a él o quizá sus sentidos se habían agudizado debido a su excitación, pues lograba entenderla.

—No te importaría, ¿verdad? —decía—. Hermoso, tan hermoso… Tan tierno y lleno de jugo. Y todo para ti… Lo harías, ¿verdad? ¿Quieres que lo coja para dártelo?

Christian llegó al final de la pared, a unos centímetros del umbral.

La habitación oblonga de pétreos muros le pareció un oscuro aguafuerte: paredes encaladas y suelo mil veces fregado, montones fantasmales de ajo y especias, hileras de marmitas y cuchillos, la forma rechoncha de la caldera y la chimenea con sus espeteras ahora inmóviles. Una gruesa vela extendía su flor de fuego sobre una gran mesa y la luz oscilante parecía hacer bailar la estancia. Pese a ello distinguió en seguida a la muchacha y cruzó el umbral sin intentar ocultarse de ella, sabiendo que no le vería.

Sí, era Sylvie, pero no como la había visto antes. Ahora llevaba el pelo suelto y sus mechones le cubrían la espalda: su pelo era áspero y tenía el tono mate de las campesinas, pero era también fuerte y vivo, como si estuviera cargado de electricidad estática. Llevaba un camisón de batista amarillenta que resultaba demasiado fino para la aldea, algo que había heredado o que había hecho traer de muy lejos para usarlo en el castillo. Los botones de hueso de ballena no estaban abrochados, y a medida que su cuerpo se balanceaba hacia atrás y hacia adelante pudo atisbar fugazmente partes de su cuerpo suave y redondeado, sus senos puntiagudos y la turgente blancura ambarina de su piel.

—Te gustaría —dijo ella. Le hablaba a la oscura y fría noche ciega que reinaba más allá de la ventana, a la nada que se extendía tras el postigo abierto y la celosía descorrida—. Mira —dijo—; mírame.

Y sacudió sus senos haciendo oscilar su masa opulenta mientras que la cascada de su pelo ondulaba por su espalda, riendo, retorciendo los botones de hueso con una

mano mientras que alzaba la otra con su absurda ofrenda: un pedazo de carne cruda de la que aún goteaba sangre.

Christian sintió el impulso casi irresistible de reír. Empezó a cruzar la cocina dirigiéndose a ella, entrando en el radio de su poderosa sensualidad que parecía llenar el aire de almizcle. Como la ventana estaba abierta, ella no podía verle reflejado en el cristal, y el balanceo de su sombra eclipsaría el lento avance de la sombra de Christian. No parecía sentir el frío aunque él imaginaba fácilmente lo helado que estaría su cuerpo cuando lo tocara, igual que un mármol suave y resbaladizo abandonado en mitad del invierno. Su cabello tendría el sabor de la hierba cubierta de escarcha.

El pedazo de carne era algo que le sorprendía, al igual que sus palabras y el ritual. Le sorprendían pero no le inquietaban…, no hasta que estuvo lo bastante cerca como para ver más allá de su cuerpo, en el seno de la noche.

Un capricho arquitectónico había dispuesto que la cocina estuviera un piso por encima del patio. Pudo distinguir un tramo de escalones que torcían a lo largo de la pared partiendo de una puerta invisible a la que un espacio de varios metros debía separar de la ventana.

Allí donde los escalones morían en la superficie del patio, suspendidos inmóviles en la página en blanco de la noche, ardían dos perídotos chispeantes.

—¿Soy mala contigo? —dijo la muchacha, acercándose a la ventana abierta.

Las dos luces verdes parecían clavadas, como si un trazo geométrico invisible atravesara el espacio, unidas para siempre a las dos puntas ovaladas de sus pechos. Las luces se encendieron y se apagaron dos veces, y Christian, como un escultor, moldeó la arcilla de las tinieblas hasta crear la forma que debía acompañar los ojos del perro.

El perro se movió levemente pero sus ojos no se desviaron ni una fracción de milímetro. Y Sylvie retorció otra vez los botones de su camisón mientras la sangre goteaba por su brazo.

Christian sintió una repentina oleada de náuseas y, en ese mismo instante, sin esperar más, le arrebató el despojo a la muchacha lanzándolo al patio. Medio minuto después había cerrado la ventana y atrancado el postigo, para derrumbarse luego sobre la mesa tosiendo como si pensara expulsar su alma a cada espasmo.

4
El dormitorio

En el tapiz que colgaba frente al lecho, dos caballeros de colores deslucidos hacían piruetas sobre corceles pálidos como lirios de hueso. Su mirada se centró en ellos y luego en un muchacho de rostro rojizo que roncaba en un sillón. Ya era de día y Renzo se había quedado dormido bajo los cascos plateados del tapiz. Christian permaneció inmóvil observándolo durante un rato, lleno de una maligna diversión. El muchacho había sido dejado allí como centinela o como enfermero, quizá para que combinase los dos papeles, y en ambos había fracasado lamentablemente. Christian se movió un poco y su cuerpo se envaró: notaba demasiado su piel, como si estuviera dotada de una molesta hipersensibilidad. El dolor auténtico llegaba a intervalos impredecibles, hendiendo sus costillas como si fuera una cobra enfurecida.

Después de algunos minutos, observar a Renzo dejó de entretenerle. Christian alargó la mano cuidadosamente y tiró al suelo el libro que había dejado sobre la cama.

Al oír el leve ruido el muchacho despertó de golpe y se puso en pie, mirando a Christian con expresión preocupada.

—Señor, ¿debo buscar al médico? —le preguntó casi tartamudeando.

—¿Para qué? ¿Acaso te encuentras mal?

El sentido de humor de Christian siempre le resultaba gracioso. Se rió pero le dolía y no tardó en callarse. El muchacho le contemplaba con aire miserable.

—La noche anterior estuve a punto de ir al pueblo para traer al señor Claut, pero usted no lo permitió, señor.

—¿Ah, no? No me acuerdo de eso.

—«Ningún médico», dijo usted, señor, repitiéndolo una y otra vez. «Ningún médico, ningún médico».

—Parece que no me gustan los médicos, Renzo.

—Se desmayó, señor. Sylvie le oyó en la cocina y fue a ver si necesitaba algo pero le encontró tendido sobre la mesa, señor, y fue corriendo a buscar a la señora Tienne

para que le ayudara.

Christian contempló el tapiz pero lo único que veía en él era su propia imagen, su cuerpo llevado en brazos por la escalera del castillo. La secuencia le resultaba algo confusa. Recordaba muy poco después de que la muchacha se hubiera esfumado entre las ristras de ajos y especias. En esos instantes se encontraba muy…, muy ocupado. Examinó con disimulo las almohadas y la ropa del lecho, pero no había mancha alguna en ellas.

—Me pregunto qué andaría yo haciendo en la cocina —dijo—. Es una suerte que Sylvie me oyera. Quizás estuviera preocupada por el perro.

Renzo pestañeó.

—¿El perro, señor?

—Sí. Un perro muy grande que vi afuera la noche anterior. Por cierto, ¿de quién es? ¿Pertenece a Sarrette?

—No, señor. —Renzo empezó a moverse lentamente hacia la puerta—. Iré a decirle a la señora que ya ha despertado.

—¿Se trata quizá de un perro propiedad de la señora Tienne? —dijo Christian.

Renzo permanecía ante la puerta, retorciendo nerviosamente el picaporte.

—Señor, no hay ningún perro.

—Sí lo hay. Además, creo que ha robado algo de carne, o quizá se la hayan dado.

—No, señor.

—Oh, sí, sí, señor.

Renzo abrió la puerta y, hablando a toda prisa, le dijo:

—Los Lagenay tienen un par de sabuesos para cazar conejos. Quizá fuera uno de ellos.

—Entonces no debería encontrarse en mi propiedad, ¿no?

—Su… No, señor. Se lo diré a la señora Tienne.

Christian se incorporó un poco más, apoyándose en las almohadas, sin hacer el menor caso del dolor irrelevante que sentía.

—Dile a Sylvie que me traiga café.

Renzo asintió y desapareció rápidamente.

Christian volvió a quedarse casi inmóvil, vigilando a los caballeros del tapiz y los morillos de la chimenea, hasta oír por fin un leve ruido de pasos sobre la alfombra de la sala de estar, a los que siguió un golpe en la puerta. Al abrirse ésta fue la señora Tienne quien entró, sosteniendo la bandeja del café en sus manos como si fuera la fuente de plata de Salomé.

—Me alegra ver que el señor se encuentra mejor —dijo—, pero de todos modos

yo recomendaría la visita del señor doctor Claut. Es un médico de pueblo pero no carece de sentido común. Es digno de confianza y no se le escapa nada.

—Señora —dijo Christian—, aparentemente la noche anterior se me trajo aquí casi a rastras en tanto que yo pregonaba a voz en grito mis deseos de no ser visitado, en ninguna circunstancia, por médico alguno. Nada ha cambiado al respecto. Por favor, deje la bandeja y vaya a buscar a Sylvie. Dígale que venga a verme, tal y como he pedido.

—Señor, Sylvie tiene trabajo que hacer.

Los ojos de la mujer eran como cuentas de cristal negro. Sería tan fácil, tan descansado el ceder ante ella… La escena aparecía ahora en su mente clara y transparente: Sarrette llevando el cuerpo y la señora Tienne precediéndole, con la espalda tiesa y los labios duros como porcelana fruncidos en una mueca.

—Haga lo que pido, señora —dijo Christian—. No tengo la menor intención de discutir con usted.

—Muy bien, señor.

Salió del dormitorio y Christian se sirvió una taza de café. Tenía la garganta algo irritada de tanto beber una exquisita miseria en cuyo cese se encontraba su propio alivio.

La muchacha tardó casi veinte minutos en llamar a la puerta.

Cuando entró en el dormitorio volvía a ser la Sylvie original. Rasgos estólidos y sencillos, un cuerpo comprimido por corsetes y ceñido por el atuendo de la servidumbre, el cabello recogido sin gracia y los ojos clavados en el suelo. Incluso se ruborizó levemente, como había hecho antes en su presencia.

Había esperado que algo de la espantosa emoción de la noche anterior entrara con ella en la estancia, pero no era así. Le habló con frialdad y sin sentir realmente demasiado interés.

—No me importa en lo más mínimo las mentiras que hayas estado contando. Pensé que te gustaría saberlo.

—No sé a qué…

—Sabes muy bien de qué estoy hablando.

—No lo sé.

Y al ver que ella estaba dispuesta a oponerle resistencia, una nota lejana y débil empezó a resonar en el maltrecho arrecife de su lujuria.

—Si te pido que subas aquí esta noche —le dijo—, ¿qué me responderás?

Ella alzó los ojos lentamente.

—¿Y si respondo que no subiré?

—Podría contarle a la temible señora Tienne cómo pasas las noches.

Ella se ruborizó más intensamente, pero esta vez debido al miedo.

—No hacía nada. Me acordé de que había un trozo de carne que no había puesto en la fresquera.

—¿De quién es el perro? —dijo él.

—No es de nadie.

—Entonces, ¿por qué juegas con él?

—No estaba jugando a nada —dijo ella, esta vez en dialecto.

—¿Por qué se odia tanto a los Lagenay y qué hace su perro en las tierras del castillo?

Se dio cuenta de que los ojos de Sylvie ardían con un brillo febril, igual que los suyos.

—Subiré a su habitación, señor —dijo ella.

Y él comprendió que el brillo de sus ojos se debía a las lágrimas.

Estaba asustada y en realidad Christian no la deseaba. La noche anterior la había deseado y entonces ella no estaba asustada. Fue entonces cuando sintió un cierto miedo por su propia persona, un miedo electrizante y casi ancestral. Si se trataba de terror… ¿es que acaso había sucedido gran cosa? ¿Se habían vuelto sus percepciones tan deformes y poco dignas de confianza que incluso los acontecimientos más inocuos y mundanos se volvían grotescos vistos por sus ojos y descifrados por su razón?

—No te preocupes —le dijo—. Te pido disculpas por lo de antes.

—Señor… —dijo ella, volviéndose y abandonando la estancia.

Permaneció todo el día tendido en el dormitorio, contemplando cómo los rayos del sol giraban como la flecha de un reloj sobre el suelo más allá del dosel. Detrás de los ventanales podía distinguir el contorno de las barandillas del balcón y un borroso atisbo del bosque oscuro que circundaba el castillo, como pinturas diluidas de pinares que se perdían a lo lejos.

Más avanzado el día empezó a llover, y las gotas de agua repiquetearon en los cristales como puñados de azúcar arrojados al aire.

Renzo se llevó el resto del café, así como la bandeja de comida que Christian no había tocado, y le dejó el vino. ¿Qué debía hacer con los sirvientes? Había caído en el luminoso charco de su tranquilidad como un guijarro procedente del cielo. Sí, tendría que despedirlos y ya llegaría alguien por arte de magia para cuidarle. A veces sus ojos se posaban en la caja que contenía sus libros, sus partituras y, escondida en lo más

hondo, la diminuta cápsula que encerraba la muerte fácil destinada a usurpar así la implacable prerrogativa de la naturaleza.

La noche. Soñó que Sylvie estaba con él en la cama pero también el perro se hallaba nuevamente en el dormitorio. Sylvie se incorporaba a medias, apoyándose en el codo y señalándolo. Sonreía, y el brillo de sus dientes llenaba la oscuridad.

—No es un perro —decía—. Es fácil ver que no es un perro…

«Sí —pensó él—. Ya veo que no lo es».

Los ataques de tos le despertaron una, dos, tres…, cuatro veces. Sorbió un poco del vino, que había perdido toda su fuerza al llevar tanto tiempo descorchado, intentando humedecerse la garganta. Pero despertó por quinta vez, y luego por sexta. Por último no pudo seguir durmiendo y se quedó tendido en el lecho desconocido, perdido en aquella mansión que le era extraña. Fuerzas ignoradas rodeaban su soledad por todas partes, llenando la estancia con su latido. No había llegado a estudiar con auténtico detenimiento ninguna parte de la casa, y de ese modo les había dado poder sobre él.

Se preguntó si el perro estaría ahora bajo su ventana, y sopesó esa idea con toda calma y racionalidad. Acabó levantándose para mirar.

El balcón estaba cubierto de enredaderas que ahora extendían ya sus zarcillos hacia los adoquines que enmarcaban la ventana. No se había dado cuenta anteriormente de tan bella muestra de ruina y decadencia.

La distancia había sido dispersada por la noche y la perspectiva terminaba a unos treinta metros de la pared. Pero al mirar hacia abajo pudo distinguir con bastante claridad el jardín en el que había estado sentado el perro, como si estuviera oyendo a Rachmaninov.

Pero el perro no estaba ahí. En su lugar había un fantasma que se movía lentamente de un lado para otro.

Era como una nubecilla de humo que iba y venía entre los negros manchones de los tejos, pero cuando se detenía quizá fuera una estatua. Sylvie… ¿Quién podía ser sino Sylvie?

La estuvo observando durante un largo tiempo. De vez en cuando se le extraviaba en una sombra o la perdía tras la masa de la austera torre que hinchaba su mole en el centro del jardín, ocultando la mayor parte de sus avenidas y pérgolas. Pero era más blanca que las urnas medio destrozadas por los rigores del tiempo y reaparecía de

modo tan inevitable como la figurilla mecánica de un reloj.

La noche, a punto de convertirse ya en alba, era lo bastante fría como para haber emitido el incomparable tañido de un fino cristal si hubiera podido golpearla con una uña. Y pese a ello, Sylvie, vestida sólo con su camisón de batista, cubierta por su piel y su cabellera de hierba, trazaba círculos dentro de ella y bailaba en su seno. Al verla, Christian se sintió invadido por una oleada de pánico supersticioso.

No era más que un delirio creado por su fiebre. La despediría. Los despediría a todos.

5
La excursión

Christian, ataviado con su manto de viaje, permanecía inmóvil ante una de las chimeneas apagadas del gran salón. Había algo grabado justo bajo el dintel del hogar, una leve marca trazada en el pétreo acantilado que se desplomaba sobre la rejilla del fuego, pero no lograba distinguir los trazos. Sarrette cruzó la puerta del castillo con su sombrero de copa, parecido a una chimenea, firmemente encajado sobre su cabeza. Estaba claro que el no quitárselo en su presencia no constituía ninguna muestra particular de irreverencia. Le dirigió una envarada inclinación. Sarrette adoptaba siempre una postura levemente desplazada hacia adelante, a no ser cuando se cuadraba de modo casi militar, sugiriendo con ello de un modo extraño una estatua impresionante que luego, cuando se le conocía bien, resultaba ser falsa.

—El coche está listo, señor.

Mientras caminaban por la terraza, Sarrette algo adelantado para llegar antes que él al vehículo, apareció el rostro de la señora Tienne en la ventana del salón. Observó cómo Christian bajaba uno a uno los cuarenta y cinco peldaños que le separaban del coche, y durante todo el trayecto sintió él sus ojos contemplándole atentamente. Los criados parecían estar por todo el castillo (¿acaso ese montón de ruinas informes no era suyo?) y, como las muñecas que habitan una mansión encantada en miniatura, infestaban las estancias, los pasillos y las escaleras. Sylvie con sus trapos y ceras, Renzo con una escoba o dedicado a realizar una misteriosa tarea que requería gran premura… La cocinera invisible acechaba en su cocina como una araña, afanándose sobre los fogones de hierro y frunciendo el ceño ante el desprecio que el recién llegado manifestaba al no comer sus guisos. Y la señora Tienne patrullaba por toda la mansión, llamando con sus nudillos resecos como piñas a todas las puertas, omnipresente incluso en su ausencia.

El coche se estremeció levemente cuando Christian se introdujo en él, listo para salir disparado envuelto en su aroma de gasolina y cuero.

Sarrette lo puso en marcha y se fueron alejando del castillo. Cruzaron el foso sin que Christian viera si estaba lleno de agua o vacío, y se adentraron en los terrenos circundantes.

A la luz del atardecer todo parecía igual. El árbol de lima deforme, las piedras amontonadas sobre la hierba, el ciprés dominando la loma… incluso la pastosa luz blanca era la misma. El tiempo podía muy bien no haberse movido desde la mañana en que había llegado aquí. Christian percibió un manchón de color que no armonizaba con el entorno y vio lo que aparentemente eran los despojos de una liebre a medio devorar. Sintió una leve repugnancia y pensó inmediatamente en el perro de los Lagenay. Pero mientras el coche se alejaba pensó que muy bien podía haber sido meramente un helecho putrefacto cuya forma imitaba la de un animal muerto.

—¿Desea que vayamos a la casa de Claut, señor? —le preguntó bruscamente Sarrette.

—No. Con la plaza del pueblo bastará.

—¿La plaza?

—Sin duda habrá algún tipo de albergue abierto. Puedes esperarme ahí, si estás seguro de que se puede dejar el coche sin que haya problemas.

—No habrá el menor problema, señor. Las propiedades del castillo siempre son respetadas.

—Entonces, a la posada. Toma.

Sarrette, conduciendo con lentitud, no hizo el menor gesto de mirar el dinero ni de aceptarlo.

—No es necesario, señor.

—¿Querrás tomar uno o dos vasos de vino mientras me esperas, no?

—Quizá, señor Dorse, pero ya he recibido un pago adecuado de su agente.

Christian se reclinó nuevamente en su asiento. Los atentos sirvientes de su padre en el hotel, los porteros, los camareros, las doncellas y chóferes de la ciudad…, todos habían estado siempre dispuestos y en realidad ansiosos de recibir propinas. Annelise debía sobornar con frecuencia a su doncella si quería que fuera a buscar verduras frescas al mercado, dándole las monedas suficientes para que se comprara chocolate o maquillaje barato.

Naturalmente, sería un error tratar a la servidumbre del castillo igual que a los sirvientes eternamente pasajeros de la ciudad. Christian meditó sobre las razones de que hubiera cometido tal error, sintiendo una franca curiosidad hacia sí mismo. ¿Había tenido acaso la intención de ofender a Sarrette?

—Te he ofendido —acabó diciendo, con el vago pero ahora consciente deseo de

ahondar en la ofensa.

—En absoluto, señor.

Christian cerró los ojos. Estaba agotado y ni siquiera habían llegado.

—Había una liebre medio devorada unos tres cuartos de kilómetro atrás —dijo.

—Zorros, señor.

—O perros.

—Como usted diga, señor. Debemos tener cuidado y acordarnos de cerrar la puerta principal. A Renzo no le gusta andar por ahí después del crepúsculo.

—¿Quién es la persona más adecuada del pueblo para preguntarle por los Lagenay?

Habían entrado ya en la avenida bordeada de limas, y por entre sus desnudos esqueletos asomaron las grandes verjas y los sabuesos heráldicos que las custodiaban.

Sarrette, como si el hacer penetrar el vehículo en el bosque le absorbiera por completo, no le había contestado.

Christian sonrió, sabiendo que Sarrette le podía ver.

—Qué extraño… haberse convertido en un tabú tan estricto —dijo Christian, tocando el oculto bolsillo que había en el pecho de su manto—. Pero ya le he escrito a Hamel hablándole del tema. Él fue el primero en advertirme sobre esa gente; bien puede responder a mis preguntas. Ya que tú no piensas hacerlo…

El bosque iba ascendiendo alrededor del coche y Christian se dedicó a contemplarlo, consciente sólo del obstinado silencio de Sarrette. La carta era en realidad una mentira. El correo local, consistente en algunos sacos transportados por los trenes que pasaban de vez en cuando, estaba a cargo de Peton, el mozo de cuerda. Cuando llegaba la nieve, el correo se interrumpía con mucha frecuencia, y a Christian no se le había ocurrido ninguna circunstancia que pudiera impulsarle a escribir una carta.

Los árboles lejanos parecían los capiteles de un templo. En los márgenes de la carretera solían crecer juntos hasta casi formar un seto que resultaba virtualmente impenetrable. Sin duda debían de existir sendas y caminos dentro del bosque, pero perderse ahí dentro parecía algo tan natural como ahogarse en el mar. Los baches del camino y los desniveles del terreno le hacían sentirse inseguro y medio mareado, como si el suelo del coche estuviera disolviéndose.

Finalmente la carretera trazó una curva y ante sus ojos apareció la iglesia suspendida en un fantástico equilibrio.

Sarrette condujo el vehículo hasta el centro de la plaza, que estaba desierta. Apagó el motor y saltó ágilmente del coche, rodeándolo y abriendo de par en par la

portezuela de Christian.

—Quizá me necesite como guía, señor Dorse —dijo Sarrette al salir Christian del coche.

—No —dijo Christian, inmóvil, sintiendo cómo el mundo iba asentándose a su alrededor tras el movimiento del vehículo, como la arena amontonándose en el fondo de una botella—. Ve a la posada. O quédate sentado en el coche.

Empezó a alejarse y Sarrette le dijo:

—Tenga cuidado, señor.

Christian se volvió a mirarle y sonrió. Al igual que Renzo había quedado fascinado por el magnetismo de su sonrisa, también Sarrette quedó claramente trastornado ante su mueca satánica. Había algo decididamente malévolo en esos momentos en la persona de Christian Dorse, igual que si fuera un espejo y hubiera empezado a reflejar cierta cualidad de la atmósfera. Pero la imagen de Sarrette junto al coche negro, con su sombrero de copa, igual que un enterrador junto a su carroza fúnebre, era excesivamente perfecta. Christian giró en redondo y se alejó.

La plaza estaba algo inclinada; al igual que la iglesia, ocupaba uno de sus lados. Se acercó al pozo y al monumento, un oscuro obelisco de piedra tallada de un modo extravagante. A su alrededor las callejas de guijarros y tierra batida descendían por la colina hacia una hilera de tejados, en algunos de los cuales humeaban las chimeneas. Distinguió el albergue, atrapado en una callejuela sinuosa: un edificio de madera ennegrecida por el humo del que en cualquier momento se podía esperar que saliera un grupo de hombres vestidos con cotas de malla. A lo lejos resonaron solemnemente los cencerros del ganado. No se veía ni un alma.

Al aproximarse a ella alzó los ojos hacia la iglesia. Estaba recubierta por la misma capa de argamasa blanquecina que tapaba la mayor parte de las casas adyacentes pero parecía mucho más reciente que el resto de ellas, y sus confusas líneas arquitectónicas eran mucho más claras y prosaicas. Primero fue el bosque el que dominó el lugar, después quizás el predecesor de la carretera, un mero ramal de otro camino. Luego el castillo, al que la carretera acabó rindiéndose gracias al soborno y después, bajo la protección del castillo, la posada y el pueblo, como esas conchas marinas que se aferran duramente al casco de las naves. Por último, unos doscientos años antes (no parecía ser más vieja), la iglesia, como algo que se les había ocurrido en el último instante.

En lo alto de la torre se podía ver la campana. El cielo, de un blanco plomizo, se derramaba sobre las ventanas despojándolas de todo posible colorido.

Antiguamente otros edificios debieron dominar el pueblo, inspirando la vieja plaza

que ahora contenía la iglesia.

Haciendo caso omiso del sendero cubierto de grava, abandonó la plaza por una de las calles más angostas, apenas un pasadizo entre dos muros.

No sabía realmente por qué había venido aquí. Quizá fuera un experimento destinado a ver qué sucedía. O quizá fuera simplemente para huir de sus criados. Pero se encontraba tan cansado como si sus miembros estuvieran llenos de serrín… No había nadie en la calleja. Se acercó a una vieja puerta de madera, tan herméticamente cerrada como la tapa de un féretro.

Ya no oía ni tan siquiera los cencerros.

La forja, apareciendo fugazmente detrás de un murete, estaba tan silenciosa y atrancada como esa puerta, y sobre su tejado no se veía ningún parasol de humo.

La calleja terminaba bruscamente en un muladar cuyo hedor sólo se veía atemperado por lo bajo de las temperaturas.

La vida de la ciudad había destilado a Christian; le resultaba muy difícil creer en la realidad arcaica de aquel montón de estiércol, y se apresuró a volver por donde había venido.

Cuando Christian penetró nuevamente en la plaza, Sarrette había desaparecido, posiblemente para ir en busca de la posada, tal y como le había propuesto Christian. El solitario vehículo, antes un símbolo de refugio y abrigo, había adquirido ahora una negrura excesiva para los borrosos tonos invernales del pueblo, como si se hubiera convertido en un objeto de dos dimensiones.

Con Sarrette ausente, todo el lugar parecía vacío a pesar del humo que salía de algunas chimeneas y de las escasas pistas dispersas que lo delataban como habitado: los trozos de una botella marrón esparcidos sobre los guijarros, una azada apoyada en el postigo de una casa…

Todas las ventanas estaban cerradas.

Obviamente el clima les imponía tal medida. Quizá, tan lejos de la civilización, los habitantes del pueblo ni siquiera conocían el cristal para ventanas…

(Se imaginó a Renzo corriendo hacia la aldea apenas apuntaba el alba. Mientras Christian se afeitaba ante el espejo, Renzo hablaba en roncos susurros con los aldeanos, y mientras Sarrette guiaba el coche, cálido y ronroneante como un felino, hasta dejarlo al pie de la terraza, las puertas y los postigos de la aldea se cerraban rápidamente entre una cacofonía de pestillos corridos con premura).

También la puerta de la iglesia estaba cerrada y la habían asegurado con un candado, un objeto bastante fuera de lo normal en tal sitio.

Christian tosió. Se tapó los labios con la mano intentando acallar el ataque de tos

antes de que cobrara fuerzas, y cuando éste cedió se dirigió nuevamente hacia el monumento. Lo examinaría sin prisas y luego se encaminaría sin ninguna premura hacia la posada. Tomaría un vaso del tosco vinagre local y se dedicaría a observar atentamente a Sarrette, poniéndole nervioso.

Mañana Christian haría que Sarrette le llevara hasta la destartalada estación y le diría que subiera el panel que avisaba al tren de que debía detenerse. No hacía falta que los despidiera. Podía irse él.

«Puedo volver a la ciudad. Nada de esto me importa. No tengo razón alguna para quedarme aquí. Ya he visto mi propiedad y la he investigado. Podría venderla. Podría irme a Suiza. Dicen que Suiza es el lugar adecuado. Conos de hielo amontonándose en mis nervios ópticos y en mi corazón, taponándolos hasta detener la hemorragia. Hará casi tanto frío como en esta maldita comarca en pleno invierno, cuando empiece a nevar».

Las formas distorsionadas del obelisco se resistían a su entendimiento, y sólo logró sacar vagamente en claro la imagen de una gárgola que se alzaba en la cima. Le lloraban los ojos y se apartó de la piedra incongruente para mirar de nuevo a la aldea disparatada y vacía de habitantes, tomando luego por la callejuela donde le pareció que estaba la posada.

Una puerta retumbó en el silencio.

Christian miró hacia atrás.

Al principio no vio a nadie y luego distinguió una silueta compuesta de la blanda sombra pizarrosa creada por el día invernal que se recortaba en un agudo contraste sobre la pálida fachada de la iglesia. Quizás hubiera surgido de alguna puerta lateral del edificio, pero Christian no podía saberlo. Los anchos pliegues de tela que la cubrían llegaban hasta el suelo y podían formar tanto la sotana de un cura como las faldas de una beata, ya que el sexo de la figura permanecía en la incertidumbre.

Podía volver sobre sus pasos y encararse con la aparición, intentando hacerse entender, chapoteando en el fango verbal de su dialecto. Pero Christian no tenía muchas ganas de hacerlo. El juego de los interrogatorios ya había sido ensayado y en esos instantes ni siquiera los Lagenay le importaban, ya que su momentáneo interés se había agostado en las conversaciones anteriores.

Se volvió nuevamente hacia la posada y siguió andando. Notó en su pecho la misma leve repugnancia que había sentido al ver el helecho podrido que se parecía a una liebre medio devorada. Otra figura había surgido de modo tan repentino como la primera, igual que el fruto de un conjuro, en el hueco de una puerta situada a unos tres metros de él. Estaba claro que ahora se trataba de una mujer, ya que el oscuro chal

provinciano que le cubría la cabeza dejaba su rostro al descubierto, aunque luego sus pliegues le envolvieran el resto del cuerpo dando la impresión de que carecía de brazos. Y, nuevamente, esa oscuridad inmóvil como de pizarra, igual que si la hubieran garabateado sobre el lienzo de la calle cuando él miraba hacia otro lado.

—Buenos días —le dijo Christian.

Buscó sus ojos con la mirada pero sólo encontró la media luna de su mandíbula que parecía tallada con las sombras creadas por su negra vestimenta.

—Permítame presentarme —dijo Christian—. Soy el propietario actual del castillo.

En esta ocasión logró percibir el movimiento con el tiempo suficiente para reaccionar y vio salir a un hombre de la casa que tenía la azada apoyada en el postigo. El hombre avanzó un par de pasos y luego se convirtió en otro grabado inmóvil.

Christian sintió en los ojos un millar de alfilerazos. Se le estaban llenando de lágrimas y éstas hacían temblar toda la plaza como algo sumergido bajo un estanque. Christian giró en redondo y le hizo una reverencia a la mujer de la puerta.

—Encantado, señora.

Enfiló por la sinuosa calleja en la que estaba la posada y, siguiendo su empinado trazado, acabó casi tropezando con un poste en el que había un letrero negro. El dibujo, enorme y extrañamente inquietante, mostraba dos manos sin cuerpo en las que el dedo índice de la derecha se unía torpemente con el pulgar de la izquierda para formar el sello de la cruz.

Aquel símbolo de todo lo bueno había cobrado de esa forma una inconfundible aura de amenaza. Pero lo más inquietante del letrero era que parecía totalmente nuevo, como si lo hubieran dibujado… esa misma mañana.

Christian tuvo que reconocer que le dominaba el ridículo e inexplicable impulso de salir corriendo, pero la puerta de la posada se encontraba sólo a treinta pasos de distancia. Llegó hasta ella y apretó su mano sobre las tablas, comprendiendo un segundo antes de hacerlo que también esta puerta iba a estar cerrada.

La golpeó una sola vez con el puño, más obedeciendo a una rabieta infantil que a nada en concreto. Acabó apoyándose en la madera, los ojos contemplando como extraviados el anuncio de la posada que colgaba inmóvil sobre su cabeza. La imagen era casi tan extraña como la otra: consistía en un lirio de aspecto vagamente deforme que en nada parecía convenir a una taberna, aunque fuera a una tan atrancada y silenciosa como ésta.

La campana de la iglesia empezó a repicar con un sonido plomizo. La campana de las plagas, las muertes y los entierros…

Libera me, Domine.

De pronto le invadió el ansia devoradora de tener entre los dedos uno de los cigarrillos egipcios que había dejado de fumar en la ciudad el día después de abandonar el conservatorio. El ansia no radicaba tanto en la droga del tabaco como en su imbatible modernidad.

¿Qué estaba ocurriendo? El cielo se había ensombrecido y el callejón era ahora un precipicio de tinieblas en el que se arremolinaban las notas de la campana y el aroma fantasmal de las lilas. La luz se estaba extinguiendo.

El corazón de Christian latía intentando seguir ese ritmo con una dura pulsación que recordaba un adagio fúnebre.

Sí, la muerte sería algo parecido. No era demasiado incómoda. No había dolor y muy pronto el miedo habría desaparecido.

Un trazo negro como el carbón se arrastraba por la calleja, avanzando hacia él como si fuera una blanda bola de nieve oscura, haciéndose cada vez más sombrío a medida que se acercaba… Los ojos de Christian estaban casi cerrados. La puerta de la posada pareció estremecerse. Estaba resbalando por un abismo de años o siglos hasta caer en una sima sin fondo y la bola de oscura nieve rodaba hacia él, agarrándole finalmente por el brazo. Un caballero medieval medio calvo le contemplaba desde su armadura, sus labios bulbosos luchando por hacerse entender.

—Sarrette dice que deseáis mandar una carta a la ciudad, señor.

Christian abrió los ojos y las lágrimas causadas por el frío y la sorpresa corrieron a raudales por su rostro. Peton, el hombre para todo, encargado también de recoger el correo, permanecía inmóvil ante él, la mano extendida a la espera de la inexistente carta dirigida a Hamel.

6
El bosque

—No hay ninguna carta.

—¿Cómo dice, señor?

—Que no hay ninguna carta. Era una fantasía. Una broma que le gasté a Sarrette y que él, aparentemente, se tomó muy en serio.

Peton frunció los labios.

—Ah… —No entendía nada, excepto que Christian no deseaba entregarle la carta —. Estoy autorizado para ello —dijo finalmente Peton—. El tren de mañana se llevará la carta.

Christian sufrió un repentino estremecimiento. Lo que por un segundo le había parecido una cota de malla era meramente el sucio vello rizado de lana que vestía a Peton. Cuando Christian llegó a la estación, hacía ya tres mañanas, Peton ni siquiera le había mirado. Ni una sola vez… Y ahora, con su escaso cabello en desorden, con su aliento cargado del ácido aroma del vino (¿quizás alguna otra posada?), ahí estaba, alzando hacia Christian sus ojos que no pestañeaban jamás.

Por la mente confusa de Christian pasó fugazmente la idea de que las lágrimas originadas por el frío que habían brotado de sus ojos quizás hubieran hecho pensar a Peton que estaba llorando. ¿Debía acaso fingir que le dominaba alguna pena avasalladora? ¿Quizá sería adecuado golpearse la frente con la mano, caer de rodillas y gritar quejándose acerca de la injusticia del azar?

—Háblame de ese letrero —le dijo a Peton, articulando cuidadosamente las palabras—. ¿Qué significa? ¿Qué quieren decir ese pulgar y ese índice que forman con tal torpeza un crucifijo?

Peton desvió los ojos del letrero.

—El Lisinte… no es nada —farfulló—. Aquí la gente está loca, señor, son muy supersticiosos.

—¿Un signo contra el mal de ojo?

Peton asintió con aire inseguro.

Christian lanzó un suspiro y apoyó la cabeza en la puerta de la posada. Peton adelantó al mismo tiempo su cabeza, como si un hilo invisible la uniera a la de Christian.

—Deduzco pues que los Lagenay pueden echar el mal de ojo —dijo Christian, muy consciente de la estupidez de sus palabras.

Peton echó la cabeza hacia atrás y se rió.

—Sí, señor. Es su derecho. Pueden echar el mal de ojo y luego doblarlo.

—Y… ¿dónde podría encontrarles?

Peton se quedó muy quieto, lamiéndose los labios.

—El bosque.

—Eso ya lo sé. ¿Dónde?

—¿El señor desea visitarles?

Christian se quedó inmóvil, los ojos clavados en él. Los ojos de Christian brillaban como si fueran de plata, y Peton fue adquiriendo gradualmente un aspecto de fascinada idiotez, como si se estuviera enamorando.

—Señor, no es usted lo bastante fuerte… —dijo Peton con voz pastosa—, no es lo bastante fuerte para andar tanto.

—¿Qué te hace pensar eso? —le preguntó Christian con suavidad—. Puedo vencerte cualquier día que me plazca, idiota alcoholizado.

Peton se sobresaltó levemente y luego lanzó una risita.

—Venga, señor. Le enseñaré el sendero.

Como había fantaseado antes, estar en el bosque era como encontrarse en el cauce de una gran corriente de agua. Se había levantado un vientecillo cortante que había puesto todo en movimiento: los pinos altos y flacos, sus ramas, las pesadas hileras de sus agujas y como resultado de todo ello incluso la luz que se balanceaba entre los árboles y las sombras. También los sonidos recordaban el agua y, más precisamente, el mar, con su jadeante y pomposo cortejo de olas y mareas.

El frío no lograba eliminar por completo el punzante olor balsámico de los pinos, al igual que las sombras del bosque no lograban ocultar del todo el sendero que, pese a todo, se encontraba en bastante mal estado, un viejo camino que no parecía haber sido turbado por el paso de los hombres desde hacía bastantes meses.

Llevaban andando unos diez minutos. Peton, como muestra de servilismo, llevaba un poco la delantera y de vez en cuando removía obstáculos del camino (una piedra,

una rama caída), despejándolo para Christian igual que si se tratara de un niño delicado y peligrosamente principesco. Al principio cruzaron por el pueblo, ahora nuevamente vacío de toda imagen humana, y rebasaron el coche negro (aún abandonado) para seguir luego por el sendero de gravilla que llevaba al castillo y se internaba entre el bastión de los pinares.

Pero después de aproximadamente medio kilómetro Peton abandonó de repente el sendero y pareció esfumarse entre los prietos troncos de los árboles y la lujuriante maleza, sin que apenas el roce de una rama señalara su paso. Christian, más esbelto y de movimientos más ágiles, encontró mayores impedimentos a la hora de cruzar: las agujas de los pinos y los arbustos, afilados como pinzas de cangrejo, le arañaron cruelmente intentando retenerle. Perdió otro minuto intentando atravesar la espesura de los viejos troncos que parecían formar una retaguardia emboscada junto al sendero, y por fin Peton y él se encontraron perdidos en el mar del bosque, sujetos a sus corrientes regidas por el viento.

El camino brotaba repentinamente del suelo como una torrentera, lo que quizás había sido en tiempos. Durante los primeros instantes le pareció desnudo como una cicatriz pero luego la espesura creció velozmente hasta casi recubrirlo, aunque jamás llegara a hacerlo por completo, oscureciendo el rubio polvo que formaba el suelo del camino.

Peton se detuvo un instante, vacilando, ya que había algo en el camino que aparentemente debía ser apartado. Pero esta vez no se agachó y al acercarse Christian vio que el nuevo obstáculo consistía en dos largos huesos amarillentos, lo bastante grandes como para haber pertenecido a un toro o un caballo. Habían sido cruzados el uno sobre el otro con presurosa torpeza, pero su significado, aunque poco sutil, era de lo más evidente.

—Bien, señor… —dijo Peton.

—¿Bien?

—Bien, a partir de aquí debe seguir solo.

—Creí que tú serías el guía.

—A partir de aquí no hace falta ningún guía. Siga el camino y luego sígala a ella para volver. Ella le conducirá.

—¿Adónde?

—Adonde me ha pedido ir.

—¿Los Lagenay viven junto al camino?

—Sí —dijo Peton, la mirada clavada en los huesos.

—¿No me acompañarás más lejos? Pensé que eras valiente, Peton. ¿Se están

acabando los efectos del vino? Venga, acompáñame. Cuando volvamos al pueblo te compraré otra botella.

—Siga usted solo. Eso era lo acordado; esto no es para mí.

Peton, la mirada aún clavada en los huesos, se apartó ceremoniosamente de ellos y se alejó de Christian, caminando con gran precaución, sin salirse nunca del sendero.

Christian le dio la espalda, irritado por tales bufonadas y pese a todo sintiendo cierta desagradable excitación que no lograba precisar. Al pasar sobre los huesos pisó salvajemente uno de ellos con el talón. Pero el hueso no se rompió y ni siquiera logró moverlo de su sitio.

—Señor… —dijo Peton de repente. Parecía estar ya algo lejos. Christian no volvió la cabeza pero se quedó inmóvil, esperando—. Señor —repitió Peton—, el cielo aún está iluminado. Pero le queda menos de una hora, señor.

Christian aguardó un poco más pero no oyó nada y se puso nuevamente en marcha.

¿Menos de una hora? Hasta el crepúsculo, seguramente. Estaba claro que el bosque, de noche, una masa de oscuridad perdida entre las tinieblas que iría haciendo cada vez más opresivo su abrazo, resultaría poco amistoso…, excepto para un nativo del lugar.

«¿Por qué estoy aquí? ¿Qué estoy haciendo? Ando persiguiendo a una tribu de seres miserables e infrahumanos que ni siquiera los lastimosos habitantes de la aldea son capaces de aceptar».

De nuevo le asaltó la imagen que le había divertido de modo tan amargo…, toscos y babeantes idiotas con cuchillos, azadas y un maltrecho mosquetón.

No, esto no guardaba ninguna relación con su fantasía. Las balconadas rocosas y los valles del bosque alzándose bruscamente a su alrededor resultaban invisibles desde el sendero. Los árboles que le rodeaban se movían incesantemente y olas de claroscuro bañaban el paisaje. Todo el país parecía estremecerse bajo los efectos de un terremoto, y se acordó del efecto idéntico que producía la vela en la cocina del castillo cuando Sylvie, con su camisón desabrochado, hablaba melosa al perro que aguardaba bajo la ventana. El perro de los Lagenay…

«Estoy solo y perdido en el bosque. Exactamente tal y como me previno Hamel, con todo su melodrama, rogándome que evitara esta situación».

El infortunio parecía atraerle igual que la cápsula diminuta escondida en su equipaje. La necesidad de prever…

Pero a medida que seguía avanzando, siguiendo el camino tan fielmente como lo habría hecho Peton (naturalmente, el sendero estaba embrujado y perder la ruta

significaba extraviarse para siempre en el bosque), algo le hizo meter la mano en el bolsillo oculto de su manto y extraer de él la carta de Hamel, que había metido ahí como si hubiera imaginado ese mismo instante.

Desplegó el papel mientras seguía andando, y las sucesivas olas de luz y tinieblas fluyeron sobre él mientras iba leyendo los párrafos bajo la fugitiva claridad de los pinares.

Igual que antes: la legalidad, el afinador de pianos, el aspecto financiero, sus mejores deseos.

Christian llegó a las últimas líneas y las leyó.

Se detuvo bruscamente, como si se hubiera convertido en una piedra más en mitad del sendero. Alzó la mano involuntariamente para sostener el peso inexistente de la página y la leyó por segunda vez.

«… En cuanto a los límites de la propiedad del castillo, es ciertamente lamentable que existan unos pocos documentos concordantes o que pudieran ser mantenidos ante un tribunal. Toda la tierra de los alrededores era, en tiempos medievales, propiedad del Señor, y sobre eso no hay demasiadas dudas, pero en estos momentos ni existe la jurisdicción adecuada ni, estoy seguro de ello, el deseo por su parte de imponer tal voluntad sobre los habitantes de la zona. Sin embargo, no se plantearía ningún problema en cuanto a los derechos de caza ni tampoco si deseara usted disponer cepos en los bosques, naturalmente. Mi intención al exponerle tal faceta de los asuntos concernientes a la propiedad no es causarle ningún tipo de confusión innecesaria, sino prevenirle sobre cualquier tipo de reclamaciones sin fundamento que pudieran llegar a serle planteadas temerariamente».

Christian permaneció inmóvil, la mirada clavada en el papel. Una idea cruzó velozmente su cerebro: la servidumbre del castillo había robado la carta para copiarla después, omitiendo a propósito la advertencia original sobre los Lagenay. No, era algo demasiado fantasioso. ¿Dónde habrían podido conseguir el papel exclusivo de Hamel, su máquina de escribir que siempre marcaba mal la letra «e» (algo que Christian ya había notado con anterioridad) y la barroca firma detrás de la que el señor Hamel ocultaba su auténtica personalidad como si se escondiera tras un seto de zarzales?

No, no era una copia. Se trataba de la carta original.

¿Dónde se encontraban pues esas palabras que habían hecho pensar inevitablemente a Christian en el sendero hechizado del bosque? Esas palabras que, leídas a la vacilante luz del fuego esa primera noche, decían así:

«Los Lagenay… cualquier derecho que puedan pretender sobre la propiedad… hipotético… no salga del castillo sin que alguien le acompañe».

Tenía la impresión de que en una extraña noche de insomnio en aquel salón, cuando era un extraño perdido en su casa aún desconocida, lo había concebido todo: como si se tratara de una alucinación, todo había sido fruto de su fantasía.

Los delirios de la enfermedad.

Pero ¿de dónde había sacado el nombre de los Lagenay para que encajara tan cruda y adecuadamente en sus fantasías? ¿Quizás el murmullo de un criado oído en su inconsciencia? ¿Sería posible que se tratara de alguna observación de Hamel a la que no había prestado atención en la ciudad pero que, una vez aquí, había surgido nuevamente para obsesionarle? O quizá se tratara simplemente de otra palabra que su mente soñolienta y cansada había interpretado mal…, una increíble coincidencia. Sintió que de pronto le dominaba un cansancio insoportable. No bastaba con que su talento le abandonara como la sangre que brota de una herida y que su vida fuera a partirse como una rama seca: además, debía de volverse loco. No se le iba a permitir que conservara ni siquiera una brizna de amor propio o autoconfianza.

No sabía qué hacer. ¿Debía seguir andando, debía volver o, más sencillamente, tumbarse en el suelo y no hacer nada?

Mientras permanecía inmóvil, perdido en ese estado mental nebuloso, gradualmente le empezó a parecer que le observaban. Su piel se erizó como ante el roce suave de una pluma, sus músculos se envararon y sus ojos, que habían dejado de molestarle, empezaron nuevamente a lagrimear. Miró hacia arriba, sorprendido, y por tercera vez en ese día le dominó una mezcla de asombro y repugnancia.

Una cicuta enorme y de tronco retorcido se alzaba entre los pinos que había junto al sendero, y apoyada en ese árbol primigenio se hallaba una silueta masculina. No había estado ahí cuando Christian se detuvo y sus movimientos no habían producido el menor sonido…, como si fuera un animal del bosque.

No tendría más de veinticinco o veintiséis años, lo cual se deducía básicamente de su constitución física, ya que había algo mucho más juvenil, casi adolescente, en la primera impresión que producía. Quizá la total inmovilidad en que se hallaba sugería un contradictorio elemento de ancianidad: una inmovilidad tal que hacía pensar más bien en la calma y el silencio de los vegetales, como si hubiera brotado del suelo junto al árbol en el que se apoyaba.

Bañado por las oleadas de sombra y luz que caían del cielo y eliminaban todos los colores de la atmósfera, le dio la impresión de haber sido dibujado en blanco y negro. Fríos tonos grises, una gélida pincelada marrón…, palidez y tinieblas.

Christian, que había dejado de mirar la carta para contemplar la repentina aparición, se encontraba inquieto. Algo debía de ocupar el limbo desierto de sus

pensamientos y, con algo parecido a la ira, abandonó el sendero para encaminarse directamente hacia la figura inmóvil. Y ésta no fue a su encuentro ni retrocedió, ni siquiera efectuó esos movimientos nerviosos y casi automáticos de los miembros y la cabeza con que alguien se prepara para enfrentarse a un recién llegado.

Cuando Christian se hallaba a unos dos metros de él se detuvo. En ese instante ya habían aparecido los colores y las texturas. La tela, de un marrón grisáceo, se había oscurecido, pasando a un segundo plano en contraste con un rostro blanco como el invierno. La cabellera que le cubría los hombros había estallado repentinamente en una aureola de matices leonados que recordaban los frutos y las hojas quemadas por el otoño, un color que ya no existía en el bosque perenne que les rodeaba. Los ojos eran muy grandes, azulados como el fantasma de una humareda, y había algo extraño en ellos…

Los ojos eran la única parte de la silueta que parecía dotada de movimiento y fueron ellos los encargados de ejecutar una extraña y despectiva especie de reverencia: los párpados cayeron por un segundo para alzarse casi inmediatamente como si fueran dos postigos blancos; el párpado izquierdo era un poco más ancho que su compañero, lo que quizás explicara ese algo extraño e incalificable que había en su mirada.

—¿Por dónde se va a la casa de los Lagenay? —preguntó Christian.

Era casi un desafío ritual, una formalidad inevitable. En una situación tal no podía admitirse el error.

—¿Los Lagenay? —dijo el joven, alzando las cejas al mismo tiempo que su boca pronunciaba las palabras. Hablaba en tono seco y sin ningún acento identificable a primera vista—. Nadie visita nunca a los Lagenay.

—Eso he oído en el castillo. ¿Por qué provocáis tales odios?

—¿Nosotros? —En el bello rostro empezó a nacer una sonrisa. Los labios se entreabrieron revelando una delgada hilera de dientes relucientes. Los ojos seguían siendo perezosos y soñadores—. ¿Soy yo un Lagenay, entonces?

—¿Lo eres? Sí, creo que sí…

—Oh, muy inteligente. Me pregunto… ¿qué me habrá delatado?

El enfrentamiento estaba produciendo en Christian la extraña emoción que había imaginado de antemano. Ya no dudaba y el aire había dejado de ser frío, ahora temblaba con un latido electrizante. Una vibración galvánica procedente del suelo le hacía temblar los huesos. ¿Qué era? Quizá se tratara meramente del aura producida por la incertidumbre y el peligro, algo que la criatura plantada ante él parecía encarnar más allá de toda medida posible. Una rama bastarda del castillo, con toda probabilidad… La tez, los rasgos, el modo de moverse y hablar…, nada de todo eso

pertenecía al pueblo, y menos aún la precisión del lenguaje y la dicción. Quizás hubiera tenido un maestro procedente de la ciudad y ahora se dedicaba a vagar por el bosque ataviado con pieles de zorro y de conejo, como una criatura surgida de un libro infantil. Ahora mismo se estaba quitando un guante, dejando al descubierto una mano cuya extremada pequeñez desde la muñeca hasta los nudillos quedaba luego desmentida por la delicada delgadez de los dedos. Sus uñas espatuladas parecían salidas de un pésimo melodrama: estaban formadas por una gruesa cutícula rojiza que se iba desvaneciendo a medida que se confundían con la piel de un modo que ninguna uña humana habría sido capaz de imitar. Eran ostentosamente naturales, si es que esa palabra se le podía aplicar a semejante criatura, y con esa mano el miembro de los Lagenay empezó a pellizcar suavemente el cuello de su manto. No se trataba de un gesto inquieto o nervioso: había sido muy obviamente imaginado para exhibir esa mano y obtener de ella el máximo efecto emocional.

Christian contempló las uñas rojizas y luego clavó la mirada nuevamente en el rostro sonriente e inclasificable.

Y sintió que la emoción iba penetrando todo su ser, eliminando todo lo demás como un vino embriagador. Era casi tan potente como el hambre o el sexo.

—Creo que tenéis un par de perros —dijo Christian.

—¿Perros? ¿Eso dicen en tu castillo?

—Si sois prudentes será mejor que los mantengáis alejados de mi tierra.

—¿Tu tierra?

—A no ser que deseéis ver cómo les pegan un tiro.

El Lagenay se rió con un gruñido ronco y suave.

Entonces ocurrió algo asombroso. No pareció moverse y sin embargo lo hizo: ahora se encontraba en otro lugar…, más cerca. Extendió la mano de la que se había quitado el guante y la posó delicadamente sobre el hombro de Christian.

—Oh —dijo—, me gustaría que lo intentaras. Desearía que intentaras dispararle a mis dos perros.

Su talla era idéntica a la de Christian y de pronto sus ojos se hallaban al mismo nivel, separados apenas por unos centímetros. Era como contemplar una masa brillante porque ya no había dos iris separados sino que la cuenca de un ojo se confundía con la del otro saltando limpiamente el puente formado por la nariz.

—Por cierto —dijo él—, la otra noche me divertí mucho. Es poco frecuente oír una interpretación tan poderosa de Rachmaninov aquí…, en la Estigia.

La mano posada en el hombro de Christian cerró ligeramente su presa, sugiriendo levemente una fracción de la fuerza que podía ejercer, y luego la criatura se esfumó

para materializarse a unos tres o cuatro metros de distancia. Se había movido con un salto grácil y carente de todo esfuerzo, como el de una gran bestia de presa.

Christian, sin alterarse, se limpió lentamente el hombro en un gesto decididamente insultante. Intentó mirarle pero las partes más negras del bosque estaban empezando a vencer en su eterno combate con la luz. Las formas se desvanecían… o se convertían en otras muy distintas.

—Confío en que mi advertencia será recordada —le dijo Christian cordialmente al bosque.

—Confío en que también la mía lo será —dijo una voz seca que brotó de la espesura—. Será mejor que volváis, mi señor. Antes de que se ponga el sol…, antes de que oscurezca.

Las siluetas de los pinos parecían retorcerse para dejarle pasar como si estuvieran hechas de humo.

Acabó desapareciendo y Christian se encontró solo en el bosque. Y de repente tuvo mucho frío, como si todo su cuerpo se embotara. Se volvió para buscar el camino que había abandonado y sintió que una garra le cosquilleaba la garganta.

Tuvo que recorrer un cierto trecho antes de comprender que en esos momentos ya tendría que haber encontrado su objetivo. Ya fuera culpa de la luz que se esfumaba, ya se debiera a un fallo de su mente, el camino hechizado había desaparecido.

7
El diablo

No era el sol el que parecía hundirse hacia el horizonte: era como si todo el cielo descendiera para tocar las puntas de los árboles. Una capa de tinieblas aguardaba el momento de sumergir el bosque. Los escasos rayos de luz que aún brillaban a través del ramaje fueron volviéndose cada vez más pálidos y finalmente murieron. Con un vasto e inaudible suspiro el mundo se ennegreció.

Christian no había logrado encontrar el menor rastro del sendero. No estaba asustado, pero la fútil idiotez de toda la situación hacía que las manos le temblaran de ira.

Toda su excitación anterior había desaparecido. Tosiendo intermitentemente y sintiéndose cada vez más agotado, había empezado a dirigirse hacia donde creía que debía hallarse el camino, buscando cualquier brecha entre los árboles capaz de indicarle el modo de volver al sendero de gravilla.

No era sorprendente que el brusco avance del ocaso hubiera borrado el poco claro trazo del sendero. No, no era nada raro pero a medida que se iba abriendo paso a tientas entre las tinieblas, rodeándose el cuerpo con brazos temblorosos para protegerse del frío, en su rostro se dibujó una rígida sonrisa de odio: odio hacia todo lo que le rodeaba: la oscuridad, el bosque, el muchacho con el que había hablado…, él mismo.

Hacía un frío espantoso. Cada bocanada de aire era como una nueva forma de tortura.

Y, de modo inevitable, se le ocurrió que si después de todo el párrafo de advertencia en la carta había sido una alucinación, ¿por qué no también el camino? ¿Por qué no Peton, guiándole hacia el bosque? ¿Por qué no la criatura inmóvil bajo la cicuta?

Se agarró a una rama, tosiendo hasta sentir náuseas. Cuando por fin pudo volver a respirar se quedó allí y luego se agazapó entre las ramas, sintiendo el aroma sombrío

de la resina que le recordaba, como hijo de la civilización que era, Navidades lejanas y la verde maravilla de los pinos arrancados del suelo y llevados hasta muy lejos para morir cubiertos de guirnaldas junto a las chimeneas.

«Santo Dios, ¿qué estoy haciendo aquí? Tengo que levantarme. El sendero estará en esa dirección… probablemente».

Podía abrirse paso a través de ese amasijo desnudo y palpitante de árboles navideños. Podía dominarlos, al igual que lo había hecho Peton. Era sólo la noche la causa de que el bosque pareciera tan inextricable, como un laberinto en el que una vez habías entrado deberías perderte para siempre sin poder huir.

¿Se habría apartado quizá por completo del camino de gravilla? (Debía recordar esos precipicios que había visto desde el coche y tener cuidado con ellos).

¿Estaría andando en círculos? Los árboles, una muralla ciega que le rodeaba por completo, no podían ofrecerle ninguna pista al respecto. Ahora ni siquiera poseían una forma concreta; ahora eran simplemente *oscuridad*.

Algo se movió con un crujido entre la espesura a su derecha. Christian le envidió la seguridad de sus movimientos, lo poco complicado de su misión y sus esperanzas.

De pronto se metió en un espeso matorral espinoso y se encontró aplastado contra una masa erizada de púas y garras diamantinas que parecían tan grandes como columnas. Y mientras tenía lugar esta muda lucha entre él y los árboles, de lo más hondo del bosque surgió, como brotando de un pozo espantosamente profundo, el terrible y prolongado aullido de un perro.

Era un sonido realmente espantoso: alguna distorsión causada por la distancia o la acústica del bosque lo hacía a la vez más potente y mucho menos soportable que cualquier ruido similar que hubiera oído antes.

Atrapado entre los espinos como el animal de un sacrificio, Christian se quedó inmóvil dejando que el sonido fuera desvaneciéndose de sus oídos y su mente, esperando silenciosamente que se repitiera…, como así ocurrió.

¿Uno de los sabuesos de los Lagenay? Pero ¿era posible que un sonido tal brotara de las fauces de un perro?

Diable chasse avec des chiens…, el diablo caza con perros.

El proverbio, surgido de pronto en su mente consciente, tuvo por efecto sobresaltarle de un modo impreciso pues las terminaciones nerviosas que habían reaccionado al aullido del perro eran muy, muy rudimentarias.

Christian sonrió con un dolorido disgusto y reemprendió su duelo con el matorral. Ahora se le ocurría otra idea, ésta macabramente absurda. Vio en su mente al muchacho con el que se había encontrado una media hora antes del crepúsculo

echando hacia atrás su fuerte cuello, con su cabellera color barro cocido convertida en ébano por las tinieblas, separando sus pálidos labios para dejar al descubierto unos dientes aún más pálidos, aullando por los oratorios y galerías del bosque.

Algo cedió en la barrera que le aprisionaba, dejando el espacio suficiente para que el cuerpo de Christian pudiera pasar. Había atravesado una de las muchas pieles del bosque y estuvo a punto de caer pero logró sostenerse antes de tocar el suelo. Permaneció allí suspendido, aferrándose a las ramas quebradizas con sus manos y medio esperando encontrar delante de él un abismo. Pero en vez de eso contempló un débil resplandor fantasmal más allá de los troncos, como los bancos de neblina que se ciernen sobre los ríos. Mientras luchaba por erguirse se dio cuenta repentinamente, como si todas sus percepciones hubieran sufrido una brusca mutación, de que ese luminoso banco de neblina era la pálida grava que formaba el sendero.

El comprenderlo bastó para hacer que luchara con renovada violencia, al igual que un nadador desesperado hace un último esfuerzo para alcanzar la orilla. Tardó unos instantes en librarse de los pinos que le retenían y pisó la gravilla, sintiendo que todo su cuerpo se estremecía siguiendo el ritmo de su respiración jadeante, como el corredor que acaba de realizar una larga prueba.

Una parca cosecha de estrellas iluminaba el camino. Significaban que había llegado por fin a tierras conocidas pero al mismo tiempo recortaban sin piedad la escena nocturna convirtiéndola en un paisaje estéril, solitario y desolado. Aquel lugar no era especialmente amable con los forasteros.

No había vuelto a oír ningún grito en el bosque.

Christian empezó a recorrer el sendero y sintió que nuevamente recobraba el sentido de la orientación. Sí, se encontraba un poco por encima del pueblo e iba bien para acabar divisando las puertas del castillo. Quizá Sarrette estuviera esperándole en la plaza. Pero antes Sarrette había dejado abandonado el coche para esconderse en alguna posada fantasmal…, que esperara.

Si andaba en dirección opuesta, yendo hacia el castillo, no debería tardar mucho en llegar. Quizá sólo fuera cuestión de unos quince minutos, aunque cuesta arriba… Sólo al pensar en ello Christian tuvo una sensación, ya familiar, de quedarse súbitamente sin fuerzas. Tenía la impresión de que no podría dar ni un paso más pero ya estaba acostumbrado a esos bruscos desfallecimientos de su ánimo y energías. Hizo caso omiso de tales impresiones y empezó a seguir el camino bajo la parca luz de las estrellas.

Sus pisadas resonaban fuertemente sobre la gravilla.

En parte el ruido no le importaba. Sabía que era vulnerable, una criatura frágil que

avanzaba sobre la pálida superficie del sendero sin nada que la escondiera o que pudiera servirle de protección. Así pues, como era lógico, se dedicó a imaginar los posibles ataques a los cuales debiera enfrentarse.

¿Qué encuentros podían suponer una amenaza? ¿Otro Lagenay? ¿O quizás el modelo original? Si Christian había soñado la primera advertencia, la segunda, claramente personal, iba implícita en todo lo dicho. Curiosamente, el muchacho se le había dirigido con el arcaico título feudal: *Seigneur*, señor… Qué rico caudal de malevolencia había contenido ese término de obediencia y respeto.

El bosque era aún más oscuro que el cielo. Ahora permanecía inmóvil y callado, pues el viento había muerto junto con el sol: estaba tan quieto como si se esforzara en permanecer inmóvil, reteniendo el aliento, manteniendo en reserva un poder colosal e inimaginable. Pese a todo, de vez en cuando, por encima del estruendo de sus pisadas lograba oír un leve crujido áspero entre la maleza o el roce de los pináculos oscuros de los árboles sobre su cabeza…, algún animal que se movía o una remota ráfaga de aire.

Al principio no halló nada inquietante en tales sonidos. Sólo el silencio le resultaba repugnante, como si estuviera ofreciéndose un recipiente vacío para que otro sonido mucho más espantoso lo colmara. Y en el delicado abanico de sonidos apagados que oía había uno, el más delicado de todos, que no parecía variar. Empezó a notarlo cuando llevaba unos cinco minutos andando por el sendero, como si fuera una armonía musical que iba construyéndose a sí misma. Consistía en una serie de chasquidos, como breves pinceladas que fueran impregnando no los árboles o la maleza sino el camino que él iba dejando atrás.

Con la impresión de estar viviendo una pesadilla tan abrumadora que casi le resultaba divertida, Christian se detuvo y se volvió a mirar.

La primera vez no vio nada, aunque los leves sonidos cesaron en seguida, como obedeciendo a una señal oculta.

El sendero giraba siguiendo la curva del bosque, perdiéndose de vista en dirección al pueblo, todavía invisible. La superficie de gravilla estaba vacía. Pero la noche carente de luna parecía irse acumulando en sus ojos, nublando su visión en ese modo peculiar que a veces suele anunciar un desmayo.

Christian vaciló sólo un segundo y luego se encaró nuevamente hacia su meta invisible y continuó avanzando.

Pero las pinceladas casi musicales resonaron otra vez a su espalda.

Diable chasse avec des chiens…

La ridícula estupidez de su situación se le apareció con toda claridad. Pero había

estado en desventaja desde el principio pues en realidad nunca había creído en el perro aunque lo hubiera visto. Ni siquiera después de que el bosque hubiera estado a punto de quebrarse en mil pedazos con su aullido. Y ni siquiera ahora…

Giró en redondo y detrás de él había un trecho del camino que seguía vacío. Y después de ese trecho vacío… ahí estaba.

Parecía el centro de la noche, como si la superficie negra y plana de la oscuridad se hubiera vertido dentro de él para formar su esbelto cuerpo y su alargada cabeza. Y entonces aparecieron los ojos, como dos surtidores verdosos de gas.

Se encontraba a unos cuarenta pasos de él. Pero esa distancia no significaba nada.

Sería salvaje y probablemente estaría al borde de la inanición. Viviendo en la desolación del bosque era posible, además, que estuviera enfermo y medio loco.

Estaba solo frente a él, perdido entre el bosque y el cielo. Sin armas, sin ningún lugar donde cobijarse.

—Cristo te maldiga, sucia y apestosa bestia —susurró.

Y, pese a todo, no podía decir que tuviera miedo. Le dominaba el impulso casi incontenible de atacar al perro o de salir huyendo, gritando como un loco, pero no estaba demasiado seguro de si tales impulsos eran fruto del terror o de alguna extraordinaria emoción más que primitiva para la cual el mundo corriente carecía de nombre.

Entonces el perro dio un paso lento y casi cortés hacia él y Christian pensó en cómo treparía a un árbol, si lograra llegar hasta uno de ellos y si tuviera la agilidad necesaria. Y no pudo reprimir un ataque de carcajadas en las que no había la menor alegría sincera y a la risa siguió una gélida oleada de horror.

No echó a correr, pues con eso no haría sino incitar al animal a que le persiguiera. Pero apenas Christian se movió el perro inició una especie de galopada fantasmal, medio trote medio salto. Vio cómo se le venía encima y corrió quizás una docena de pasos antes de sentir nuevamente el impulso irresistible de girar y enfrentarse con él.

Y le vio saltar como si estuviera volando y se oyó lanzar un alarido indefenso como si no fuera él quien gritara, sino otra persona que estuviera muy lejos.

El animal cayó sobre él como si lloviera del cielo, como si pesara una tonelada, como un dardo que le atravesara el pecho. Sintió que caía con aquel peso enorme sobre él y la grava se estrelló en su espalda y su nuca. El rostro hermoso de algo que estaba mucho más allá del mal permanecía suspendido muy cerca del suyo. Unas fauces más grandes de lo que podían abarcar sus ojos relucían unos doce o trece centímetros sobre él. Y entonces llegó el terror, y Christian supo en qué consistía. El terror era sensual. Exigía la redención incondicional, el tumulto incontrolable de los

miembros, el aullido sin palabras. El paroxismo… Un orgasmo de muerte agónica bajo el cálido cuerpo de este amante implacable.

Christian se dio cuenta de que se protegía el cuello con el brazo izquierdo. Lanzó su brazo derecho hacia adelante y el golpe explotó contra la máscara bestial que tenía encima, haciéndola apartarse a un lado.

Christian golpeó de nuevo y en su interior hirvió una emoción primigenia, un miedo o una rabia insuperables que le hicieron erguirse aun contra su voluntad, con los dientes apretados y los ojos fuera de sus órbitas. Y cuando sus dos manos aferraron el cuello peludo del animal, de su garganta surgió un sonido que se hallaba a muchos centenares de años en el futuro.

Un relámpago amarillo cegó los ojos de Christian, paralizándole. La criatura que había agarrado se arrancó de entre sus dedos y el calor y la presión de su cuerpo se esfumaron como un viento cálido.

Christian permaneció tendido, inmóvil, tapándose los ojos con el brazo.

—Señor…, señor…, venga al coche, de prisa, entre.

Sarrette estaba inclinado sobre él con su ridículo sombrero de copa encuadrado en los haces luminosos de los faros. El coche estaba detenido a menos de un metro de distancia.

Christian logró sentarse. Era incapaz de hacer nada más.

—Ayúdame —le ordenó a Sarrette.

Y éste obedeció, levantándole casi a la fuerza, logrando llevarle hasta el coche y meterle dentro de él.

Sarrette se instaló a toda prisa delante y puso la primera, haciendo rugir el ronroneante motor. El vehículo avanzó con una fuerte sacudida.

—Escapó —dijo Christian—. El coche debió de asustarle.

—Sí, señor. Me acerqué todo lo que pude. Le he estado buscando por todo el camino.

Christian tosió. Era una mera formalidad. Su cuerpo carecía de solidez y sus músculos eran una masa de líquidos. Y, pese a todo, qué afilada era la hoja vital que se había introducido en él; le parecía estar ardiendo, incapaz de estarse quieto, demasiado débil para soportar el temblor y los retumbantes latidos de su corazón que le hacían oscilar de un lado a otro.

—¿Está herido, señor?

—No.

—Era un perro, señor. Algunas de las granjas tienen bestias similares. No es muy aconsejable viajar a pie de noche.

Christian empezó a blasfemar de un modo delicado y preciso; una ristra de obscenidades que eran casi una plegaria. Y mientras rezaba de ese modo su debilidad fue esfumándose.

Sarrette no dijo nada más.

Los haces luminosos de los faros barrieron los perros de piedra que bordeaban el sendero y luego se desparramaron sobre la maltrecha muralla del castillo.

8
El banquete

La señora Tienne permanecía inmóvil ante la chimenea con las manos cruzadas sobre el delantal.

—La mujer ha vuelto a la aldea —dijo.

Se refería a la cocinera que habían tenido contratada. En realidad quería decir: el señor ha comido tan poco durante los tres días que lleva en el castillo, devolviendo a la cocina los platos que le habían sido preparados sin prácticamente tocarlos, ignorando la costumbre de comer y cenar como si ésta no hubiera sido aún inventada…

—Entonces, señora, será mejor que se ocupe de tal asunto.

Sus ojos centellearon levemente, igual que antes.

Christian estaba reclinado en el sillón, observándola atentamente, con la copa de *brandy* un poco inclinada entre sus dedos en una postura descuidada… sus propiedades, tanto licor como copa, para derramarlo o romperla si tal le placía. Pero su mano no temblaba ni una fracción de milímetro.

—¿Le satisfará al señor cenar a las nueve? De otro modo sería imposible preparar las cosas a su gusto.

—Oh, sí, me satisfará mucho. Eso me da un par de horas para examinar este lugar, ¿no? Aún no lo he visto realmente. ¿Sería tan amable de darme las llaves? Y mande a Renzo con una lamparilla de aceite. Supongo que no habrá gas en todas las habitaciones.

Su rostro que parecía una suave almendra sin cáscara, los labios delgados que se dirían incrustados en la almendra, los ojos inmóviles hechos de serpentina…, nada cambió. Habría sido fácil confundirla con un cadáver embalsamado.

—Hay partes del castillo que son muy antiguas, señor. Existen escaleras muy angostas, pasadizos… El viejo patio se encuentra en bastante mal estado. Aun con una lamparilla no es muy seguro andar de noche por ahí.

—Un anochecer de lo más arriesgado. ¿Le contó Sarrette mi aventura con el perro?

—Sí, señor.

—Señora, ¿cree usted que debo ponerles un pleito?

—Señor, resultaría muy difícil probar quién es el propietario. Hay tres o cuatro granjas en la zona, bastante apartadas del bosque, y todas tienen perros.

—Muy bien —dijo Christian. Le sonrió, utilizando esa brillante y afilada navaja de encanto personal que tenía sobre él un efecto tan excitante como sobre aquellos que la recibían—. No tengo ninguna jurisdicción fuera de las puertas del castillo. Pero dentro de ellas, señora…, hará usted lo que le he dicho, ¿no? Tome las disposiciones necesarias para servir la cena en el gran salón. Renzo con una lamparilla… y las llaves.

—Muy bien, señor. (A mí no podrá encantarme, señor).

Se puso en pie y tomó las llaves de entre sus dedos una vez que ella las hubo soltado del anillo. Cuando la señora Tienne se marchó, Christian se volvió lentamente, contemplando la estancia como si no la hubiera visto antes. Quizá no la había visto, ya que todo parecía sutilmente cambiado. Sus reacciones a lo ocurrido en el bosque se habían desvanecido, y lo único que permanecía inmutable era la nueva fuerza vital que notaba en su interior: hambre, sed, la despierta curiosidad de alguien que había sido en tiempos y que ahora ya no era.

«Sí…, ¿quién eres?».

Sus ojos se habían desviado hacia uno de los espejos y éste le había devuelto su propia imagen desde las profundidades de su ojo dorado. Como siempre sucedía, el verse le había dejado paralizado, como si aún no estuviera acostumbrado a contemplar ese delgado y brillante guante de carne que le contenía. Se acercó lentamente al espejo, casi hipnotizado pero nada repelido esta vez por lo que veía. Qué extraño…, qué extraño resultaba vivir dentro de ese recipiente de células. (Sintió el fantasioso deseo de entrar en contacto consigo mismo a través del cristal y apoyó su mano sobre la mano de su reflejo). Ah, qué extraña era esa enfermedad que le mataba y al mismo tiempo parecía eliminar de su piel y su pelo toda impureza, otorgándoles el fino y brillante satinado de la porcelana. Y esos ojos tan claros, como dos seres vivos que hubieran decidido cobijarse en su cabeza… Apoyó su frente sobre la frente del espejo, como solía hacer de niño, y en esa posición repasó mentalmente la carta de Hamel y el párrafo que no estaba seguro de haber leído o soñado…, aunque eso ya no le importaba. Y cuando pensó en el duro y pesado cuerpo de la bestia aplastándole, no sintió el menor asombro ni inquietud al notar que en su interior despertaba el aguijón

del sexo, como el agua que sube de nivel hasta llenar una jarra.

Después de un minuto aproximadamente oyó que Renzo entraba en la otra habitación y una nueva nota de color cruzó la superficie del espejo: el destello de una lamparilla de aceite.

Christian se volvió, dejando que la luz bañara su rostro de tonos dorados.

El muchacho no osó mirarle a los ojos.

—¿Debo acompañarle, señor?

—No.

No. Este banquete debía ser devorado sin compañero alguno. Antes no había sentido la inclinación de paladearlo, tal era su indiferencia. Y ahora… ¿qué le impulsaba? ¿Quizás esa cabeza alargada suspendida sobre la suya, quizá los mechones de pelo que había aferrado entre los dedos, sintiendo bajo ellos la dura superficie de los tendones?

Llevaba la luz en una mano y la copa llena en la otra. El detallado plano de Hamel, el pasaporte de Christian para entrar en el país prohibido de su mansión, sobresalía de su bolsillo: lo sacaba de vez en cuando para examinarlo y luego volvía a guardarlo con cuidado, como un documento sagrado.

El mapa estaba cubierto con garabatos: datos históricos y fechas, cosas que a Christian no le interesaban. Tampoco le interesaba realmente ninguno de los artículos contenidos en el castillo: todo aquello que iba encontrando, todo el paisaje de cuartos y pasillos que atravesaba, le parecía un maremágnum sin sentido. Un inventario: estancias que parecían grutas enormes repletas de muebles a los que los trapos contra el polvo que los cubrían despojaban de toda personalidad; escalinatas talladas; grandes vigas sumergidas en el agua inmóvil de las negras alturas. Las partes más viejas del castillo parecían retroceder en el tiempo como si cayeran por una cascada. Las torres eran meros injertos de piedra y argamasa medio en ruinas. Había ventanales muy angostos que parecían haber sido enterrados vivos en sus marcos: en uno de ellos descansaba aún la osamenta de un pajarillo al que un vendaval había arrastrado y que luego no había logrado salir, muriendo de tanto golpearse contra el grueso cristal grisáceo. Cortinas de telarañas, encajes de cera que colgaban de candelabros semejantes a enormes arañas formando collares en el techo. Los escalones bajaban en un remolino vertiginoso hasta el oscuro infierno de los sótanos, ascendiendo luego hasta muros cegados en los que habían fenecido las viejas balconadas y se acumulaban los cuartos tapiados.

Incluso allí donde la decadencia no era tan aparente todo parecía descuidado, pues

tal había sido el trato recibido: las habitaciones habían sido atrancadas o, aunque estuvieran abiertas, no eran cuidadas por la servidumbre, y ni las voces ni el paso de los seres humanos turbaban su silencio.

Se encontró en una galería con ventanales desde la que podía contemplar el viejo patio. Era mucho más pequeño que el otro de la cocina y yacía como una cisterna de tinieblas en el fondo de cuatro pétreos muros. En el más alejado había una puerta de hierro labrado sobre la que crecían espesos nudos de yedra y que llevaba a otro rincón fantasmagórico del jardín, ya que al otro lado se distinguían vagamente las deformidades retorcidas de los tejos. Un viejo pozo parecía sostener el centro del patio, provisto de un tejadillo y un ancho petril en el que debieron alinearse antes cubos y cacerolas. Pero el pozo llevaba mucho tiempo sin usarse y el manantial que había dejado, una vez desviado, pasaba por los tanques de la casa, una obra de ingeniería que había sido ordenada y llevada a cabo en los tiempos de su abuelo.

Mientras contemplaba el patio, Christian tuvo el leve impulso de entrar en él, pese a que no sentía el menor tipo de relación con su pasado o su presente. Sería fácil localizar una entrada y encajar en su cerradura alguna de las llaves que tenía. Jugueteó durante unos instantes con esa fantasía, viéndose vagabundear por el patio, arrancando grandes puñados de yedra y cruzando la puerta de hierro para entrar en ese misterioso jardín sin visitantes donde la noche anterior había visto a Sylvie moviéndose como un cuervo negro y blanco. Y el perro, el perro del bosque, avanzando con su rápido trote hasta cruzar la entrada de la propiedad, moviéndose como una sombra por el lugar, precedido siempre por sus ojos verdes…

Sí, pensar en el perro le estimulaba. El perro, que era o podía llegar a ser la muerte… ¿Era esa misma extraña lujuria la que había impulsado a la chica?

Con una solemne ternura, el ver el dorado coñac contenido en la copa le hizo preguntarse si el perro…, mejor aún, si la mismísima muerte eran reales. Apartó finalmente los ojos del patio y, tras consultar nuevamente el plano de Hamel, empezó a moverse en círculos que le llevarían otra vez a la parte habitada del castillo.

Se daba cuenta de que su paseo no le había familiarizado mucho con su propiedad y menos aún con sus antepasados, así como tampoco con eso que estaba tan de moda, sus raíces. Recordó que hacía mucho tiempo mencionaba el castillo, años antes de que pudiera siquiera soñar en verlo, y que se refería a su abuelo («Mi abuelo…») como si se tratara de una figura histórica carente de importancia que nada tenía que ver con él. No le había visto jamás, naturalmente. Y ahora tenía que enfrentarse a sus sentimientos para con la mansión, pues la mansión era también como el bosque: pétreas arboledas, escalinatas como abismos, vigas que parecían troncos, techos

lejanos como cielos cargados de nubarrones… Y el volver hacia las partes de la casa que habían sido exploradas, domadas y despojadas de su maleza era como volver a un campamento en mitad del bosque y al acogedor refugio de su hoguera. Protegido por el brillo del *brandy* y la luz de su lamparilla, el forastero podía atravesar el lugar sin sufrir ningún peligro, pues por esta vez nadie le había seguido. Pero la seguridad y las comodidades eran meras ilusiones.

Por lo tanto, carecía de importancia el que siguiera ignorando si había agua en el foso al igual que no conocía su auténtica estructura, sus piedras miliares o sus secretos. Podía desdeñar la pesada tarea del descubrimiento con una carcajada, aliviado al descubrir que era del todo imposible llevarla a cabo. Para él no tenía el menor significado ya que no se consideraba heredero de nada.

Abandonó lo arcaico para entrar en la modernidad a través de uno de los pasadizos que más parecían gusaneras y cruzó la entrada a la sala de música para detenerse unos momentos, vacilante. Los sones de un piano vagaban por el bosque y la melodía era como un dardo atravesando las sombras de su frente. Pero sentía un hambre feroz, ese apetito enloquecido que a veces le asaltaba. Siguió andando.

Todas las lámparas del gran salón estaban encendidas y parecían hacerle señas desde sus cavidades, y cuando llegó al final de las gráciles piruetas, casi de bailarina, que le imponía la curvatura de la gran escalinata, se encontró con que también las dos grandes chimeneas habían sido encendidas. Sus luces constelaban la rojiza mesa de caoba ataviada con su complicado aderezo de cristal y plata, puntuando los candelabros y reflejándose en la portilla de cristal, manipulando una y otra vez los rayos de luz hasta dar finalmente con uno de un azul casi insoportable.

Renzo estaba ya sirviendo el vino, algo nervioso, siguiendo indudablemente las instrucciones de la señora Tienne.

Apenas dieron las nueve los platos empezaron a materializarse sobre la mesa.

Christian había meditado largo tiempo sobre cómo se las arreglaría la señora Tienne, ahora que sólo tenía una muchacha para ayudarla. Mas aparentemente se habían hecho ciertos preparativos antes de que la cocinera invisible se despidiera. Sopa y paté, un ragú, pollo asado con guarnición, cada uno de los platos principales asistido a su vez por tres o cuatro diversiones, una marmórea pirámide de quesos, mazapán y frutas secas que habían sido traídas de la ciudad, dado que aún no era temporada.

Ni siquiera su feroz apetito podía dar cuenta de todo, aunque no hizo precisamente los honores que se le debían a tal despliegue. Para él se trataba sólo de un revoltijo de olores, sabores y texturas que debía ser devorado de modo tan metódico como

desprovisto de estética.

Comió como un niño de diez u once años que se hubiera pasado la jornada corriendo, montando a caballo, boxeando, peleándose violentamente en algún callejón olvidado sin probar ni un bocado en todo el día. Ésa era la forma en que se le aparecía su apetito cada vez que despertaba.

Renzo iba y venía con el vino, encargándose también de llevarse los platos, tarea en la que le ayudaba Sylvie, que los iba colocando entre los candelabros y la cristalería: el movimiento de sus manos y la lenta oscilación de su cuello, que parecía el de una serpiente, empezaron a cobrar para Christian una cualidad casi hipnótica.

A medida que su apetito se iba adormeciendo, ya más calmado, Christian se dedicó a observar sus movimientos huidizos. Clavaba la mirada en su cuello y en sus dedos, no perdía de vista los planos siempre cambiantes de su rostro y el tosco peinado que recogía su pelo y atrapaba la luz en un interminable resbalar de reflejos, como si estuviera mojado. Sí, esa ramera campesina y él compartían algo…, el perro. Él había deseado que le hablara del perro.

Cada movimiento de su cuerpo se hacía provocativo, pese a no ser particularmente gracioso, porque prometía alguna especie de oscura revelación. Era como una muñeca animada detrás de la que se ocultaba alguna otra criatura que se movía como un rayo logrando escapar siempre a quien intentara distinguirla y que, pese a todo, daba la impresión de estar a punto de exhibirse sin pudor. Algo le hizo recordar el breve sueño que había tenido el primer día en el salón: la muchacha rubia con los brazos cruzados en un ademán de protección sobre su blanca garganta. Había algo perversamente erótico en ese recuerdo, igual que en Sylvie.

Dos botellas de vino habían sido ya vaciadas y el *brandy* había vuelto nuevamente a la mesa.

En momentos como ése lo cierto es que no lograba reconocerse en sus actos, y ésa era la mayor alegría de tales momentos.

La señora Tienne no había vuelto a reaparecer y Renzo había salido de la estancia a toda prisa. La muchacha se inclinó para sustituir una vela que agonizaba en el candelabro de plata. Tenía los labios ligeramente entreabiertos, como si deseara inhalar el humo de la cera.

—Sylvie…

Su cuerpo se envaró, la mirada clavada en la nada.

—Vuélvete hacia aquí, Sylvie.

Ella obedeció lentamente y su mirada subió, aún más lentamente, hasta clavarse en su rostro. Sus ojos eran como medias lunas, pues los párpados estaban muy bajos,

como si estuviera cansada. No pudo sino recordar los blancos párpados del joven en el bosque, el Lagenay. Quizá todo fuera una fantasía de Christian, que veía en su postura una deliberada provocación: la cabeza inclinada a un lado, los labios entreabiertos, la mirada soñolienta…

Señaló con un gesto la botella del *brandy*.

—¿Ves eso?

—Sí, señor.

—Dentro de un cuarto de hora, llévalo al dormitorio.

Un silencio.

—Supongo que me has oído —dijo.

—Sí, señor.

Dejó abiertas todas las puertas de separación y acudió a la sala de música que albergaba al vampiro y pasó la mano por su negro y bestial caparazón, acariciando sus dientes color hueso.

Le faltaba mucho para estar bebido. Se instaló ante el piano y empezó a golpear sus teclas, lanzando rayos de Liszt desde el piano a través de toda la estancia, dardos brillantes y arpegios implacables que explotaban en el negro corredor, una música nacida para ser devorada igual que los manjares del banquete. Y cuando se apagó la luz y el estruendo de esos fuegos artificiales, recurrió a Chopin, sintiendo una deliciosa y letal ironía en su alma. La desesperación del preludio número veinticuatro atravesó los muros y él sintió cómo sus rumores y murmullos se introducían por entre las piedras. Y muy pronto el glorioso horror de la muerte, el último y definitivo de los libertinajes, cubrió todo lo que le rodeaba. Medio ahogándose entre las últimas exhalaciones del preludio se imaginó la torpe figura de la muchacha, primero en la escalera y luego en el dormitorio, cada vez más rara y exótica, mágicamente ataviada con su túnica de vida.

Sacó un último acorde del piano, una improvisación, como si estuviera abofeteando el rostro muerto de Chopin. (Hacía mucho que el vampiro había chupado toda esa sangre). Luego se puso en pie y se alejó del instrumento, abandonando la sala de música para recorrer el pasillo que llevaba a sus aposentos.

La débil llama del gas ardía en el dormitorio.

Sylvie estaba de pie junto a la mesita en la que había dejado la botella y la copa. El fuego acariciaba las facetas del cristal y recorría con destellos no tan cuidadosos los rasgos de la muchacha. Pero aun así Sylvie cobraba un aspecto idealizado, como esas

pinturas de la escuela flamenca en las que se distinguía la desnudez de una mujer bañada por el fuego o el brillo oleoso de una vela o una lamparilla de aceite y que habían adornado siempre las paredes del hotel paterno. También sus ojos tenían ese aspecto pulido y reluciente: al parecer ya no había lágrimas en ellos y sus manos habían dejado de temblar.

Christian cogió la botella y llenó la copa. Sylvie no reaccionó en modo alguno ante su proximidad o sus actos.

—¿Te has enterado de lo del perro? —le preguntó. No obtuvo ninguna respuesta —. El perro de los Lagenay, el que me atacó… —dijo. Sus párpados se movieron un poco—. ¿No te doy pena? —Extendió la mano, rodeándole el rostro con los dedos—. ¿No te da pena saber que me atacó un perro?

—No, señor —articuló ella con toda claridad, el cuerpo envarado.

Él retiró suavemente la mano, dejando que su cabeza volviera a la posición original, y tomó un leve sorbo de *brandy*.

—Pues debería dártela. Dentro de unos meses, cuando hayas hecho una buena boda con algún granjero local, o cuando te encuentres en la ciudad llevando medias rosas…, yo habré muerto.

Ella rió, lanzando un breve ladrido lleno de burla y desprecio que a Christian le resultó de lo más interesante. Le hizo alzar la mano y le puso entre los dedos la copa de *brandy*.

—Bebe.

—Emborracharme no cambiará las cosas —dijo ella. Pero aceptó la copa y se la bebió toda. Probablemente llevaban años saqueando la bodega—. El señor me dijo que no sería necesario…, que no me lo exigiría.

—He cambiado de opinión. Ahora te lo exijo.

—Es la sangre quien lo exige —dijo ella con una sonrisa hueca llena de ira hacia todo y hacia nada en concreto.

Y volvió a llenar la copa hasta el borde y se la bebió de un trago, como si fuera leche.

9
La seducción

Le gustaba. Era como un juego indefinible y elusivo. Las mujeres solían acudir a él llenas de ansiedad, hablándole de un modo sofisticado y melodramático. Pero esta mujer se le escapaba constantemente y a cada uno de sus gestos huidizos se la encontraba más cercana. Bebía el excelente *brandy* como si fuera una medicina capaz de protegerla. Una esclava llena de resentimiento…, una mujer electrizante.

—Suéltate el pelo —le dijo, retrocediendo un paso, la mirada clavada en ella, y cuando Sylvie le obedeció, sus rasgos toscos y sencillos iluminados por una ausencia total de emociones, cada leve gesto de sus dedos, sus brazos y su torso pareció resonar apagadamente en el cuerpo de Christian.

Su cabellera cobró vida como si fuera un torrente: al soltarse el último prendedor Christian creyó oír un chasquido de electricidad estática. Luego, sin que él se lo dijera, Sylvie empezó a desabotonar su uniforme de criada, quitándoselo con un movimiento sinuoso, para proseguir luego con las nada sutiles capas de su ropa interior que se fue quitando una a una, como si estuviera desenvolviendo el papel protector de un regalo que era ella misma. Pero toda esa exhibición era meramente funcional, algo que debía hacerse. El feo corsé había dejado sus acostumbradas señales sobre la carne pero a diferencia de otras mujeres que antes habían emergido ante él de sus espesuras de encaje y cintas, ella se las ofrecía con una especie de provocativo desinterés, sin intentar ocultarlas.

Su piel desnuda tenía la espesa tonalidad blanca de la cuajada. El fuego lamía dubitativamente su cuerpo como si intentara describírselo una y otra vez. Christian se encontraba atrapado en un letargo que le hipnotizaba y le hacía incapaz de moverse. No tuvo que decirle nada pues Sylvie se le acercó atravesando la escasa distancia que les separaba, momentáneamente duplicada por el espejo del vestidor ante el que pasó. Ella le miró. Estaba sonriendo y era una sonrisa en la que no había ninguna amistad, así como tampoco ningún deseo de gustar o provocar. Se le acercó como si quisiera

hacerle daño con el opaco esplendor de su carne y la negra mirra de sus cabellos, medio oculta por las sombras que se movían como hojas bajo el viento a lo largo de su cuerpo a cada reflejo cambiante del fuego.

—Te gusta, ¿verdad? —le dijo—. ¿Quieres que te lo dé?

Eran las mismas palabras con que se había dirigido al perro. Una oleada de un punzante placer casi insoportable se alzó en su interior. Las manos de ella le tocaron y el tacto de esos dedos le dijo que tenía la experiencia necesaria como para haber mentido antes, al oponer resistencia a lo que le pedía. Él dejó que sus manos se llenaran con su cuerpo. La extraña lucha había empezado y cada uno de los contrincantes intentó fundirse o abrirse paso a través de los átomos del otro.

Cuando la penetró, Sylvie estaba tendida sobre la alfombra con la cabeza arqueada hacia atrás, la boca abierta en un grito silencioso, alargando los brazos para atraerle hacia ella.

Al principio para él sólo hubo violencia, la avalancha de su cuerpo que se agitaba y los dos brazos frenéticos que le aferraban y tiraban de él en tanto que el rostro de Sylvie oscilaba sobre el telón de su cabellera. El deseo la había vuelto horrible pero también muy hermosa, como si estuviera poseída por demonios. A cada golpe, a cada movimiento él iba penetrando más y más en el terreno de su cuerpo, acercándose cada vez más al momento culminante en que la razón dejaría de existir.

Y entonces, tan inexorable como la marea, la razón empezó a volver. Como si una gélida marejada brotara del suelo fue cubriendo su cuerpo, haciéndole sentir la aspereza de la alfombra, el tacto de su carne y el retumbar de su pulso que de pronto, como un reloj estropeado, empezó a vacilar. Se encontró observándola atentamente mientras ella gemía y se agitaba bajo él, tomando cuidadosa nota de cada espasmo como si fuera un objeto que debía clasificar y analizar. No le importaba, era como un científico y Sylvie su experimento, alguien a quien estaba torturando hasta la muerte.

Cuando ella se quedó repentinamente inmóvil, atónita, él se halló montado sobre una gigantesca ola de vacío, con su columna vertebral aún estúpidamente arqueada para sufrir un éxtasis que ya no era creíble ni alcanzable.

Quizá fuera una justa represalia, alguna maldición nativa.

Era muy divertido.

Pegó el rostro al suelo, sintiendo el calor del fuego en su espalda, en silencio, oyendo como ella se ponía en pie y se iba vistiendo.

Sí. Una broma. El ansioso señor feudal y la muchacha reluctante…, una violación que terminaba con la muchacha saciada y el hombre engañado por su propio cuerpo. La culminación de todo banquete posible, de todo festín imaginable (el terror, la

piedra, la comida, la música…, la lujuria), que resultaba finalmente no ser más que una torre en ruinas. Quizás a partir de ahora fracasara siempre ante esas exigencias febriles de su enfermedad, quizás el oscuro bosque le había marcado con la maldición de la impotencia. Desear eternamente, no conseguir nunca la satisfacción de ese deseo…, igual que en algún cuento antiguo.

Oyó cómo la puerta se cerraba quedamente e imaginó su rostro, vacío de toda expresión, como si hasta sus rasgos se hubieran borrado ante la conmoción y los rugidos del paroxismo. Se quedó dormido en el suelo, el cuerpo apretado contra la dureza implacable de la piedra.

En el sueño era Annelise la que se aferraba a él, sus enaguas aplastadas por su cuerpo: habían tenido demasiada prisa y ella no había tenido tiempo para desnudarse, y mientras él arremetía ciegamente, como si quisiera hacer pedazos los huesos de su pelvis, ella no paraba de gritar aunque sus gritos sonaban muy lejanos, como si procedieran de un jardín helado bajo la cortante luz de las estrellas invernales.

A la mañana siguiente Renzo no apareció con el agua caliente para el baño. Tampoco hubo ninguna bandeja con pastas, confitura y café. El mecanismo del hotel elegante se había estropeado.

El cielo parecía hinchado y gris tras las ventanas. Todo el paisaje se había vuelto gris; el lejano confín del bosque parecía agitarse como el humo. No se movía ni una rama de los tejos, no había el menor murmullo del viento. Sarrette, sin el sombrero, con su eterno aspecto militar, patrullaba alrededor de la vieja torre hasta que finalmente se desvaneció entre el laberinto de los setos, negros y descuidados.

El seco golpeteo de los nudillos de la señora Tienne sobre la puerta era inconfundible.

Christian fue hasta la puerta, la abrió y se la quedó mirando. Estaba desnudo bajo el batín de terciopelo pero quizás ella no estuviera desnuda ni bajo su espesa coraza de ropa.

—Señor, disculpe que le moleste. Me he tomado la libertad de hacer venir al doctor Claut. Sarrette irá en el coche a buscarle. Hemos tenido ciertos…, ciertos problemas.

—¿Qué clase de problemas?

—Será mejor que lo vea usted mismo, señor.

Se echó a un lado y Christian salió al pasillo. Ella le siguió mientras se dirigía a la escalera, como un pastor controlando a su rebaño. Cuando él vaciló, mirando hacia el salón, ella se aproximó un poco y le señaló con el dedo el bulto que yacía sobre la mesa, allí donde había cenado a las nueve de la noche anterior.

—¿Qué es?

—Ha sucedido un accidente horrible, señor.

Christian bajó la escalera y la señora Tienne le siguió, casi pegada a sus talones. A cada peldaño oía los extáticos alaridos de Annelise y pensó en la muy conocida anécdota del niño al que le habían hecho despertar, aterrado, gritos similares que procedían del lecho paterno, esos ruidos de placer que tan idénticos eran a los del dolor.

El bulto de la mesa estaba cubierto por una tela blanca. Una sábana, quizá, cogida a toda prisa de los armarios que guardaban la ropa limpia. La tela no permitía adivinar los contornos de lo que cubría.

Christian sabía muy bien que la mujer esperaba, en silencio, a que él inspeccionara lo que había bajo la sábana. Al llegar al último peldaño se detuvo.

—Échele una mirada, señor, por favor.

Annelise gritando rítmicamente en un jardín lejano.

—¿Se refiere a la sábana?

—Sí, señor.

—Dígame…, ¿qué hay debajo?

—Prefiero que lo vea usted mismo, señor.

Christian avanzó hacia el bulto con un solo paso perfectamente medido, la mano ya extendida para echar a un lado los pliegues de la tela. Ya había visto la sangre antes, un día en el conservatorio. Era un día caliente de verano en el que había tenido lugar una discusión y al tocar el piano poseído por la rabia de pronto la tos que ya empezaba a torturarle, sin ningún aviso previo, manchó las teclas con un chorro de sangre. En aquel entonces fue incapaz de creerlo. Se inclinó sobre el teclado y tocó las gotas de sangre, apretándose el pañuelo sobre la boca. A la revelación le acompañaba un acre sabor metálico, pero apenas si había dolor; era algo tan fácil que le habría resultado muy sencillo ignorarlo.

Christian echó a un lado la sábana.

Una ola de resplandor acuoso le sumergió: la luz azulada de la mañana derramándose a través de la portilla de cristal, hiriendo en una lluvia de reflejos cegadores la cubertería de plata.

Se volvió en redondo y la señora Tienne le dijo:

—Sylvie, señor… Me temo que se le había metido en la cabeza huir con toda esa cubertería, llevándose todo lo que fuera capaz de transportar, aprovechando el silencio nocturno.

—¿Una ladrona? —dijo.

Sylvie, retorciéndose bajo él a medida que su propia carne se iba derrumbando y aflojándose. Sylvie, la ramera…, la ladrona.

—Lamentable, señor. Un plan ridículo. ¿Dónde podría haber ido…? Pero naturalmente no llegó muy lejos, sólo hasta el patio de la cocina. Es terrible, señor. Hay que encontrar al animal y matarlo.

—¿El animal?

—El perro salvaje, señor.

Un chorro de aire frío golpeó a Christian haciéndole volverse de nuevo, esta vez para encontrarse con que la puerta de la terraza había sido abierta.

Renzo estaba en el umbral, sosteniendo orgullosamente uno de los zapatos de Sylvie.

—Lo encontró Sarrette —dijo—; estaba debajo de los árboles.

—Vuelve a la cocina —le ordenó con brusquedad la señora Tienne, avanzando hacia él cual si flotara—. ¿Cómo te atreves a entrar por esta puerta?

El rostro de Renzo, rojo y congestionado, pareció derrumbarse igual que un edificio envuelto en una nube de polvo.

—Lo siento, señora…

Seguía aferrando entre sus dedos el zapato del que colgaban los fragmentos deshilachados de una media. De pronto gruesas costras de sangre coagulada cayeron del zapato y de los dedos que lo sostenían para llover sobre las losas del suelo.

SEGUNDA PARTE
Enfants perdus

10
El funeral

Como ocurría de vez en cuando, uno de los estudiantes del conservatorio se había quitado la vida y Christian, aunque apenas si conocía al suicida, había recibido una invitación al funeral. Mientras permanecía inmóvil bajo la lluvia primaveral, con los elegantes caballos negros adornados con penachos a un lado, viendo humear los paraguas agitados por el viento, había hecho solemnemente el voto de que el siguiente funeral al que asistiría sería el suyo. Como broma había resultado ser extremadamente infortunada; ya que se había convertido más bien en una profecía. Y pese a todo aquí estaba ahora, siguiendo a otro féretro que no era el suyo, camino de su agujero en la tierra. Pero esta vez no llovía, se trataba de otro día pálido y seco de invierno, con el cielo cubierto cerniéndose sobre el paisaje y bruscas ráfagas de viento cortante. Tampoco había ninguna elegancia en el cortejo y esta vez, dado que él era señor del castillo, no había sido necesario invitarle.

Pensó en abandonar inmediatamente el castillo. Sí, esta vez lo había decidido. El doctor, tan invisible como la cocinera, había venido para desaparecer luego y no hubo ninguna representación de la ley. Acudieron algunos hombres que entraron por la puerta de la cocina, habiendo cruzado antes el patio para subir por la escalera. Supuso que se trataría de meros mozos de cuerda, ya que habían traído con ellos una carreta y un ataúd de madera. Luego una observación casual de Renzo, que parecía dominado por una orgullosa histeria ante la catástrofe, le había dejado claro que al menos dos de esos hombres eran parientes de la muerta. Christian sintió una extraña sorpresa al enterarse de que su padre y su hermano habían vivido en la aldea. Al igual que muchos niños había sido enviada a la ciudad para que estudiara y luego, en vez de eso, traída de vuelta para que entrara en el castillo. El borracho había desaparecido de escena entre orgías de ebriedad y el nuevo propietario había llegado. Sylvie tenía dieciséis años cuando se agitaba bajo su cuerpo en la alfombra, dieciséis años cuando los colmillos de la bestia se habían encontrado a través de su garganta como si ésta no

existiera. Sarrette, siempre tan marcial, hinchando el pecho como si fuera un pavo real, le dio las gracias a Christian en nombre de los parientes de Sylvie por haberles permitido que recogieran sus cosas. Aparentemente eran demasiado tímidos como para atreverse a hacerlo en persona.

Después de que se hubieran llevado el cuerpo en la carreta, la enorme mansión volvió a hundirse en el silencio, totalmente indiferente, como alguien que se acomoda de nuevo en un sofá.

—¿Cuándo será el entierro? —le preguntó Christian a Sarrette.

—Mañana, señor.

—¿Es costumbre que sea tan… rápido?

—Algunas veces sí.

Probablemente no quedaba gran cosa por meter dentro del ataúd. Christian había oído la incoherente descripción de Renzo aunque no había visto el cuerpo con sus propios ojos. Aunque, naturalmente, lo había visto con su imaginación y ello había bastado para hacerle vomitar. En una aldea tan pequeña no habría nadie que supiera cómo arreglar un poco el cadáver o disimular lo que le faltaba. El ataúd estaría cerrado y lo meterían a toda prisa en la fosa. Era probable que su muerte quedara registrada en la miserable delegación que la ley mantuviera por los alrededores y quizás algún funcionario de la ciudad examinara el documento para descartarlo en seguida pues, ¿quién desearía viajar tan lejos para realizar una investigación? El informe de Claut, dijese lo que dijera, sería considerado suficiente y el asunto sería primero pospuesto para el futuro y luego convenientemente olvidado.

—Su padre, el hermano… —dijo Christian—. ¿Qué piensan hacer?

—¿Hacer, señor?

—Sobre el maldito perro…

—¿Qué pueden hacer, señor?

—Dios mío —dijo Christian—. ¿Tan mal andan las cosas aquí? Pues pegarle un tiro a ese animal del diablo antes de que pueda hacer más daño… —Pero mientras pronunciaba tales palabras vio a Sylvie bailando de noche ante la ventana tras la que se veía el oscuro jardín. Una seductora, ¿de qué otro modo llamarla? Algo le hizo estremecerse, igual que antes le había hecho sentir ira ante la apatía de la aldea. Entonces pensó en quedarse más tiempo. Quizá fuera su *culpabilidad*—. Esos Lagenay —añadió Christian— deben ser apresados y llevados ante un magistrado. Si no aquí, entonces en la ciudad. Y los dos perros deben ser eliminados. Podrían estar rabiosos, por el amor de Dios…

—Sí, señor —dijo Sarrette, cortésmente inmóvil, y luego añadió—: ¿Necesitará el

coche, señor Dorse?

—Lo necesitaré mañana —dijo Christian—, cuando asista al funeral.

Sarrette tuvo al fin una reacción y un rostro humano pareció asomar débilmente a través de su máscara de compostura. Era un rostro inexpresivo y tozudo.

—Creo que no debería ir, señor. Se trata de gente sin educación, señor.

—Ya lo sé. La Estigia…

«Aquí, en la Estigia, rara vez se oye tocar con tal vigor a Rachmaninov», le había dicho el joven bajo la cicuta.

—Y su modo de tratar tales asuntos…

—Supongo que le cortan el cuello a una gallina y luego la dejan desangrarse sobre la tumba.

—No exactamente, señor. Pero usted…, usted es forastero.

—¿Y es posible que no sea bienvenido? Estoy seguro de que así ocurrirá, eso ya me lo dijeron ayer con mucha claridad. Con tu ayuda, claro. De todos modos soy el propietario de este montón de piedras y si al señor se le mete en la cabeza honrar con su asistencia el entierro de una sirvienta, no pueden impedírmelo. Explícaselo de ese modo. Son aún lo bastante medievales como para prescindir de la policía y eso me convierte en la única ley del lugar.

Sarrette no parecía muy convencido pero sus ojos habían adquirido un brillo opaco, como si hubiera visto algo que no le gustaba nada. Estaba familiarizado con la aldea aunque no hubiera nacido en ella y no sentía gran aprobación hacia los reyes que se mezclaban en los rituales cotidianos de sus reinos.

—Bien —se dispuso a replicar—, yo diría que…

Christian había palidecido con una furia que no era totalmente fingida y dio salida a esa furia, ya fuese para olvidar lo que le atormentaba o para recordárselo con mayor firmeza. Su puño, que en tiempos había tratado con mucho mayor cuidado, se estrelló sobre la superficie de la mesa cuyos adornos, obedientemente, tintinearon con gran ruido.

—No dirás ni una palabra más. Quiero que tengas el coche dispuesto mañana con el tiempo suficiente. Es decir…

—El servicio fúnebre empezará a las once, señor.

—Entonces, a las once menos veinte. Oh, Sarrette, y también…

—¿Sí, señor?

—Supongo que en este laberinto habrá un cuarto de armas de caza. No recuerdo haberlo visto pero es posible que se me pasara por alto la puerta. Si alguna de esas armas funciona quiero que tú o Renzo tengáis dispuestas un par para mí. Y quiero que

estén cargadas.

Sarrette le miró fijamente, con una expresión nada amistosa.

—Hay armas. Me ocuparé de ello.

Christian se dio la vuelta con una media sonrisa amarga. Jamás había usado un arma pese a los enérgicos esfuerzos de su padre para enseñarle a ello. Ni los pájaros multicolores colgados de las vigas ni los ciervos con las entrañas al descubierto habían resultado suficientes como inspiración. Y pese a ello cuando imaginaba a la bestia saltando sobre él en la oscuridad, sintiendo la cálida presión de su cuerpo, le parecía notar en sus manos la esbelta culata del arma y la sacudida del proyectil al salir del cañón. Fueran cuales fuesen las imágenes (perversas, fálicas o vengativas), coexistían sin problemas y el rostro hierático de Sarrette, con la mirada llena de un aborrecimiento contenido, le revelaba que para el chófer también esos símbolos existían con idéntica fuerza.

Pero Sylvie, la pobre y estúpida Sylvie, ¿estaba acaso en algún lugar de esta inextricable jungla de impulsos? ¿Había estado alguna vez en ella?

Mientras se aproximaban la campana rasgaba con su repicar el aire plomizo. Pero Sarrette había conducido más despacio que nunca y llegaban con retraso. Christian no le dijo que fuera más de prisa porque en el último instante le había invadido un extraño temor. El pensar en la iglesia gélida y envarada, el aliento humeante del cortejo, los rituales del incienso y el dolor que rodearía a la herida abierta en el suelo…, todo eso le daba pavor.

La campana dejó de sonar justo cuando entraron en la plaza. El lugar estaba igual que antes, con sus negros suaves y sus blancos apagados, pero en esta ocasión había gente, un desfile continuo de siluetas que entraban por la puerta abierta de la iglesia.

El coche se detuvo y Christian bajó de él, dirigiéndose hacia la iglesia con la premonición de la claustrofobia oprimiéndole. Un inmenso silencio parecía fluir del umbral y, al cruzarlo, con la inevitable sensación de que una masa líquida se cernía sobre su cabeza, se dio cuenta de que el interior de la iglesia estaba repleto y que todo el mundo se había puesto en pie. Aparentemente toda la aldea había acudido para despedir a su niña perdida.

Las ventanas, que desde fuera no tenían color alguno, dejaban entrar en la iglesia aguzadas escaleras de luz pero sus tonos eran como enfermizos, sin que pudieran distinguirse en ellos los ricos carmines, esmeraldas y zafiros por los que tan famosas eran las vidrieras antiguas. La pátina de esta luz procedía de una era en la que el

secreto del color había sido perdido o rechazado. Las imágenes tenían todas igualmente un aspecto pálido y borroso, salvo la Virgen María envuelta en velos que había junto al púlpito, con los brazos cargados de lirios.

Pese a las ventanas la iglesia estaba casi a oscuras, como si estuviera realmente llena de agua. Las velas ardían solitarias en los nichos y la lámpara votiva del altar, como el farol en la proa de un buque a punto de hundirse, parecía estar cada vez más lejos.

Percibió confusamente una multitud de gruesos pilares de piedra y un techo que se estaba preparando para derrumbarse y aplastar con su peso tanto a los pilares como a la gente.

Dado que casi todo el mundo estaba de pie, el número de reclinatorios debía de ser muy escaso y estarían en la parte delantera. Christian, que se había colocado en la última zona, se dispuso a soportar la ceremonia, algo aliviado ante la proximidad de la salida.

Pero de pronto la puerta se cerró a su espalda con un tremendo estrépito y unas sombras aún más oscuras inundaron la iglesia. ¿Quién podría huir de una trampa semejante?

Por el rabillo del ojo distinguió vagamente algo blanco y supo con ello que entre la multitud una cabeza se había vuelto a mirarle. Cuando él la miró no encontró nada de particular en ella: era como el rostro de un dibujo inacabado, una mera sugestión creada por la luz y la sombra. Y entonces muchos de esos rostros inacabados empezaron a volverse, uno a uno, como obedeciendo a una señal telepática, como las hojas arrastradas por el viento para acabar revelando la superficie grisácea de las piedras, un interminable desfile de hojas inextinguibles.

Al principio el pueblo no le había hecho caso y luego le había rehuido. Ahora el pueblo le observaba. Sintió que algo se contraía dentro de él, en su corazón o entre las costillas. Quizá fuera esa vaga sensación de culpabilidad. Había representado a la perfección su papel en la violación de la muchacha y ella, impulsada por motivos oscuros, había robado los cubiertos de plata de la mansión y había salido corriendo para toparse con la muerte entre las tinieblas. Visto a cierto nivel irracional, todo era culpa suya y la tempestad de rostros grises e inacabados parecía indicar que lo sabían. Quizás, incluso, que le estaban juzgando.

Daría la vuelta y saldría de la iglesia. La puerta se abriría, naturalmente, ya que no estaba cerrada.

Pero no se movió y después de un momento el gentío empezó a cambiar de posición. Necesitó varios segundos para entender que se estaban apartando, abriendo

un pasillo para él. No deseaba utilizarlo, naturalmente, pero el camino parecía imposible de rehuir. Le cedían cortésmente el paso, como en el teatro ante la llegada de una celebridad, para que pudiera dirigirse hasta los reclinatorios de la parte delantera, los que estaban junto al púlpito y el ataúd.

«Esto es una estupidez». Pero empezó a moverse hacia adelante.

Estaba seguro de que todos los reclinatorios habrían sido ocupados pero, al parecer, no era así. La multitud siguió abriéndole paso y la luz del altar fue haciéndose más fuerte. Había llegado a la parte delantera de la iglesia e involuntariamente levantó la cabeza con algo parecido a un respingo de sorpresa, porque no había ni un solo reclinatorio. Sólo una gran silla de pesada madera tallada, que debería tener como cuatro siglos de antigüedad.

La silla del señor, sin duda. Una costumbre muy extraña, casi insultante en su extravagancia.

Pudo notar la presión de la multitud anhelante como si a su alrededor se hubiera creado un súbito vacío. Cuando tuviera que hacer lo que estaban esperando se hundiría ese vacío. Sintió que el pánico empezaba a brotar en su interior y notó que se mareaba. Contempló el féretro y el altar. Las llamas de los cirios bailaban como un collar de perlas ante sus ojos.

Muy bien…

Se acercó a la silla y se instaló en ella. Era a la vez un alivio y una nueva opresión. Suspiró lentamente, notando el temblor del aire al exhalarlo. No había ningún otro sonido y el aire estaba cargado con el olor del incienso. La cabeza le daba vueltas pero no se atrevía a moverse y apretaba con fuerza los viejos brazos de la silla, pestañeando sin cesar para aclararse la vista. Con cada uno de sus guiños la Virgen de los lirios se solidificaba y volvía a distorsionarse: la silla estaba encarada directamente hacia ella.

El sacerdote entró entonces en la iglesia, su solitaria figura acompañada por un niño con un incensario.

Lo que ocurrió después, es de suponer que fuera el servicio fúnebre, es algo que Christian apenas si percibió. Toda su fuerza de voluntad estaba ocupada en mantener la cordura ante una increíble tempestad nerviosa, algún tipo de terror que era demasiado ridículo como para que lograra ponerle nombre y demasiado colosal como para que pudiera eliminarlo. Y por lo tanto los escasos momentos del servicio de los que se dio cuenta le parecieron muy fuera de lo común, sin duda debido a que su mente estaba medio extraviada y a las extrañas tensiones que sacudían sus músculos de modo incontrolable.

Había mucho incienso que se alzaba por el aire como nubes de éter, cubriendo el

libro, los cirios y el ataúd…, algo que estaba fuera de lugar, le pareció, pues en la misa el incensario debía ser manejado de un modo muy distinto y más parsimonioso… Claro que no había pisado una iglesia prácticamente desde que era niño, pero el latín hablado en un fuerte acento local por el sacerdote y luego repetido en un murmullo por los ocupantes de la iglesia (un murmullo al que no lograba decidir unirse, ni siquiera en las partes que recordaba) le parecía a veces totalmente erróneo.

Hostias, quaesumus, Domine, quas tibi pro animabus famulorum famularumque tuarum offerimus… Contempla con piedad este sacrificio…

La Virgen María estaba empezando a obsesionarle. Su rostro era casi indistinguible entre la humareda azul y sus ojos parecían estar vacíos. En su boca de grandes labios no había ninguna amabilidad: antes bien, parecía cruel y peculiarmente inhumana. De vez en cuando, al pasar ante ella una nube de incienso, tenía la impresión de que le sonreía de un modo horrible. Y los lirios que le cubrían las manos también parecían extraños. Eran flores cubiertas de tallos que parecían vello, flores carnosas, impuras y feas…

Hostias, quaesumus, Domine…

Se dio cuenta de que la gente se acercaba a la barandilla del altar. El sacerdote… ¿a qué se parecía? Ah, sí, un ratoncillo gris. Los hombres y las mujeres avanzaban y la luz manchaba el ataúd cerrado. Era como una obra teatral representada en beneficio de dos espectadores: uno, el de la silla de madera; otro, la imagen de la oscura hornacina.

«Siempre me acordaré de esto pero nunca lo recordaré bien. ¿Por qué todo me parece levemente obsceno?».

Su miedo, posiblemente, su antiguo y espantoso miedo.

«O el mío».

Vio en su mente un féretro negro entregado en el hotel. Para usted, señor. Su padre, al que no había visto en diez años, ahora envuelto en satén. Sí, el dinero, las rentas, las inversiones, todos los extraños negocios que habían venido junto con el castillo…, todo eso serviría de pago.

¿Qué sucedía ahora? Estaban levantando el ataúd. Seis hombres, uno de ellos el hermano de la muchacha, reconocible porque le habían explicado que se había roto la nariz en una pelea.

La puerta se abrió de nuevo y un sólido resplandor blanquecino iluminó la nave.

Los hombres empezaron a moverse, llevando a Sylvie sobre sus hombros.

El sacerdote les precedía y la luz clavaba dardos feroces en la sobrepelliz de encaje que le cubría la sotana. Incluso la sobrepelliz le parecía fuera de lugar.

Ahora toda la iglesia se movía; la congregación de fieles derramándose como un

río detrás de la caja, desaparecido el obstáculo que suponía la puerta.

Christian se alzó lentamente. El incienso hacía que le ardiera el cuello y no pudo evitar el toser salvajemente en el silencio, mientras los últimos aldeanos iban atravesando la puerta. Nadie le miró. Fue detrás de ellos pero se detuvo antes de cruzar el umbral. Miró hacia atrás y vio que la Virgen se había convertido en una aguja de luz apagada, carente de toda personalidad.

La sombría procesión avanzó serpenteando por la plaza para tomar luego el sendero de grava que conducía hasta la parte más baja de la aldea. El cementerio se encontraba obviamente fuera de la población y también debía de estar apartado del sendero, pues no recordaba haberlo visto al llegar. Sí, debía de encontrarse en el bosque…

Sarrette estaba en pie junto al coche y se había quitado el sombrero como prueba de respeto.

La campana empezó a repicar de nuevo.

Todo esto por Sylvie. ¿Quién le habría prestado tanta atención de estar viva? La culpa de Christian fue transformándose poco a poco en lástima. Sus ojos se llenaron de lágrimas pero en el fondo de su ser sabía que lloraba por él mismo.

Se dirigió hacia el coche.

—Dame la bolsa —le dijo a Sarrette.

—Señor… —replicó éste.

—Que tenga cuidado, que no debo hacerlo. Sí, ya me lo has dicho.

—Señor…, ¿qué sucedió en la iglesia?

Christian se apoyó unos instantes en el coche.

—Con mucha cortesía me instalaron en la silla del señor feudal. No he sentido clavados en mí tantos ojos desde el recital en Brach. Y luego… no me hicieron el menor caso. Me siento intrigado. Dame la maldita bolsa.

Sarrette hizo tal y como le ordenaba. La bolsa pesaba bastante y Sarrette evitaba mirarla de modo directo.

—Supongo que si te pidiera que me acompañaras te negarías —dijo Christian.

—El señor es quien paga mi salario. Estoy a su disposición.

—Es Hamel quien paga tu salario a partir de las rentas de la propiedad. Rentas que me pertenecen gracias a un truco póstumo de mi abuelo.

—Señor…, ¿quiere que le siga con una de las armas?

—Eso quedaría precioso junto a la tumba. No, quédate aquí. Espero que esta vez sigas aquí cuando vuelva.

Pudo seguir a una distancia adecuada al último miembro del cortejo a lo largo del

sendero de gravilla y un trecho después del pueblo. No muy lejos de ahí brotaba del suelo una losa de piedra, y un sendero polvoriento que tendría como un par de metros de ancho penetraba por la arboleda: no lo había logrado ver antes desde el coche. Al final del sendero, después de apenas unos veinte metros de recorrido, se alzaba una cruz de piedra cubierta de liquen como si fuera un rastrojo monstruoso. Parecía vigilar la entrada a un gran claro que estaba rodeado de abetos y alerces. Los tocones putrefactos de los árboles se alzaban de entre la espesa hierba y se mezclaban con lápidas medio caídas que los elementos habían ido inclinando gradualmente y que la intemperie había teñido en los bordes con una tonalidad oscura. Otro dibujo.

Christian observó el entierro junto a la cruz. Incluso ahora, con la cabeza despejada y al aire libre, los ritos celebrados alrededor de la tumba le resultaron extraños. Primero el sacerdote, señalando con la mano los cuatro puntos cardinales, o eso al menos le pareció a él. Y luego una lluvia de partículas blancas que caían de entre sus dedos rociando el féretro mientras lo bajaban a la fosa. ¿Santificación mediante la Hostia?

Estaban bastante lejos y no pudo oír nada de lo que decían, sólo un zumbido indefinido que se perdía melancólicamente de vez en cuando por el susurro de los árboles agitados por el viento.

Hasta el mismo viento era extraño. Soplaba en ráfagas esporádicas que surgían como de la nada, separadas a veces por algunos minutos de intervalo. Tuvo la impresión fugaz de que seres invisibles dotados de alas gigantescas pasaban sobre el lugar, dirigiéndose a toda prisa en la misma dirección, procediendo todos del mismo origen desconocido.

11
El arma

El cortejo funeral se dispersó rápidamente sin demasiada delicadeza cuando dos hombres avanzaron hacia la tumba provistos de palas. El muchacho del incensario, el sacerdote ratonil y los aldeanos empezaron a cruzar el claro. Christian identificó de nuevo sin dificultad al hermano de Sylvie, un adolescente de mala catadura a quien podía resultar arriesgado dirigirse. Pero también estaba el que debía de ser su padre, apoyándose en él con el aire de un viejo sobre el que se ha precipitado repentinamente el infortunio y, pese a todo, con los ojos secos y un aspecto general de indiferencia ante su propia desesperación.

Los primeros dos o tres aldeanos llegaron a la cruz y pasaron junto a él caminando con premura, ignorando al joven delgado que se protegía con su oscuro manto de viaje. Después de tan alarmante acto de respeto en la iglesia a Christian esto le pareció casi ridículo y, consciente de que cometía una estupidez, cuando el grupo siguiente llegó a su altura Christian extendió la mano deteniendo a uno de sus miembros. El hombre se debatió para soltarse pero no parecía realmente capaz de hacerlo: sus ojos rehuían los de Christian. Movió las mandíbulas, y la boca pareció intentar formar alguna frase en tanto que los ojos, la frente y la nariz trataban de ayudar en ese intento. Christian nunca llegó a saber si se trataba de una frase resentida, una súplica o, simplemente, de que no le entendía. El forcejeo le disgustaba. Abrió los dedos y el hombre se alejó a trompicones.

El siguiente en aparecer por el sendero fue el sacerdote. Tenía cara de estar asustado; en su caso no hubo intento alguno de excusarse o de rehuir la mirada. Le hizo un gesto con la cabeza a Christian, como un niño que rinde homenaje al fanfarrón de la escuela, y se fue a toda prisa. Sorprendido ante su reacción, Christian le dejó pasar.

Cuando por fin aparecieron el padre y el hijo, Christian se interpuso en su camino.

El joven alzó la cabeza, adelantando su nariz rota como si fuera una señal de

alerta. Tenía el ceño fruncido. El padre no hizo nada y su expresión permaneció inmutable.

—¿Me conoces? —le dijo Christian al joven.

—Sí.

—Entonces, acepta por favor mi condolencia ante la muerte de tu hermana.

Esa frase iba a ser la que desencadenara el desprecio del joven o quizás incluso su ataque, si tales eran las intenciones. Christian se preguntó qué haría en tal caso, pero el joven no hizo ningún gesto de hostilidad. Bajó los ojos del modo que a Christian le empezaba a resultar familiar y agitó con nerviosismo los pies, tal y como éste había imaginado que ocurriría.

—En esta bolsa —dijo Christian, tendiéndosela—, se encuentran algunos de los objetos de valor que tu hermana se llevaba del castillo. Creo, al menos, que pensaba traéroslos.

El joven alzó la mirada, sorprendido. Christian le metió la bolsa materialmente entre los dedos y él, involuntariamente, la agarró.

—Es plata —dijo Christian—. Abre la bolsa y lo verás.

El muchacho abrió la bolsa con dedos torpes, miró en su interior y su rostro pareció transfigurarse. Durante todo ese tiempo el padre seguía agarrado a su brazo, aparentemente incapaz de entender lo que ocurría o quizá no queriendo entenderlo.

—Me gustaría que te la quedaras —le dijo Christian con tono maligno—. No me sirve de nada. Si no la quieres, siempre puedes dársela al sacerdote. —Christian sonrió. Extendió la mano y la posó suavemente sobre el corpulento hombro del joven y al hacerlo se dio cuenta de que otro gesto había servido como modelo a éste—. Supongo que no estarás interesado en una cacería, ¿verdad? Puedo dejarte un arma…, para los perros de los Lagenay.

Esta vez el muchacho sí reaccionó. Retrocedió de un salto dejando atrás tanto a Christian como a su decrépito padre. La bolsa cayó estruendosamente al suelo al levantar el joven las manos para formar ese signo que Christian había visto con anterioridad pintado en el letrero de la posada. El pulgar y el índice trazando toscamente la señal de la cruz. ¿Cómo lo llamaban? El lis…, algo así. ¿El *lirio*?

—Muy bien —dijo Christian.

Dio la vuelta y se fue por el sendero, ahogando una tos entre sus dedos.

Sarrette le aguardaba en la plaza, junto al coche.

Christian se metió en el vehículo sin decir palabra e inspeccionó una de las armas. Recordaba lo suficiente de las lecciones paternas para dispararla…, al menos, eso esperaba.

Sarrette guió lentamente el coche alrededor del grotesco monumento, haciéndolo pasar bajo la criatura parecida a una gárgola que sobresalía de él como si deseara inspeccionar el tiempo que hacía fuera de la plaza, en el bosque.

—Entonces, sólo tú y yo —dijo Christian—. Estoy totalmente seguro de que disparas mejor que yo. Lo más probable es que lo haga todo mal. Como ya habrás visto, tengo las manos demasiado fuertes y han sido entrenadas para hacer otras cosas.

—Sí, señor.

—Es muy raro por tu parte, Sarrette, el que no temas acompañarme al bosque. Al principio creí que te daría miedo hacerlo. Por ejemplo, pensé que te asustaría apuntar con un arma a la mascota de los Lagenay… ¿o sí te asusta?

—No, señor.

—¿Por qué no?

—¿Cómo dice, señor?

—Todos los demás están aterrados. Temen el pequeño y miserable cadáver de Sylvie. Temen el bosque, el andar de noche, los perros…, temen a los Lagenay y me temen a mí. ¿Por qué tú no?

—No es de noche, señor.

—Claro, ya veo que no. Y de día…, de día no encontraré a los perros, ¿verdad?

Sarrette permaneció en silencio.

—Para aquí —dijo Christian—. Aquí es donde Peton me hizo abandonar la carretera. ¿Conoces el camino? ¿El que tiene los dos huesos cruzados en el centro?

—He oído hablar de él, señor.

Christian tosió y el conducto convulso que le recorría el pecho empezó a dolerle como si ardiera. Le dolía la cabeza como si hubiera en ella una hoguera que le ahumara la garganta. Salió del coche, sosteniendo el arma con mano insegura y más bien desinteresada, contemplando cómo Sarrette se preparaba a seguirle.

—Pero si no voy a encontrar a los perros tampoco me harás falta —dijo Christian —. ¿Verdad que no?

Sarrette se quedó inmóvil, los ojos clavados en el volante.

—Mi abuelo insistió en que se insertara una cláusula cuando el castillo tuviera que venderse —dijo Christian—. Si el comprador moría sin dejar progenie, entonces el castillo volvía a la línea original de herederos. Y ese borracho murió sin descendientes, ¿no? ¿Le conocías, Sarrette?

—Le conocí brevemente, señor. Mi padre servía en el castillo y hasta el año pasado yo trabajé en el pueblo.

—¿Sabes por qué bebía?

—No.

—El borracho bebía porque sus dos hijos y su hija se ahogaron al hundirse un transbordador, en Inglaterra. Treinta años después le compró la mansión a mi abuelo, recuerdo que mi madre me lo contó. Entonces yo debía de tener unos dieciocho años. Vuelve con el coche al castillo.

—¿Señor?

—El coche. Llévalo al castillo. Es de día, apenas si será la una. Y también he aprendido el método local para hacer *la croix écartée*. Estaré a salvo, supongo.

—Señor…

—Vete al infierno.

El coche arrancó con un leve estallido y una humareda azul brotó del tubo de escape mientras el vehículo se alejaba sobre la grava.

Christian abandonó el camino penetrando en la arboleda. Esta vez le pareció más sencillo y su entrada en el bosque le resultó más elegante. Era un poco extraño que hubiera logrado reconocer el lugar de un modo tan rápido, pues no parecía haber nada en él que lo distinguiera de modo particular.

Tampoco los viejos pinos parecían tan dispuestos como antes a presentarle batalla. Cruzó la espesura como si estuviera compuesta por hilos de seda y no por las garras de antes. El suelo amarillento del sendero, con su forma de torrentera, apareció inmediatamente ante él pero a esta hora había mucha luz y los rayos solares permanecían inmóviles, colgando como grandes cortinajes entre los árboles. También las sombras permanecían quietas, sin abandonar los sitios que se les había asignado. Sólo de vez en cuando una potente ráfaga de viento hacía ondular las luces y sombras del bosque como si fuera un caleidoscopio.

Y sin embargo tenía la impresión de que el bosque era un enorme lago y que él, con su arma en la mano, era como el buceador que antes de zambullirse tantea inseguro el fondo.

Ahora no sentía ninguna excitación. Se encontraba cada vez peor y su debilidad le irritaba. Le habría alegrado matar algún animal y ver cómo se derramaba su cálida sangre.

Christian entró en el sendero. Unos diez minutos después, sin darse demasiada cuenta de ello, pasó por encima de los huesos y su loco dibujo. Aunque no fuera la estación adecuada, el suelo estaba sembrado de piñas secas. Todo el lugar, todas sus emociones e impulsos, le parecían sutilmente alterados.

Llegó al sitio en que Peton le había dejado y sintió que el pulso se le aceleraba.

Unos minutos después se encontró delante de la cicuta, que parecía alzarse del

bosque como si fuera una nube de pájaros harapientos, flotando al viento sobre sus alas medio rotas. Se quedó inmóvil. Aquí había vuelto a leer la carta de Hamel, descubriendo que el imaginado párrafo de aviso no figuraba en ella. Y aquí había aparecido el joven, con su cabello rojo oscuro y su rostro perfecto.

Qué inmóvil estaba el bosque cuando el viento cesaba en sus idas y venidas, como si llevara un millar de años muerto.

Christian alzó el arma, tocó el percutor y la bajó nuevamente.

Avanzó algunos pasos en dirección al árbol. Se detuvo y apartó la mirada para no contemplar el fenómeno. Pero cuando volvió a mirar no había nadie.

Entonces el viento sopló bruscamente en una ráfaga muy fría y, de modo ridículo, sus dientes empezaron a castañetear de un modo incontrolable.

Se vio claramente como un cazador ignorante de lo que cazaba o de si estaba ahí. Tampoco sabía si deseaba encontrar su presa o si eso le daba miedo. Ni siquiera estaba seguro de que, sencillamente, no hubiera perdido la razón.

Lo único real era el arma. Christian carecía de realidad. Habría sido fácil echarse a llorar, golpear los troncos y clamar invocando a Dios, exigiendo a gritos la razón de que debiera encontrarse aquí sin nada más que una leyenda macabra y un arma a la que aferrarse. Él, que había tenido tanto.

Permaneció inmóvil, los pies como enraizados en el suelo del bosque, agarrando el arma como si fuera una tabla de salvación en medio del mar, rechazando la espantosa desolación que le rodeaba por pura fuerza de voluntad.

Después de unos segundos se acercó al árbol, ahora sin mirarlo y sin esperar nada de él.

Pero sus pasos se alargaron hasta convertirse en zancadas y luego en una carrera frenética. Ahora estaba corriendo, corriendo y gritando.

Apenas se dio cuenta de que ante él había una brecha entre los árboles que revelaba una pendiente y, más allá, una de las balconadas rocosas sobre las que se precipitaban las cascadas de pinos e higueras. Pero se detuvo porque el camino terminaba en una pila de rocas. No estaba seguro de a qué habrían pertenecido antes pero perdió el equilibrio, a un paso de chocar con ellas. La conmoción le hizo recobrar un poco la calma y alzó los ojos para encontrarse con una ventana cerrada: apenas a dos metros ante él se alzaba una cabaña medio en ruinas.

Estuvo casi un minuto contemplándola. Se agazapaba entre los pinos, parcialmente estrangulada y parcialmente sostenida por las ramas, las grandes raíces y las incansables mareas de hierba y maleza que se estrellaban contra ella. Una gran enredadera, que en verano debía de ser verde y llena de savia pero que ahora era un

esqueleto, revestía toda la parte superior de la cabaña, cubriendo incluso parte de los postigos. Al haber sido construido con madera sin ningún tipo de argamasa y teniendo el tejado hecho de musgo y plantas trepadoras, el pequeño edificio gozaba de un disfraz casi perfecto, en el que sólo desentonaba un delgado tubo metálico para dejar salir el humo. Si la distancia fuera un poco mayor habría sido muy fácil pasarlo por alto, ya que atraía más la vista el brusco abismo que nacía prácticamente detrás de ella.

De no ser por el hecho de que el camino embrujado de tierra amarillenta, que diez minutos antes venía señalado por los dos huesos cruzados, moría virtualmente en la entrada de la cabaña.

Christian se irguió, apartándose del caótico montón de rocas. Contempló la cabaña durante un segundo más y alzó nuevamente su arma.

Dio la vuelta a las piedras y con ello se le hizo visible otro lado de la cabaña, éste con una puerta de madera firmemente cerrada.

La mansión de los Lagenay. No podía ser otra.

Christian dio unos pasos más y se encontró ante la puerta. Como el resto del edificio, parecía hallarse en bastante mal estado, y sus ojos se dirigieron hacia el precipicio más allá de la cabaña. Un destello de agua allí donde descendía el terreno y duros barrotes de luz penetrando un grupo de higueras azules como el humo, dividiendo sus filas apretadas… Nada de aquella belleza le era útil, lo único que hacía era aumentar su frustración. No percibía movimiento alguno en el lugar que pudiera identificar como perteneciente a un hombre o un animal. Posó nuevamente la mano sobre el percutor y pateó con violencia la puerta de la cabaña. Y bastó con ese golpe para que el obstáculo cediera, derrumbándose hacia el interior, dejando que con él entrara la luz diurna del bosque.

Permaneció inmóvil en el umbral, sosteniendo entre sus manos el arma mortífera, viendo cómo ante él se extendía el misterioso interior de la cabaña. Estaba muy oscuro y no se discernía gran cosa: la luz no parecía sino revelar un confuso enjambre de sombras y remolinos polvorientos. Pero gradualmente las texturas se fueron aclarando, dejando paso a ciertas impresiones visuales. Christian distinguió una a una toda una serie de curiosidades exóticas: una enorme bañera metálica, una jofaina pintada, varios estantes cargados de libros y el ocasional revoloteo de una cortina bordada. Detrás de la cortina, el ángulo de una cama, una cabecera de madera tallada, una porción truncada de cojines, una cascada de sábanas…

Christian entró en la cabaña y, al mismo tiempo, montó el percutor del arma.

Apartando a un lado la cortina se encontró con la cama. El blanco estandarte de las sábanas asomaba bajo un montón de pieles, chales y mantas de todo tipo. A primera

vista era difícil saber si la cama estaba ocupada o no, tal era el montón de tejidos variopintos que cubrían la superficie del lecho. Pero Christian tenía el ojo ya aguzado y deseaba ardientemente encontrar algo, así que no tardó en distinguir el contorno que un cuerpo humano dibujaba incluso bajo una capa tan abigarrada de tejidos protectores.

Un cuerpo humano…

Sin que pudiera resistirlo Christian sintió que le invadía la imagen mental de aquel muchacho extraordinario, tan arrogante y seguro de sí mismo bajo la cicuta, ahora vulnerable e inconsciente en su madriguera de pieles. Sí, estaba tan profundamente dormido que ni el estruendo de la puerta derribada había sido capaz de hacerle despertar.

Usando como guía la mira del arma, Christian la metió con extremo cuidado bajo las telas y luego, con un gesto violento, alzó el cañón para apartar todo el revoltijo de ropas, dejando al descubierto el contenido del lecho.

No encontrar en él lo que esperaba fue toda una sorpresa. De hecho, Christian sintió algo más que sorpresa pues en el lecho se hallaba tendida una mujer desnuda que le contemplaba con dos ojos increíblemente luminosos y casi diabólicos…, dos ojos enormes en los que no había ni el menor rastro de sueño.

12
La conversación

—Discúlpeme —le dijo, pero sin hacer el menor gesto de marcharse.

Tampoco ella se movió. Christian no logró saber si su escrutinio le resultaba ofensivo o agradable. Todo lo que pudo ver era que, obviamente para ella no había nada de indecente o vergonzoso en la desnudez. Parecía estar habituada a ella y su actitud era relajada, como si el ir desnuda fuera todo el ropaje que le hacía falta.

Tenía un cuerpo muy hermoso del color de la crema, lleno de líneas y cadencias delicadamente imperfectas, maduro y amable, como si estuviera invitando a que lo poseyeran. Pero el rostro, levemente más oscuro, como el del marfil viejo, estaba construido sobre huesos de rara fragilidad, haciéndose más carnoso alrededor de la boca y cobrando un aire felino en el mentón. Y los dos ojos no parecían tener nada en común, aparte del color y de encontrarse en el mismo rostro: el izquierdo era más ancho y elegante en tanto que el derecho, algo más pequeño, estaba situado una fracción de milímetro más arriba que el otro. Era un ojo pequeño, brillante y traicionero, cargado de secretos. El color de sus ojos era gris, un poco más sombrío que el de los suyos, pero las finas hebras de su cabellera que se desparramaban sobre la almohada era como humo dorado.

Sylvie tenía dieciséis años y ella debía de tener el doble de esa edad, quizás incluso algo más. No era tanto su cuerpo o el gracioso trazado de arruguitas que la luz creaba junto a sus ojos y sus labios lo que le había hecho saberlo. Tanto en reposo como en movimiento parecía mucho más joven que los treinta y cuatro o treinta y cinco años de su edad real. Era su espíritu el que la delataba, la vida interior que latía bajo su carne de terciopelo y su frente tranquila. Pese a ello parecía una muchacha: tenía manos y pies de adolescente, pezones de joven y pestañas de niña. Y era vieja, muy vieja, tanto como la cicuta del bosque. Alzó los ojos para mirarle, contemplándole desde un pozo sin fondo de tiempo y distancia. No era raro que no pareciera asustada.

Se movió igual que había hecho el joven, de modo tal que Christian apenas si se

dio cuenta de que lo había hecho. De pronto vio que se había puesto de rodillas y que la humareda de su pelo le cubría ahora los hombros y el seno con un velo transparente. Al moverse vio que sus pechos, igual que sus ojos, no eran iguales entre sí: eran como los pechos de dos mujeres distintas, unidos solamente por el parecido de su forma y su carne maravillosa, al igual que los ojos se relacionaban sólo por el color. Pero las uñas de sus manos eran del mismo rojo traslúcido que había visto en las del joven.

—Bien —dijo—, ya me has visto.

Y de pronto ya no estaba en la cama y una de las grandes pieles pareció girar en el aire para envolver su cuerpo. Pero se trataba sólo de protegerse del frío, no de recato. O quizá fuera meramente para exacerbar aún más su deseo.

—Bien, ya te he visto, sí.

¿Qué otra cosa podía decir? Pero su voz pareció un simple eco insustancial.

Hacía frío en la habitación y ella se dirigió hacia la oxidada estufa metálica y empezó a encenderla. Sus actos y movimientos eran libres y despreocupados, como si aún estuviera sola. Acabó instalándose en una silla ante la negra estufa, una silla carente de pretensiones que inmediatamente pareció esfumarse ante su poderosa personalidad, cesando de existir. Uno de sus delgados pies asomaba perezosamente por entre la piel que la cubría, casi rozando la estufa que se iba calentando rápidamente. También las uñas del pie eran de color rojizo y el segundo de los dedos era quizás unos ocho milímetros más largo que el pulgar. La deformidad no carecía de atractivo y, como todas las discrepancias de su persona, le resultó extrañamente excitante. Entonces fue cuando ella le dejó atónito extendiendo la mano hacia una hornacina de la pared y sacando de ahí un pequeño recipiente de peltre de cuyo interior extrajo un cigarrillo. Lo encendió con una vela y empezó a consumir el producto de una civilización masculina que parecía tan alejada de ella como el día de la noche. Pues ella, igual que el joven, había brotado del bosque.

Al ver el humo que se alzaba mezclándose con el otro humo de su cabellera, Christian pensó en cómo había considerado el tabaco egipcio un talismán contra los siglos que gravitaban sobre la aldea. Ahora estaba claro que no habría funcionado.

Pero ella no dejaba de mirarle y él le devolvía su mirada. Tarde o temprano tendrían que decir algo.

—Me gustaría sentarme —murmuró él, un tanto divertido ante las palabras que había escogido para abrir la conversación.

—Quizá —dijo ella—. ¿Me estás pidiendo permiso para ello, después de haber echado la puerta abajo y no haberte disculpado al respecto?

—Pido disculpas. En el bosque hay un joven al que creí encontraría aquí.

—¿Dormido?

—Quizá.

—Puede que en alguna otra ocasión lo consigas —dijo ella.

Christian examinó la habitación buscando una segunda silla y al no encontrar ninguna tomó asiento sobre el lecho desordenado. Se dio cuenta de que aún llevaba el arma en la mano, y después de asegurar el percutor la apoyó sobre sus rodillas.

—¿Piensas que es de buena educación estar aquí, sentado en la cama deshecha de una mujer?

—Yo diría que sí lo es.

Él sonrió, recorriendo su cuerpo con la mirada. Si quería tomarle por el conquistador de la localidad, adelante. Pero ella no le respondió, en tanto que las palabras de él, puestas en relación con lo que había visto, resultaban muy claras.

Después de todo, al parecer el bosque no le había hechizado. O, en todo caso, no se trataba del hechizo que había creído en un principio.

—¿Sabes quién soy? —dijo él finalmente.

—Eres un forastero —replicó ella—. Ninguna otra persona visitaría este lugar, ni siquiera de día.

—Oh, sí. Claro, me he delatado, ¿no?

—También está el acento —dijo ella—, y las ropas de buena calidad.

Tenía una voz algo cantarina en la que no se distinguía ningún acento pero que a veces cambiaba sorprendentemente de tono, pasando de lo musical a lo átono. De vez en cuando se comía una palabra, como si quisiera hacérselo todo incierto, incluso las palabras que oía. Pero cuando habló de sus ropas, ¿no había ahí un leve matiz de envidia? Y por un instante la imaginó, irresistible, con un traje de noche que derramaba un resplandor iridiscente sobre su blancura.

Ella acabó su cigarrillo y arrojó la colilla al suelo, aplastando el ascua con su pie desnudo. Qué duras debían de ser las plantas de sus pies para que pudiera hacer algo semejante sin quemarse… Seguramente andaría y correría casi siempre descalza por el bosque.

Lo relajado de su cuerpo y sus movimientos le absorbían casi tanto como sus ojos insondables.

Se acordó de Sylvie, pero también ese recuerdo era meramente un eco, y la nerviosa excitación que llenaba sus miembros no cedió por ello. Entonces había sido la desesperación el motor de sus actos, pero ahora no veía nada desesperado en toda esta situación.

Una leyenda, una contradicción. Dos niños que habían aprendido a hablar igual que en la ciudad pero que vivían miserablemente en el bosque, subsistiendo gracias a las supersticiones de los demás. Los ojos extraños, un dedo más largo que los otros, un color de uñas fuera de lo normal…

—El castillo —dijo—. Mi propiedad.

Su fuerte y suave garganta se arqueó formando un puente de blancura al echar ella la cabeza hacia atrás.

—Ah… —dijo, para añadir luego, imitando el dialecto local—: Tú, gran señor…

—Supongo que el muchacho es tu hermano —dijo Christian.

Ella suspiró y la piel resbaló de sus hombros.

—¿Por qué lo supones?

—Porque os parecéis mucho. Y por el modo en que vivís.

—Ah, ¿sí?

—¿Dónde está ahora? ¿Con los perros, por ahí?

—Oh, vamos… —dijo ella, y su glorioso cuello se inclinó hacia adelante para encararse nuevamente con él—. ¿Perros, señor?

—Tengo la intención de ver cómo les pegan un tiro… a los dos —dijo él.

Ella sonrió y en sus ojos ardieron dos brillantes llamas gemelas en lo hondo de las cuales se ocultaba un destello verdoso.

—Señor, entonces harán falta balas de plata.

—¿Para dos perros flacos y llenos de pulgas?

—Para mi hermano y para mí.

El corazón le latía como si fuera a reventar. Tuvo la impresión de que podía ver también el corazón de ella latiendo a través de la membrana de su cuello y la piel de su sien.

—Entonces, ¿creéis en vosotros mismos? Vamos, sois demasiado inteligentes para algo así…

—Sí, naturalmente somos demasiado inteligentes.

—Entonces, ¿dónde están los perros?

—Aquí —dijo ella, señalando con el dedo el interior de su boca a través de los labios entreabiertos.

Él se puso en pie y se le acercó andando lentamente. Le cogió la mano, que era pequeña y bien formada, alzándosela suavemente entre los dedos. Ella no opuso ninguna resistencia y lo único que hizo fue mirarle, como si la mano no le perteneciera.

—Debiste ser muy desgraciada de niña —le dijo—. Las esperanzas imposibles de

la ilegitimidad, esa casual malformación de las uñas que os hacía ser odiados por la aldea, el no tener ningún lugar propio en el que reconocerte… Pobre niñita desgraciada.

—Ahora ya no lo soy —dijo ella y pareció alzarse por el aire como si estuviera hecha de un vapor capaz de adoptar cualquier forma.

Ahora estaba a unos pocos centímetros de él, su cabeza inclinada hacia un lado para mirarle. No había la menor emoción en sus ojos, congelados en su eterna expresión de costumbre: uno más grande y algo burlón, el otro astuto, sensual y reservado.

—Ahora ya no… —dijo él. Le soltó la mano y la abrazó por la cintura, dejando que sus manos resbalaran lentamente. La piel parecía formar parte de su cuerpo—. ¿Te insulto de nuevo si pregunto cuál es tu precio?

—Oh —dijo ella—, el señor debe estar acostumbrado a que las mujeres se le entreguen de modo gratuito por su belleza; por su gracia… y por compasión. A las mujeres les debe encantar compadecerte. Las mujeres que tienen miedo de ti…

—Tú no me tienes miedo.

—¿Yo? Yo me uniría a ti para abrazarte durante el día. De noche te desgarraría el cuello. Eres tú quien debería tener miedo, no yo.

—Me aterras —dijo él.

—Así es —le replicó ella.

Ella alzó las manos y le tomó suavemente la cabeza y al sentir el contacto de sus dedos hundiéndose en su cabello hasta tocarle la piel, Christian supo lo que era el placer. En el último segundo ella desvió su boca cuando ya iba a tocar sus labios. Le rozó el mentón y luego el lóbulo de la oreja…, y luego apresó el lóbulo entre sus dientes. Fue algo tan rápido que él no tuvo tiempo de evitarlo. Un agudo dolor le atravesó la oreja hasta llegar al hueso de la mandíbula y a las muelas, un dolor tan indescriptible que le hizo enloquecer. Se debatió, intentando apartarla de él…, pero ella ya no estaba ahí.

Se llevó los dedos a la cabeza y los retiró cubiertos de sangre. El dolor y la idea de que era ella la causante le daban náuseas. Christian la miró fijamente.

—¿Es acaso la primera vez que una mujer te hace daño, señor? Pero, claro, yo no soy realmente una mujer…, al menos, no del todo.

—Perra asquerosa…

—Soy algo mucho peor que eso.

—Te aconsejo que dejes de fingir —gritó él, sin darse cuenta de que gritaba, tal era la furia causada por el dolor—. Sí, conozco cuáles son las marcas que delatan al

licántropo. La mala fortuna os maldijo con ellas. Aterrorizáis al pueblo, pero no vais a jugar de ese modo conmigo.

Se tocó nuevamente el lóbulo de la oreja: al parecer su mordisco lo había atravesado de parte a parte. Si ella había contraído la enfermedad de los perros, entonces la herida estaría infectada: habría que cauterizarla y, ¿en qué lugar de este páramo olvidado de Dios podría hallar un médico capaz de realizar adecuadamente tal operación? (Le parecía sentir ya el hierro al rojo blanco desgarrando su mejilla). Se encontraba muy débil y sentía náuseas pero el avasallador deseo de hacerle daño a cambio del que ella le había infligido le mantenía todavía consciente, aunque en un estado cercano a la locura.

Pero ella, la que había masticado su carne para huir luego con la velocidad del relámpago, estaba ahora inmóvil junto a la estufa, fumando tranquilamente otro cigarrillo que había sacado del mismo recipiente de peltre.

Se giró en redondo y cogió el arma, montando con un rápido gesto el percutor. La apuntó con ella. Un mes antes, puede que incluso menos, si le hubiesen descrito su imagen actual se habría echado a reír. Pero ahora…, oh, no, ahora no. Ahora el deseo de matar le dominaba por completo.

—Vaya, señor —le dijo ella—, ahora sois vos quien parece la bestia y no yo.

Ni siquiera en ese momento estaba totalmente convencido (al menos, su razón no lo estaba) de que dentro de una fracción de segundo apretaría el gatillo para volarle los sesos. Pero, de hecho, tal era justamente su intención pues cuando aquel torbellino fantástico que parecía un súbito huracán se estrelló contra su cuerpo, haciéndole caer de bruces al suelo, el arma, bruscamente desviada hacia un lado, se disparó y el proyectil surcó los aires para terminar alojándose en algún lugar de la pared de madera.

Christian yacía con el rostro pegado al suelo. Naturalmente, no había oído entrar a nadie y ahora el silencioso recién llegado le tenía completamente inmovilizado, una sensación que le recordaba algo imposible de precisar. De pronto el peso que le mantenía clavado al suelo desapareció.

—Levanta —dijo una seca voz masculina—. Gabrielle no te hará daño. No tengas miedo.

Christian logró ponerse de rodillas, humillado, sintiendo en su interior una mezcla de odio y aversión que era demasiado intensa como para que fuera posible controlarla o siquiera intentar darle expresión alguna. Cuando finalmente logró levantarse, con los oídos zumbándole como si acabara de tomar una dosis de opio, encontró a los dos seres inmóviles frente a él, inmaculados y fríos, dos estatuas rojidoradas que le

observaban con indescifrables ojos de hielo. Y él, con la cabeza abatida, temblando como…, sí, ¿de qué otra cosa podía tratarse?, como un miserable perro apaleado, les devolvió la mirada.

—No pido disculpas por haberte tirado al suelo —le dijo el joven pelirrojo—. Es lo mínimo que te debía por ese par de puñetazos en la cara de la otra noche. Además, si ella te hubiera puesto las manos encima después de que le hubieras disparado, ningún poder terrenal habría sido capaz de salvarte. Gabrielle es una diablesa, señor…, incluso antes de que se ponga el sol.

Christian tosió pero no pudo reprimir el ataque que pugnaba por nacer. Cuatro ojos implacables le observaban.

—Oh, *le seigneur* está enfermo —dijo el joven.

—Eso le ha protegido —dijo la mujer—. ¿O no te diste cuenta de ello, señor, la otra noche, cuando Luc te siguió por el camino?

—Había algo más para tentarme esa noche —dijo el joven—. Ella estaba decidida a que le ocurriera, parecía insistir en ello…, corriendo ruidosamente en la noche con toda esa plata tintineando.

—Un desperdicio lamentable —dijo la mujer—. Una muchacha… Tanta carne y no la compartiste conmigo.

—Era mía —dijo él—. Ella quería que fuera yo. Creo que éste es tuyo. Es una pena que su carne esté enferma…

—Dijiste que tocaba con auténtico genio a Rachmaninov, *cher* Luc.

—¿Y qué? ¿Te conformarás con devorar solamente sus manos, *chère* Gabrielle?

Christian recogió el arma y cruzó la puerta, que seguía abierta, abandonando la cabaña. Cuando llegó al amorfo montón de piedras estuvo a punto de caer pero la enfermedad había llegado a ser demasiado permanente como para dejarse expulsar de un modo tan sencillo. Su cuerpo y el bosque entero parecían empapados de bilis, como si el cosmos sufriera un espantoso mareo.

Después de unos instantes logró erguirse nuevamente y enfiló el camino. Esta vez no parecía desear esconderse: antes al contrario, parecía emanar hacia él como un aliento maligno que surgiera de la espesura.

Pensó que debía tener un aspecto lamentable y ridículo.

No sabía demasiado bien lo que había ocurrido ni qué le habían hecho. En algún nivel inexplicable de su conciencia o de su personalidad había sufrido una herida, un desgarrón ante el cual su oreja sangrante no era nada, pese a que el frío le agudizara aún más el dolor.

Un horror espantoso y lúcido parecía caminar tambaleándose junto a él. No creía

en ellos, no era algo tan sencillo. Le parecía peculiarmente espantoso que se hubieran dado nombres: Gabrielle, Luc… Como si las propiedades civilizadoras que acompañan siempre al nombre hubieran aumentado todavía más su abyecto horror. Pero no tenía miedo. Quizás era el miedo la causa de su anterior excitación. ¿Y entonces, qué? ¿En qué consistía el pavoroso horror que ellos, pese a no haberle seguido, habían mandado para que le acompañara en su camino?

Cuando llegó por fin al sendero de gravilla, la tos empezó a presentarse en rápidos espasmos.

Ni por un minuto pensó que lograría llegar al castillo, pero lo consiguió. Primero pasó entre los perros de piedra, que realmente eran lobos de piedra, y luego atravesó las puertas que, cosa rara, estaban abiertas de par en par. Su mente medio trastornada se dio cuenta de que la grava había sido removida, quizá por la entrada y salida de la carreta en el día de ayer, seguida luego por el vehículo del doctor. Entró en la avenida de limas y por entre sus ramas agitadas por el viento vio a Renzo, el cual bajó corriendo un par de peldaños hacia él para detenerse luego y salir precipitadamente en otra dirección.

Christian se echó a reír ante ello y, al levantar la mano para tocarse los labios, contempló de pronto que en su palma había una joya de sangre.

Entonces el terror que superaba en magnitud a todos los otros se abatió sobre él como un torbellino. Era el terror hecho con la pesadilla de la sábana blanca llena de manchitas carmesíes, el del puño que le oprimía la garganta y los pulmones encharcados en sangre. El terror nacía de una sala de hospital oscurecida por la noche y de las sogas que se hundían en la fosa…

Intentó negar la realidad de aquella joya de sangre y agitó la mano, haciéndola volar como si fuera un insecto. Pero entonces tosió y de nuevo la gema estaba allí, igual que el sabor a cobre entre sus labios.

Como el viejo que echa a correr, tambaleándose, para refugiarse de la tormenta, Christian echó a correr, los ojos desorbitados, la mano apretándose ferozmente los labios…, pero no había ningún refugio para él.

13
Los sirvientes

Christian recordaba cada uno de sus actos posteriores con una claridad total, como si hubiera ido tomando anotaciones de la comedia personal que representó entonces. Su loca carrera por el jardín, la terraza delineada por sus urnas de cemento, la escalera exterior y la entrada al castillo. Renzo se había esfumado y la puerta de la casa estaba abierta. El gran salón, la escalinata y a medio camino de ésta, dominando el lejano oleaje de los candelabros agitados por el viento, la voz de la señora Tienne: ¿Necesita algo el señor? El volverse rápidamente, ocultando como una prueba de culpabilidad el pañuelo manchado de sangre entre sus dedos, la perentoria negativa con la cabeza para reanudar a toda prisa la ascensión de los peldaños. (La segunda vez que se excusaba ante la señora Tienne). La galería, el pasillo. Sus aposentos.

Hacer girar la llave en la cerradura fue un mero gesto automático. Entrar en el cuarto de baño fue igualmente automático. Ya tenía cierta práctica.

Pero la última etapa, a la que llegó aproximadamente un cuarto de hora después de haber entrado en el castillo, fue nueva. Se acercó a su baúl, que había permanecido hasta ahora sin abrir en un rincón del dormitorio. Abrió las cerraduras, sacó las hojas de su manuscrito, los libros envueltos en pulcros paquetes y, finalmente, halló la bolsita hecha con piel de gamo y, dentro de ella, la cajita de confites estilo Luis V. Apretó el resorte y dejó caer en el hueco de su mano la cápsula de un color marrón grisáceo que encerraba la muerte rápida.

Y después de haber corrido tanto se quedó inmóvil en su asiento, apretando levemente la cápsula entre los dedos.

El fuego había sido encendido nuevamente, como de costumbre, y sus reflejos infernales danzaban sobre los muros, el suelo y el techo, incendiando las tallas polícromas de madera. (Ahí se había tendido sobre la muchacha. Pero quizá nada de todo eso había ocurrido en realidad). La copa de agua le esperaba, ya preparada.

Contempló pensativo la muerte sostenida entre sus dedos.

Así que, en realidad, ¿todo se reducía a esto?

(Recordó la siniestra facilidad con que había conseguido el veneno, en un oculto callejón que le había recomendado un conocido suyo; la mentira sobre un perro enfermo al que deseaba liberar de modo indoloro acabando con sus sufrimientos…, un perro enfermo de gran tamaño, para estar seguro de que la dosis sería suficiente).

Y ahora el momento había llegado. De pronto Christian, que había huido a esta Última Thule en la que se encontraba ahora por su propia voluntad y casi con alegría para poder estar solo, sin que nadie le molestara, se estremeció ante su soledad y todo lo que ésta simbolizaba.

Y él, que había construido un plan tan preciso para escapar…

Y él, que había actuado de modo tan eficiente en todos los preparativos…

Y él…

Ahora, en ese último instante, estaba demasiado aterrorizado como para resolverse a dar el último paso, el inevitable. Esa diminuta cápsula entre gris y marrón le daba pavor. Debería tragársela de una sola vez, lo sabía, pero en vez de hacerlo se quedaría aquí sentado a la luz de la chimenea, dándole vueltas al veneno entre los dedos como si se tratara de un raro insecto, pensando en Hamlet: Si es ahora el momento, no ha llegado aún… Pero si no es ahora, ya llegará.

Alguien llamó de pronto a su puerta y el corazón le dio un vuelco. Un aplazamiento, aunque sólo durara unos segundos.

—¿Quién es? —le gritó a la puerta.

—Por favor, señor, debe dejarme entrar —dijo la señora Tienne desde el exterior.

—¿Debo? ¿Qué quiere?

No hubo contestación salvo dos o tres golpes secos sobre los paneles de madera. Christian permaneció inmóvil mientras sonaban y cuando los ecos se apagaron se levantó, esperando que se repitieran. Pero no hubo más golpes. Seguramente se había marchado.

Y ahora debía hacerlo, realmente debía…

Era como disponerse a la inmersión en una bañera llena de agua helada. Una visita al dentista. Un espacio desnudo ocupado solamente por un piano ante el que no había nadie. (Su nerviosismo antes de un recital había llegado a extremos realmente cómicos. Cruzar la estancia era toda una ordalía. Y, sin embargo, cuando sus manos tocaban el teclado… Pero todo eso le había sido arrebatado).

Y qué analogías tan miserables. Del agua fría, de la silla de torturas antisépticas, del recital…, de todo eso se volvía. Con vida.

A lo lejos le pareció oír gritos apagados. Debía apresurarse.

Se acercó a la ventana y contempló el principio de los setos y sus formas laberínticas. Qué pesado parecía hoy el cielo, a punto de hundirse, como si deseara caer sobre la tierra para borrar su existencia; la tierra, la tierra apagada, oscura y supersticiosa…

Los dos niños del bosque… (sí, incluso la mujer, seis o siete años mayor que él. También ella era una niña, sensual y carente de toda ley), estaba casi seguro de que creían en Dios. O quizá creyeran en una especie de manantial oculto de fe, algún poder que les había moldeado hasta convertirles en lo que creían ser. O, quizás, en aquello que realmente eran…, licántropos. La hermosa estupidez de esa idea le hizo enfurecerse pues implicaba la existencia de un mundo en el cual la magia podía triunfar sobre la realidad. Un mundo en el cual era posible que Cristo vagabundeara haciendo milagros…, un mundo en el cual era posible que los enfermos sanaran.

Debía hacerlo ahora mismo.

En el mismo instante en que cogió la copa una puerta se abrió de golpe. Acostumbrado a vivir en habitaciones no tan complicadas, se había olvidado de que el cerrar una entrada no bastaba para dejar aislada la estancia. Alguien había dado la vuelta por el pasillo que conectaba con el viejo castillo, viniendo luego a través de la sala de música y entrando por la biblioteca, la cual todavía resultaba accesible. Ahora estaba cruzando la salita. La puerta del dormitorio se abrió de par en par.

La señora Tienne apareció en el umbral y le miró. Él le devolvió la mirada y ella le hizo una leve reverencia, inclinando rígidamente el cuerpo.

—Discúlpeme, señor…

—No —dijo él—, no pienso disculparla. ¿Cómo osa usted entrar de este modo e imponerme su presencia? —La mano le temblaba de tal modo que un poco de agua se derramó sobre la alfombra y en ese mismo instante un hombre entró en el dormitorio.

—Muy bien, señora —dijo al entrar—. Será mejor que me presente.

Su aspecto general daba la impresión de un mueble cuyo oscuro tapizado estuviera perdiendo a grandes pasos el relleno, el cual asomaba al exterior en forma de mechones enredados: los mechones grisáceos de sus patillas, los mechones oscuros e informes de su cabello revuelto y su traje informe… Pero la frase hecha con que se había anunciado era falsa. No hacía falta ninguna presentación.

—El señor ya me conoce —dijo el médico. Su rostro amarillento parecía un fruto marchito, quizás alguna manzana olvidada que se había enredado en el matorral de su cabellera. Pero sus ojillos recordaban a los de un mono amaestrado: brillaban demasiado y no inspiraban la menor confianza—. Mi nombre es Claut, el médico del pueblo. A su servicio.

—Salga de aquí —dijo Christian.

—Oh, sí, dentro de unos momentos —dijo el doctor Claut. En su voz había un leve rastro de acento local, muy disimulado pero imposible de eliminar, y su dicción era gramaticalmente intachable pero algo rara. Le sonrió con una mueca maligna y se le acercó dando unos pasitos cortos que parecían casi de baile. Su velocidad era engañosa porque de pronto Christian lo tuvo ante él y vio cómo extendía la mano arrebatándole la cápsula que sostenía entre los dedos—. Y, ¿qué tenemos aquí? ¿Un caramelo? ¿Puedo comérmelo, por ventura? —Christian permaneció inmóvil y tembloroso, contemplándole con arrogancia, incapaz de pensar—. No, puede que no —dijo Claut con una risita y, con un leve giro de la muñeca, típico de los camareros y los pescadores, arrojó la cápsula al fuego.

—Tiene usted mucha suerte en cuanto a sus criados, señor —dijo Claut. La señora Tienne se había marchado, las puertas estaban cerradas y las lamparillas de la chimenea habían sido encendidas. Se estaba celebrando un extraño examen médico en el que Christian apenas si parecía tener un papel asignado y en el que, ciertamente, no se le había concedido derecho a hablar. Se acordó de los cadáveres en cuyos cuerpos, blancos como la tiza, se iban indicando los diversos puntos de interés que los estudiantes debían observar—. Quítese el manto, por favor. La chaqueta. Desabróchese la camisa. Vuelva la cabeza… así. Mire hacia ahí. Ahora hacia aquí. —Christian no lograba explicarse las razones de que se sometiera con tal facilidad. Los dedos del viejo le examinaban con una brusquedad nada delicada y casi brutal, como si la juventud y el cuerpo de Christian fueran para él una fuente de malsano placer. «Un viejo ridículo y obsceno que remueve en un montón de carroña»—. Los brazos, señor, por favor. Gracias… Supongo que el corte del lóbulo habrá sido causado por una navaja, ¿verdad? Ah, debería ser más cuidadoso, quizá dejar que le afeitara Renzo. Como decía, es usted muy afortunado. Claro que la servidumbre fiel y de confianza es ya una tradición del castillo. Y ahora, señor, voy a examinarle la garganta.

—No se moleste. Puedo decirle lo que va a encontrar.

—¿De veras?

Sentado en su silla (no lograba recordar exactamente el momento en que lo había hecho), Christian apartó los ojos para no contemplar su mirada de mono y observó el fuego que había consumido su salvación.

—Me gustaría saber qué le ha traído hasta aquí —dijo Christian.

—Después de la muerte de la chica…

—La señora Tienne le sugirió que viniera.

—Ya me encontraba en la mansión cuando usted volvió. Debo admitir que fue un regreso más bien dramático. Armas, pañuelos ensangrentados… Y luego, una puerta cerrada. Estaba pidiendo usted que le interrumpieran, señor.

—Ha echado usted al fuego mi única esperanza.

—A la cual no pensaba usted recurrir —dijo Claut.

—¿Ah, no?

—Señor, creo que ha tenido usted tiempo más que suficiente para ello. Una vez consumidos, esos bombones tienen un efecto más bien fulminante. Y ahora, por favor…, la garganta.

Aquellas manos repugnantes, tan hábiles y fuertes al mismo tiempo, se instalaron a sus anchas en las mandíbulas de Christian y la asquerosa cucharilla utilizada en dicho tipo de operaciones fue colocada rápidamente en su lugar en tanto que él intentaba contener las náuseas, y los negros ojos que parecían dilatados por el uso de alguna droga le escrutaban atentamente, abriéndose y cerrándose.

Una vez acabado el sucio ejercicio, Christian se quedó inmóvil, encogido como un gato enfermo, en tanto que el doctor removía ruidosamente entre su equipo. El nadir de la miseria había llegado y para ello sólo había hecho falta ese examen.

—¿Ha llegado muy lejos la enfermedad? —acabó preguntándole, como si estuviera manteniendo una conversación educada con un desconocido.

El doctor Claut frunció el ceño haciendo que todos sus rasgos parecieran mezclarse en una masa informe de color ocre.

—¿La enfermedad, señor?

—Sabe usted muy bien a lo que me refiero.

—Puede que no lo sepa, señor. Hay cierta leve congestión pulmonar, no demasiado extraña en la gente que olvida el modo adecuado de respirar. Una ligera debilidad en la garganta que no constituye ciertamente ninguna tragedia, ya que no parece usted obsesionado por cantar ópera. Y con el tiempo le aseguro que todas esas zonas se fortalecerán: esa venilla que cede de vez en cuando y da lugar a la hemorragia la calmaremos con un preparado que he mandado hacer y que vendrá sin tardanza del pueblo. En cuanto a su estado nervioso, es lamentable. Tengo la impresión de que algo le obsesiona, señor.

Christian estaba junto a una de las chimeneas del gran salón. El *brandy* que bebía acallaba un poco el dolor metálico que sentía en el cuello. La botella marrón con su

oscuro contenido de *linctus*, depositada primero sobre la mesa, la había arrojado al otro extremo del dormitorio. Se había estrellado contra el espejo de la cómoda, resquebrajándolo. Christian se había contemplado entonces en él y había visto reflejado su cuerpo, tenso y envarado, con la camisa desabrochada, su bello rostro y dos ojos enloquecidos que también se habían resquebrajado. Cuando llegó al salón tras bajar por la escalinata, los tres sirvientes que le restaban se hallaban ya reunidos ahí. La mugrienta carreta del doctor había salido traqueteando del patio de los establos para acabar perdiéndose en la creciente oscuridad del crepúsculo. Abandonados a sus propios recursos, los fieles sirvientes observaban atentamente a Christian con variados grados de miedo y nerviosismo: Renzo se mordisqueaba los labios, Sarrette se había quitado el sombrero y, con el pecho abombado, miraba frunciendo el ceño la elaborada talla de una cornisa, y la señora Tienne permanecía inmóvil con un leve brillo en los ojos como prometiendo la inminencia de todo un despliegue pirotécnico. Sin duda le encantaría mantener otra batalla interminable con otro borracho. (Quizá también Claut hubiera metido su zarpa de mono en ese otro asunto: ¿Beber demasiado, señor? Para un hombre que ha perdido a sus tres criaturas lo que bebe usted no es nada. Beba más aún).

Antes de bajar al salón, Christian se había entretenido imaginando una fábula más bien macabra. Trataba de un condenado que debía ser ejecutado en la guillotina y que mientras iba de camino hacia la Señora, era informado por su escolta de que había sido indultado en el último instante. De pronto se encontraban ante el patíbulo de la guillotina y el hombre, lógicamente alegre, preguntaba por qué razón debía arrodillarse y colocar la cabeza en aquel agujero. «Es solamente una debilidad pasajera», le decía el verdugo, para añadir luego, mientras la hoja caía veloz atravesando su tráquea, hendiendo la carne y el hueso: «Puedo hacer preparar un remedio que aliviará enormemente la hemorragia».

Las mentiras del viejo podían deberse a un sinnúmero de razones. Podía tratarse simplemente de un diagnóstico ignorante o, lo que sería más siniestro, el deseo de sacar provecho tranquilizando con falsedades al paciente. El paciente se había quedado demasiado atónito como para protestar. Christian había permanecido inmóvil y mudo soportando toda una conferencia sobre dieta, sueño, vino, el *linctus* y las virtudes de dicho preparado opiáceo, el desorden nervioso, lo indeseable que era el láudano y las propiedades tonificantes de los pinos del bosque. El impulso inicial de gritar fue pronto borrado por el impulso de propinarle una paliza, pero el aturdimiento de Christian no desapareció con la rapidez suficiente como para que le fuera posible lanzarse sobre aquel desecho senil y romperle el cuello.

Y ahora tenía ante él a los tres sirvientes que le habían impuesto esa última y penosa prueba. No sólo habían convertido la mansión en un infierno, entremetiéndose constantemente en su intimidad, sino que le habían sentenciado a morir bajo las garras de su enfermedad. La cápsula había ardido y por muy culpable que pudiera resultar su vacilación anterior, ellos le habían proporcionado los medios para triunfar a su estúpida cobardía. Vivir unas cuantas semanas más, tal y como debería vivirlas…

Contempló atentamente a sus tres enemigos. Ninguna desolación concebible resultaba lo bastante espantosa como para encajar adecuadamente en ese futuro, ese cementerio de todas sus esperanzas.

Ahí estaban, aguardando a que les agradeciera sus desvelos. O quizá que empezara a chillarles como un poseso. («Debe usted cuidar mucho su garganta, señor. Nada de gritos. Hable siempre en voz baja»).

Como si con ello saludara irónicamente al doctor les miró por turno, sonriéndoles, y luego les habló en voz casi inaudible:

—Coged todo lo que os pertenezca —les dijo—, y también todo lo que deseéis robar. Y luego abandonad el castillo. —A sus palabras siguió un largo silencio. Sarrette inclinó la cabeza, y la boca de Renzo, roja como una amapola, se abrió de golpe en tanto que de sus ojos brotaban las lágrimas. La señora Tienne se quedó muy quieta y el rostro se le demudó, mientras que en su mirada moría el brillo de antes—. No habrá ninguna discusión. Ya he redactado unas instrucciones para Hamel y las he firmado. Están ahí, sobre la mesa. Os las llevaréis al marcharos. Seréis recompensados por todos los servicios que, según vosotros, me habéis prestado. —Bebió un trago de *brandy* y cerró los ojos, sintiendo que ni ellos ni su propia persona le importaban ya lo más mínimo—. Será mejor —les dijo amablemente— que os vayáis al pueblo o adonde pretendáis pasar la noche antes de que se ponga el sol. Al parecer, hay lobos en el bosque.

—Señor —le oyó decir a la señora Tienne, su voz educada y calma informándole de que el niño travieso debía estar muy agradecido a la bondad de sus mayores—. Señor, nosotros o algún miembro de nuestras familias, hemos estado presentes en esta mansión, sirviendo aquí durante más de cien años. Durante mucho más tiempo, debería consultar usted los archivos. De vez en cuando se ha cerrado la mansión y se ha nombrado un fideicomisario. Cuando eso ha ocurrido, como por ejemplo en tiempos de su predecesor, nos hemos empleado en otros sitios. Pero es tal el lazo que nos une al castillo, señor, que jamás consideramos tal situación como permanente.

—Señora —dijo él—, considérela permanente y váyase al infierno.

La señora Tienne se marchó con un susurro de tela. Renzo desapareció, la espalda

encorvada. Sarrette abandonó la estancia como si estuviera desfilando.

Con los ojos aún cerrados, Christian se dejó caer al suelo delante de la chimenea.

14
La nieve

Loups-gens-aïeux.

A medida que las llamas agonizaban, la inscripción garabateada bajo el dintel de la chimenea empezó a ser más visible. Quizás el calor o el tizne reciente producido por el fuego habían puesto de relieve las marcas, que antes resultaban ilegibles.

Se quedó inmóvil contemplando cómo iban emergiendo las palabras y luego las leyó. Como expresión de un lenguaje articulado carecían de todo sentido: no eran más que un galimatías en el que la gramática no intervenía para nada.

Pero finalmente, cuando el *brandy* se mostró incapaz de mantenerle caliente en esa enorme estancia cada vez más oscura y en la que el aire iba cristalizando lentamente a causa del frío, cierta intuición extraña le hizo reconocer en esa ristra de palabras una especie de clave, algo que habría podido expresarse de modo más prolijo como: «Nosotros, que fuimos lobos, ahora somos hombres». Acabó pronunciando la frase en voz alta y de inmediato advirtió lo similar que sonaba a ese nombre: *Lagenay*.

Mientras la noche iba extendiéndose por el castillo como una mancha imposible de contener, Christian empezó a prepararse para el asedio. La habitación iba a ser, muy adecuadamente, los cuarteles generales de esa última (y más bien condenada al fracaso) resistencia contra el viento y la noche eterna. Con tal fin empezó a ocuparse de lo más necesario y urgente para sobrevivir: los cestos cargados de troncos, unas cuantas botellas de vino y todas las provisiones que le parecieron de tan fácil conservación en el cuarto como en la fresquera. Las velas, el aceite y las cerillas también formaron parte de su carga. De vez en cuando sería necesario efectuar arriesgadas incursiones a la bomba principal de la cocina, así como al sótano y a la leñera, que estaba al lado. Quizá llegara el momento en que se agotaran los troncos y entonces, perdido en mitad de un bosque de madera muerta, quizá debiera acabar quemando las patas de las sillas y las mesas. Si lograba hallar un hacha podía acabar haciendo pedazos el piano, componiendo con ello una última sonata carente de

armonía, el nocturno final de su odio apasionado.

Y con tales ideas en su mente entró en la sala de música, que estaba totalmente a oscuras.

El vampiro reposaba como un estanque de carbón negro suspendido en el aire. Una calma sombría parecía envolver la atmósfera como un espeso manto de tela, roto solamente por la rendija de cielo que asomaba en lo alto de la ventana: un dedo de brillante luz malva que más parecía una herida. Tomó asiento ante las teclas acariciadas por esa luz y empezó a tocar: corrientes de música tranquila, fantasmales improvisaciones que brotaban en temas de Rachmaninov, Schumann y Debussy, para volver luego a morir en ellos. Y mientras la luz se iba oscureciendo Christian siguió tocando, ahora a ciegas, abriéndose paso entre las teclas gracias al tacto, como si estuviera recorriendo de noche las orillas de un río o como si avanzara sobre el cuerpo familiar de una amante.

Cuando por fin dejó de tocar, la habitación latía como una improvisación fría y nueva. Tras la ventana estaba cayendo la nieve.

Tendido en el lecho con dosel que daba al tapiz, soñó que estaba en el bosque, andando sobre la gruesa alfombra blanca de la nieve. Como de costumbre, el sueño era vívido y le parecía totalmente real. Podía oler el perfume congelado de los árboles y sentía a cada paso el crujido del polvo de nieve. No oía nada, pues el bosque entero parecía resonar con un vasto silencio, como si fuera una gigantesca campana de plata.

Muy poco a poco se fue dando cuenta de que llevaba el manto ribeteado con pieles negras de algún señor medieval y aún más tarde se dio cuenta también de que a su costado colgaba una espada, de que una barba cuidadosamente rizada le cubría el rostro y de que su pesada cabellera oscilaba a su espalda.

Andaba por entre una especie de crepúsculo blancoazulado que no era ni día ni noche. No tenía ni la menor idea de hacia donde se encaminaba pero tenía la impresión de que algo guiaba sus pasos llenándole de una ansiedad premonitoria, sintiéndose al mismo tiempo dueño de sí y de su futuro.

Y despertó, bruscamente arrojado del sueño con una maldición apagada.

Por un instante fugaz vio claramente el linaje masculino que procedía de los viejos inicios del castillo, una línea de varones que seguía sin menoscabarse incluso a través de las mujeres en las que se mezclaba la semilla y la sangre de otros varones ajenos al linaje. Fue consciente de una gran herencia a la que la lejanía había empequeñecido y contra la que habían conspirado un abuelo muerto y una madre que sólo había podido

contarle historias a su hijo, todo el peso de la ciudad sofisticada, las notas de los grandes pianos, la enfermedad y la falta de fe.

Como un niño que se vislumbra un héroe lejano, notó que se filtraba una punzada de dolor para este hombre que él fue en su sueño.

Al día siguiente se levantó tarde, casi al mediodía. La nieve seguía cayendo del cielo como si fuera leche, y más allá de las ventanas el mundo se había vuelto invisible. Presa de un apetito sorprendente desayunó carne fría y pan y, lo que ya era menos sorprendente, bebió bastante vino. Luego, sucumbiendo a los hábitos de la civilización, puso agua a hervir en una de las muchas teteras que había en la cocina, lavándose y afeitándose después con gran cuidado ante el espejo resquebrajado. (El mordisco de su oído estaba curando y ahora ya sólo era visible una delgada línea negruzca. ¿Importaba realmente que ella le hubiera envenenado? Un veneno procedente de su boca sutil… Pero no deseaba pensar en ellos).

Tras haberse vestido con todo el decoro necesario tomó asiento ante el fuego del dormitorio y leyó. Lo extraño era que no le dolía la garganta, que no sentía ni siquiera molestias y que apenas si tosió. Una ligera mejoría a la que acogió con burlón menosprecio, ya que anteriormente había sufrido engaños similares. No iba a dejar que nada le engañara ni le diera falsas esperanzas. Absorbió un sinfín de páginas procedentes de oscuras novelas y traducciones descubiertas en la biblioteca entre Ronsard, Flaubert, Racine y Edouard.

Sueños, brujería, mentiras…, los mantuvo a raya utilizando los sueños, la brujería y las mentiras.

Puso más troncos en el fuego de vez en cuando y, cuando era necesario, volvió a llenar su copa mientras la nieve caía hipnóticamente y sus remolinos destellaban sobre la pared como poniendo el contrapunto al brillo de las llamas.

Se trataba de un intermedio que, por su misma naturaleza, no podía durar. Por eso había renunciado al pensamiento, en el cual iba implícita la profecía. La edad glacial que vendría cuando se acabaran la leña y los alimentos, los últimos espasmos de su enfermedad…, nada de todo eso debía ser ya tomado en consideración. Su vida se reducía ahora a una hora y a un minuto. Ya pensaría luego en el minuto siguiente.

Pero la borrosa presencia que acechaba en su hombro, nadando como un negro pez en los abismos de su mente, sabía que no era así. Entonces, no mires. No pienses en el futuro. Vive aislado en un trozo minúsculo de tu conciencia, al igual que ahora vives solamente en estas cinco habitaciones.

Dormitó, permitiéndose los eternos placeres del enfermo y el inválido. Era un método, no de conservar las fuerzas, sino de rehuir la verdad.

Ésa fue la primera mañana auténtica que pasó por completo en el castillo. Pero ahora nadie vendría a interrumpirle.

A las tres de la tarde se abrió una gran válvula en el cielo y la nieve fue cayendo con menos abundancia para acabar cesando por completo.

Había algo en esa detención (su inmovilidad repentina, como el ruido que de pronto se acalla) que le puso en estado de alerta.

Se acercó a la ventana que daba a una esquina del laberinto de setos pero éste ya no existía. Ahora una página blanca colmaba la ventana y en ella había garabateados los leves trazos que, de modo caprichoso, sugerían los perfiles de los muros, los árboles y la pendiente del terreno. El horizonte del bosque no era más que una banda de blanco algo más oscurecido bajo la porcelana del cielo.

El castillo se había convertido en una casita de nieve perdida en las llanuras de un planeta nevado.

Algo relampagueó entre la blancura. El contraste era tan grande que atrajo su mirada como si fuera un relámpago de fuego. Intentó localizarlo, sin poder decir de dónde venía. El movimiento de una rama en el jardín, un cuervo negro (no había visto pájaros aquí, sólo uno que estaba muerto), quizás una momentánea debilidad de sus ojos…

Pero entonces…, entonces lo vio de nuevo.

Bajó la vista hacia una esquina de los setos y mientras miraba la capa de nieve saltó bruscamente de un tejo, haciendo aparecer la bulbosa desnudez del árbol como si alguien hubiera manchado de tinta la página. Pero la causa de esa mancha seguía siendo invisible.

En ese jardín retorcido había visto a Sarrette y a Sylvie. Y por la ventana del cuarto de música había visto al perro.

No le hacía falta preguntarse quién estaba ahora ahí.

Los movimientos del tejo habían cesado. No vio nada y no hubo más nieve que cayera del árbol.

Y ahora, ¿qué? Había recuperado nuevamente las llaves. Podía bajar hasta el jardín y entrar en él, ya fuera siguiendo la ruta del viejo patio con el pozo, forzando la puerta de hierro labrado cubierta de enredaderas o bien mediante esa otra entrada que jamás había llegado a descubrir, la cual debía conectar con el patio que había bajo la cocina. Si pensaba aunque sólo fuera por un momento en la disposición del jardín y los setos, ésta le resultaba francamente inexplicable, tanto por los ángulos excéntricos y las

interpolaciones de la masa principal del castillo, que siempre parecían confinarlo, como por el modo en que revelaban a veces un aspecto del jardín y luego otro, pero jamás el conjunto entero. Así pues, se trataba de un jardín escondido, un jardín secreto… Se apartó de la ventana y de su desafío sintiendo que el corazón le latía con rapidez, pero con la decisión de no hacer nada.

Christian se instaló nuevamente en su sillón, tomó un sorbo de vino y abrió otra vez su libro de farsas y humoradas.

Leyó tres o cuatro frases y tuvo que leerlas por segunda vez. Cuando iba por la quinta frase, algo golpeó el cristal de la ventana que había a su espalda.

Se puso en pie de un salto, con la sangre retumbando en sus sienes como si hubiera oído un tiro. El cristal se había roto dejando paso al vacío. De un modo totalmente irracional, una diminuta fracción de su mente había visto ya sus caras pegadas al vidrio, como dando por sentado que podían volar.

Uno de ellos, probablemente el joven Luc de Lagenay, había arrojado contra el cristal un guijarro o quizás un fragmento de urna. Lo único necesario para ello era un brazo fuerte y un ojo certero, nada más. Y ahora, quizá nuevamente escondidos, esperaban que el rostro pálido de Christian asomara una vez más por la ventana.

El cristal había caído sobre la alfombra, tiñendo las cenefas de flores orientales con un pálido fulgor escarlata.

No pensaban dejarle en paz. Y también estaban las llaves, y el arma, depositada en algún lugar de la casa…

Un segundo proyectil dio en la ventana, demasiado rápido para que le fuera posible distinguirlo, y Christian lanzó un grito.

Incapaz de poner en claro lo que sentía (igual que antes), dado que (al igual que antes) no se trataba de ira, de miedo y ni siquiera de un perverso tipo de placer, entró en la salita, inhóspita y con la chimenea apagada, como un recordatorio de que la edad glacial se aproximaba, y cogió las llaves.

Su manto de astracán yacía allí donde lo había dejado la tarde anterior. Hizo el gesto de cogerlo pero se detuvo y con una mueca despectiva abandonó la habitación sin él. ¿Para qué protegerse del frío cuando iba hacia el patíbulo? Y, si a eso se reducía el asunto, ¿para qué iba a buscar el arma? Si esos niños del bosque estaban lo bastante locos como para hacerle pedazos y devorarle, que lo hicieran. Recorrió el pasillo a grandes zancadas imaginando a los Lagenay, cubiertos con sus pieles, conversando con el doctor Claut: «Señor, no podemos comer carne enferma». Claut (parloteando velozmente, como un mono, entre risitas): «No hay nada que ande mal en él. Tenéis que comerle. Será un buen alimento».

Christian atravesó la desolada inmensidad del castillo. Su frialdad se había vuelto tan sólida que parecía oprimirle como un peso físico. Llegó finalmente a la cocina, la cruzó y pasó junto a las entradas de la fresquera y la vieja lechería. La puerta que conducía al tramo de escalones y el patio se había hinchado a causa del tiempo y encajaba mal. Pero sus manos eran fuertes y la abrió de un vigoroso tirón. La nieve cubría como una blanca alfombra los peldaños y sintió que un millón de cuchillos le herían la piel: la atmósfera parecía aguzada cual los dientes de una sierra. Bajo él, más allá de la escalera y hacia la derecha, un arco abría su espacio vacío bajo la pared, como si entrara directamente en el mundo de blanco papel que se extendía más allá.

Christian bajó los peldaños con una cierta cautela fruto del automatismo, pero su conciencia ya había sido entumecida por el aura helada y paralizante del aire. Sabía muy claramente que estaba cometiendo una locura y ese conocimiento era enfatizado por lo difícil que le resultaba caminar a través del patio. Sus pies se hundían en el suelo a cada paso que daba como si éste fuera una esponja y al dar la vuelta para dirigirse al arco un cacharro de terracota o quizás una maceta oculta por la nieve se quebró bajo su pie, haciéndole recordar los huesos dispuestos en forma de cruz que había intentado romper en el sendero del bosque.

El túnel tendría unos dos metros de longitud y terminaba junto a la pared trasera de los establos, ahora en desuso. Una puerta que parecía hecha de piel blanca se abría en una tapia igualmente blanca para dar acceso al patio de los establos. El jardín, también compuesto de piel blanca, rodeaba una fuente que se había acabado ahogando en un charco de armiño. Más allá del jardín asomaban misteriosos montículos nevados de dos metros y medio de alto: los ahora indistinguibles confines del laberinto formado por los setos.

Aquí hubo también una puerta pero de ella sólo quedaban los goznes. Una pérgola, con las enredaderas lujosamente recubiertas de encajes blancos, se había derrumbado erigiendo en su caída un proyecto barroco de puerta. Alguien…, no, dos alguien, habían pasado a través de ella, dejando para marcar su camino una ramita partida y una huella borrosa en la nieve.

Christian pasó por ese mismo punto pero sin la menor delicadeza. Sus movimientos y el desordenado agitarse de sus miembros sugerían la más profunda ira o la desesperación. Bastante asombrado, pensó que no sentía nada en absoluto. Lo único que notaba era su corazón, que latía como un potro desbocado.

El fantasmagórico artista que había estado trabajando en la aldea y el cementerio para garabatear luego un revoltijo de trazos sobre la página de la ventana había vuelto a diseñar también el laberinto formado por los setos del jardín mediante la nieve. El

nacimiento de los troncos y la base de cada seto eran un manchón confuso de humo, al igual que todos los lugares donde la nieve no había logrado penetrar. Al mismo tiempo, todas las formas originales del jardín habían desaparecido. Extravagantes estatuas adornadas con manchas negras en las axilas, los labios y la ingle, parecían apretujarse en cada espacio libre.

Los grandes ventanales del castillo, medio ocultos por sus blancos párpados, dominaban el jardín desde casi todos los ángulos imaginables. No se tomó la molestia de perder el tiempo intentando identificarlos. Las toscas siluetas de las torres, intercaladas en el conjunto del edificio, asomaban como troncos colosales.

¿Y ellos? ¿Dónde estaban ellos?

Los proyectiles de piedra habían procedido de la parte del jardín que estaba dominada por una torre en particular que había logrado situar con precisión. Pero ahora aquellos dos seres podían encontrarse en cualquier parte. Quizás estuvieran justamente a su espalda, con sus ojos brillantes clavados entre sus omoplatos.

No se volvió a mirar. Siguió andando hacia adelante, en dirección a las avenidas que se abrían entre los setos.

En cualquier instante una cascada de nieve podía desplomarse de un árbol a su lado. Quizás una bola de nieve surgida de la nada se estrellara en su cuerpo. Juegos de niños… Pero nada de eso ocurrió.

Llegó por fin a una encrucijada perdida entre los tejos con un reloj de sol indicando el lugar. Al acercarse a él vio que su manto de nieve había sido removido con una aguja, un palo… o quizá con una uña. «Tres pasos a la izquierda», decía la inscripción. Ah, sí… Después de todo se trataba de un juego. Tomó por la avenida a la izquierda de la encrucijada y apenas había dado un paso por ella se detuvo vacilante y al hacerlo el laberinto de setos pareció estremecerse, como un telón que se desliza sobre ruedas para cambiar el escenario de la acción. Y ahí estaban.

Retuvo el aliento al verles y, sin poderlo evitar, lanzó una carcajada ronca y áspera que más parecía un ladrido.

Antes habían ido vestidos con pieles de animales, como en el origen de los tiempos, o le habían ofrecido su humana desnudez pero ahora se habían ataviado de modo impecable, como decididos a no desentonar en la más refinada fiesta campestre. Llevaban los irreprochables atuendos de la modernidad, sin duda previsoramente adquiridos mucho tiempo antes en la capital de la provincia. Permanecían inmóviles, el rostro inexpresivo, como posando a la espera de ser fotografiados. Él llevaba un frac sin abrochar de un negro azulado que permitía distinguir fugazmente el destello de una condecoración también azul y bajo él un chaleco de seda rojo como el clarete

por el que asomaba un cuello de camisa tan almidonado que había alcanzado el *rigor mortis* y una corbata pulida como el peltre. Y ella…, oh, su silueta formaba el triángulo perfecto que ahora exigía la moda: un vestido con la falda muy estrecha que brillaba con reflejos verde oliva coronado por un enorme sombrero igualmente verde oliva del que escapaba un torrente de plumas azules como el cielo. Sus figuras le proporcionaban al paisaje el único toque de color existente. Pero no hicieron el menor movimiento hasta que Luc de Lagenay se quitó el sombrero de fieltro color gris perla que le cubría la cabeza y se inclinó en una ridícula y cortés reverencia.

Era imposible dispararle a semejantes apariciones. ¿Qué se podía hacer con ellas? Su misma incongruencia las hacía aún más temibles… o quizá, posiblemente, aún más conmovedoras.

Mientras el joven se erguía de nuevo, dando por finalizada su muestra de cortesía, miró de soslayo a la mujer, como deseando ver qué haría luego Gabrielle. Qué aspecto tan exquisito tenía, dotada de una belleza casi incandescente, con su cabello recogido en un complejo peinado, el rostro empolvado y los labios cubiertos de carmín, con un aura de sombra alrededor de esos absurdos ojos suyos que hoy parecían aún más verdes que sus ropas.

—Pensamos que no responderías a la campanilla de la puerta. Si es que funciona… —dijo ella—. La última vez que vinimos aquí estaba rota.

—¿Ah, sí? —le respondió Christian de modo automático.

Involuntariamente empezó a buscar con la mirada sus extrañas uñas, el emblema mítico del licántropo. Pero las manos de ambos estaban ocultas por guantes de gamuza, tan inmaculados como el resto de su atuendo.

De pronto Luc de Lagenay dio un paso hacia adelante, movimiento que en él resultaba, gracias a la consideración con que había sido reprimido, lo bastante lento como para que aún fuera posible hacerlo entrar en la categoría de los actos de locomoción propios de una criatura mortal.

—No estáis vestido para andar fuera de la casa, señor —le dijo a Christian con insolencia—. ¿No deberíamos entrar?

Y entonces una de sus zarpas enfundadas en los guantes de gamuza se movió con una rapidez tal que era imposible verla, y un dedo enguantado le tocó la oreja mordida.

Christian alzó el brazo en ese mismo instante y tuvo la satisfacción de golpear la mano gris azulada, echándola ferozmente a un lado. Luc retrocedió de un salto enseñando los dientes, quizá de modo involuntario. Después de todo, habían tenido muchos años para estar aquí y convencerse de lo que eran…, de lo que ellos mismos

creían ser.

Christian se volvió hacia Gabrielle.

—¿Qué quieres?

—¿Acaso no resulta obvio? Nos gustaría entrar en el castillo.

—No resulta tan obvio.

—Bien, pues acabo de aclarártelo.

—No lo suficiente.

—Vimos cómo se marchaban los sirvientes —dijo—. Esa espantosa Tienne, el chófer, el muchacho… Hemos visto a mucha gente que llegó aquí para acabar marchándose. El propietario anterior, el borracho, solía estar fuera meses enteros, creo que en Inglaterra, donde tenía a su familia en una casa enorme, igual que en un zoológico. Entonces cerraban el castillo y dejaban en él un idiota para que lo guardara, aunque normalmente nunca venía por aquí. Había modos de entrar y podríamos haberlos utilizado hoy. Solíamos jugar aquí de niños.

La rama bastarda de los propietarios del castillo… Los vio con toda claridad, un muchacho pelirrojo de unos cinco o seis años y una muchacha rubia en plena adolescencia, corriendo y chillando, yendo de un lado a otro de la mansión por los corredores que resonaban con el eco de sus juegos, poniendo castañas y manzanas para que se asaran entre las ascuas de fuegos improvisados en las chimeneas que no tenían derecho a utilizar. En realidad el lugar era más propiedad suya que de él, una conquista que se habían ganado tomándose el derecho de frecuentarla.

Pero el reflejo de la luz sobre la nieve estaba empezando a deslumbrarle y sentía un leve mareo: el frío era como una enfermedad.

—Esperad un tiempo —les dijo—. Dentro de un mes habré muerto y entonces todo será vuestro. Cada uno de esos ladrillos que se están convirtiendo en polvo, cada viga medio podrida…, todo vuestro. Podéis esperar un mes.

Ella inclinó levemente la cabeza hacia atrás, y sus ojos, encuadrados por el vasto halo del sombrero, le contemplaron de ese modo que ya le era familiar. Cruzó la nieve hasta él, caminando con despectiva seguridad pese a sus tacones altos y su estrecha falda.

—Cuando hablas de tu muerte —le dijo—, se te llenan los ojos de lágrimas.

—Quizás es porque lamento el tener que morir.

—No lamentes nada —le dijo ella—. No tienes el sabor de las cosas que van a morir.

—Ah —dijo él, con la voz algo temblorosa—, entonces habéis oído lo que dice el doctor Claut.

Ella sonrió, como escondiendo un secreto, y puso su mano con mucha delicadeza sobre el brazo de Christian.

—Te estás quedando helado —dijo—. Iremos a la casa.

Su voz se había vuelto ahora suave y acariciante, tierna como la voz de Annelise. Él creyó ver en sus ojos, sin embargo, una expresión pensativa, como si estuviera planeando algo. Le apartó la mano del brazo y les dio la espalda para atravesar el jardín, volviendo por donde había venido.

Ellos le siguieron, naturalmente, aunque él no oyó ni un solo paso a su espalda. Christian no intentó apresurarse. Cuando llegó al patio de la cocina se preguntó si se echarían a correr para adelantarse a él e impedirle cerrar la puerta. El pensar en ello le divirtió.

Pero cuando hubo subido la escalera y estuvo por fin ante la puerta, no se volvió a mirar y no vaciló ni un segundo. Entró directamente en la casa sin detenerse… y no cerró la puerta.

15
La visita

Después del jardín cubierto de nieve la casa estaba fría y tenebrosa pero por contraste parecía incluso cálida. La portilla de cristal azulado insistía en que la mansión estaba ahora sumergida en el fondo del mar, y los grandes ventanales, asomando entre los cortinajes, sugerían tímidamente que ello era falso, que se encontraba en el Polo Norte. El gran salón susurraba como si estuviera lleno de hojas secas.

Algo aturdido, Christian inspeccionó el muestrario de espejismos que se le ofrecía. Se había estado preguntando adónde debía llevar a sus dos invitados, que le habían seguido desde la cocina, y había terminado decidiéndose por el incómodo y frío salón, en el que no había encendido fuego alguno.

Entró en el salón y tomó asiento ante la apagada chimenea, esperándoles.

Y, de modo gradual, se dio cuenta de que podía oírles y que era capaz de ir siguiendo su avance a través de la casa, aunque éste era prácticamente inaudible. Cruzaron el gran salón como dos hojas arrastradas por el viento de invierno, y Christian se los imaginó alzando los ojos hacia la portilla azul, acariciando las tallas de madera y los candelabros de plata. Debían conocerlo todo muy bien, ya que ésta era su casa.

Las arañas de cristal del salón tintinearon de modo casi imperceptible, agitadas una vez más por esa ráfaga de viento que parecía llegar de la nada.

Gabrielle de Lagenay entró la primera pero Luc iba a sólo un paso detrás. Era tan imposible controlarlos o impedirles la entrada en un lugar como a dos gatos traviesos.

—Oh —dijo Luc despreocupadamente—, ya ves lo que intenta hacer. Ni él mismo lo sabe. Hay fuego en una de las estancias de arriba. Se podía oler incluso fuera de la casa. Pero aquí no hay ningún fuego.

—Ésta es la habitación adecuada para recibir visitas —dijo ella—. Es perfecta para tomar el té a la inglesa, con pastelillos y frutas confitadas.

Christian les observó en silencio, oyéndoles hablar. No le hacía falta moverse ni

actuar, hasta sus manos y su cabeza podían permanecer inmóviles. Hacía un frío horrible en la habitación, realmente, pero el joven se quitó los guantes y los arrojó, junto con su excelente sombrero, dejando que cayeran de cualquier modo sobre una silla. Las uñas rojizas no resultaban repugnantes, todo lo más un poco extrañas. Incluso con sus lujosas ropas actuales Luc parecía una criatura de los árboles. La mujer se había acercado a la gran cómoda de caoba. Sobre ella habían dejado el día anterior un cuenco con naranjas de invernadero y junto a él una bandeja de plata en la que había una botellita de Armagnac.

Gabrielle cogió tres copas muy pequeñas y fue vertiendo en cada una el licor dorado. Dejando de ser una invitada para convertirse en anfitriona, le ofreció una copa a su hermano, el cual la aceptó con un irónico gesto de agradecimiento. Luego se aproximó a Christian, ofreciéndole igualmente una copa, y al ver que éste no hacía el menor gesto para cogerla la dejó sobre la mesa que tenía junto a él. Luego volvió a la cómoda y con un gesto melindroso se llevó la copa a los labios, como una leona que bebiera *brandy*.

Luc cogió una naranja del cuenco.

Christian se agitó levemente. No podía resistir por más tiempo la tentación.

—Mal, niños. Habéis cometido un error.

—Dios mío… —dijo Luc—. Nos ha hablado.

—Pero eso no quiere decir que hayamos sido perdonados —añadió Gabrielle.

—Quiero decir —les explicó Christian con rostro sombrío— que habéis aprendido mal vuestros papeles.

—¿Ah, sí? —dijo Gabrielle.

Luc cogió un cuchillo de plata de un cajón (al parecer también estaba familiarizado con la cubertería) y cortó limpiamente la naranja en dos mitades que sangraron durante unos segundos.

—Los lobos comen carne —dijo Christian—. La carne humana, si ésta resulta disponible. Muchas, muchas Sylvies. De lo contrario se conforman con liebres, pájaros, cabras o corderitos que parecen de algodón. Y todo se lo comen crudo y sangrando.

Luc le ofreció media naranja a Gabrielle y ella la aceptó, lamiéndola pensativa con su lengua puntiaguda. Luc mordió salvajemente la mitad que le quedaba, atravesando a la vez corteza y pulpa.

—En los cuentos —dijo Christian—, el licántropo es descubierto siempre cuando rechaza comer carne cocida o verdura y se le sorprende luego royendo el brazo de un tierno infante en la despensa.

—Oh, resultas increíblemente encantador —le dijo Gabrielle—. Aún debes de estar asustado. ¿No te has dado cuenta de que no te haremos daño?

—Oh —dijo Christian—, un millón de gracias…

—En nuestra forma humana comemos los alimentos humanos —dijo Gabrielle—. ¿Te parece algo fuera de lo común? También nos vestimos como seres humanos y sucumbimos a los estados de ánimo y las esperanzas humanas. Y quizás algunas veces, mi señor, incluso nos sintamos desgraciados como tú. —Dejó la media naranja y la copa de *brandy* sobre la cómoda y fue nuevamente hasta él. En el último segundo tuvo lugar otro de esos movimientos inexplicablemente veloces que parecían trucos de magia y Christian se la encontró apoyada en el brazo de su sillón, inclinada hacia él para mirarle, tan cerca de su cuerpo que le era posible oler el aroma de sus polvos faciales y el aún más insidioso perfume de su piel y su cabello. Christian se echó levemente hacia atrás, devolviéndole la mirada bifronte que surgía de su ojo reservado y su ojo desafiante—. ¿Te sorprendería mucho saber que nosotros también tenemos miedo… de ti? —le dijo ella—. ¿No? ¿Sí? Señor Ojos-de-Plata, la escenita sucedida en nuestra cabaña era pura fanfarronería.

—¿Qué otra cosa podía ser? —dijo él.

—Sí, ¿qué otra cosa podía ser? Por lo tanto, decidimos ponernos nuestras ropas de fiesta y acudir aquí a suplicar tu perdón.

De nuevo Christian no lograba decidir en qué consistían exactamente sus sensaciones. Le parecía estar flotando en una penumbra verdosa creada por Gabrielle. Ya no sentía el frío: en realidad la estancia parecía arder con un fuego apagado… ¿sexo, fiebre, las dos cosas a la vez? Pero lo que deseaba por encima de todo era dormir. Qué extraño era todo…

El joven se materializó de repente junto a él, apoyado en el otro brazo del sillón, contemplándole con fijeza.

—Podría haberte matado —le dijo Luc de Lagenay en voz muy baja, como para tranquilizarle confirmando lo que él ya sabía.

Su sombra cubría el sillón extendiéndose por el suelo y de un modo casi imperceptible esa sombra iba haciéndose más y más larga. Las ventanas habían cobrado otras tonalidades. Debían de ser ya más de las cuatro.

Christian se incorporó bruscamente y, tal como había presentido, aquellos dos seres retrocedieron de un salto. Incluso ella, apresada en la rígida corola de su falda, logró moverse con increíble rapidez. Sí, nunca se confiaban.

—Haced lo que os dé la gana —dijo él—. No tengo el menor interés en poneros dificultades.

—¿Adónde vas? —le preguntó Gabrielle.

—A la habitación del fuego —dijo Luc—. Los aposentos del señor deben estar bien preparados, ¿no?

—Muy bien —dijo ella—. Vayamos todos ahí.

—Oh, no…, creo que no —dijo Christian.

Había llegado al umbral y lo cruzó en menos tiempo del que había creído posible. Una vez al otro lado se volvió, les hizo un gesto con la cabeza y tiró de las dos puertas cerrándolas con un fuerte estampido.

Ahora debía llevar a cabo en este lugar todas las acciones que había imaginado en la entrada del patio. Algo improvisado, sí, totalmente improvisado…

Atravesó corriendo el gran salón, oyendo como las arañas de cristal se agitaban sobre su cabeza. Mientras subía de un salto el primer tramo de escalones oyó cómo las puertas del salón se abrían con un golpe seco. Sin embargo, no se volvió a mirar. Recordó cómo había corrido huyendo del perro…, no, del lobo, en el sendero de grava y un estremecimiento lejano e incontrolable que quizás era de miedo pero que se parecía extrañamente a la lujuria le recorrió la espina dorsal.

Dos lobos…, pero él podía correr más que ellos.

De un modo absurdo su mente parecía absorta en el alfombrado de los escalones, hasta el extremo de que creyó distinguir con toda claridad el dibujo que formaban las hebras y el modo en que cada hilillo del tejido se entrelazaba con los demás.

Y oyó detrás de él, resonar el eco ingrávido de sus pisadas. Sus zarpas…

Rió, asustándose él mismo de su risa, y entró también corriendo en el pasadizo. Llegó a sus aposentos y se lanzó contra la puerta de la sala, cerrándola. Luego corrió hasta la biblioteca, habiendo sacado buen provecho de la lección anterior, y la cerró con llave.

Riendo aún levemente, de un modo más bien estúpido, entró vacilante en el dormitorio y se derrumbó sobre el lecho.

El fuego del dormitorio había seguido ardiendo y ahora celebraba esta extraña victoria con un último destello de antorchas rojizas. Naturalmente, todo esto carecía de sentido. La habitación empezó a dar vueltas y él no intentó resistir su oscilación: dejó que sus párpados fueran cerrándose lentamente como las ventanas de un hotel que, una a una, se entornan para indicar el final de la temporada.

También la tarde estaba cerrando lentamente sus ojos para acabar floreciendo, como una planta calcinada, en una explosión de oscuridad.

Fuera de la barricada en la que ahora subsistía, ellos podrían vagar a su antojo por la desolada extensión del castillo, aullando como almas en pena si tal era su voluntad.

Ni siquiera habían golpeado la puerta.

El corazón le latía profundamente a causa del desacostumbrado ejercicio. Christian tosió. Le parecía tener fiebre y sabía que, como había ocurrido en el pasado, la fiebre le haría parecer mucho más joven de lo que era. Sintió el deseo de verse y notó en su interior el apremiante anhelo de permanecer ante un espejo, mirándose con fijeza, hasta que el último rayo de luz se hubiera desvanecido.

«Y que haya un espejito clavado en el interior del féretro, por si acaso llego a despertar y me siento solo».

Era cierto. No es la vanidad lo que te impulsa a mirarte en el espejo sino, sencillamente, el deseo de probar que sigues estando presente, de que aún estás vivo.

Y entonces oyó cómo los Lagenay rascaban la pared.

Se incorporó y abandonó el lecho, agarrándose a la cabecera para no caer. Los arañazos no se parecían a los que hacen los ratones: no, eran fruto de unas garras muy largas que rascaban una y otra vez la pared, sin detenerse.

Al fin sintió miedo: ahora era imposible no reconocerlo como tal aunque la causa fuera algo tan diminuto. Pero qué espantoso era ese ruido, esa especie de sonido en miniatura al otro lado de los ladrillos y la argamasa…

En el nombre de Dios, ¿qué estaban haciendo?

La verdad era que ya lo sabía. No se necesitaban unos enormes poderes deductivos. Lo sabía. Y ellos…, ellos conocían el castillo mucho mejor que él. Habían jugado aquí…

Cuando el tapiz se agitó levemente y los caballeros parecieron cobrar vida por unos momentos, lo único que sintió en su ánimo fue abatimiento, no sorpresa.

En la pared había un panel secreto, uno de esos ingenios tan comunes en las viejas mansiones de las novelas románticas. El tapiz y la pared se abrieron al unísono y por el hueco aparecieron ellos dos. Gabrielle y Luc, como saliendo de una borrosa viñeta creada por sus ojos confusos y la luz agonizante del día, entraron en el dormitorio.

En ese instante había esperado cualquier cosa. O, más bien, había llegado a darse cuenta de que podía creer en cualquier cosa. Pero eran humanos y llevaban aún sus atuendos de seres humanos. Se quedaron inmóviles, junto a la pared, mientras que detrás de ellos el hueco por donde habían entrado parecía irse solidificando.

«Bien, y ahora… ¿tengo miedo?».

Era el mismo sentimiento más allá de todos los sentimientos que había sentido en el sendero, el mismo miedo primordial que superaba a cualquier miedo y que era más, mucho más…

Sus rostros parecían extrañamente vacíos, y sus ojos, no sabía cómo, reflejaban la

luz igual que discos de cristal teñido. Sus bocas estaban retorcidas en una mueca de tristeza.

Pensó en motivos para reír o burlarse y los rechazó. Sus dedos dejaron de aferrar la cabecera del lecho.

La habitación estaba cada vez más sumida en la penumbra. El sol debía de haberse ocultado ya casi por completo…, ese sol que, de todos modos, jamás había visto con su propia forma en el bosque.

Las moléculas del aire dieron por finalizados todos sus preparativos y un telón impalpable que había permanecido en su lugar hasta entonces acabó siendo apartado… o destruido. Y entonces llegó todo…, o sucedió. Y entonces…

Cuando el proceso empezó se encontraban a unos tres o cuatro metros de él: un joven apuesto, una mujer hermosa.

El inicio fue un tanto sorprendente. Como poseídos repentinamente por el salvaje impulso de bañarse o de hacer el amor los dos, al unísono, empezaron a quitarse las ropas: mejor dicho, se las arrancaron del cuerpo. Se movían al mismo tiempo pero de modo independiente y al principio dándose mucha prisa en desabrochar botones o desatar cintas pero luego arrancando con frenesí todos los obstáculos, luchando para librarse de ellos. Quizá fuera una comedia, aunque en ella no había nada humorístico. Ni siquiera el corsé de Gabrielle fue perdonado: con veloz ferocidad, sus manos lo hicieron pedazos. El espectáculo confuso de esa repentina desnudez no tenía nada de excitante porque cuando llegó a su fin lo que revelaba ya no era lo bastante humano como para incitar. Esa desnudez ya no era reconocible.

¿Qué…, qué…?

¿Qué estaba pasando? ¿Qué le sucedía a su carne y a la atmósfera que la rodeaba?

Le pareció que se desplomaban de bruces, primero el hombre y luego la mujer, apoyándose en las palmas de las manos. Pero durante el breve espacio de esa caída, sus brazos se envararon y toda su forma física pareció condensarse. Las vértebras parecían fluir encajándose unas con otras y por un segundo la postura le recordó a una rana…, pero fue sólo por un segundo. Las dos cabezas apuntaban rígidamente hacia adelante y las mandíbulas oscilaban, casi colgando. Los ojos se hicieron más intensos y se encogieron hasta parecer llamas. Ya no había pechos ni miembros, los dedos y los labios se habían esfumado. Tampoco había rostros, meramente contornos y máscaras. La transformación era tan fluida y al mismo tiempo tan horrendamente natural…, sí, natural. No había otra palabra para describirla.

Ahora dos lobos permanecían inmóviles en el regio dormitorio. No eran una ilusión, oh, no… Sus delgadas patas eran reales, al igual que la bóveda de sus costillas

y la avalancha de pelaje humeante que las recubría. Y los cuatro ojos ardían con un brillo mucho más fuerte que el de las ascuas que agonizaban en la chimenea.

Aparte ese resplandor, no había ninguna luz.

TERCERA PARTE
Les yeux de ceux qui m'aiment

16
El delirio

Mis disculpas, señor, pero no es posible concederle crédito por más tiempo.

La habitación iluminada por las velas parecía borrosa. No estaba seguro de dónde se encontraba ni de qué tipo de acontecimientos tenían lugar normalmente en ella. Pero era consciente de haber sentido una rabia sorda, de haberse dado bruscamente la vuelta y de haber cruzado unas cortinas de terciopelo carmesí. Un lacayo, vestido con los largos atuendos satinados propios del rococó, le había abierto la puerta con despectiva rapidez.

«¿Soy acaso mi abuelo?».

La noche estaba teñida con el fuerte tono azul negruzco del verano y en su seno oscilaban al azar luces amarillentas. Una calle de ciudad, no sabía dónde, zumbando y cantando en su continua actividad. Un carruaje pasó rápidamente junto a él y Christian se fijó en que parecía una linterna balanceándose sobre ruedas y en que el conductor se tocaba con un tricornio… No, no era el abuelo. Era demasiado pronto para él. Debía tratarse de otro antepasado cuya única semejanza radicaba en las deudas. Las luces se apagaron.

Una mujer con un vestido de noche y un peinado que la hacía parecerse al puntiagudo campanario de una iglesia avanzaba flotando hacia él a través de la oscuridad. Le miró y en sus ojos había alegría y desconfianza.

Se encontraba en un puente de madera y bajo él las higueras se reflejaban en el agua. El sol acababa de salir y él había matado a un hombre hacía sólo unos instantes, atravesándole el paladar con su espada, para dejarle luego yaciendo en la orilla.

Estaba sentado en una habitación con el techo inclinado de tal modo que incluso en esa posición casi podía rozarlo con la cabeza. Un viejo contaba dinero. Se estaba haciendo de noche otra vez pero a lo lejos un gran incendio ardía en el horizonte. El fuego de la plaga, la era de la Muerte… El viejo le habló en un lenguaje distinto del actual, con un fuerte acento y lleno de vocablos latinos. Christian le comprendió perfectamente y le respondió. Mejor dicho, la persona que era él en ese tiempo le comprendió y fue capaz de responderle. Él no.

El fuego se estaba extinguiendo y apenas si quedaban ya algunas ascuas en la chimenea.

Una sed insaciable. Había soñado que llenaba vaso tras vaso con el agua que sacaba de un profundo pozo de piedra. Pero llevarse ese vaso a los labios y beberlo no parecía aplacar su sed.

Al despertar se apoyó en un codo y alargó la mano hacia la jarra de agua que había junto al lecho.

Nada. No, claro que no. ¿Cómo había podido llegar a imaginar que en tal sitio había una jarra de agua?

Se recostó nuevamente en el lecho. Tenía frío y le castañeteaban los dientes. Hacía demasiado frío como para sentir sed.

Volvió la cabeza y vio a un perro enorme sentado, totalmente inmóvil, no muy lejos de la cama.

Uno de los sabuesos, quizá la perra color crema que solía colarse en el dormitorio de vez en cuando…

No. No había ningún sabueso, ningún animal. Sólo un gato de piedra con los ojos pintados que había traído a casa después de su campaña en Egipto…

El perro seguía mirándole. Quizá también él estaba hecho de piedra. Desde luego, permanecía inmóvil como si lo fuera e incluso los ojos, en los que ardía un débil resplandor, permanecían absolutamente quietos, fijos en él.

Hundió el rostro en la sábana.

Una muchacha ataviada con un turbante de seda amarilla y muy poca cosa más estaba bailando sobre la mesa, moviéndose con delicada gracia entre los candelabros. Los hombres se habían recostado en sus asientos, colocando las piernas recubiertas con medias claras encima de la gran mesa. La presencia de la muchacha era una

especie de icono, nada más; una contraseña que indicaba la lujuria… Hubo un tiempo en que este lecho desbordaba de rosas escarlata a las que se les había quitado con mucho cuidado las espinas y entre las cuales se mezclaban las gordas uvas rojo oscuro procedentes del viñedo…, las uvas *sang*, las uvas de la sangre. Y ahora, entre el perfume asfixiante de los licores y los frascos rotos, él y otros dos acompañantes habían celebrado el nacimiento de su hijo legítimo, engendrado en otra mujer, en otro lecho y otra habitación.

El perro se había movido y ahora se encontraba junto al lecho. Sintió sus ojos resbalando sobre su piel como dos gotas heladas de mercurio que nunca, nunca se detendrían…

Los perros corrían enloquecidos tras la presa. La noche, con su seno brillante de estrellas, colgaba ya muy cercana en el cielo y el bosque estaba cubierto por las joyas de la lluvia. A cada paso el caballo hacía brotar surtidores de fango. Tanto los hombres como los animales volverían sucios al hogar.

La presa corría muy bien, ya que para ello se la habían entregado. Una presa entregada a la Señora de los Lirios, una muchacha que se parecía también a un lirio. Al principio el miedo la había paralizado pero luego el vino le había dado un coraje tan tozudo como inútil. Quizás incluso albergara la esperanza de poder huir aunque resultaba mucho más probable que la fuente de su velocidad y astucia radicara únicamente en que había enloquecido de miedo. Sí, habían estado a punto de perderla en el río pese a lo inteligentes que eran sus perros, pero la estúpida damisela no había sabido permanecer el tiempo suficiente dentro del agua y su rastro no había llegado a borrarse.

«En el nombre de Dios, ¿de qué año se trata?». Christian iba entre los cazadores, montado en su caballo. Las preguntas parecían nacer por sí solas teñidas de un leve desprecio, pues la situación en que se hallaba le resultaba repugnante y a la vez temible. «Mira esas botas, fíjate en las capas ribeteadas de piel. Dios mío, debe de ser una época anterior incluso a la Plaga…».

No lograría descubrir nada por los vestidos de la joven, dado que seguramente estaría desnuda. Una noche de verano, tan húmeda… Desnuda y acosada por los perros. Sí, los propósitos de aquel hombre eran más que evidentes, pero en cuanto al tipo de mentalidad, a la peculiarísima deformidad espiritual que le empujaba a tales modos de diversión…, eso le resultaba inaccesible, imposible de entender.

De pronto los perros empezaron a ladrar y gimotear. Habían logrado acorralar a su

cierva.

Sin más elección, Christian entró acompañando a su señor en el pequeño claro. Los pinos del verano, aún delgados y jóvenes, parecían alzarse hasta atravesar la negra tela de cielo tachonado de estrellas. El suelo era como un mar de perros que rodeaban una pálida roca sobre la que constantemente se rompía su asalto, igual que las olas sobre el acantilado, para reanudarse al cabo de un segundo. Pero la marea ya estaba retirándose para formar un gran círculo de contornos fluidos e inconstantes. Los perros, bien entrenados, la habían localizado pero no le habían hecho daño.

El señor desmontó con lentitud. La muchacha atrapada en el claro observó cada uno de sus movimientos y de pronto, sin ningún aviso preliminar, como si un resorte hubiera cedido dentro de ella, se puso a chillar lanzando unos gemidos breves y muy agudos que parecían fruto de un animal enloquecido y que ni siquiera lograban ya transmitir el miedo que los impregnaba. Era más bien como si no le quedara otro remedio que expulsarlos de su garganta en una mecánica parodia del terror verdadero. Y, sin embargo, estaba aterrada, era evidente en sus rasgos y en cada movimiento de su cuerpo.

El terror a ser violada. Sí, era ese tipo de terror, pero también le daba miedo otra cosa.

Él la miró, los pies medio hundidos en el fango, sin moverse.

Tenía el cabello largo y rubio y su rostro resultaba absurdamente medieval, imposible de imaginar en otro periodo de la historia pese a que el terror lo había deformado robándole cualquier parentesco posible con las inexpresivas caras de marfil que se podían ver en los tapices y en las crónicas. De pronto dejó de chillar y alzó los brazos curvando los codos para juntar rígidamente las manos cruzadas ante su cuello. Entonces él la reconoció, incluso en el sueño, recordando que había soñado ya antes con ella, exactamente en esa postura.

Y entonces Christian se vio arrojado de ese lugar para caer en el vacío como una lágrima que brota del ojo de un hombre. Su acrobática aunque en realidad no corpórea desaparición le dejó no sabía dónde, como si estuviera a la vez en todos los lugares y, curiosamente, en realidad no se hallara en ninguno.

La razón de que hubiera sido expulsado resultaba evidente. Algún frenesí íntimo e imposible de compartir, en el que se perdía todo rastro de humanidad, había tomado posesión del cuerpo que hospedaba a Christian, impidiendo todo contacto posterior.

Los perros gimotearon y se apartaron a reculones del centro del claro. Algunos meneaban lánguidamente la cola, seguramente para hacerse merecedores de una caricia, pues estaba claro que no sentían alegría ni placer.

Algo casi tangible hizo que Christian retrocediera alejándose de aquel lugar. Posiblemente se tratara de su propia repugnancia a ver lo que iba a ocurrir. El miedo, como si la chica le hubiera contagiado con él…

Mientras su visión se esfumaba la oyó gritar de nuevo y esta vez el grito, el último, era casi alegre…

Sylvie… sus alaridos resonando como en un monstruoso orgasmo a través del laberinto de los setos, atravesando incluso la barrera de su mente dormida…

Vio ante él una gran columna que surgía del suelo del bosque, tan fálica como resultaría cualquier construcción de ese tamaño y forma, tan sugerente como en el fondo lo era incluso el delgado tronco de un árbol.

El espíritu sin cuerpo de Christian flotaba sobre la nada y, presente en todas partes a la vez, lo observaba todo.

Antes le habían poseído sus antepasados, o quizá fuera la maldita casa o el paisaje casi prehistórico. Pero esto era algo muy distinto, algo que le arrancaba de todos sus vínculos hereditarios y que le hacía vagar muy lejos, como un alma perdida, para enseñarle este fetiche de piedra.

Pero él ya conocía ese objeto. Aunque los siglos fueran más jóvenes y el lugar no se pareciera en nada, se trataba del monumento que ahora ocupaba la plaza del pueblo.

Las tallas eran muy claras pero habían sido realizadas de modo bastante tosco, dando como resultado un friso repleto de figuras rituales con símbolos intercalados que no tenían para él ningún significado. Pese a ello podía distinguir con toda claridad la criatura semejante a una gárgola que brotaba de la columna un poco antes de llegar a su ápice.

Le parecía estar a sólo unos centímetros de ella y le era posible verla desde todos los ángulos al mismo tiempo.

Emergía de la piedra a la altura de las caderas, como si estuviera asomándose por una ventana. Y estaba claro, al menos, que era femenina pues dos enormes pechos colgaban de su torso. Las manos, que se apoyaban detrás de la espalda, agarrando ligeramente la columna de la que brotaba (de un modo bastante parecido al de ciertos mascarones situados en la proa de los navíos), tenían cuatro dedos muy largos que acababan extendiéndose en forma de garras espatuladas. Los brazos, los hombros y el cuello tenían una avasalladora feminidad, una delicadeza de formas redondeadas que le daba a la anatomía de la figura la impresión de pertenecer a un diseño más reciente que el resto del trabajo. También la representación de la cabellera era muy cuidada, pareciéndose en su complejo trabajo de rizos entrelazados a la de ciertas estatuas

romanas. Pero el rostro…, el rostro pertenecía a una época mucho más antigua. Incluso ahora sus rasgos estaban ya desgastados. Al igual que los escultores más recientes habían trabajado la rugosa superficie de la columna haciendo emerger de ella los rizos y los suaves planos de la carne, los elementos habían ido lijando el rostro que esos escultores habían dejado sin tocar en lo más mínimo. Pese al mal estado en que se encontraba y a la tosquedad con que había sido esculpido inicialmente (en una época que muy bien podría hacer de la talla una contemporánea de los dibujos hallados en la caverna de los Trois Frères), no había ninguna posibilidad de error. El rostro representado era el de un lobo.

Había algo tan terrible en esa imagen que Christian se apartó instantáneamente de ella aunque no en cuerpo sino en mente, abriéndose paso a través de su inconsciencia como antes lo había hecho a través de los pinos.

Despertó con un violento sobresalto, sintiendo un alivio tan ilógico como irresistible.

Ya no podía ver ni rastro del fuego pero al fin sentía calor: le habían cubierto con una manta y, al igual que un niño, agradeció la consoladora presencia de los dos objetos que le flanqueaban, despidiendo un agradable calor.

Tardó mucho tiempo en darse cuenta de aquel olor, el aroma parecido al de la hierba que despide el cuerpo de un perro sano. No se trataba de un olor demasiado fuerte ni desagradable y mientras iba acostumbrándose a él, empezando a pensar en de dónde vendría, sintiendo que la pesadilla iba agonizando en su mente, uno de los dos objetos, el que tenía a la derecha, alzó su cabeza.

Los dos ojos sin cuerpo que le observaban parecían flotar por encima de los suyos. Abrió los labios para gritar pero su grito murió antes de nacer y nunca logró saber qué había hecho morir de raíz su grito y su temor. Quizá fuera solamente la innegable verdad de que llevaran tanto tiempo tendidos junto a él y no le hubieran hecho daño alguno.

La loba sostuvo fijamente la mirada atónita de Christian y luego bajó nuevamente el hocico, posando como si no tuviera peso la punta de sus fauces asesinas sobre su negro pelaje. Sus ojos se apagaron bruscamente.

Con gran cautela, Christian volvió la cabeza para mirar al otro lado. El lobo yacía con la espalda junto al brazo de Christian, dormido en una postura tal que le hacía parecer meramente un gran perro de pelo plateado.

Christian imaginó que le enviaba una carta a su Annelise, primero mediante Peton y luego en tren. «Mi querida prima y amante, aquí me tienes, divirtiéndome en la cama

acompañado por dos lobos…, que muy recientemente han devorado a una muchacha. No debes preocuparte por las sábanas. Utilizamos un cobertor de rosas escarlatas sin espinas y dormimos sobre uvas rojas como la sangre».

Su fiebre se había curado, seguramente disipándose por propia voluntad. No sentía ninguna inquietud, sólo una leve necesidad de reír en voz alta. Pero aún no se hallaba en el estado de ánimo realmente adecuado para ello y, afortunadamente para él, se quedó dormido antes de que eso ocurriera.

17
La mañana

Despertó aproximadamente a las nueve y examinó lo que le rodeaba, acordándose de todo como si fuera un sueño. El delirio había sido fruto de sus nervios sometidos a pruebas excesivas, y el paseo por el jardín helado, para el que podían encontrarse bastantes razones, parecía el responsable adecuado para cargar con cualquier tipo de fantasía que hubiera tenido. De modo involuntario sus ojos buscaron el tapiz: la puerta secreta, si es que había existido, ahora estaba cerrada. Sobre la alfombra no había ni una sola hebra de tela, y de los botones arrancados en su frenética premura no quedaba ninguno. Tampoco en la manta había pelos o agujas de pino. Sí, era cierto que el fuego ardía aún con una llama intensa y rojiza, pero probablemente en algún momento se había levantado del lecho y había vuelto a surtirlo de leña. Se habría tratado de un acto virtualmente instintivo, claro, y el hecho de que no recordara haberlo realizado no quería decir que no hubiera tenido lugar. Incluso las dos figuras del jardín podían ser parte de su delirio: una pesadilla nocturna que había tenido por la tarde. (Se medio incorporó en el lecho y apoyó la cabeza en las rodillas. Se encontraba agotado pero no enfermo. Sus ropas, vestido con las cuales había pasado esa noche febril, estaban totalmente arrugadas). Todo podía ser explicado, y mientras permaneciera en la habitación y no se abriera ninguna puerta secreta podía mantener sin problemas creencias tan estúpidas…, al menos hasta que no se hiciera de noche. Pero… Sabía muy bien lo que había ocurrido, y todos los detalles de lo que había presenciado y soñado estaban frescos en su recuerdo. Incluso los sueños habían sido reales. Entonces, ¿qué podía hacer para enfrentarse a toda esa retahíla de imposibles? Nada, no podía hacer nada.

Mientras se afeitaba y se vestía con ropas limpias, empleando en todo ello el mismo cuidado meticuloso que el día anterior (como si ayer hubiera adivinado que tendría visitantes), la nieve empezó a caer otra vez: una lluvia blanca que cubría el paisaje ya inmaculado.

La nieve traía con ella el aislamiento, tanto físico como espiritual, aunque el físico resultaba el peor. A pesar de que los Lagenay hubieran andado una larga distancia sobre la nieve, indudablemente descalzos y llevando en sus zarpas enguantadas los elegantes zapatos adquiridos en la ciudad, muy pocos viajeros serían capaces de aventurarse hasta tan lejos. Y muy pronto, la nieve, dada la abundancia con que caía, habría acumulado montañas algodonosas sobre las puertas y escaleras. Quizás en estos mismos instantes la terraza ya se hubiera convertido en una zona traicionera e imposible de cruzar, y era muy posible que el patio de la cocina tuviera el mismo aspecto que una bañera taponada por una sucia mezcla de agua y restos de jabón.

No había escapatoria. Fueran cuales fuesen los ocupantes de la casa, aparte de él, sus oportunidades de escapar a ellos eran muy pocas.

«Así pues, crees en la existencia de los licántropos, ¿no?», le preguntó a su propia imagen reflejada en el espejo resquebrajado. Mas ¿en qué otra cosa iba a creer después de lo que había visto? Los milagros eran posibles. En ese mismo instante sentía crecer en su interior la extraña emoción que asociaba siempre a la presencia de esos dos seres, como un halo que impregnase la atmósfera. ¿Dónde estaban? Habían dormido a su lado con la tripa llena de liebres muertas y sólo Dios sabía de qué otras cosas. Y al amanecer se habían levantado, nuevamente en forma humana, para encender el fuego en consideración suya… ridículo.

Atravesó delicadamente su corbata con un prendedor de oro que no era ni la mitad de bueno que aquel otro llevado ayer por Luc de Lagenay y luego comió un poco de fruta, ácida y helada, que había cogido en la cocina.

Aparentemente la fiebre no había sido nada importante y no le quedaba rastro alguno de ella, sólo de vez en cuando la extraña sensación de que le faltaba su peso habitual, algo tan leve que no podía calificarse de vértigo. Quizá no hubiera sido fiebre en realidad, sino una especie de trance mágico inducido por los afilados dientes de Gabrielle al morderle el lóbulo de la oreja.

Acabó acercándose al tapiz y, apartándolo, pasó la mano por el panel de madera pero, fuera cual fuese el truco utilizado para abrir, Christian no logró descubrirlo.

Cuando eran casi las diez y media, Christian abandonó sus aposentos y salió al pasillo. Permaneció inmóvil unos segundos contemplando la hilera de puertas que daban a las otras habitaciones y finalmente empezó a recorrerlas una a una, haciendo girar los picaportes sin demasiado interés y dirigiéndose a otra estancia cuando la puerta no se abría o, de hacerlo, sólo revelaba un cuarto vacío.

Obraba impulsado por una especie de inercia pues los Lagenay podían muy bien haberse ocultado en la planta baja o quizás hubieran abandonado la mansión, dado

que para ellos la nieve no constituía ninguna barrera insalvable. Pero no se veía capaz de reunir las energías suficientes como para bajar y cerciorarse de ello. Y, como acabó descubriendo, tampoco era necesario que lo hiciera.

La quinta puerta a la izquierda (de un modo bastante absurdo, se había dedicado a contarlas) giró sobre sus goznes para mostrar una estancia de techo muy alto y maderamen dorado recubierto de telarañas. Como todas las habitaciones provistas de muebles, la impresión de que el invierno había invadido la casa quedaba reforzada por las sábanas que los protegían y que hacían pensar en grandes montones de nieve. Pero esta habitación no estaba tan fría como las otras, pues en la chimenea ardía un fuego, encendido sin preocuparse de que las cenizas y el hollín que casi la obturaban pudieran hacer que se declarara algún pequeño incendio. Y sobre los brazos y los respaldos de las sillas yacía desparramada una multitud de prendas verdes y azules. Su arrogancia le dejó atónito. Jamás había sentido realmente que el castillo era su propiedad, pero estaba muy claro que para ellos sí lo era. Sólo había un invitado, él.

Esta vez los dos se encontraban en la cama pero eso no le sorprendió en demasía. Y tampoco le chocó, al acercarse algo más, que la intimidad con que yacían en su sueño indicara que eran amantes. Sus blancas pieles resplandecían de un modo cegador sobre la arrugada superficie escarlata de la colcha: al parecer no se habían tomado la molestia de buscar sábanas.

Qué fácil habría sido matarlos… Habría bastado entrar y disparar, atravesando al mismo tiempo sus cuerpos y la colcha que medio los protegía, medio los revelaba. Pero ellos debían de saber muy bien que no haría tal cosa. Ninguno de los dos se despertó: estaban sumidos en un sueño tan profundo como silencioso. Una escena surgida directamente de una novela romántica.

El incesto no debía de ser muy raro en una comunidad rural, y ellos dos se parecían lo bastante como para haberse hallado mutuamente atractivos. Y, además, ¿qué importaba el parentesco en una jauría de lobos?

Al salir de la habitación su mente estaba de nuevo despejada y era capaz de analizar fríamente los hechos. Regresó a su habitación, echó un tronco al fuego y se instaló ante él, los ojos clavados en la chimenea.

Sus sentimientos eran un misterio. Rebuscaba sin cesar entre sus impulsos, intentando hallar las respuestas familiares de la ira, la inquietud o la lujuria.

Después de un rato llenó una copa con el vino de ayer, el cual se estaba evaporando rápidamente al no estar tapado con el corcho. Unos minutos más tarde, dado que no había ocurrido nada nuevo, cogió el libro que había estado leyendo cuando el primer guijarro se estrelló en la ventana y empezó nuevamente a leer, esta

vez con una concentración de lo más peculiar.

Cuando Gabrielle empezó a recorrer el castillo, lo único que la delató a su oído fue el hecho de que cantaba. Al instante Christian sintió que su cuerpo se galvanizaba y su mente despertaba a una especie de cautelosa alerta. Permaneció inmóvil escuchando su voz, que era bastante bonita pese a sonar con poca potencia, y advirtió que pese a esa falta de fuerza estaba dotada de un alcance enorme y extraño. La voz de Gabrielle pareció flotar por el pasillo para acabar introduciéndose en lo más hondo del castillo. (Tuvo el impulso de seguirla pero le faltaba disposición física necesaria para hacerlo). Unos quince minutos después la oyó subir de nuevo hacia él, cantando aún la misma extraña tonadilla.

En forêt noir je vais les soirs,
Les étoiles belles sont au dessus;
Je pense que dans leurs lumières
Je vois…

Nunca logró entender las últimas palabras, y al repetirlas ella por cuarta o quinta vez, Christian se encontró de pronto aguzando el oído, el cuerpo tenso como un imbécil, intentando comprenderlas. Pero cada vez que llegaba a esa parte de la canción, ella se interrumpía, como haciéndolo a propósito para irritarle. Le pareció que se trataba de una balada tradicional que durante los años había sido cantada en varias versiones. Qué bien le convenía a tal criatura: el paseo por el bosque oscuro al anochecer con las hermosas estrellas en lo alto. ¿Qué creería ver ella exactamente en sus luces?

Y entonces sus blancos nudillos golpearon la puerta de la habitación, que Christian había llegado al extremo de no cerrar del todo, como si no pudiera entrar por el panel secreto cuando le viniera en gana. Incluso esos golpes eran cómicos, ya que le recordaban de modo irresistible a la señora Tienne.

No se tomó la molestia de responderle y, naturalmente, unos instantes después ella entró, andando silenciosamente sobre sus pies descalzos.

Se había cubierto con un manto de seda gris: una cortina. La muy desvergonzada… Estaba seguro de que la había arrancado de su riel. Pero el efecto resultante era de lo más clásico, ya que dejaba al descubierto su hombro derecho, pequeño, más bien cuadrado y de un blanco casi luminoso. Su cabellera era una mancha tempestuosa de pura luz y su rostro, esta mañana sin pintar, parecía un poco

pálido. Sus ojos, siempre distintos, parecían hoy estar hechos con la misma seda que la cortina.

Llevaba una bandeja con tazas y una cafetera de la que se alzaban leves plumillas de vapor. Sí, realmente era la señora Tienne.

—¿Has dormido bien? —le preguntó él—. Espero que haya sido así.

—Muy bien —le contestó ella, sin sonreír—. Ya habíamos dormido antes en la casa.

—¿Qué forma teníais entonces?

Un destello de algo (básicamente de interés) asomó brevemente en sus ojos para colorearle las mejillas y la frente y esfumarse de inmediato. Gabrielle dejó la bandeja sobre la cómoda.

—Humana —dijo ella—. Básicamente…

—Ah…

—Ah… —dijo ella, burlándose—. Ah, pareces haberte recuperado.

—¿De veras? Soñé que había dos lobos tendidos en mi lecho.

—Los había.

—Entonces… ¿sabíais quién era cuando no erais… como sois ahora?

—¿Por qué no? Los recuerdos y algunos rasgos de humanidad siguen con nosotros cuando somos lobos…, al igual que ciertas características del lobo nos acompañan durante las horas del día.

—Lo recuerdo. Ese mordisco de amor con el que me recompensaste.

—¿Amor? —dijo ella—. Te mordí precisamente para evitar eso.

—Ya entiendo. No te diste cuenta de que habría bastado sencillamente con pronunciar la palabra «no».

Gabrielle había empezado a servir el café con gestos precisos y eficientes. Había algo en su modo de moverse… Le recordaba los gestos de un sirviente pese a que en ella no había nada que pudiera traerle a la memoria a una criada. Se volvió con la gracia de una bailarina y le entregó la taza.

—Señor, en esta comarca no suele bastar con una simple palabra. Y, además, me pareció que esa palabra te resultaría desconocida.

Christian aceptó la taza.

—Y, además, ya tienes un compañero. Tu hermano.

—Vamos, vamos, señor… —dijo ella, y su rostro se llenó de una astucia maligna y coqueta que le enfureció. Gabrielle volvió a la cómoda y se apoyó en ella, bebiendo su café y contemplándose en el espejo, alisándose de vez en cuando las cejas con un dedo cuya uña parecía arder como un carbón al rojo vivo. Cuando volvió a hablar lo

hizo dirigiéndose a su imagen reflejada en el espejo—. Somos el linaje de los bastardos, una rama colateral del castillo. La licantropía es inherente al linaje aunque no siempre aparece en todos los descendientes. Durante ciento cuarenta años no hubo ni rastro de ella y entonces… aparecí yo. Naturalmente, mi madre me abandonó. Las señales de aviso empiezan a darse más o menos hacia la pubertad. Ah, señor, no es nada bonito ver cómo tu muchachita vestida de encajes y cintas adquiere de pronto las uñas de una ramera. El pelo llega un mes después pero sólo durante la noche y en ese momento la madre descubre a su hija cubierta con largos mechones de pelo… que se desvanecen al amanecer. Las primeras transformaciones son muy dolorosas. La columna vertebral (en realidad, todos los huesos) debe volverse extremadamente flexible. ¿Has notado la fluidez de nuestros movimientos y lo bien que los coordinamos? ¿Y lo de prisa que podemos movernos? Pero antes de lograr eso, señor, hay que gritar a causa de la agonía que sientes…, hay que retorcerse por el suelo con los labios llenos de espuma. Entonces dicen que estás poseída por el diablo o que te has vuelto loca y hacen venir al sacerdote, joven y frágil, el cual frunce nerviosamente la nariz como un diminuto ratón llamado para practicar el exorcismo sobre un gato. O es el doctor quien acude en su carruaje. Te atan a la cama, señor, con sogas o tiras de cuero, lo que tengan a mano en ese momento, y te dan una gran dosis de láudano. Pero al final siempre eres lo bastante fuerte como para romper tus ataduras. Te habrías acabado escapando de todos modos pero te echan al bosque y mientras huyes te persiguen a pedradas.

Bebió el café: una acción normal perdida entre la niebla absorbente de la anormalidad. ¿Cómo podía creerla? Era ridículo. Y pese a todo tendría que creer en ella, pues había presenciado los resultados finales de todo lo que contaba.

—Y habiendo engendrado ya a un licántropo —dijo él en tono pomposo—, tu madre decidió correr de nuevo el riesgo y a su debido tiempo creó a tu hermano.

—Mi hermano… —dijo ella. Christian vio cómo todo su cuerpo se alzaba y luego volvía a hundirse en un suspiro silencioso. Se giró de nuevo, lentamente, y le miró—. Te lo contaré todo —dijo, y luego siguió en dialecto—. Te lo estarás esperando. —Esta vez había sido un descuido, no una imitación burlona. Ella vaciló, algo aturdida e impaciente, y siguió hablando—. La historia sucedió de este modo. Había un señor en el castillo, durante la época de las Cruzadas, que también era mago y como tal podía cambiar de forma. Una noche encontró a una muchacha en el bosque, la persiguió con sus sabuesos y acabó violándola…, pero no como hombre. Lo hizo bajo la forma de lobo. Ella murió, pero no antes de haber tenido un hijo. Y el hijo era un licántropo. Así empezó la herencia de los lobos. La tradición dice que esa sangre milenaria y el

espíritu que mora en el bosque son siempre invocados cuando ocurre una violación, dado que ése fue el principio de todo. —Se llevó la mano a la cara pero sus ojos seguían perdidos en la nada y su aliento se había acelerado, como si hubiera estado corriendo igual que la muchacha rubia del sueño que había tenido Christian—. Tu abuelo, el señor Dorse, vendió la casa pero durante unos cuantos años volvía a ella de vez en cuando y visitaba también la aldea y los terrenos circundantes. Solía albergarse en la posada y en esta tierra el señor es… el señor. No le cobraban nunca. Y dado que pese a su avanzada edad era de temperamento libidinoso…, había una mujer que le gustaba y acabó violándola. Casualmente ella tenía dentro de sí los genes malos, los que llevan tendencia a la licantropía. No lo sabía hasta que ocurrió todo. Sí, el bastardo de tu abuelo, lo que supongo me convierte en media tía tuya. ¿Te sientes afectado por nuestra nueva relación de parentesco?

Gabrielle se quedó unos instantes en silencio y él se vio obligado a decirle algo.

—Continúa.

—¿No has oído ya todo lo que deseabas? ¿No? Oh, entonces…, cuando llevaba menos de un año siendo mujer, lo que significa aún menos para una hija de los lobos, el guardián me descubrió jugando en la casa. Era de la ciudad y no creía en las leyendas. Pero el padre no tiene la menor importancia en cuanto a eso. La mancha del lobo puede imponerse a través de la mujer cuando es despertada en el momento adecuado y eso sucedió en mi caso.

—Luc es tu hijo —dijo Christian.

—Mi hijo… No esperes ninguna incomodidad moral al respecto.

A Christian no se le ocurrió nada que decir salvo la verdad.

—Debes de ser algo más vieja de lo que pareces.

Ella rió pero su carcajada quedó oculta por la mano con que se tapaba la cara. Sus ojos eran ahora negros, estaban llenos de veneno y le contemplaban con fijeza.

—Tenía once años de edad cuando ese guardián me violó. Doce cuando engendré al niño.

La sensación de que una corriente eléctrica le recorría el cuerpo se le hizo tan irresistible que Christian tuvo que levantarse y, no sabiendo hacia dónde ir, se acercó al fuego. Su tía, ciertamente… No lograba considerarla como tal: le parecía una idea tan imposible de aceptar como lo había sido siempre el hecho de su propia muerte. Pero no era solamente su tía…, era su tía y era una loba. Y el lobo joven, su amante que al mismo tiempo era su hijo…

—¿Y qué edad tenías cuando mataste al guardián? —le preguntó con una voz tan suave que parecía de terciopelo—. Porque supongo que eso hiciste. La venganza,

combinada con una buena comida, tanto para ti como para el niño.

—Sí —dijo ella—, nunca debimos empezar ese juego contigo…

—¿De qué juego se trata?

—Fingir que hemos matado seres humanos y devorado luego su carne.

—Naturalmente, siempre estamos a tiempo de empezar —intervino una tercera voz.

Christian alzó la mirada y vio al lobo joven elegantemente ataviado con una toga romana que antes había sido una colcha: su figura se recortaba, con toda la gracia de un cuadro, en el umbral de la entrada.

Christian aguardó, mirando al uno y luego a la otra, sonriendo cortésmente y con expresión afable.

Luc de Lagenay se apartó del umbral y se acercó a su…, a su madre. La rodeó con los brazos. Tanto el hombre como la mujer parecían meros adolescentes y en esos momentos era ella quien habría pasado por la más joven, con su pálido rostro carente de maquillaje y la desmadejada postura de su cuerpo, que sugería indefensión y cansancio.

Christian sonrió más ampliamente. Estaba experimentando una emoción ridícula y tan insustancial como el penacho de vapor que surgía de la cafetera: tenía celos. Nunca se había encontrado anteriormente una conjunción de seres que pudiera calificarse de perfecta: de hecho, todas las que había visto se hallaban muy lejos de la perfección y, como regla general, reclamaban su presencia para que las completara. Pero ésta…, ésta era la *Pietà* de Miguel Ángel.

—Pensé que habías empezado con Sylvie —dijo unos instantes después—. Dado el ritual pintoresco que precedió a tu llegada…

—¿Por qué has de prestar oídos a lo que se dice por ahí? —le replicó Luc. Sus ojos eran ahora casi transparentes: parecían muy seguros de sí mismos y muy peligrosos.

El abuelo debía de haber costeado cierta educación para la niña antes de que los síntomas de la insociabilidad lupina empezaran a ser imposibles de ignorar en ella. Y, a su vez, Gabrielle se había encargado de enseñar a su hijo y, no sabía muy bien cómo, esa educación había resultado bastante pulida en su segunda transmisión. «¿Por qué les estoy ayudando a que instalen su histérica invención en mi cerebro? ¿Acaso algo de lo que me ha contado puede ser cierto? Si parto de la magia negra o de una alucinación…».

—¿Por qué dar inicialmente por sentado que en nuestra forma de lobo puede llegar a movernos el ansia de la carne humana? —dijo Luc de Lagenay—. Plantea el

asunto a la inversa, mi señor, y te darás cuenta de cuánto sentido tiene lo que digo. En tanto que humanos, ¿adquirimos acaso un apetito voraz que nos impulse a devorar la carne de los lobos?

—Un argumento muy sutil e inteligente —dijo Christian—. Pero las pruebas resultan aplastantes. (¿Oh, sí? Como si estuviera hablando de la política o del tiempo…).

—¿Sylvie? —dijo Luc—. Eso fue meramente una broma que decidimos gastarte en la cabaña, una prueba de fuerza en la que no cabe la menor duda de que fracasaste. Pero no la matamos. Nos arrojaba cuartos enteros de buey por la ventana de la cocina. Estaba enamorada de mí, amaba la idea del mal y la muerte que yo representaba… o que, al menos, ella confiaba que yo representaba. Habría sido una estupidez despedazarla cuando nos resultaba tan útil.

18
La prueba

Vestido nuevamente con sus pantalones azul paloma, la camisa de seda y el chaleco rojo, Luc de Lagenay se afeitaba con la navaja de Christian ante el espejo resquebrajado. En el aire flotaba aún un leve eco de los cigarrillos de Gabrielle, tres de los cuales habían sido consumidos antes de que abandonara la habitación. Christian se había instalado en la silla delante del fuego. Apenas si habían hablado entre ellos. El reloj de bolsillo de Luc, que éste había sacado de pronto como si formara parte de un disfraz, les había informado hacía poco tiempo de que ya era mediodía. Y ahora los animales salvajes, de un modo absurdo, estaban lavándose, vistiéndose y arreglándose con gran cuidado pese a que dentro de muy pocas horas la metamorfosis volvería a reclamar sus derechos sobre ellos. Christian ya no intentaba reaccionar de un modo razonable ante la situación. Era algo imposible. En su interior, de un modo totalmente irracional aunque innegable, sentía nacer de nuevo su extraña emoción de costumbre.

—¿Cómo rompiste el espejo? —le preguntó de repente Luc.

—Supongo que estabais enterados de que antes no estaba roto —dijo Christian.

—Conocemos muy bien la mayor parte de esta casa.

—Entonces, te supongo igualmente conocedor del modo en que suelen romperse los espejos.

—En las grietas parece haber adherido algo marrón y pegajoso. Supongo que le arrojaste algo al espejo. Me pregunto el porqué.

—Y yo me pregunto por qué te molestas en embotar mi navaja cuando dentro de pocas horas estarás cubierto de pelo desde la coronilla hasta los pies.

—Formalismos, mi querido señor —dijo Luc. Acabó de afeitarse y dejó la navaja sobre la cómoda, pasándose luego un poco de agua por el rostro y secándolo finalmente con golpecitos parsimoniosos y delicados—. En verano —dijo con voz lánguida—, el día dura más y con él también la forma humana. Quince, dieciséis horas o más. A veces, durante el verano, he llegado a trabajar en la ciudad. Te

sorprenderías.

—¿De veras?

—Bueno, quizá no. Podemos ponerte a prueba. Era ayudante de panadero. Trabajaba en una tienda de tejidos. Era oficinista…; tengo buena cabeza para los números, ¿sabes? Durante un tiempo viví a costa de una dama muy rica, en calidad de…, de amigo suyo. Acabó echándome a la calle porque la abandonaba cada noche. ¡Canalla, has andado metiéndote en la cama con otra mujer! Así es, señora, otra mujer que está cubierta de pelo gris, y bajo las estrellas… ¡Auuuu! —El aullido del lobo, imitado de modo tan perfecto como le resultaba posible a una garganta humana, resultaba estremecedor, incluso en esas circunstancias tan ordinarias.

—Por supuesto —se apresuró a contestar Christian—. ¿De qué otro modo, si no, podrías comprar ropas, libros y tabaco? ¿Y qué hace para vivir tu hermana-madre? Quizá le enseñe el alfabeto a los niños pequeños, comiéndose de vez en cuando al más regordete de la fila.

—Eso ya te lo explicamos. Era una farsa. Nunca le hemos hecho daño a un hombre, a una mujer o a un niño…, y menos aún nos lo hemos comido.

—Sylvie.

—Sylvie, mi señor, fue asesinada por otra persona. Un amante celoso, un padre viejo y algo loco…, ¿quién sabe?

—Entonces, ¿quién la mutiló? Faltaban grandes porciones de su cuerpo.

—Ah, cómo te fascina todo esto, querido Christian… Dime, si vivieras en un bosque infestado de lobos y pretendieras matar a una mujer sin que te echaran el guante, ¿cómo te las arreglarías tú?

Christian removió el fuego con el atizador. Esa respuesta tan obvia (lo había sido desde la primera negativa, si es que esa negativa era digna de crédito) no le satisfacía en lo más mínimo. O quizá, pese al estado en que se hallaba el cadáver de Sylvie (un estado que le había dado náuseas cuando le fue descrito) aún deseaba creer que se encontraba prisionero de dos caníbales. Metió un tronco en las llamas chisporroteantes y se reclinó nuevamente en la silla. La madera para el fuego estaba empezando a escasear, pero, dado que los dos lobos parecían notar el frío cuando tenían forma humana, suponía que también podrían ocuparse de renovar las provisiones de madera. Irónicamente, había encontrado alguien para que le cuidara, como acababa ocurriendo siempre. Pero en el pasado jamás había sido cuidado por seres como éstos.

Luc usó el cepillo de Christian para peinar su largo cabello. Luego cogió la corbata y se la anudó, poniéndose a continuación su chaqueta gris azulada.

—Bien, ya estoy vestido para comer —dijo.

—¿Comer? ¿Acaso hay alguna comida dispuesta?

—Por lo menos yo salí a cazar la noche anterior, a primera hora. Gabrielle ha preparado un estofado.

—Santo Dios, niños en la cazuela…

—Santo Dios, cómo lamento decepcionarte. Meramente conejos, señor Sediento de Sangre. Levántate y vayamos abajo.

—Mil gracias. Creo que no pienso hacerlo.

—Venga, venga: eres nuestro señor feudal. No podemos dejar que te mueras de hambre.

—¿Por qué no?

—Oh, naturalmente, ¿por qué malgastar un buen estofado? Dado que te hallas a las puertas de la muerte, hagas lo que hagas…

Christian, de modo inexplicable, sintió que el corazón le daba un vuelco al oír tales palabras. Se dio cuenta de que durante cierto tiempo no había vuelto a pensar en su enfermedad. Debería estar agradecido de tal olvido pero el recordarla de nuevo le llenó de ira y desesperación. Se puso en pie y se acercó a Luc. Le abofeteó con una despectiva mesura en el gesto, y su mano, con toda la fuerza de un pianista entrenado, se estrelló en su limpia mejilla recién afeitada.

Luc retrocedió de un salto, repitiendo esa extraordinaria acción que Christian ya había presenciado antes…, sus huesos, ciertamente, debían ser elásticos. Sus blancos dientes se movieron en un gruñido silencioso pero Luc seguía siendo humano, al menos lo bastante como para limitarse a un contraataque verbal.

—Un nuevo golpe, ¿no? La última vez que me golpeaste habría podido abrirte el vientre a mordiscos en ese camino.

—Pero tu sentido de la estética te lo impidió.

—Nosotros no matamos.

Christian dio un paso hacia adelante, situándose a la misma distancia que le separaba antes de Luc. Su corazón latía como un potro enloquecido y por un segundo se preguntó si ahora su rostro parecería el de un loco.

—Carne enferma —dijo Christian—. Ésa fue la razón de que no me mataras.

—La verdad es que se debió a una tonta lealtad hacia ti, apestoso heredero de estas tierras y esta mansión. Algo que eres demasiado imbécil como para entender.

Sonriendo, Luc alzó el rostro hacia él y Christian le abofeteó de nuevo, una y otra vez. Cuando apartó las manos de su cara Luc saltó una vez más…, pero esta vez lanzándose hacia su cuello.

El impulso les hizo caer a los dos al suelo. Cuando Christian se golpeó la cabeza contra la alfombra, sintiendo sobre él el impacto del cuerpo del joven y duro Luc, recordó una sensación similar. Ahora, al igual que había ocurrido en el sendero de grava, dos ojos demoníacos se clavaban en los suyos: el primer par de ojos había carecido de color y ardía aparentemente sin ninguna dimensión precisa; pero éstos no eran menos terribles por el hecho de pertenecer innegablemente a un hombre, pues incluso ahora era imposible no ver en ellos el espíritu del lobo.

Una de las manos había reptado hasta su cuello y ahora empezaba a estrangularle en tanto que la otra le golpeó dos o tres veces bajo las costillas, con tanta fuerza como malignidad. Y, pese a todo, en el ataque había cierta cualidad de juego, como si Luc estuviera manteniendo en reserva métodos mucho más letales: su rostro, con los ojos fuera de las órbitas y la boca totalmente abierta, había sido invadido por una extraña mueca de beatitud que le otorgaba una belleza tan intensa como irritante. Christian alzó la mano para golpear nuevamente ese rostro asesino, y cuando su puñetazo ya parecía rozarlo, Luc se retorció como una serpiente, echando la cabeza hacia atrás… y Christian se encontró de pronto con que los dientes de su enemigo habían hecho presa en la carne de su mano.

Por supuesto. Al igual que ocurría con la mujer, el joven lucharía de la misma forma que un lobo. El dolor, imposible de soportar, fluyó por el brazo de Christian como un negro torrente de agua. Su mente aturdida creyó notar que los implacables dedos que le rodeaban la garganta se habían aflojado un poco. ¿Estaría quizás absorto paladeando su carne?

Y ahora, ¿qué? El último combate de Christian se remontaba a catorce años atrás, cuando se había peleado en el gélido patio de ejercicios al terminar la escuela. Desde entonces no se había visto obligado a pelear y su apostura física le había bastado como protección. Y sus manos habían sido siempre preciosas. Cristo, Cristo, sus manos…

Christian apretó su cuerpo contra el de Luc, formando un arco, y en vez de luchar por soltarse apretó ferozmente la mano contra los dientes que la mordían hasta llegar a la suave piel de la boca. Siguió empujando, como si intentara abrirse paso con esa mano hasta lo más hondo de las fauces del lobo. Los dientes soltaron su presa y la cabeza leonada retrocedió, momento que aprovechó Christian para golpear con su mano buena en el vulnerable cuello que se le ofrecía.

Los dedos que le apretaban el cuello desaparecieron. Luc de Lagenay emitió un gorgoteo apagado y empezó a retorcerse en el suelo. Christian logró incorporarse con una violenta contorsión de su columna vertebral y la fuerza de su impulso arrojó hacia

un lado a Luc. Los dos cuerpos aún entrelazados se estrellaron contra las patas de la cómoda y el espejo osciló sobre ellos.

El gorgoteo de Luc se había convertido ahora en un gruñido sordo y continuo que enloqueció de ira a Christian. Se había dejado caer deliberadamente hacia adelante, intentando atrapar bajo su cuerpo a la criatura, pero ésta se le había escurrido. Christian alargó su mano ensangrentada y logró aferrar la corbata, que había dejado de ser inmaculada. Pero la tela se rompió y de pronto Christian se halló de rodillas en el suelo, sosteniendo ridículamente ante él un estandarte de seda marrón. El muchacho había girado como el rayo y ahora estaba en pie ante la mesa de caoba. Un segundo más y una mano de uñas rojizas tomó la afilada y larga navaja que descansaba sobre ella.

Luc tosió. (Qué extraño; ¿cuánto tiempo llevaba Christian sin toser?). Su rostro había perdido ya su expresión indiferente y lejana. Tenía la boca manchada con sangre, casi toda suya, pues el labio se había partido contra sus propios dientes. Los ojos llameaban y ahora parecían mucho más pálidos, pues las pupilas se habían encogido como ante la presencia de una fuerte luminosidad.

Christian dejó caer el inútil pedazo de corbata y se puso en pie. Luc de Lagenay se lanzó sobre él como el rayo y la navaja trazó un blanco de luna creciente en el aire.

Christian no se había movido nunca con tal rapidez: ni siquiera había sabido que pudiera ser capaz de ello. Se agachó, esquivando el acero, y vio mentalmente un duelo del pasado, un hombre con una espada muy delgada…, pero eso era algo que estaba a siglos de distancia en el pasado del castillo, algo que no podía ayudarle ahora…

La navaja giró sobre su cabeza y volvió a su punto inicial, como una lengua fantasmagórica.

No había modo alguno de juzgar la expresión de su adversario y Christian no supo si ésta era asesina o meramente atónita. El siguiente movimiento del acero fue tan raudo que Christian ni siquiera logró distinguirlo; se echó hacia un lado, prefiriendo esto al agacharse advertido por algún instinto oculto de que el ángulo de este ataque era más bajo que el anterior. Chocó con una superficie fría y resbaladiza (una ventana) y aunque no había sentido que la navaja le tocara vio, asombrado, como de repente nacía una flor escarlata en la pechera de su camisa. En un instante así Christian, aturdido, se preguntó si acaso habría muerto ya sin saberlo.

Oyó como Luc de Lagenay reía, aunque el sonido que salía de sus labios no se parecía en nada a la risa.

Christian retrocedió, con la ventana aún al lado, mientras la hoja de acero saltaba una vez más hacia adelante. El sonido que produjo al atravesar la cortina era tan

inimitable como espantoso. Y luego el acero se estrelló en el cristal aunque sin la fuerza suficiente como para romperlo, patinando sobre él con un chirrido agudísimo que parecía brotar del mismo metal. Estaba a cinco centímetros de su brazo y seguía patinando sobre el vidrio. Podía desviarlo de un golpe y el filo le cortaría el brazo hasta la altura del hueso…

Se apartó de la ventana, dando un salto, y echó a correr. La sangre que había florecido sobre su camisa… debía de tratarse de una herida superficial ya que, de lo contrario, ¿cómo era posible que aún siguiera moviéndose? No sintió ningún ruido de pies detrás suyo, lo que no significaba nada. La respiración de Luc era casi inaudible. Christian hizo una finta y tiró al suelo la jofaina de agua que había sobre la cómoda, salvando luego el obstáculo de un salto y oyendo el leve cambio de ritmo en el aliento de Luc al saltar él también para evitarlo.

Christian llegó a la chimenea con el lobo pisándole los talones. En el último segundo Christian se agachó como si pretendiera saltar dentro del fuego y sintió de nuevo la lengua monstruosa que salía disparada, arañando las piedras del gran dintel. Christian se había lanzado hacia adelante aprovechando todo el impulso de su carrera, con las manos extendidas hacia el atizador que había más allá de los morillos. Retorciendo el torso con un esfuerzo supremo que pareció romper cada una de las articulaciones y tendones de su cuerpo, Christian se catapultó hacia un lado y logró quedar medio sentado en el suelo.

Luc estaba agazapado…, no, estaba saltando hacia adelante, su brazo derecho alzado hasta el máximo para dar más impulso a la navaja y bajarla luego para cortar su carne, para desgarrarla y hacerla pedazos como si tuviera entre los dedos una sierra y no una navaja… Y Christian hundió el atizador de hierro, con la punta por delante, en el diafragma de Luc. El aire escapó de su cuerpo con un gruñido apagado y sibilante. Sus brazos se abrieron en un gran arco como si quisiera echar a volar y el atizador, que se había soltado de los dedos de Christian, pareció realmente no sólo atravesarle sino alzarle en vilo proyectándole hacia atrás, en un increíble vuelo planeado.

El muchacho aterrizó sin el menor ruido sobre la alfombra oriental y quedó allí tendido, inmóvil. El atizador cayó junto a él con un golpe sordo. Aún sostenía la navaja entre los dedos pero ya no era consciente de ello.

Christian se acercó a él y le aplastó la muñeca con el pie. Los dedos se aflojaron, soltando la navaja, y Christian la cogió.

Al principio creyó que el golpe recibido entre los pulmones y el estómago había dejado inconsciente a su oponente pero los pálidos párpados se alzaron lentamente y los ojos, claros y malignos, se clavaron en él. Luc se llevó la mano que tenía libre al

cuello de su camisa, se lo desgarró violentamente y giró un poco el rostro, pegado a la alfombra. Christian interpretó que el gesto iba dirigido a obtener más aire pero luego una imagen que recordaba vagamente haber visto en el hotel de su padre apareció en su mente: un gladiador derrotado en un circo romano, tendido sobre la arena, ofreciendo su yugular a la espada del vencedor.

Christian puso una rodilla en el suelo. Bajó la navaja y sostuvo el acero sobre la palpitante columna de su cuello, ese cuello que podía aullar: ¡Auuuu!

—Podría hacerlo.

Luc tragó aire y luego, con voz ronca, le dijo:

—Cometerás una…, una descortesía si…, si lo haces.

Christian rió muy bajito, con el mismo tipo de carcajada falsa que Luc había lanzado uno o dos minutos antes, cuando el acero estaba entre sus dedos.

—¿Qué maldita descortesía?

—Ofreciéndote mi garganta… demuestro mi…, mi redención. Ya no hace falta seguir combatiendo. Acepto tu victoria. No volveré…, no volveré a luchar contigo. Una prueba de habilidad… y tú has ganado. Te acepto como…, como lo que desees. Mi superior. Mi señor. Primo, si…, si quieres.

Christian se puso en pie y se alejó unos pasos. Arrojó la navaja, aún abierta, encima de la cómoda y le dio la espalda a esa nueva imagen suya reflejada en el espejo, no queriendo ver esa herida superficial tan reciente que aún sangraba profusamente. El ver su propia sangre le daba náuseas. La asociaba con su muerte. Se apoyó con las manos en la caoba y luego pegó la frente a la fría y pegajosa superficie del espejo, cerrando los ojos.

Al cabo de unos segundos oyó que Luc se levantaba del suelo pero Christian no se volvió a mirar y no movió ni un músculo.

—Además —dijo Luc—, creo que me has marcado a la manera de un auténtico señor feudal. Ese maldito atizador estaba aún caliente.

Sin abrir los ojos Christian apoyó su mano en la mano del espejo.

—Sal —dijo.

—Me voy. A comer el estofado de Gabrielle, que es digno de los ángeles, si es que me has dejado algún resto de estómago para comerlo. En el salón hay encendido un fuego. La receta de Gabrielle: conejos guisados a fuego lento, con naranjas y especias.

—Oh, el diablo os confunda a los dos… —dijo Christian.

El picaporte giró y la puerta le habló en un murmullo a la alfombra para cerrarse un instante después. Un segundo más y también la puerta del vestidor se cerró.

Christian se apartó del espejo. Cruzó nuevamente la alfombra y cogió el atizador.

Sin saber exactamente por qué lo hacía lo metió otra vez en el fuego, con la punta dentro de él.

Y se puso a llorar. No lograba entender cuál era la razón de ese llanto, justamente ahora. Intentó controlar sus lágrimas andando de un lado a otro de la habitación, apretándose ferozmente el cuerpo con los brazos, como si estuviera luchando con un frío intensísimo.

Pero acabó sentándose ante el fuego: el tronco ardía ahora cada vez con mayor brillantez, recortando la rígida línea del atizador. Se cubrió el rostro con las manos y se precipitó en un insondable abismo de pena y dolor.

19
Los amantes

La desgracia es un país donde no existe el tiempo. Acabó saliendo de él cuando la tarde, de un blanco apagado igual que sus predecesoras, parecía no haberse movido ni un segundo. La sal de sus lágrimas se había secado sobre su piel formando una capa quebradiza, igual que si le hubieran azotado las olas. Fue al cuarto de baño y se quitó la sal con agua helada, pensando estúpidamente en el hotel que era un barco encallado en la costa y en cómo las grandes olas del invierno cubrían de espuma la playa, cual inundándola de crema.

En esos tiempos había sido un niño, el hijo de sus padres… ¿Había llorado alguna vez de niño? Una vez, enfadado por culpa de alguna baratija sin importancia…, ¿qué era? No lograba recordarlo. Y en los años posteriores de su triunfo y su arrogancia, ¿por qué no había oído nunca ni el más leve rumor de esa voz espantosa que le prometía: «Estoy guardando para ti todo el dolor, la pena y la desesperación. Los tengo a buen recaudo, para tu futuro»?

Serían probablemente entre las dos y las tres. Se quedó en pie, inmóvil ante el fuego, y bebió los restos de la botella de vino que, al llevar tanto tiempo abierta, no sabía ya a nada. Entonces empezó a planear su destino final. Cogería todo lo necesario y sólo en la cantidad que él mismo pudiera transportar. Una vez la nieve hubiera dejado de caer o, al menos, cuando no cayera en tal abundancia (porque, estaba seguro, ello ocurriría tarde o temprano…, ¿no?), se iría andando a la estación. Podía encontrar a Peton. Peton vivía cerca de la estación, ¿verdad? Peton le sabría decir cuándo debía llegar el tren y podía quedarse con él hasta entonces, sería capaz de aguantarle ese tiempo. Y una vez en la ciudad ya encontraría una clínica. El escaso dinero que le llegara del castillo serviría para proveer a sus necesidades. O quizá fuera más agradable morir en el lujo. Todo se reducía a esperar: el deshielo, un tren, un cheque… La muerte. Siempre había sido igual: esperar. El huir corriendo o las falsas heroicidades eran cosas totalmente superfluas. Nunca, nunca habría tenido el valor

necesario para acabar con su propia vida. Claut, el mono, había acertado al menos en eso.

La puerta del vestidor se abrió muy lentamente y en silencio.

Malditos. Malditos fueran todos. No le dejaban nunca en paz. Ni siquiera podía encerrarse para no verlos: cuando la puerta del vestidor estaba cerrada, entraban por la de la biblioteca, y cuando ésta fue cerrada al fin, entraron por el pasadizo secreto detrás del tapiz. Arrojaban piedras contra sus ventanas. Usaban su castillo, su cama, su navaja (incluso para atacarle con ella) y no había nada que le hubieran dejado para él solo. Ni siquiera el sopor de la noche o sus sueños. Dejó la copa de vino, aún medio llena, sobre el dintel de la chimenea.

Cuando sonaron unos leves golpes en la puerta del dormitorio de Christian, ya estaba casi junto a ella. La abrió de golpe y gritó, con una voz tan fuerte y llena de furia que incluso a él le sorprendió:

—¡Malditos seáis, dejadme solo por una vez!

Y se quedó callado, atónito, porque ante él estaba la mujer, Gabrielle, con su traje color verde oliva y su cabellera que parecía de niebla, perfectamente maquillada y oliendo a perfume, sosteniendo en un delicado equilibrio con una sola mano la bandeja, con la misma pose de un camarero en un café de la ciudad. El espectáculo le dejó tan sorprendido como antes el matiz de locura que hubo en su grito.

Dio un paso hacia atrás, apartándose de ella y quizá de él mismo. Vio la bandeja y lo que contenía: el pan, el queso, el estofado del que brotaba un apetitoso vapor… conejos, con el cuello roto de un solo mordisco veloz entre las fauces de estos hijos de lobos, cocinados con hierbas, especias y naranjas de invernadero.

—¿Qué es todo esto? —dijo, con la voz temblándole lastimosamente—. Pensé que mis criados se habían ido.

En el rostro de Gabrielle no podía leerse ninguna expresión.

—Mientras estés aquí —le dijo—, siempre habrá quienes te sirvan.

—Qué extraño, nunca te vi desempeñando funciones de cocinera para mí. Y tu hijo… Me afeitará. Aunque no dudo de que será un tanto descuidado al hacerlo.

Gabrielle dejó la bandeja sobre una mesita.

—Tú le golpeaste primero, provocándole. Podría haberte ignorado o podía pelear contigo. Una prueba de fuerza, igual que en la jauría. No te guarda ningún resentimiento. Acepta que has ganado, igual que en la jauría. Y tú, señor Christian, deberías aceptar que él lo acepta. Igual que en la jauría, también. Veo que la herida ha dejado de sangrar.

Ya había olvidado el corte, que no tenía importancia, y tampoco ahora se fijó en

él.

—Oh, Dios, ¿debo realmente unirme a vosotros sólo porque algún fenómeno imposible de la naturaleza os ha convertido en monstruos? ¿Debo hacerlo quizás en pago de los pecados de mi abuelo, ese pobre desgraciado al que ni siquiera llegué a conocer?

—No era necesario que le conocieras —le dijo ella con voz implacable—. Sois iguales.

—Fuera —dijo él.

Le temblaba la voz y ahora también las manos. Incluso el corazón le temblaba en el pecho, haciéndole jadear cada vez que respiraba. Todas esas sensaciones eran familiares y antes de un recital solían asaltarle con frecuencia, meros síntomas de nerviosismo. No ocurría así al principio pero a medida que su talento y la aclamación que recibía fueron aumentando, también el terror que sentía creció. ¿Por qué? ¿Quizá porque siempre debía superar sus propias hazañas y era posible que fracasara? Pero ¿por qué pensar ahora en ello?

Le dio la espalda a Gabrielle y se acercó a la chimenea. Al ver el atizador en el centro de la madera que ardía, alargó la mano para cogerlo, pensando en colocarlo junto a los demás utensilios de la chimenea.

—¡No!

El grito de Gabrielle fue tan agudo como sorprendente. En una fracción de segundo estaba junto a él, moviéndose con esa rapidez especial que poseían y que les hacía literalmente tan veloces como el rayo. Y con esa misma celeridad sobrenatural le apartó las manos con un golpe brusco, haciéndoselas levantar en el aire.

Él se quedó inmóvil, sin saber qué hacer, maldiciéndola.

—Ibas a coger eso, estúpido… —Cogió la botella de vino que había sobre la chimenea y derramó el líquido restante sobre la empuñadura del atizador. Una nube de vapor brotó del hierro con un fuerte silbido, como una olla en la que hierve líquido, y por primera vez Christian se dio cuenta de que el hierro estaba al rojo vivo. Había estado metido en el fuego durante casi una hora. Ella le agarró las manos y se las puso delante de los ojos, intentando hacerle entender—. ¿Cuántas mazurcas de Chopin habrías podido tocar con esas quemaduras? —le dijo—. ¿Cuánto Rachmaninov? —Le soltó las manos con un indescifrable murmullo en dialecto que parecía una blasfemia despectiva y en su voz hubo casi odio al proseguir—. Pero eso es lo que deseas, ¿verdad, señor? Quieres morir, o mutilarte, o enloquecer. Ponerle fin a todas las responsabilidades, tanto las tuyas como las de los que hay dentro de ti. Todos los miedos se acaban al convertirse en realidad.

Sus palabras parecieron atravesarle como si no tuviera cuerpo material y Christian sintió nacer en su interior un dolor terrible. No sabía de qué se trataba ni cómo podía combatirlo. Se imaginó sus manos quemadas hasta el hueso, o quizá cortadas, como había podido ocurrir con la navaja. Sintió el leve dolor de la delgada línea con la que la navaja había esculpido su pecho y recordó la sangre que había brotado de su boca para manchar las teclas del piano en el conservatorio.

Ahora era ella quien le daba la espalda.

—Un sufrimiento tal… —dijo—. Te compadezco. ¿Qué sabes tú de cualquier tipo de dolor, tanto del alma como del cuerpo? Dios mío, Dios mío… Tendrías que haber sido yo, o Luc. Tendrías que haber sido mi madre. Pero tú… (Ah, la repugnancia con que lo dijo). Envuelto en plumas de cisne desde el día de tu nacimiento. No es raro que ese alfilerazo te doliera. Oh, la agonía…

—Muy bien —dijo él—. Si me inclino humildemente ante tu reprimenda, ¿te irás?

—Sí. Te encanta estar solo. Para morir aquí, sin nadie que te moleste.

—Parece que no puedo morir —dijo—. Eso es lo que me asombra. También me asombra el vivir.

Se apoyó en la pared sin mirarla. Gabrielle había desviado el rostro y uno de sus hombros estaba algo inclinado, cubierto por la brillante espuma de su cabello. Su cabello no se parecía en nada al cabello que Christian conocía: era más bien como la escarcha, el humo o el agua que se evapora. Qué transformación tan enorme debía de ser cambiar tal cabellera en el pelaje de un lobo, quizás aún fuera algo más extraño que ese retorcimiento de los huesos…

Las lágrimas brotaron nuevamente con excesiva facilidad de sus ojos. Ahora ya conocían el camino. Se dejó resbalar a lo largo de la pared, subió las rodillas y apoyó los brazos en ellas, descansando luego la cabeza encima de éstos. Un minuto después sintió el calor de su cuerpo al arrodillarse ella a su lado. ¿Qué aroma era ése, como el del anochecer en un jardín lleno de flores, tan caro y tan extraño…?

Ella le rodeó con los brazos, atrayéndolo junto a su cuerpo. También eso era fácil, bastaba con dejarse doblar lentamente sobre la blanda suavidad de sus pechos.

—Calla… —dijo ella—, calla.

Autocompasión. Él lo sabía tan bien como ella. Era muy probable que no le quedara nada por conocer al respecto. Había tomado a la criada aquí mismo, sobre esta alfombra, y había fracasado a la hora de poseerla. Ah, se estaba convirtiendo en un gran catálogo de catástrofes personales…

Como si el sonido llegara de muy lejos, se oyó llorar sobre el seno de Gabrielle. Su llanto era exactamente igual al de un niño. Qué escena tan ridícula, como salida de

un melodrama de sexta categoría…

Pero…

—Calla, querido —le murmuró ella—. Calla, cariño mío, calla… Volverás a estar a salvo, volverás a ser feliz.

Y…

—No… —Siguió llorando el niño—. Nunca fui feliz y nunca lo seré.

Y…

—Calla, serás feliz y estarás a salvo con aquellos que te aman.

En algún lugar muy lejano, mientras el niño seguía llorando, Christian vio a Luc, con doce o trece años de edad, consumido ya el espantoso dolor que acompañaba a los espasmos de su metamorfosis, llorando también entre sus brazos en busca de consuelo. Pero Gabrielle… ¿quién la había acunado, quién la había consolado a ella?

El niño no tardó en cansarse y un poco después se quedó callado.

Y ella siguió abrazándole con mucha suavidad, acunándole en silencio, y luego, en una voz tan delicada que apenas si era un murmullo empezó a cantarle una extraña canción de cuna, la extraña tonadilla que le había oído cantar antes. Ahora Christian la oyó toda, hasta la última línea…

En forêt noir je vais les soirs,
Les étoiles belles sont au dessus;
Je pense que dans leurs luminères
Je vois les yeux de ceux qui m'aiment.

Alzó la cabeza y la miró y de ese modo pudo ver que también ella estaba llorando. Varias mujeres habían llorado por él, quizás a causa de alguna palabra áspera o porque se marchaba de su lado. Pero nunca hubo una que llorara ante su pena. Nunca… hasta ahora. Ella, que le había dicho: «¿Qué sabes tú del dolor?».

Las lágrimas que caían de sus ojos habrían debido ser de formas distintas, una para cada ojo…

Era el filósofo Georges Edouarde el que había dicho: «La lujuria camina tras la desesperación igual que tras las líneas de la batalla, pues la tristeza, como la muerte, es una negación de la vida, y la vida, lista y carente de escrúpulos, está siempre lista para anunciar su presencia y reclamar lo que es suyo por derecho».

Christian tomó su rostro entre las manos y la distancia que separaba sus bocas se hizo así muy corta.

La había deseado en la cabaña pero eso no era nada comparado con lo que sentía ahora. Entonces ella le había negado su cuerpo. Esta vez se inclinó hacia adelante y

sus firmes manos le envolvieron la cabeza, haciendo que sus bocas se encontraran.

Distinguió el destello verdoso de un ojo que parecía nadar bajo las pestañas, no del todo cerradas, observándole mientras la besaba. Pero era un ojo medio drogado y sumido en el delirio. La humedad de sus lágrimas mojaba las ropas de ella, y primero el centro de un pecho y luego el otro florecieron entre sus dedos. Apoyada en la pared, resbalando lentamente sobre la alfombra oriental, la luz del fuego abriéndose paso a través de su cabellera, convirtiendo su cabello en otra luz de otro fuego… Y sus manos pasando sobre él, trazando dibujos en su piel…, pero no aquí, donde se había retorcido y aullado Sylvie, la muerta.

Se incorporó bruscamente, levantando con él a Gabrielle.

El lecho estaba ahí. El lecho de la tradición, donde se habían mezclado desordenadamente las rosas, las uvas y las semillas de la procreación…

Avanzaron hacia el lecho convertidos en un nudo que se retorcía sin deshacerse, como si fueran un solo ser. Lograron llegar hasta él sin saber demasiado bien cómo y se derrumbaron sobre las sábanas.

Con ella no fue igual que con las otras. Toda su mitología y su ambigüedad parecían haberse definido repentinamente en una sinfonía extravagante de sensaciones y emociones exquisitas. Grandes olas la hacían estremecer y pese a ello permanecía en el mutismo más absoluto, como si intentara confinar dentro de su ser esa insoportable profundidad que la invadía, como si no quisiera entregar ni perder nada de ella. Y en el mismo instante en que se aferró a su cuerpo, temblorosa, fue innegablemente una caricia de ella la que hizo caer a Christian en el mismo abismo, siguiéndola de cerca: ese clavo cegador de la crucifixión, clavado implacablemente golpe a golpe hasta que le atravesó la ingle, la columna vertebral y finalmente el cerebro.

—¿Dónde está Luc?

—Oh, no temas —y se rió suavemente, los labios apoyados en su garganta—. Siempre está el bosque para meterse en él. —Pero cuando él volvió a unir su cuerpo al de ella, le besó y dijo—: ¿No te has dado cuenta de cómo está oscureciendo?

Cuando abandonó sus brazos para salir del lecho, su cuerpo barroco como dibujado a lápiz por las ascuas del fuego, él sintió un temblor aprensivo ante la idea de aquella transformación que no tardaría ya mucho en dominarla. No temía por él, sino por ella. Pero Gabrielle pareció entender al momento lo que sentía.

—Quizá podamos hacértelo entender —dijo, recogiendo sus ropas sin mirar—. Para empezar, es realmente desagradable. Pero al final también descubres cierta alegría

en ello. —Christian bostezó y ella, riendo de nuevo, le dijo—: Vete a dormir, niño mío. Siempre queda el mañana.

Fue hasta el tapiz, tocándolo de un modo que Christian no logró distinguir, y la pared secreta se abrió obediente ante ella, cerrándose una vez hubo entrado en el hueco.

Se quedó tendido largo tiempo, observando los destellos rojizos del fuego. No había nada que decidir, nada en qué pensar. Aunque era posible que a la noche siguiente entrara aquí y le matara, pese a todo. O quizá la casa se derrumbara. Pero en realidad sólo habría ocurrido una cosa: el estofado se habría quedado helado y el fuego se apagaría si él no cuidaba de reavivarlo.

Se acordó de ella y su cuerpo se puso rígido. Le pareció que un fuego rojo y blanco le recorría las arterias. Pero estaría de nuevo con él mañana…

Dos lobos corrían a través del bosque.

Entraron en su oscuro dominio al anochecer y sólo las hermosas estrellas, brillando en lo alto, les vieron pasar…

«… Y en sus luces creo ver los ojos de quienes me aman».

Pues, ¿qué es el amor, niños míos, sino el nombre que usa el corazón cuando se refiere al deseo sexual, al igual que el cerebro lo calificará como «apetito» en tanto que el espíritu lo llamará «mi reflejo»?

Cuando aún faltaba bastante tiempo para la medianoche seguía despierto, tan alerta como un animal. Puso más leña en el fuego, encendió una lámpara y sintió el impulso de cogerla y recorrer nuevamente el castillo, ahora contemplándolo todo de un modo muy diferente. Pero en vez de eso decidió confinarse en sus aposentos. Pasó un tiempo considerable en la gélida atmósfera de la biblioteca, explorando con su lámpara los volúmenes de lomos dorados y llenos de grietas.

Todo se había alterado sutilmente. La casa había cambiado.

A las dos o tres de la madrugada bajó al sótano y cogió unas cuantas botellas de vino recubiertas de telarañas. El camino ya no le resultaba desconocido. La bandeja del estofado en el dormitorio se había convertido en una masa de gelatina grisácea pero el pan y el queso seguían siendo comestibles. Abrió una botella de vino y bebió de ella.

La noche murmuraba más allá de las ventanas y las ramas se doblaban con un

suspiro bajo su carga de nieve. Un viento que no paraba nunca se había levantado procedente del bosque. Se quedó inmóvil ante una ventana y contempló las sábanas de blancura que se extendían a lo lejos. A medida que el viento corría sobre ellas levantaba surtidores de un polvo tan fino que parecía espuma, como si de la nieve brotara una humareda fría… La luna ardía y las estrellas emitían una nota frágil y aguda que era como el gemido de un silbato… Sí, sería fascinante recorrer el bosque en una noche semejante, o quizás incluso en cualquier noche, corriendo a través de arroyos de champán, saboreando el almíbar espeso y verde del verano ardiente y luego los colores apagados del otoño.

Cuando, mucho tiempo después, empezó a llegar el alba, las ventanas se encendieron con una llama rosada que no daba ningún calor.

Christian se imaginó a Gabrielle y Luc, humanos o bestias, volviendo a la habitación que habían escogido para ellos, con su carne y su cabello goteando con las gélidas aguas rosadas del amanecer.

Se quedó tendido en el lecho, escuchando el levísimo ruido quebradizo de aquella mañana sin pájaros. La luz temblaba sobre la nieve, igual que antes lo había hecho el viento, y de la tierra entera nacía esa misma ondulación cristalina que a veces resonaba en las arañas del salón.

En la frontera que separa el sueño de la vigilia, no le sorprendió encontrarse tendido de costado, viendo cómo su propio cuerpo se tendía hacia Gabrielle, a un metro de distancia en el otro extremo del gran lecho.

Al principio sólo sintió una tenue curiosidad y luego, a medida que su conciencia se iba solidificando, aquella agradable sensación de estar viendo una ilusión se esfumó. Observó los movimientos como en trance de sus cuerpos, los prácticamente inmotivados encuentros y separaciones de rostros, manos y brazos. Muy poco a poco fue comprendiendo quiénes eran los amantes, ya que el hombre no era él.

Se apoyó en un codo, aún incrédulo. La primera sensación, el haber sido ofendido, fue rápidamente expulsada por una grosera diversión, que no tardó tampoco en perecer bajo el asalto de una maravillosa explosión de ira.

Sus bellos rostros se contemplaban indefensos, cerrando a veces los ojos, abriendo los labios para dejar salir de ellos tenues susurros. ¿Se daban cuenta de que él estaba allí?

Veinte ideas o más pasaron por su mente en tanto que la corriente deslumbradora corría ardiendo en su sangre, y casi todas eran violentas. Pero tales pensamientos se movían siempre dentro de lo condicional. Cuando ella volvió su rostro hacia él, encuadrado más por sus cabellos rojo oscuro que por los de Gabrielle, lo único que

Christian pudo hacer fue devolverle también la mirada, y cuando su mano se apartó de las concavidades del cuerpo de Luc para acercarse a las de él, lo único que pudo hacer fue nadar hasta ella.

Sus párpados temblaban levemente y la rígida tensión de sus músculos encontraba un equivalente en los de él. Un espasmo agudísimo y delicado pareció transmitirse al mismo tiempo a sus tres cuerpos, como la luz que cruzaba las blancas masas del paisaje en el exterior del castillo. Como en un sueño, primero su boca y luego sus pechos y de pronto todo su cuerpo se apretaron contra él, mientras que el otro cuerpo masculino se hundía junto a ellos. No hubo ninguna vacilación ni torpeza. Era como si Christian se hubiera convertido realmente en Luc. Sus manos se anudaron tras su espalda y él la poseyó con brusquedad, y con idéntica violencia pareció atravesarla para caer en el torbellino, la locura, la cosa que, después de todo, no era sino una especie de convulsión nerviosa y que tan estrechamente se le parecía y que pese a todo…, pese a todo… Sus dientes atravesaron la tela de lino que cubría la almohada hasta partirla, un hecho que después le tendría eternamente intrigado.

Y luego sus cuerpos se relajaron, los tres juntos en un montón desmadejado. La jauría…

La habitación estaba inmóvil y silenciosa.

Ya había presenciado antes estas imágenes… muchas, muchas veces.

CUARTA PARTE
Fête champêtre

20
La relación

El invierno cambió su carácter, dando paso a una interminable sucesión de días blancos como el hueso y fríos como la porcelana. En el cielo no había nubes y en sus insondables abismos azules el sol brillaba con una luz aguda y deslumbrante pero tan fría que cada faceta de la nieve relucía como un precipicio de hielo o un cuchillo de cristal. En el foso carente de agua la nieve fingía serlo y reflejaba los objetos en un halo borroso.

Ahora el castillo había llegado al último estadio posible de aislamiento, rodeado por los bancos de nieve como un navío perdido en alta mar.

De noche la negrura era tan clara que parecía posible ver a través de ella y a simple vista era factible distinguir los colores de las distintas estrellas.

Un pequeño árbol que había muerto hacía mucho tiempo junto a los setos fue cortado por Luc y transportado luego hasta el patio de la cocina. Ayudado por Christian, Luc convirtió el tronco en trozos para el fuego. Los despojos fruto de la caza colgaban en la fresquera y Gabrielle había logrado dominar las negras profundidades de la cocina, horneando pan y preparando enormes ollas de sopa. Todo su entrenamiento de provinciana (estaba claro que la habían preparado para trabajar como sirvienta, muy probablemente en el castillo) daba sus frutos ahora y se mostraba en la destreza y habilidad con que utilizaba los fogones. Además, conocía perfectamente la cocina, ya que tanto ella como Luc habían recorrido hasta el más recóndito rincón de la propiedad. Su ejemplo sirvió de enseñanza a Christian y junto con ese ejemplo Christian fue conociendo toda la historia de sus vidas. Gradualmente la salvaje desolación de las escaleras, los cuartos y los pasillos se le fue haciendo lógica y domesticada. Las chimeneas fueron limpiadas y muy pronto el fuego ardió en ellas con un rugido. Las sábanas fueron arrancadas de sus refugios para revelar un sublime estado de lenta decadencia que resultaba casi consolador. Examinaron los armarios al azar y en ellos encontraron extraordinarios surtidos de ropas, tan elegantes

como esqueléticas, que llevaban diez años o más guardadas y cuya tela se había impregnado del ácido olor de las polillas. Gabrielle se había vestido con algunos de esos trajes y había desfilado por la casa como una niña: un traje parecido, recamado de lentejuelas como las alas de una mariposa, había cubierto su cuerpo cuando fue capturada y violada. Pero esos horrores ya no importaban, como si hubieran dejado de existir. Vivían fuera del tiempo, en el aquí y el ahora. La meditación, el recuerdo del pasado y, naturalmente, la profecía habían sido excluidos del castillo.

Luc desenterró del olvido un negro sombrero de copa bastante maltrecho que recordaba el de Sarrette y de vez en cuando se lo ponía para recorrer la casa, inclinado siempre en un ángulo extravagante.

Quizás el hecho de que ellos hubieran estado en la mansión cuando eran niños, siendo los únicos amos de esa casa clausurada y aislada por el invierno, era lo que a los ojos de Christian dotaba a esos días de una tonalidad infantil. También sus actividades poseían la espontaneidad de la infancia: el ocio, la exploración en la que se intercalaba de vez en cuando algún que otro estallido de afanes domésticos expresados en la acumulación de leña o la preparación del fuego y la comida. Incluso al hacerse el amor actuaban de un modo extraño como niños: lo hacían sin la menor complicación, como algo para lo que no hacía falta formular preguntas y que no podía implicar ninguna culpabilidad pese al vigor de sus manifestaciones y la ansiedad entusiástica con que se entregaban a él. Los dos hombres compartían a la mujer sin ninguna rivalidad o, al menos, expresando siempre ésta bajo la forma del teatro o la broma (peleas fingidas, como las que podrían mantener dos cachorros), en nada parecidas a lo que había representado antes el duelo con la navaja. En realidad cuando la compartían físicamente no se limitaban a la cortesía sino que hallaban una fascinación sensual en el hecho de que también el otro pudiera compartir con ella lo que en principio sería más íntimo. Pero se trataba de una contemplación tan descarada y abierta que llegaba a convertirse en algo compartido por los dos y, mientras tanto, ella, cortesana de ambos, les controlaba de un modo sutil pero indiscutible, al igual que en otros momentos su papel indiscutible se convertía en el de hermana o madre de ambos. Quizá la condición social más vieja del bosque, el matriarcado primigenio, se había vuelto a implantar de modo espontáneo en sus relaciones.

De ese modo pasaban los breves días del invierno. Hacían el amor, dormían y a veces conversaban tendidos bajo el dosel del lecho. También solían instalarse desmadejadamente en sillas, leyendo libros que cogían de la biblioteca, o se tumbaban ante las chimeneas del dormitorio o el salón, jugando larguísimas partidas de ajedrez o complejos juegos de naipes que se prestaban a interminables discusiones dado que los

requisitos de la victoria habían sido establecidos a partir de juegos muy distintos. Otras veces los juegos procedían de su adolescencia y entonces se dedicaban a pruebas de habilidad, como arrojar moneditas contra un dado para hacerlo rodar, o jugaban a las adivinanzas…, diversiones absurdas como aquellas a que suelen entregarse los adultos el día de Navidad. No hablaban mucho y cuando lo hacían, imitando nuevamente a los niños, se ceñían únicamente al presente, a lo que estaban haciendo o a lo que harían dentro de un momento. Algunas veces se trataba de un incidente pasado que ahora, al ser narrado de nuevo, adoptaba la forma de una anécdota, normalmente humorística. Ya no hablaban entre ellos de lo que había sucedido, excepto de modo muy lacónico: la verdad resultaba demasiado extraña como para que fuera posible hablar de ella.

Y durante las noches…, durante las noches, naturalmente, ellos se iban.

Al principio Christian leía hasta que el libro le resbalaba de las manos pasando sin transición de la somnolencia al puro sueño. Pero una inquietud creciente acabó apartándole de estos pasatiempos sedentarios y empezó a recorrer el castillo. Cogía una lamparilla y se aventuraba por el paisaje interno de la mansión, tal y como sus compañeros le habían enseñado. El lugar se le fue haciendo cada vez más familiar. Una talla, alguna prueba de inminente ruina; ángulos, sombras…, finalmente hasta el polvo se le acabó haciendo conocido, como el estilo peculiar de un libro que se ha leído muchas veces. Le atraían igualmente las ventanas y desde ellas observaba la curiosa división de la oscuridad, una mitad negra sobre otra blanca. Vigilaba la luna y sus fases, la mudanza de las estrellas y el eterno vagabundeo de los planetas de hierro y de plata.

Con el tiempo el magnetismo de esas noches insomnes acabó guiándole de nuevo a la sala de música. El salvajismo que los otros dos expresaban, gozando al hacerlo, cada vez que corrían sobre las ondulaciones blanquinegras de la noche con sus patas de lobo, lo perseguía Christian sobre el cuerpo blanco y negro del piano. Al principio fue una orgía carente de toda disciplina que la insatisfacción fue transformando gradualmente en un programa de ejercicios, momento en el cual Christian tropezó con una irónica dificultad. Ahora que le invadía nuevamente el deseo de ser esclavizado por su vampírica presencia, el piano le rechazaba. El frío de aquella estancia sin chimenea había afectado a las delicadas cuerdas y, burlándose de él con su áspera voz, el piano tardó muy pocas horas en quedar totalmente desafinado. Y Christian lo odió, porque era incapaz de poseerlo, y empezó a sufrir e inquietarse, pues era el piano y no él quien había dicho: No. Se trataba de un cambio tan dramático en su vida que, de haber ocurrido en cualquier otro momento, le habría hecho encerrarse dentro de sí

mismo en una búsqueda de un nuevo equilibrio a la que habría sido fácil profetizarle el peor de los fracasos. Pero ahora, en este lugar, en su no siempre constante compañía (su ausencia resultaba aún más galvanizante, dado lo que implicaba), sintió el impulso de salir antes que el de encerrarse, y al principio lo expresó garabateando notas musicales sobre las hojas que sacaba apresuradamente de su equipaje y que, invariablemente, acababa desgarrando antes del amanecer para echarlas al fuego.

Y cuando al fin aparecían, con los ojos vacíos, deslizándose en su cuarto como si fueran en realidad tan asesinos como a veces aún sospechaba él, se levantaba con el rostro malhumorado para acogerles con sardónicas maldiciones. Nunca presenció el reverso de la transformación, jamás les vio convertirse de lobos en hombre y mujer, y tampoco se le concedió presenciar por segunda vez la metamorfosis de seres humanos a lobos. Ni siquiera llegó a tener más vislumbres de esa oculta naturaleza lupina, ni en la casa ni fuera de ella, aunque una vez llegó a ver las huellas de sus patas, unas rendijas grisáceas sobre el blanco lienzo de la terraza.

De vez en cuando luchaban entre ellos con las palabras para terminar yendo a la cama, librando en ella inofensivas batallas de niños que acababan solucionándose en la apremiante exigencia del amor.

Pero muy pronto en sus paseos por la casa o sentado ante su desordenado manuscrito vio que habían logrado apartar de él su segunda vida, que la habían convertido ahora en un secreto en tanto que anteriormente la habían utilizado como un arma con la que herir su cordura y poner a prueba su fuerza. Se habían vuelto tímidos y vergonzosos, como si les diera miedo desnudarse ante él y aparecer en otra forma que no fuera la humana. Al admitir los hechos sin ocultar nada de ellos ahora se dedicaban a impedir que los presenciara.

Excluido de sus rituales de brujería, le quedaba únicamente su propio yo como recurso, ese yo que parecía haberse vuelto más fuerte y que al haber crecido en fortaleza exigía ahora pruebas y pedía que se le utilizara en algo. Si todo lo que había sucedido era un sueño, una ilusión, lo indudable era que pese a ello aún persistía. Por muy breves que fueran los periodos de tiempo en que se le apartaba de ese sueño empezó a sentir los primeros embates de la duda y en esas horas solitarias empezó a dominarle un nebuloso agnosticismo. En esos momentos, y sólo entonces, se preguntaba hacia qué destino se dirigían y qué posible final podía tener todo aquello. Pues, y eso estaba claro, no podrían seguir eternamente como ahora…

Y así, inevitablemente, llegó la noche en que decidió esperarles en la salida y el punto de entrada que usaban con mayor frecuencia, la puerta principal del castillo que daba a la terraza. ¿Qué podía ser más burgués, naturalmente, en quienes habían

previsto una vida entera de criados destinados a utilizar la puerta trasera, sino el haber convertido ahora en costumbre, como lobos, usar la puerta principal? Había visto desde hacía varias noches cómo la hoja de gruesa madera quedaba entreabierta y quizás incluso tuvieran la intención de que llegara a descubrirlo.

En tanto que bestias, ¿podía esperar de ellos alguna capacidad racional? ¿Y, en realidad, se les podía calificar como seres racionales incluso en su forma humana? Finalmente, y ni de eso estaba seguro, ¿acaso obraba él de modo racional?

Pero recordó cómo se habían tendido a su lado en la cama, esa primera vez, como para consolarle y darle calor. Como si, y eso era aún más significativo, ya entonces desearan tocarle, sintiendo que incluso en ese momento ya eran parientes y hermanos…

Permaneció junto a la puerta, meticulosamente vestido y equipado para soportar el frío del exterior, fumando uno de los cigarrillos de Gabrielle y dejando caer la ceniza al suelo.

Oyó el chasquido de las garras y se volvió para ver aparecer a la loba al pie de la gran escalera, como un espectro de humo, formando un cuadro de lo más incongruente.

—Voy con vosotros —dijo, sintiendo que cometía una ridiculez al hablarle, preguntándose si quedaría en ella algún átomo capaz de comprenderle.

Pero ella se acercó trotando hasta él, le rebasó y cruzó el umbral. Al llegar a la terraza se detuvo, vacilante, y se volvió a mirarle.

Christian dio un paso hacia ella y en ese instante el lobo pasó como una flecha junto a él, casi tirándole al suelo. La acción le resultó extrañamente divertida y, a la vez, caprichosa y malévola, inconfundiblemente propia de Luc.

Y como un hombre al que preceden dos perros en un paseo, Christian se alejó del castillo.

La noche estaba erizada de escarcha y estrellas. La última capa de nieve se había endurecido considerablemente y al seguirles, deteniéndose de vez en cuando al perderles de vista, Christian descubrió que podía moverse con razonable facilidad. Sabía que estaban limitando sus correrías para que él pudiera acompañarles y cuando de pronto los dos empezaron a jugar, revolcándose por la nieve, atacándose en broma como flechas perdidas entre la metálica blancura del terreno, Christian sintió que le invadía una pena abrupta y terrible, como una especie de premonición. ¿Qué lugar podía haber en el mundo para tal idilio, excepto éste? Estaban a salvo… aquí y ahora.

Ahora que el engaño se había desvanecido y pese a lo que había supuesto, Christian sintió de un modo aún más agudo la fugaz brevedad de aquellos instantes. Pero el aire resultaba vigorizante y la nueva vitalidad que había empezado a notar en su interior era imposible de sofocar. Se unió al juego permitiendo que se lanzaran sobre él con sus largas patas patinando en la nieve y sus ojos malignos brillando como estrellas caídas.

El bosque blanco se confundía con los límites del parque. Christian y los dos lobos parecían puntos negros recortados contra la blancura de su encaje susurrante. Ellos le protegerían, advirtiéndole de cuando el suelo se hiciera traicionero y peligroso.

Por fin logró no pensar más. No eran ni sus perros ni sus compañeros. Todo aquello era inexplicable y no le hacía falta encontrar más excusas para vivirlo.

Pero el leve aroma de la melancolía no desapareció y, con la lógica inherente a su condición humana, Christian vio en el futuro la separación y la partida de un modo tan claro e inevitable como nunca las había visto en aquellos tiempos en los que buscaba la muerte o la huida. Naturalmente que al día siguiente esa verdad tan clara se le habría escapado (aunque no por ello dejaría de ser menos cierta) y esa imagen de él en alguna mañana lívida o en una noche azul como el acero, caminando hasta perderse detrás de una colina con el silbato de un tren a lo lejos, quedaría olvidada. Porque, pese a todo, a nadie le está permitido vivir dentro de un mito.

A veces el frío le irritaba la garganta y entonces tosía, pero eso ya no quería decir nada. Había dejado de creer en la muerte como la única respuesta fácil.

21
La advertencia

Despertó medio hundido en la red brillante de su cabellera, sintiendo bajo su mano la cálida y suave curva de su flanco de mujer.

—¿Qué ocurre? —le dijo, viendo que ella tenía los ojos muy abiertos como si estuviera oyendo algo, con esa expresión tan curiosa en que también los ojos parecen haberse tensado buscando el menor indicio de sonido. Faltaría quizás una hora para el amanecer y se dio cuenta vagamente de que la luz era otra vez de un blanco apagado, ya no azul o dorada—. ¿Qué ocurre, Gabrielle?

Pero ella le contestó:

—Nada.

En el fondo de su cerebro se removió una nube borrosa formada por los sedimentos de sus ideas anteriores: la separación, la partida… ¿Era una suposición, una predicción, o quizá, simplemente, leía en su mente? Christian posó su cabeza en el pecho de Gabrielle con el gesto infantil que expresa la confianza, y sintió cómo el opresivo peso de la razón se iba disolviendo. Volvió a quedarse dormido sobre el lecho maravilloso de su carne.

A las diez de la mañana empezó a quedar claro que la nieve se derretía. El cielo había cambiado de color y, como obedeciéndole, el color de la nieve empezó igualmente a mudarse. Todo parecía cubierto por una palidez amarillenta, como si la brillante pureza de antes agonizara. La atmósfera se había vuelto opresiva y pegajosa, invadida por una repentina tibieza en la que no había calor alguno. Hacia el mediodía empezó a caer una llovizna grisácea. El fuego del salón chisporroteaba sin fuerza y los tres niños tenían los ojos clavados en él. Christian examinó los rostros de Gabrielle y Luc para examinar luego la imagen mental de sus propios rasgos. No, no era sólo él quién sentía el final de todo aquello.

Un fango negruzco empezó a brotar burbujeando de los vendajes blancos que cubrían el suelo: la nieve se derretía, dejando al descubierto heridas horribles. Era un deshielo de invierno causado por algún cambio equivocado de la temperatura. Un deshielo estéril, sucio y malsano…

El día pareció ahogarse bajo la lluvia. La oscuridad y el agua goteaban abrazadas sobre el castillo. Al examinar (sin el menor interés) unas tallas situadas en la vieja torre, Christian imaginó con una amarga diversión las huellas de patas enfangadas que aparecerían al día siguiente sobre todas las alfombras. No, serían demasiado cuidadosos como para dejar unas marcas tan ridículas de su condición. No debía ni podía reírse de ellos por ser lo que eran.

Una y otra vez imaginó qué sentirían ahora, trotando sobre el barro, y torció el gesto ante la idea de las presas que el deshielo podía traerles para sus cacerías.

Obligado por el brusco cambio de clima, el piano emitía a regañadientes espantosos tañidos.

La lluvia se detuvo un poco antes del amanecer. Christian se encontraba ante una de las angostas ventanas medievales del castillo y observaba cómo un palio transparente del rojo más pálido imaginable iba emergiendo del bosque lejano. Y entonces recordó el amanecer en la ciudad, naciendo tras la escalera que formaban los tejados, la catedral alada, con los pájaros que parecían papeles arrastrados por el viento subiendo y bajando por el aire tenue y diáfano… Se imaginó a Gabrielle sentada en una mesita de una plaza, bebiendo una taza de café, y a Luc andando por la calle con una mujer agarrándole de cada brazo. Pero en su imaginación había también el fantasma de una jaula con un fuerte candado, para las horas nocturnas…

—Ven y mira —le dijo con voz despreocupada Luc, de pie en el borde de la terraza entre dos urnas de cemento, con su elegante atavío ahora algo maltrecho y arrugado.

Christian cruzó el umbral y se abrió paso por el grisáceo barrizal de la terraza.

Y, al hacerlo, pensó confusamente: «Qué normal parece todo esto. Hace menos de un mes, ¿cómo podría haber llegado a imaginarme algo así?».

Faltaban veinte minutos para el mediodía y el sol era una mueca suavemente blanquecina que ardía en lo alto. Se quedaron inmóviles al borde de la terraza y Luc señaló con una mano hacia el suelo, más allá de los escalones.

El parque parecía un mar de fango y sus contornos se recortaban con áspera brusquedad a lo lejos. Las hileras de árboles goteaban lúgubremente y el puente del foso parecía un papel mojado. El sendero de grava estaba cubierto de charcos y en su

ahora más oscuro recorrido aparecía, de vez en cuando, un montón de nieve muerta que se negaba a derretirse en la podredumbre. Al principio Christian no logró hallar nada excepcional en tal escenario.

—No veo nada.

—Oh, qué infortunio haber nacido ciego. Y sordo, también. Gabrielle y yo les habríamos oído de haber estado despiertos. Debieron venir a visitarnos cuando la mañana estaba bien avanzada. Estoy seguro de que no habrían osado hacerlo de noche.

Luc posó suavemente una mano sobre el cuello de Christian y desplazó su cabeza hasta una nueva posición. Apoyó la mejilla sobre la de Christian y, diciéndole «Síguelas», Luc trazó dos líneas que se entrecruzaban en el aire cortando el espacio. Christian siguió el dibujo de aire, tal y como se le había instruido, y percibió de pronto los negros surcos que habían sido abiertos en el suelo, atravesando a la vez nieve y sendero. Tendrían unos cuatro metros de largo y se intersectaban casi con ferocidad. Seguramente los habrían trazado arrastrando un azadón o una pala por el fango. La forma era la de un crucifijo o más bien, dados los desniveles del terreno, la misma de esas cruces desequilibradas del pueblo, esa variante particular de *la croix écartée*.

—Al parecer —dijo Christian—, alguien ha descubierto que estáis aquí.

—Al parecer.

—Ya sabes que soy un perfecto ignorante en cuanto a vuestras encantadoras costumbres locales. ¿Qué significa esto?

—No tengo ni idea —dijo Luc, apoyándose sobre Christian pero sin que éste notara el menor aumento de peso y contemplando aún las torpes marcas que formaban la cruz gigantesca—. Nuestros tratos con la aldea son más bien limitados. Si te encuentras a sus habitantes de día, echan a correr. De noche no se les encuentra con mucha frecuencia. De vez en cuando alguna chica te busca…, como Sylvie. Siempre lo hacen de un modo astuto y aterrorizado, provocándote, como Sylvie. Gabrielle les conoce mejor. Ya recordarás el porqué.

Las marcas trazadas en el barro llenaban a Christian de ira y aprensión. Las odiaba y eso le hizo hablar sin pensar demasiado en lo que decía:

—Para ser una comunidad tan religiosa son notablemente descuidados. Aún he de ver que una de sus condenadas cruces esté recta…

—Nunca lo verás —dijo Gabrielle detrás de ellos. Había entrado en la terraza sin hacer el menor ruido. Se quedó inmóvil junto a Christian y contempló los torcidos trazos del dibujo—. Está claro que en realidad no sabes qué es esa marca —añadió.

—Está bien claro que no. ¿Es solamente algún signo supersticioso contra vosotros dos?

—Y contra ti también, *señor* —le respondió ella con brusquedad.

—¿Yo? —Christian sonrió. Recordó sus viajes al pueblo, las puertas cerradas, las figuras solitarias que le vigilaban, la gente que salía a toda prisa del cementerio como huyendo de él. El asiento tallado de la iglesia…

Luc retrocedió dando un paso de baile.

—Mira —dijo, juntando el índice y el pulgar para formar la cruz torcida que Christian había visto pintarrajeada en el letrero del albergue—. Esto no es ningún símbolo religioso, amigo mío.

—Ah, una gran aclaración…

Gabrielle le miró con cierto enfado.

—Estás en el bosque sin armas y sin ninguna esperanza de recibir ayuda. Un lobo salta hacia tu cuello. Piensa que la vida es más valiosa que cualquier otro bien. Tu instinto sacrificará cualquier parte de tu cuerpo con el fin de conservar la vida y proteger los puntos vitales. ¿Qué harías?

Muy lentamente, como reconstruyendo un acto olvidado, Christian alzó el brazo izquierdo y lo puso sobre su cuello, apretando todo lo que podía para proteger la yugular. El gesto resultaba bastante difícil de hacer y aún más si intentaba mantenerlo, pero una vez, como ahora recordaba, lo había logrado.

—La última vez —dijo Luc— usó la otra mano para golpearme.

—Esta vez debe olvidar su lazo con los lobos —dijo Gabrielle—. Olvida tu instinto, Christian, olvida lo que te dijo sobre que no te haríamos daño. Debes poner tanta parte de ti como puedas entre tu vida y los dientes del lobo, mientras seas capaz de ello.

Tan lentamente como antes, Christian alzó su brazo derecho y lo cruzó sobre el izquierdo.

—Una posición muy difícil —dijo—, y que además deja el resto del cuerpo sin ningún tipo de protección.

—Instinto —dijo ella—. Solamente eso… La bestia se dirige siempre hacia el cuello. Debes proteger tu cuello. —Lo señaló rápidamente con la cabeza, como burlándose y temiendo el gesto a la vez—. Este signo que ahora haces con los brazos es el mismo que confundiste con una cruz. Es el mismo signo que clavan en las paredes de sus casas, el que pintan en la madera, el que crean con dos huesos o con sus dedos. No es el crucifijo. Es el Lisinte.

Christian bajó los brazos.

—Ya he oído ese nombre. ¿Qué significa?

—Significa que tienen miedo de los lobos —dijo ella—. Tienen miedo a los hijos de los lobos, los *Loupsgensaïeux*. Temen el poder invisible que anda por el bosque. Y te tienen miedo a ti, el señor, cuyo antepasado podía cambiar de forma.

—Entonces, yo soy el culpable.

Sonrió de nuevo y vio como si estuviera en una gran altura lo ridícula que se estaba volviendo la escena. No creía en ella, por mucho que supiera cuánta verdad encerraba. Ahora volverían a la casa y Christian le haría nuevamente el amor. La deseaba constantemente. Eso era lo único que le parecía realmente mágico de toda la situación.

—Oh, Gabrielle… —dijo.

Su familia había conjurado por primera vez la negra maldición de la licantropía y se la había impuesto a ella. Qué idea tan extraordinaria…

Extendió la mano para acariciarle el rostro.

—Paciencia, alguien viene por el camino —dijo entonces Luc.

La nueva aparición estaba muy lejos pero resultaba ya visible en la curva del sendero. Era un caballo, que avanzaba rápidamente, arrastrando tras él un pequeño y maltrecho carruaje que daba botes sobre la grava.

Esta vez el señor doctor Claut no se molestó en tomar el enfangado camino trasero que llevaba al patio de los establos. Cruzó el puente del foso y dejó el caballo atado al pie de la escalera que llevaba a la terraza para subir los resbaladizos peldaños dando saltitos y sonriendo.

Christian aguardaba en la puerta, observándole.

—Mi querido señor —dijo el sonriente Claut al llegar a la terraza, cogiendo a Christian del brazo—, el permanecer aquí a la intemperie no me parece muy aconsejable para usted.

—Según su diagnóstico no me ocurre nada digno de ser tomado con preocupación.

—Vamos, vamos, exagera usted. Lo importante es que no haya nada serio ni preocupante, pero no hay razón alguna para agravar cualquier pequeño achaque al que pueda ser propenso.

El rostro amarillento de simio se contrajo aún con más fuerza y el mono se apartó con un leve empujón del brazo de Christian para entrar en el gran salón del castillo.

Las dos chimeneas habían sido llenadas de madera hasta los topes y el fuego ardía

en ellas. Todos los rastros que pudieran señalar la presencia de los Lagenay habían sido eliminados salvo el cigarrillo que Christian había estado fumando y cuya colilla arrojó al fuego más próximo. Claut se dio cuenta de ello y asintió con afabilidad.

—Me alegra ver que ha vuelto usted a esa costumbre, señor Dorse. El tabaco usado con moderación es un sedante magnífico. —Sus brazos giraron como sobre engranajes visibles—. Qué brillante e iluminado está el lugar y qué bien se las arregla usted. Había sentido cierta preocupación desde que me enteré del despido de la servidumbre. Pero me imagino que tendrá aquí una muchacha, al menos… y Sarrette, ¿ha vuelto quizá?

—No, en absoluto.

—¿En absoluto? ¿Está usted seguro?

Christian no le respondió y el mono empezó a moverse con un paso saltarín por el gran salón. Aunque la puerta estaba abierta, las arañas de cristal no hacían el menor ruido, como si también ellas desearan guardar los secretos de la casa.

Claut se detuvo por unos segundos al pie de la escalera de caracol para dirigirse luego hasta la puerta del saloncito contiguo. El fuego estaba apagado pero una capa de cenizas sin remover cubría el hogar. Claut introdujo la cabeza en la habitación como un muñeco de resorte y luego la sacó. Miró a Christian, como si le divirtiera mucho todo lo que veía y volvió al pie de la escalera, alzando la cabeza para mirar hacia la galería. Christian pensó si el doctor tendría el atrevimiento necesario como para escabullirse por ella y proseguir con sus investigaciones en el piso superior. Pero después de un minuto Claut volvió dando saltitos junto a la chimenea ante la que le esperaba Christian.

—Bien, señor —dijo Claut—, si no fuera porque usted me asegura lo contrario, yo juraría que está acompañado. Nada que pueda definir con certeza, entiéndame…, sólo algo que flota en el aire. Un perfume huidizo.

—¿Qué puedo hacer por usted? —le preguntó Christian.

—Está el asunto de mis honorarios, señor.

—Maldito sea, no conseguirá sacarme ni un franco. Pensé que eso ya lo sabía. No fui yo quien le llamé ni pedí sus servicios. Me fueron impuestos a la fuerza.

—Ah, señor. Tiene usted toda la arrogancia de los que son muy ricos… o muy pobres. —Claut extendió la mano y sus dedos tomaron la de Christian para examinarla luego con esa concentración lasciva que tan bien recordaba—. Su salud parece haber mejorado mucho —dijo Claut—, una recuperación excelente. ¿No siente ahora cierta alegría por haberle detenido antes de que cometiera alguna tontería, tal como engullir una cápsula de opio o arsénico?

Christian retiró bruscamente su mano.

—Si insiste en ello, lo mejor será que presente su factura. Quizás acabe pensando en pagarle sólo para librarme de usted.

—Unas manos tan fuertes… —dijo Claut—. Creo que es usted pianista, ¿no? Un estrangulador sabría hacer buen uso de un desarrollo digital tan musculado. ¿Por qué no me estrangula, señor? Y luego siempre puede enterrarme en la propiedad, o en el bosque…, o echarme como alimento a sus perros.

Christian sintió que le dominaba una mezcla de nerviosismo y aburrimiento. Todo este engaño había sido automático, algo nacido casi sin planearlo. Posiblemente resultaba innecesario y, decididamente, era inútil. Clavó los ojos en el fuego.

—¿Quién le ha dicho que tengo perros?

—La aldea entera lo sabe. ¿No le compró acaso a los Lagenay un par de sabuesos para cazar conejos?

Christian se inclinó para echar otro leño al fuego y al hacerlo un chorro repentino de chispas le reveló claramente el interior de la chimenea, mostrándole así que la inscripción vista anteriormente por él había desaparecido. Se aseguró de que no estaba mientras removía los leños y se preguntó por unos instantes si acaso se habría encontrado en el interior de la otra chimenea gemela. ¿Habrían estado ahí las palabras que tanto le había costado distinguir, ese *Loupsgensaïeux* que Gabrielle había pronunciado apenas una hora antes? No, no se trataba de la otra chimenea y tampoco había sido producto de la fiebre. Al igual que el pasaje desaparecido en la carta de Hamel y como el sendero embrujado del bosque o la sucesiva mutación de ser humano a bestia era algo que encajaba en la naturaleza elusiva de este lugar en el cual las cosas surgían de la nada para volver a esfumarse en ella, como esculturas de arena.

Volvió a erguirse, levemente molesto ante la poca inquietud que ello le producía. Claut le estaba hablando pero Christian no le oyó.

—¿Cómo ha dicho? —le preguntó, impulsado por una cortesía casi automática.

—Estaba recalcando, señor, que esta parte del norte es un lugar muy interesante. Tenemos costumbres que quizá le dejaran atónito… o quizá no, quién sabe.

—Por ejemplo, el Lisinte —dijo Christian.

—Ah, ¿está enterado de ello? La cruz de los lobos… Sí, ciertamente. Entonces también debe de estar enterado de la existencia de la Dama de los Lirios. Es un eufemismo, naturalmente, y al mismo tiempo una especie de chanza. Durante cientos de años la Virgen María fue adorada aquí bajo este nombre… *La Dame aux Lys*.

—Esa ventana tan repugnante y macabra de la iglesia —dijo Christian sin darse mucha cuenta de sus palabras.

—¿Eso pensó de ella? Yo nunca voy a la iglesia, a decir verdad. Me temo que no soy hombre muy religioso, mi querido señor. Después de todo, ¿hay algún médico que lo sea? —Claut pareció resbalar hacia un lado, acercándose a la gran mesa para coger la botella de coñac. Sin decir palabra llenó dos copas. En la bandeja, naturalmente, había tres copas, tal y como las había dejado Gabrielle en uno de sus ocasionales ataques de labor doméstica.

Christian tomó la copa y bebió el licor de un trago, esperando luego en silencio.

—Los romanos habitaron estos bosques hace mucho tiempo, ¿sabe? —dijo Claut —. Tenían un nombre para ella. Ya estaba aquí entonces.

Christian siguió esperando.

Claut bebió su *brandy*.

De su piel y sus ropas parecía aún exhalar un hálito de calor pegajoso y opresivo. Hablaba con apresuramiento, como si le consumiera la impaciencia por narrar algún chiste y en sus ojos ardía una maldad insensata y casi infantil.

—Todo esto son viejas historias —dijo Claut—, pero el problema, como usted acabará descubriendo, es que se cree fervientemente en ellas. La diosa-loba era temida y halagada al mismo tiempo en esta región desde los tiempos prerromanos, y dichas prácticas han seguido existiendo… de manera inconsciente, si quiere usted expresarlo de ese modo. La aldea está llena de buenos católicos. Pero si examina el latín en que se dicen los servicios religiosos podrá hallar, según me han dicho, ciertas discrepancias. Y además el poder existe, ¿no? El poder del licántropo y la triada que lo forma…, el mago y sus dos acólitos. —Claut acabó el *brandy* que aún quedaba en la copa—. Ésa es la amenaza principal. La triada…, la trinidad blasfema: la madre, el hijo y el señor. El señor es el catalizador. Lo que hace de ellos un peligro es que le da a la Señora de los Lirios, siempre oculta en el bosque, un camino a través del cual obrar. En ese instante el pueblo deja de intentar ganar su favor con sacrificios y empieza a luchar contra ella. —Claut contempló la copa vacía—. Señor Christian, ha vuelto usted en el peor momento posible. Tendría que haberse quedado en la ciudad, tocando el piano, escupiendo sangre y manteniéndose bien lejos de aquí.

—Muy bien —dijo Christian—, todo esto resulta altamente educativo pero ¿piensa usted llegar alguna vez al meollo del asunto?

—Naturalmente que sí. He venido para darle un consejo. Haga su equipaje y márchese. Vaya a la estación. El coche del castillo es inútil ya que el sendero está obstruido por el fango y los restos de la nevada. Pero mi caballo es bueno; yo le llevaré. Sale un tren dentro de dos horas.

El que de pronto Claut hiciera aparecer ante él, como en un conjuro, su propia

premonición le resultó a Christian francamente desagradable.

—¿Por qué?

—Porque el pueblo ha estado esperando únicamente debido a la nieve y ahora la nieve se está derritiendo. Muy pronto todos los hombres y mujeres…, sí, incluso los niños se echarán al camino. Vendrán aquí, señor, y dispondrán sin miramientos de quien encuentren aquí, sea quien sea.

—Aquí sólo estoy yo.

—Razón de más para que se marche.

—¿Espera que abandone mi propiedad ante la amenaza de una turba?

—Yo no la calificaría de tal. A su modo particular, las intenciones que les traen aquí no carecen de disciplina y orden.

—¿Qué intenciones?

—Se trata de practicar un exorcismo.

22
Los condenados

La portilla de cristal azulado manchaba la botella y las copas con una rociada de zafiros. Christian había vuelto a llenar su copa. Qué estúpido resultaba el que sólo en ese instante hubiera percibido tan brillantes perlas de color engastadas en el cristal… El doctor había hecho algo peculiar, metiendo la lengua dentro de la copa para lamer el fondo y degustar así la última gota de coñac, como si ese gesto extraño fuera un signo de puntuación a la palabra que acababa de utilizar. Exorcismo.

—Por lo que he oído —dijo Christian—, los Lagenay han vivido en el bosque sin ser molestados durante años. El pueblo les tiene un pánico cerval a causa de ciertas fantasías…

—Vamos, vamos —le interrumpió Claut—, los hechos siempre son hechos, por muy fuera de lo común que se encuentren. Los Lagenay poseen el don extraordinario de la transformación. Es un don involuntario sobre el que no pueden ejercer control alguno. En mayor o menor extensión todos somos realmente capaces de realizar trucos parecidos y el ejemplo más obvio de ello es el paso natural que va siempre del niño al adulto y luego al viejo. ¿No se le ha ocurrido nunca pensar en cuán extraordinaria resulta esa prodigiosa metamorfosis?

—Quiere decir que los Lagenay no habrían sido molestados de no haber llegado yo aquí.

—Absolutamente cierto. El miedo y una cierta clase de respeto eran algo que se les otorgaba porque se les consideraba merecedores de ello, de un modo natural, tal y como usted mismo acaba de mencionar. Ya hubo lobos antes en estos bosques.

—Y yo soy un mago. Yo soy la gota de agua que esa loca aldea suya no está dispuesta a tolerar.

—Usted o los Lagenay. Pero usted y los Lagenay juntos… En el pasado han sucedido… cosas. O quizá se trate simplemente de historias sobre cosas que han sucedido. Ya le he dicho que por aquí se cree mucho en esas historias. Y al mismo

tiempo, señor, su línea hereditaria es capaz de sembrar la mancha del lobo. Una vez que usted y esa mujer hubieran empezado a compartir el mismo lecho, ¿quién sabe dónde podría acabar todo?

—Y usted…, ¿cree en tales cosas?

—Lo único que hago es repetir lo que oigo.

—Y si hago mi equipaje y me marcho, ¿qué sucederá?

—¿Se refiere a Gabrielle y su hijo? No se preocupe usted por ello.

—Entonces, según usted dice, esa maldita magia medieval que los aldeanos pretenden llevar a término no será suspendida.

—Me temo que así es. Usarán a quien tengan más a mano. Como todos los abscesos, es preciso reventarlos antes de que se extiendan más.

—Están locos… todos ustedes —dijo Christian, volviéndose hacia la escalera.

Se imaginó entrando a la carrera en el dormitorio para contárselo todo, metiéndolos luego en el carruaje de Claut con el caballo piafando y tratando de encabritarse, tal y como hacen siempre los caballos de los cuentos infantiles ante el olor embrujado del lobo.

—Si está pensando en una huida que envuelva a los tres —dijo Claut—, puedo asegurarle de antemano que les perseguirán sin piedad alguna. El tren no llegará antes de dos horas. Es posible que a usted le permitan huir, si va solo. «¿Qué podrá hacer sin sus esbirros?», dirán…

—Esbirros… Dios mío.

—Esto se ha estado incubando desde que Sylvie murió —dijo Claut—. E incluso antes, ya que la muerte de Sylvie no ha sido más que una pequeña parte del todo.

Claut dejó su copa, limpiada a lengüetazos hasta hacerla brillar, sobre la repisa de la chimenea. Luego juntó las manos y apoyó el mentón en ellas, contemplando de tal modo a Christian como si atisbara por encima de una estantería.

—Sólo esperaré diez minutos, señor. Si para cuando hayan transcurrido no está listo para la partida, entonces deberá arreglárselas usted mismo.

Christian bebió su segunda copa de *brandy*.

—Me sorprende que haya venido usted aquí. ¿Qué le ha impulsado a rescatarme?

Se volvió y miró fijamente a Claut. Quizás aquel pobre ser, miserable y rastrero, había esperado una especie de escena de amor agradecido en la estación. La idea era tan ridícula que Christian se echó a reír.

Claut bajó la cabeza hasta reposar la nariz entre las manos. Clavó la mirada en el suelo manteniendo el rostro totalmente inexpresivo, y sin abandonar postura tan fuera de lo normal giró, encaminándose hacia la puerta principal y saliendo por ella.

Christian sorbió lentamente una tercera copa de *brandy* apoyado en la chimenea, contando los segundos (o, al menos, intentando hacerlo) necesarios para que pasaran los diez minutos. Acabó oyendo las ruedas del carruaje sobre la grava y los leves crujidos producidos por los cascos del caballo, que se fueron perdiendo en la distancia.

Alzó los ojos y vio a Gabrielle y Luc en la escalera, ella en pie y él sentado en los peldaños. En el pálido rostro de Luc había una mueca de buen humor que, pese a sus intentos de reprimirla, resultaba casi propia de un maníaco. La expresión era más acentuada aún por el maltrecho sombrero de copa negro bajo el que su roja cabellera asomaba formando una exótica maraña de rizos. El rostro de Gabrielle era una página blanca sobre la que estaba escrito el temor y la preocupación. Era como si hubiera caído presa de un antiguo miedo recordado de pronto, un temor que la hacía al mismo tiempo parecer extremadamente cruel, capaz de tomarse una horrible venganza por cualquier daño que se le infligiera ahora. Algo se retorció en el corazón y la mente de Christian al verlos. No sabía de qué se trataba pero era como si le estuvieran arrancando un pedazo de piel.

—Supongo que le habéis oído —dijo.

—Tenemos un oído muy aguzado —dijo Luc.

—Lo único que hicimos fue escondernos para que no nos viera —dijo Gabrielle —. Es una suerte que el doctor esté tan enamorado de ti, Christian: de lo contrario quizá nunca hubieras recibido este aviso. ¿Qué harás?

Christian fue hacia la escalera y empezó a subir por ella. Acercó la copa de *brandy* a los labios de Gabrielle y la inclinó para permitirle beber, como si fuera una enferma o no tuviera manos.

—No hay ninguna representación de la ley ante la cual apelar —dijo—, y tampoco hay forma de ponerse en contacto con la ciudad. Ni de llegar al tren. Supongo que debemos quedarnos aquí.

—¿Y cuando vengan? —dijo ella.

—¿Estás segura de que vendrán?

Ella emitió una risita breve, tan melodramática como aterrorizada.

—Vendrán. Vendrán, querido mío. Oh, sí…, vendrán.

La habían golpeado, le habían tirado piedras y había sido violada. Tenía muy buenas razones para temerles.

—En esta casa hay unas cuantas armas —dijo Christian—. Quizá les hagan cierto caso.

—Puede que también ellos tengan armas —dijo Luc—. Habrán usado algo de la

iglesia, probablemente, algo de plata. El herrero la habrá fundido y les habrá fabricado con ella balas de plata. ¿Sabes algo acerca de las balas de plata, Christian?

—Así te pudras. ¿Crees que el plomo normal y corriente no puede mataros, acaso?

Luc alzó el rostro. Sus ojos estaban muy pálidos y vacíos. La anterior expresión humorística se había convertido en un rictus petrificado.

—No lo sé.

Christian bajó nuevamente la escalera y gritó en el silencio del gran salón, su voz pareciendo rebotar en cada prisma de las arañas de cristal.

—¿De qué tienen miedo?

—De nosotros —dijo Luc—. Del peligro que nosotros representamos. La trinidad blasfema. Ahora somos famosos.

—Muy bien —dijo Christian.

Se dirigió hacia la puerta de la terraza, sin mirar hacia afuera, y la cerró de golpe. Las brillantes superficies de los ventanales latieron con una luz grisácea. Quizá trescientos años antes el lugar habría podido ser defendido contra un asedio pero ya no era así. Ya había descubierto que la mayor parte de los postigos estaban a punto de caerse. El arquitecto que había dejado entrar en la mansión la brillantez del día había creado con ella mil frágiles puertas que entregar como legado a los enemigos del castillo.

Christian no lograba todavía aceptar realmente que fuera a suceder algo, ya que de aceptar tal posibilidad el desenlace le parecía absolutamente carente de esperanza para ellos. Sí, era posible que esa hipotética turba de aldeanos gritara proclamando su intención de hacer una matanza en la casa, pero ¿no era sacrosanta toda propiedad del castillo? Se quedó mirando la puerta cerrada y dijo:

—Luc, ¿has usado alguna vez un arma?

—Nunca —dijo Luc—. Tenía otros medios de matar a los seres vivos.

Cuando llegara la oscuridad serían lobos y como tales les sería posible huir. Pero aún faltaban horas para el ocaso. ¿Esperaría la aldea a que el día declinase, igual que habían esperado mientras caía la nieve, prefiriendo enfrentarse a la manifestación de lo sobrenatural bajo su apariencia de bestias?

Los fusiles habían sido vueltos a colocar en la sala de armas, entre los estantes que contenían las cajas aterciopeladas con las pistolas de duelo.

También él había intentado cazarles con uno de esos fusiles, para acabar encontrando a Gabrielle en el lecho de la cabaña…

Christian se volvió bruscamente y les miró. Ahora los dos se hallaban al pie de la escalera, muy juntos, con las manos entrelazadas. Se le aparecían siempre como dos

niños muy hermosos a los que no podía entender por completo pero con los cuales su vida se encontraba ligada de un modo frágil, siempre a punto de romperse. Sentía que estaba unido a ellos por las ataduras de la sangre… o quizá se tratara del sexo, de la soledad o de un perverso hechizo impuesto sobre él por el bosque y el principio femenino que acechaba en lo más hondo de éste.

Fue hacia ellos y extendió sus brazos para rodearles, para tocarles una vez más. La dolorosa naturalidad con que se le aparecía dicho acto resultaba lo más horrible de toda la situación en aquel instante. De pronto le pareció darse cuenta de cuán improbable era esa emoción física que sentía y de lo perfecta y completa que resultaba. Ahora sabía de qué emoción se trataba pero lo sabía de ese modo con que uno reconoce finalmente algo que ya ha terminado.

Luc se quitó su sombrero de payaso, como si estuviera en un funeral.

Sus cabezas se tocaron muy suavemente y ninguno de los tres dijo nada.

Prácticamente al unísono con la campanada de la una, el cielo, ya cubierto, se hundió un poco más sobre la tierra haciéndose mucho más oscuro. Era la oscuridad de la última hora de la tarde, que precede ya al ocaso y había en ella una cualidad casi teatral, como de un telón al correrse.

Tras haber asegurado la puerta del salón (obedeciendo a un impulso irracional habían colocado tras ella la enorme mesa, sin ni siquiera quitar los cuencos y candelabros de plata), subieron al piso de arriba y se instalaron en una de las habitaciones de la parte delantera del castillo, que nunca utilizaban. Por la gran ventana podían divisar la terraza, el parque y el sendero de grava.

Hacía frío en aquella habitación. No encendieron fuego, pero siguieron bebiendo coñac. Cinco fusiles, de aspecto y potencia variable, yacían sobre una mesa cubierta con un paño. En realidad no eran más que un gesto hueco en el cual no había ni siquiera desafío, sino el intento de probarse que habían comprendido la amenaza a la que se enfrentaban.

Cuando empezó a oscurecer de modo tan prematuro, la tierra pareció empaparse de negrura, como un trozo de pan caído dentro del vino. La oscuridad habría podido ser una barrera, como lo había sido antes la nieve: quizá los aldeanos no se atrevieran a moverse entre las tinieblas… pero, no, estaba claro que vendrían.

Christian se preguntó cómo habrían podido saber en la aldea que los Lagenay habían entrado en el castillo. Quizá los sirvientes hubieran sospechado que a ello se debía su despido, y se hubieran quejado. (Ya antes se había preguntado cómo había

podido enterarse Gabrielle, siendo una exiliada que no podía entrar en la aldea, de que el nuevo señor del castillo estaba enfermo…, pues lo había sabido y le había herido en su orgullo diciéndoselo. ¿Quién la había informado? ¿O se trataba acaso de rumores que los árboles del bosque iban pasando de uno a otro? Sí, igual que aparecían para esfumarse luego las palabras escritas en el papel o en la piedra…).

A la una y media Christian retrocedió apartándose de la ventana.

—Puede que todas estas precauciones sean innecesarias —dijo.

Ellos no le contestaron. Pensó en el Lisinte y en la cruz de los lobos que surcaba el fango y la nieve, parcialmente visible desde la ventana.

—El pasadizo secreto que lleva al dormitorio —dijo—. Nunca me enseñasteis la otra entrada. Si entran y quieren registrar el lugar podríais esconderos ahí. —Ellos permanecieron callados—. ¿No podríais hacerlo?

—Muy bien —dijo Gabrielle con voz átona.

Christian había acabado deduciendo dónde terminaba (o empezaba) el pasadizo…, en el otro dormitorio del que se habían apropiado en un principio. Un vínculo discreto y de naturaleza más bien salaz con el lecho del señor.

—Estamos perdiendo el tiempo de una manera absolutamente lamentable —dijo Christian, como si no le importara realmente.

Un destello del cristal o quizá procedente del exterior le distrajo, haciéndole volverse hacia la ventana, de la que se había apartado.

Vio un resplandor anaranjado que se filtraba a lo largo del camino y por un momento creyó que se trataba de los faros de un coche, algo que en este lugar tan arcano le pareció absolutamente incongruente. Y entonces reconoció el resplandor por lo que realmente era…, el nada anacrónico brillo de las antorchas.

Mientras lo contemplaba, sintiendo como aquella luz hería al mismo tiempo el cristal y sus ojos, dejó que le invadiera el odio. Ese despliegue bíblico, como si se dirigieran hacia Gomorra…, y el maldito cielo encapotado proporcionando el adecuado entorno dramático.

—Buen Dios, mirad… —dijo. Pero sus compañeros ya estaban mirando.

—Necesitan el fuego para lo que pretenden hacer —dijo Gabrielle.

—¿Qué pretenden hacer?

—Purgar el lugar —dijo ella.

Se apartó con un salto velocísimo del cristal y se quedó acurrucada en un rincón del cuarto, con el rostro entre las manos. También Luc había retrocedido. Tenía los ojos muy abiertos y en su boca empezaba a formarse ese rictus que parecía casi inevitable en él: un gruñido.

Christian se le acercó y le cogió por los hombros, sacudiéndolo. Empezó a gritarle, dirigiéndole palabras iracundas y carentes de todo sentido. Christian sentía como si la sangre se le hubiera helado.

El rabioso resplandor de las antorchas ascendió gradualmente por la ventana creando un feo amanecer. Los tres ocupantes del cuarto empezaron a oír el rumor de una multitud de pies y el extraño ruido de muchas gargantas que entonaban un cántico o quizás una plegaria. Sí, probablemente una plegaria.

Christian fue nuevamente hasta la ventana y vio que un oscuro fluido se derramaba sobre el puente del foso cubriendo la grava: una horda de gente tal como nunca había visto en toda la aldea, excepto quizás en el funeral de Sylvie. Pero ahora, agitándose entre las llamas y las tinieblas, formaban una entidad borrosa, una especie de atroz gelatina que avanzaba como una fuerza sin mente hacia la mansión para devorarla sin dejar ni rastro de ella. En el centro de la turba había una carreta con algo encima. A Christian le recordaron un ejército de hormigas que transportara el cadáver de algún otro insecto al que habían aplastado durante su imparable avance. No logró distinguir con claridad de qué objeto se trataba y sólo pudo ver que era bastante largo, que parecía pesado y habían debido cruzarlo formando un ángulo sobre la carreta, ya que no cabía del todo en ella. Pero, al pensarlo, se dio cuenta de que debía de ser algún tipo de ariete. Sí, estaba claro que se iban a respetar las convenciones de una época muy antigua y, si hacía falta, que se las resucitaría del modo más vil.

¿Por qué resultaban tan horripilantes…, por qué? No era meramente el hecho de que esa turba fuera a lanzarse sobre él y tampoco se trataba de antorchas, el ariete o la ausencia de rostros visibles creada por la errática luz infernal y la distancia.

O quizá sí, quizá fuera esa misma ausencia de rostros.

Desde el principio habían sido una masa amorfa, jamás habían llegado a convertirse en seres humanos para él. Jamás había conocido a ninguno por un espacio de tiempo superior a unos segundos escasos. Ninguno de ellos le había revelado nada de sus personalidades o de sus vidas, salvo la repugnancia que sentían hacia él y todo lo que representaba. Nunca habían llegado a ser personajes para Christian. Y ahora se enfrentaba a su poder pero seguía ignorándolo todo sobre ellos salvo que de pronto habían logrado unirse de modo enigmático para materializarse aquí, como una amenaza maligna a punto de atacarle.

Ya habían llegado a la escalera de la terraza.

De pronto, sin estar totalmente preparado para ello, Christian se abalanzó hacia la ventana. Uno de los fusiles estaba allí, junto a su mano. Lo cogió y disparó al aire, sin apuntar siquiera. El estruendo de la detonación fue ensordecedor y el retroceso le

magulló el hombro pero el enjambre monstruoso que cubría el patio se quedó bruscamente inmóvil, como paralizado.

Qué grotesco era todo…

Resultaría ridículo preguntarles qué les traía aquí o fingir que no comprendía nada.

—Fuera de mis tierras —les gritó—. Ahora mismo. —Bajó el arma y les apuntó con ella.

—¡No dispare! —gritó alguien desde abajo—. No dispare, señor…

La voz, que parecía alarmada, sonaba por eso mismo como la de alguien con quien se podía razonar y Christian buscó entre el gentío para encontrar de dónde procedía. De pronto, como si hubiera descifrado una palabra perdida entre un millar de vocablos sin sentido, Christian distinguió al pequeño sacerdote, que agitaba los brazos hacia la ventana.

El pálido rostro que asomaba sobre la sotana parecía implorarle, pidiendo sólo que confiara en él.

—Padre —le gritó Christian—, supongo que poseerá usted alguna autoridad sobre ellos. Dígale a su rebaño que se aparte del castillo. De lo contrario dispararé sobre ellos y no estoy hablando en vano.

«Y quizá no estoy hablando en vano».

—Es necesario que todo esto se lleve a cabo… —dijo el sacerdote, pasando sin ningún aviso previo a un latín frenético y confuso que a Christian le resultó totalmente extraño. No intentó ni por un instante traducir lo que decía el sacerdote pero de pronto el monstruo sin cara se lanzó de nuevo hacia adelante formando un torbellino de siluetas, luces y sombras que ascendió como un torrente por la escalera. El corazón de Christian dio tal vuelco que le pareció notarlo en la garganta o quizás en el cerebro y su dedo, ciego de furia y horror, apretó el gatillo. El único resultado que obtuvo fue un chasquido que, por unos instantes, no logró entender. El mecanismo se había encasquillado.

Christian arrojó el arma, cogió otra y asomó medio cuerpo por la ventana. Sólo entonces pudo percibir cierta realidad en la turba: una mujer pasó corriendo ante el cañón de su arma, seguida luego por dos niños. Christian temblaba violentamente y le era imposible controlar el fusil. Logró apretar el gatillo con un enorme esfuerzo pero el proyectil se estrelló en una de las urnas de cemento que flanqueaban la escalera. El recipiente explotó como una bomba rociando con sus fragmentos a la turba, la cual siguió avanzando sin prestarles ninguna atención.

El extraño ariete había sido bajado de la carreta y ahora subía lentamente por la

escalera, chocando con la barandilla y arañando de vez en cuando los peldaños. Una piedra surgió de la nada y una de las ventanas del piso inferior se hizo añicos. Christian vio cómo la lluvia de cristales se esparcía sobre la terraza, reflejando la luz de las antorchas como un fuego de artificio.

Christian retrocedió, apartándose de la ventana abierta. En el rincón del cuarto el hombre y la mujer seguían esperando el desastre en una actitud inconfundible. Igual que ocurría en el instante de la metamorfosis ahora no parecían seres mortales o quizá se tratara más bien de que daban la impresión de haber perdido toda inteligencia para obedecer sólo al instinto. Quizá los dos habían sufrido de vez en cuando pesadillas iguales a lo que ahora ocurría. ¿Dónde podían vivir sino en el bosque, cuáles podían ser sus esperanzas de seguir vivos si no despertaban el terror entre los demás? Pero durante todo ese tiempo habrían sido conscientes de cuán frágil y dudoso era su santuario y ahora, al fin, había llegado el tiempo esperado de rendir cuentas. Quizá lo habían imaginado con tanta frecuencia que ahora eran incapaces de oponerle resistencia.

—Id al pasadizo secreto —dijo Christian.

—Ven con nosotros —imploró Luc.

—No.

Gabrielle cruzó corriendo la estancia hasta donde se hallaba Christian y alzó la cabeza para mirarle, clavando en su rostro unos ojos húmedos y brillantes.

—Es inútil —dijo ella—. Inútil. Inútil…

—Os quedaréis escondidos y yo negaré vuestra presencia aquí. Alguien debe interponerse en su camino —afirmó—, o no habrá nada que les pare. —Sintió una enfermiza diversión ante sus propias palabras y se imaginó por un segundo como un héroe que le plantaba cara a la cosa sin rostro, defendiendo sus propiedades hereditarias como un loco príncipe medieval.

Ella le miró con expresión burlona, como si hubiera leído sus pensamientos. Empezó a llorar sin darse cuenta y sus ojos ardieron como un relámpago de agua, tanto el ojo más grande como el pequeño, hermanados por la pena y la desgracia.

—Huye —le dijo ella—, huye a pie si es necesario. Déjanos y huye… —Giró velozmente apartándose de él y abandonó el cuarto como una exhalación. No llevaba zapatos y Christian no oyó el menor roce de sus pies en el suelo alfombrado.

Luc vaciló, su rostro de lobo vuelto primero hacia las antorchas que veía revolotear en la ventana y luego hacia Christian y las armas que descansaban sobre el trapo, para posarse finalmente de nuevo en la ventana.

—Ve con ella —dijo Christian.

—¿Piensas acaso que un escondite será capaz de protegernos? —le replicó Luc en un tono extrañamente burlón.

Un golpe colosal resonó por todo el castillo: el extraño ariete acababa de estrellarse contra la puerta principal. El suelo vibró débilmente y los nervios de sus cuerpos se estremecieron como por un eco para tensarse a continuación.

—Me quedaré contigo —dijo Luc, como si se le acabara de ocurrir tal idea. Con el rostro tan blanco de terror que parecía no tener ni una gota de sangre en el cuerpo, cogió uno de los fusiles y jugueteó con él—. Estoy seguro de que puedo hacerles algún daño con uno de éstos. Puede que incluso sea mejor que tú.

—Quizá. Pero no deberíamos correr el riesgo, ¿no te parece?

Un segundo trueno retumbó en el castillo. Christian saltó hacia Luc y empezó a empujarle hacia el corredor que había más allá.

Luc dejó caer el arma y se apartó repentinamente de Christian, echando a correr. Cuando Christian llegó al pasillo ya había desaparecido.

El tercer golpe no se pareció a los otros dos anteriores. Su efecto sobre la madera de la gran puerta fue evidente, aunque Christian no estuviera allí para presenciarlo. La mansión pareció oscilar sobre sus cimientos.

Christian, aferrando un fusil que sabía muy bien que nunca llegaría a usar, recorrió el pasillo hasta llegar a la escalera que conducía a la galería.

Las lamparillas de gas estaban apagadas. En las chimeneas ardían fuegos moribundos que apenas si daban luz, excepto en una o dos partes de la gran mesa en que un destello ocasional hacía brillar la plata. La mesa ya se había movido un poco a causa de los golpes.

Cuando Christian pisaba el segundo escalón, un cuarto golpe del ariete hendió el aire como el disparo de un cañón. Con una sorpresa extraña e imposible de explicar, Christian vio como la madera de la puerta se hacía pedazos y el metal se doblaba mientras que un objeto oscuro, como el pico de un ave monstruosa, se abría paso a través de la puerta. Sólo entones, hipnotizado por aquel metro de piedra negra que había surgido en el salón, violándolo, reconoció el ariete por lo que era.

El obelisco de piedra que se alzaba en la plaza del pueblo…

23
La violación

Otras dos ventanas fueron destrozadas en el salón antes de que el quinto golpe del obelisco arrancara la puerta de sus goznes propulsándola, dada la fuerza del impacto, unos dos o tres metros hacia adentro. La masa humana entró como un torrente detrás de ella y algunos, que habían trepado por las ventanas rotas, se esparcían ya por el salón como una marea creciente de negras aguas.

Christian se quedó inmóvil en lo alto de la escalera y vio cómo el agua humana se detenía de modo espontáneo a cuarenta pasos bajo él, agitada por un temblor inquieto.

Cuántas veces había ocurrido esto antes… Sí, ahora sabía que había ocurrido antes. Y ese otro señor que había permanecido inmóvil allí donde ahora se alzaba Christian, con un fusil o una espada en las manos, ¿qué habría deseado hacer en este instante?

El pueblo alzó su miríada de cabezas para contemplarle, borrosos discos de carne tiznados por el humear de las antorchas.

Pero, sin duda, el aspecto de Christian debía de ser ahora tan extraño como el de ellos: un joven elegante y vestido a la última moda, con sus pantalones inmaculados y su chaqueta de seda color claro, con los ojos casi tan pálidos como el rostro exangüe bañado por la luz de las antorchas al igual que en un escenario. Parecía asustado pero al mismo tiempo extrañamente alejado de todo lo que ocurría, y le rodeaba de modo casi físico una aureola extremadamente peligrosa. Quizá fue esto lo que hizo detenerse el asalto de la turba. Esto y la barrera psicológica representada por los peldaños que aún debían subir…

Siguió una larga pausa durante la cual no hubo ningún movimiento salvo el de las llamas. Finalmente un hombre puso el pie en el primer escalón y Christian giró su arma hacia él, apuntándole.

—Atrás —dijo Christian en voz alta y clara, como si se dirigiera únicamente a ese tentáculo extendido tímidamente por la turba—. Sal de la escalera o te pegaré un tiro.

Intimidado por el arma o quizá por el porte y la voz de quien la blandía, el hombre le obedeció.

—¿Dónde está ese desgraciado que tenéis por sacerdote? —les preguntó Christian.

Se produjo una especie de remolino y el sacerdote, más parecido que nunca a un ratoncillo, emergió de él para acercarse a la escalera. Detrás de él avanzaba, como empujado, un grupo de niños que llevaban objetos místicos de la iglesia con los que realizar el exorcismo. Detrás de ellos el movimiento de la turba dejó al descubierto la mesa rota y las puertas, apoyadas en el falo del obelisco. Ahora no había puertas en el umbral, sólo la multitud y el férreo cielo del atardecer.

—¿Cómo vais a explicar estos daños causados en mi propiedad? —dijo Christian —. ¿Acaso ya no me reconocéis como señor?

Una especie de ebria alegría le inundó fugazmente el rostro.

—Debéis perdonarnos —dijo el sacerdote—. No pretendíamos causar ningún daño, señor, y os guardamos el debido respeto. Pero… las cosas han llegado a un punto en el que los Lagenay…, los Lagenay deben…, hay que ocuparse de ellos. Debemos expulsar a sus demonios.

—¿También al mío?

El sacerdote rehuyó su mirada.

—Aquí no hay demonios —dijo Christian—, y tampoco hay Lagenays. —Una a una, sus ojos fueron escrutando las máscaras carentes de significado de la multitud. Como un actor deslumbrado por las candilejas, descubrió que no podía ver ninguna con claridad—. Me gustaría decir que sois bienvenidos a mi casa. Pero ¡por Cristo, que no lo sois!

El sacerdote había inclinado la cabeza, como sin fuerzas para levantarla. Un olor acre y repulsivo empezaba a llenar la atmósfera, procedente del sofocante calor de las antorchas y los cuerpos sudorosos, así como de las cajas que llevaban los niños en sus manos.

El monstruo habló consigo mismo en un susurro.

Christian cambió el arma de posición. Sentía los dedos resbaladizos a causa del sudor y pese a todo tenía las manos heladas, casi insensibles. Recordó, con una hilaridad más propia de un loco, su falta de fuerza y su miedo a morir. Un agudo temblor, como el de esas notas obtenidas pellizcando las cuerdas de un violín, zumbaba dentro de sus entrañas, No tenía miedo, al menos en ninguna de sus formas más fácilmente reconocibles, y por lo tanto no le hacía falta encararse con el hecho de que en realidad estaba petrificado ahí, en lo alto de la escalera.

Sabía que no lograría hacerles retroceder.

No les hacía falta abatir la puerta: las ventanas rotas les habrían bastado para entrar. Pero el derribar ese obstáculo de madera era un símbolo, al igual que lo era el ariete utilizado, igual que el mismo Lisinte era un símbolo. Esta gente tenía tendencia a los símbolos y confiaba en ellos. Y en su extraño vocabulario, una vez que se había ido tan lejos, no podía haber ningún otro símbolo con que reemplazar al del exorcismo y ningún plan en el que pudiera encajar la alternativa de la retirada.

Se trataba meramente de una cuestión de tiempo y de nervios. Todo era un equilibrio entre su rango hereditario, la fría histeria de histrión que ahora le dominaba y el valor disuasorio de su arma, por un lado, y el demoníaco propósito que galvanizaba a la turba, por otro.

Malditos fueran… Ochocientos años o más les habían enseñado que tenían razón y que Dios estaba de su parte.

Había bajado levemente el fusil sin darse cuenta o quizá se tratara de una señal de rendición. Por un instante el cuadro siguió como hasta entonces y de pronto las cuerdas invisibles cedieron. La multitud, sin ningún aviso previo, se lanzó hacia adelante, engullendo la escalera como una ola colosal. Christian les vio venir hacia él, incapaz de moverse, un muro de agua oscura que lo barría todo para sepultarle. Lanzó un grito ininteligible pero cuando alzaba nuevamente el fusil (ya no para disparar, pues el arma se había convertido ahora en una porra primitiva) se lo arrancaron de las manos.

La masa confusa de sus cuerpos cayó sobre él, derribándole hacia atrás. Pero Christian jamás llegó a tocar los escalones. Había pensado que pasarían sobre él, pisoteándole, pero en lugar de eso le cogieron en vilo. Se sintió alzado por diez puños a la vez y veinte rostros distintos y desencajados se inclinaron sobre él, gritando y bañándole con su aliento. Sintió la presión de una incontable cantidad de miembros y cuerpos que chocaban con él y la multitud le arrastró hacia lo alto de la escalera.

Era como ahogarse. No podía respirar, no lograba agarrarse a nada que permaneciera inmóvil o que pudiera sostenerle o darle apoyo suficiente como para ponerse en pie. Había pensado que desearían matarle pero ahora no pensaba nada, sólo luchaba contra ellos impulsado por un pánico tan puro como irracional.

Fragmentos dispersos del rompecabezas que una vez fue el castillo (el techo, una araña de cristal, la balaustrada) giraron sobre él engarzados entre los abismos que dejaba la multitud. Distinguió fugazmente a una muchacha que parecía un fantasma de cera, pálida y con los ojos enormes, la boca abierta de un modo casi imposible, y sintió como una cabellera de mujer le arañaba el rostro. Y su loca ascensión prosiguió. Una rodilla le golpeó en el cuello y una bota con un tacón de fuego le pisoteó la mano

izquierda. El dolor era casi inimaginable pero ¿qué importaba ahora el que sus manos fueran reducidas a pulpa?

Pero los huesos de su mano no habían sufrido ningún daño grave. No sabía cómo pero en su frenético debatirse había logrado al fin agarrar el brazo de un hombre y la sucia tela que cubría el cuello de otro. Se lanzaron hacia adelante con Christian atrapado entre ellos, jadeando y gritando maldiciones, y por un breve instante sus tres rostros se contemplaron separados apenas por unos centímetros. Y pese a ello esos dos hombres, como todos los miembros de la turba, carecían de rostro o, al menos, no parecía haber nada vivo tras la piel de sus caras.

La turba se desparramó al llegar al final de la escalera, lanzándose por el pasillo. Un empujón colosal le hizo salir despedido hacia un lado y la multitud le aplastó contra los brocados que cubrían el muro. Pasaron corriendo junto a él y las antorchas desfilaron a su lado como la estela de un cometa e incluso en ese instante final alguien o algo le golpeó en los labios, un golpe tan indirecto como todos los recibidos hasta entonces. Una vieja tropezó con él y de su boca sin dientes emergió un murmullo incomprensible acompañado de un salivazo que le dio en los ojos mientras que la vieja se escabullía siguiendo al resto de la turba.

Christian estaba sentado, la espalda apoyada en el muro, vigilado por un grueso seto viviente. Los contornos del seto cambiaban con frecuencia cada vez que unos hombres se iban, cediendo su lugar a otros, pero el grosor permanecía inmutable. No pensaban darle la ocasión de que se les escapase.

Más allá del seto, los hermanos de éste buscaban por todo el castillo, violándolo con sus gritos, su despecho y su torpeza. El principio fundamental había sido destronado: ni el señor ni su mansión poseían ya privilegios.

A veces los ojos del seto se volvían hacia dentro para contemplarle. Por dos veces sintió que algo zumbaba en su cráneo, como si estuviera empezando a perder el conocimiento, pero cada vez que eso ocurría sentía una leve variación en el continuo tumulto que se oía de fondo o percibía una especie de enquistamiento de la realidad (por ejemplo, la mullida aspereza de los brocados en que apoyaba la frente) que le hacía despejarse de nuevo.

Hablaban en voz baja, siempre en dialecto. Una vez le oyó decir a una muchacha que era muy guapo y también oyó, un segundo después, cómo alguien le daba una bofetada. Eso le pareció muy divertido pero ahora no tenía ganas de reír. Pensó sin gran interés en lo que haría Annelise cuando descubriera cómo una turba le había

asfixiado y hecho pedazos en los bosques del norte. Annelise era la única persona que en esos momentos le parecía tener cierto significado para él y eso se debía a que era la última mujer cuerda que había conocido. Gabrielle y Luc formaban parte de todo esto y le parecían meros fantasmas. Quizás eran extensiones de su propio ser o quizás él era una extensión de los suyos…

La oscuridad sobrenatural no se había aclarado. De todos modos, faltaban menos de dos horas para el ocaso.

«*En forêt noir je vais les soirs*».

De pronto se dio cuenta de que la ruidosa agitación que le rodeaba había cesado por completo.

Qué cómico: habían buscado, pero no habían logrado hallar lo que buscaban.

Alzó la mirada justo cuando el seto humano volvía a transformarse y vio que ante él había una mujer, el cuerpo rígido como un atizador. Se recostó en la pared y la observó. Su rostro parecía dotado de cierta personalidad porque le era familiar. No le sorprendió demasiado hallarse enfrentado una vez más a la señora Tienne, aunque fuera en una situación tan perversamente alterada.

—Por favor, señor, levántese —le dijo.

—¿Por qué? ¿Está preparado al fin el café?

Un hombre se inclinó sobre Christian y le hizo levantarse a la fuerza. Otro hombre avanzó con paso inseguro hacia ellos, y agarró a la señora Tienne de la manga.

—No —dijo ella—, dejadle en paz. Nunca debiste tener el atrevimiento de pegarle…, ninguno de vosotros. Es al diablo a quien se debe atacar, no al hombre dentro del que vive. Y al señor…, nunca.

Y el aldeano retrocedió con el rostro contrito.

Muy instructivo: la señora Tienne, con sus nudillos de piña seca y sus labios de porcelana, tenía cierto poder sobre ellos. Después de todo, los restos del matriarcado aún perduraban.

Christian le sonrió. A ella nunca había logrado hechizarla y ahora tampoco iba a conseguirlo. Le había hablado despectivamente de las supersticiones de la aldea y de sus costumbres provincianas. Le había impedido que se suicidara. Sí, ésa era una de sus facetas y aquí tenía otra. La refinada sirvienta de la ciudad y la sibila de la aldea. *La Dame aux Lys*.

—Bien, señora —dijo él—, ¿cuál es su papel en este delicioso asunto?

Sus ojos eran como balas calcinadas en las que rebotaba su mirada. La cabeza le daba vueltas. No hacía falta que le preguntara nada porque, como si ella le hubiera perforado el cerebro para introducir en él un conocimiento nuevo, todo se le hizo

claro en un segundo.

—Vamos al pasadizo, señor —dijo ella—. Por favor.

—Me temo que no pienso hacerle ese favor.

—Entonces, lamento decir que no le queda otro remedio.

Ella dio el primer paso y Christian la siguió. Echaba de menos el continuo tintineo de la llaves de su delantal. Ahora llevaba una toca negra que le cubría la cabeza. Había aprendido la etiqueta de la ciudad pero, naturalmente, había nacido aquí y su mejor camuflaje había consistido en hablar mal de todo aquello en lo cual creía.

La turba permanecía algo alejada, sin entrar de lleno en el campo visual de Christian. Ella le guiaba y los demás no debían entremeterse. Doblaron por el pasillo que conducía hasta sus aposentos.

—Ah, dulce venganza… —dijo él—. ¿Se tratará acaso de algo así? Me refiero a la venganza por lo que hizo mi abuelo al violarla hace ya tantos años. Él la dejó embarazada, como es tradición por aquí. Una muchachita que en realidad es una loba. Gabrielle es su hija. Pero tampoco usted la ama, ¿verdad? Bueno, quizá sólo lo suficiente como para ir a verla cuando yo llegué, para avisarla de que se mantuviera bien lejos de mí, del enfermo que estaba muriéndose a causa de una enfermedad pulmonar altamente contagiosa. ¿Fue usted, señora Tienne?

—Es usted muy astuto, señor.

—¿De veras? Me temo que por desgracia lo he sido con cierto retraso.

Las lámparas de gas del pasillo estaban encendidas. Christian se dio cuenta de ello repentinamente y se acordó de Sylvie, de aquella violación que no había sido tal. Y el bosque había deseado una violación pues a través de ella era como se transmitía la herencia de los hijos de los lobos…, ¿era ésa la razón de que su lujuria se hubiera apagado de pronto en aquel instante? ¿Quizá porque sin el elemento de la violación su semilla no servía de nada? A menos que compartiera el lecho con una descendiente de quien podía cambiar de forma…

La trinidad blasfema. Que Dios nos ayude.

El pueblo había quitado el obelisco de la diosa loba de la plaza, arrancándolo de su nicho de piedra. Quizás en tiempos lejanos tuvo templos dedicados a ella, en el mismo lugar donde ahora se alzaba la iglesia y en otros muchos lugares. Ese montón de piedras al final del camino que llevaba a los Lagenay… En su mente vio por un segundo la imagen de una construcción baja y rechoncha, apenas más elegante que unas letrinas pero poderosamente visible dada su altura por entre las ramas de las higueras que había más allá, en el barranco. Y había también otro montón de piedras en el mismo parque del castillo. Y su nombre romano… Lukanthis… Licantia…

—Cuénteme por qué murió Sylvie —dijo.

Ahora estaban solos en el corredor, llegando ya a la puerta de la primera habitación. Christian se detuvo y la señora Tienne se volvió hacia él, plegando las manos sobre su inexistente delantal.

—Le robó, señor, y eso se considera un crimen aquí. Se acostó con usted y ello significaba que quizá llevara dentro un demonio, como lo llevé yo. Dos buenas razones.

—Pero estaba mutilada, como si un lobo se hubiera ensañado con ella…

—Sí.

—Entonces era un sacrificio a su diosa, ¿no? Eso era lo principal, un sacrificio. No le pregunto quién lo hizo. No importa, ya que todos estaban de acuerdo en ello.

—Hemos aprendido que, si está a nuestro alcance, es mejor que intentemos ganarnos el favor de esas potencias, señor Dorse.

—¿Y cuando no es posible ganárselo?

—El exorcismo es tan viejo como el acto de adorar —dijo ella—. Libera. Puede que así ella perdone… —La señora Tienne abrió la puerta y entró en el vestidor. Aquí el gas no había sido encendido y las ascuas brillaban en el fuego como si fueran granates. Gabrielle había encendido ese fuego una hora antes de que Claut viniera al castillo, en esa breve hora durante la cual el idilio aún perduraba—. Pensamos que usted no supondría ninguna molestia —dijo la señora Tienne mientras cruzaba el vestidor—, pensamos que moriría. Incluso el señor Hamel lo daba a entender en sus cartas dirigidas a mí. Naturalmente que el suicidio es un pecado y yo deseaba impedirle que cometiera tal acto. Pero del modo natural… Y entonces usted decidió asombrarnos a todos. Su enfermedad es sólo un fraude. Vivirá y tomará por esposa a la bestia maldita surgida del bosque. Desde el principio dejó bien clara cuál era su sangre, señor, tan parecida a la de su abuelo… No, señor, no podíamos permitirlo.

—Perra… —dijo él, siguiéndola.

Entraron en el dormitorio. El fuego se había extinguido y la señora Tienne se encaminó directamente hacia el tapiz.

—Su vida puede ser protegida —dijo—. Es lo justo, ya que es el señor.

—*Sang de seigneur*.

—¿Se refiere a la suya? Sólo si hace alguna estupidez. Estando solo no representa ninguna amenaza, siempre que consienta en irse.

Una luminosidad oscura flotaba al otro lado de las ventanas, y pese a su escasa potencia lo revelaba todo con gran claridad: el lecho, el espejo roto sobre la cómoda, los caballeros enzarzados en su justa interminable…

—Podría romperle el cuello…, señora Tienne.

Un segundo después de haber hablado Christian una espantosa cacofonía pareció explotar en el interior de las paredes. La angustia le retorció las entrañas. No era necesario que se lo hubiera dicho, pero la señora Tienne lo hizo de todos modos.

—El otro extremo del pasadizo ya ha sido abierto.

Conocía esa ruta secreta y cómo funcionaba. Ella era la única que la conocía en toda la aldea. Aunque la hubiera violado en esa sucia y miserable posada, el abuelo de Christian no habría podido resistir la tentación de enorgullecerse contándole cuáles eran algunas de las otras costumbres del castillo, o quizá lo hubiera aprendido durante sus largos años de servicio aquí. La casa se cerraba a menudo cuando el borracho (que entonces no era aún el borracho) se marchaba a Inglaterra. La señora Tienne, joven entonces, abandonaba su trabajo en la aldea y entraba en el castillo como si fuera una ladrona, vagabundeando por él como luego lo haría Gabrielle.

Un huracán hizo oscilar el tapiz, hinchándolo como la vela de un barco. Una fanfarria de antorchas entró en la habitación y delante de ellas aparecieron un hombre y una mujer que salieron corriendo del pasadizo.

No quedó claro si habían visto a la señora Tienne o a Christian. Se hundieron en la oscuridad convertidos en siluetas, sombras a las que sólo la fluida rapidez de sus movimientos delataba por lo que eran… y que, pese a todo, no parecían moverse ahora tan de prisa como antes, rebajado lo que antes había sido inalcanzable como el mercurio a una mera velocidad humana.

Se oyó de nuevo un gran rugido cuando se toparon con el resto de la turba que les aguardaba tras el umbral de la habitación.

Los hombres salieron corriendo del pasadizo secreto. Christian fue agarrado violentamente por los brazos y el torso. La luz de las antorchas saltó del lecho al dosel y de éste al espejo para acabar perdiéndose más allá de los sombríos ventanales.

24
La celebración

Exorcizo te, creatura aquae, in nomine Dei Patris omnipotenti…

El sacerdote pasaba una y otra vez las manos sobre el cáliz bajo un cielo plomizo y cargado, como si un eclipse solar lo hubiera consumido: estaba bendiciendo el agua.

El castillo, medio visible en el crepúsculo, llenaba todo el horizonte. Aquí el terreno era bastante llano y despejado, y sólo el tronco de una lima, retorcido y desfigurado, se alzaba hacia el cielo. El lugar había dejado de ser parte de la propiedad para convertirse en una región mágica.

Habían trazado en el barro un primer círculo que tendría algo más de dos metros de radio y luego habían esparcido en él gruesos fragmentos de tiza. El círculo interior, dibujado con tiza, tendría quizás un metro y dentro de él había un triángulo en cuyo perímetro había esparcidos de modo similar fragmentos de tiza amarilla. Su ápice apuntaba hacia el norte. El suelo contenido en el triángulo había sido llenado de signos garabateados (religiosos, astrológicos y cabalísticos) pero el fango hacía difícil el distinguirlos. Al sureste del círculo interior había un bloque de piedra y las señales del suelo indicaban que había sido transportado desde otro lugar hasta aquí. Al noroeste del círculo interior habían prendido un fuego con madera algo mojada aún: las llamas empezaban a prender con un continuo chisporroteo y una columna de humo subía hacia el cielo.

—*… et in nomine Jesu Christi filii ejus Domini nostri…*

Sobre la hoguera se encontraba una marmita negra cuyo contenido hervía como el potaje que suelen preparar los gitanos. De momento la marmita sólo contenía agua y junto a la nube de humo se retorcía un delgado hilo de vapor.

También había fuego más allá del círculo exterior: junto a cada fragmento de tiza y siguiendo la curva los hombres habían clavado en el suelo sus antorchas.

—*… ut fias aqua exorcizata…*

La multitud permanecía fuera del círculo exterior como si fuera un bosque inmóvil

y silencioso. Pero sus ojos brillaban para apagarse luego a cada reflejo fugitivo de las antorchas, como en una interminable sucesión de guiños carentes de toda alegría.

La madera húmeda crujía ruidosamente.

En los cuatro puntos cardinales del círculo exterior había un hombre inmóvil que destacaba entre el resto de la turba porque llevaba un fusil. Cargado, naturalmente, con balas de plata, algo en lo que habían tenido mucha suerte. Pese a que la muerte de Sylvie hubiera sido necesaria al haber intentado robarle la plata para ofrecérsela al pueblo, finalmente él les había dado la oportunidad de hacerse con los medios y el material que precisaban.

—… *Domini nostri Jesu Christi. Et sancta Domina et mundi domina. Amen*.

El sacerdote vertió el agua bendita del cáliz en el interior de la marmita. El líquido caliente que ya contenía se enfrió, emitiendo un agudo silbido.

El sacerdote juntó las manos y empezó a rezar, apoyando su hocico ratonil sobre los dedos. No estaba solo en el interior del espacio prohibido.

Gabrielle estaba cubierta ahora con un camisón, tendida en el vértice suroeste del triángulo dibujado con tiza amarilla. Apenas tenía libertad de movimiento, pues le habían atado las manos dejando unos centímetros de cuerda libre que terminaba en una estaca de madera clavada en el suelo. El único modo que habría tenido de mirar hacia otro lado sería retorcerse hasta el punto de casi dislocarse las muñecas, torciendo los brazos al máximo, e incluso de tal forma le habría sido imposible sacar los pies fuera del perímetro formado por el triángulo. Su campo visual se reducía básicamente al interior del triángulo y, por encima de todo, al vértice complementario del suyo, el del sureste, donde se encontraba su hijo Luc atado de modo similar. A la mujer le habían permitido conservar un leve vestigio de pudor dejándola cubrirse con el camisón. El hombre estaba totalmente desnudo.

Al ser capturados habían intentado resistirse unos momentos sin demasiada convicción. La historia de esa resistencia estaba documentada en sus dos cuerpos bajo la forma de arañazos, hinchazones y morados que la errática luz de las antorchas parecía complacerse en revelar una y otra vez.

Lo normal habría sido que temblaran y se retorcieran bajo la helada penumbra que dominaba la escena pero al parecer una loca rigidez corporal fruto del miedo se lo hacía innecesario. Cuando un ser se encuentra dominado por el pánico más abyecto no suele darse cuenta de nada que no se relacione directamente con su miserable condición en esos instantes. Aunque la noche no había llegado aún para convertirles en lobos, ahora no eran más humanos que las estacas de madera a las que estaban atados y parecían tan muertos como ellas.

Entonces, ésta era la ceremonia que se debía realizar con los Lagenay. Para Christian habría algo muy distinto.

Presenció todas las etapas preliminares del exorcismo con una espantosa sensación de haberlas visto ya antes. Una vez que sus presas principales emergieron de la pared, la horda invasora concentró toda su atención en el amo del castillo. También él estaba atado: no le habían quitado la ropa pero sí le habían despojado de unas mucho menos tangibles vestiduras emocionales, llevándole luego como una oveja capturada hasta el parque.

Y allí habían colocado el asiento gótico de la iglesia, bajo la torturada forma del árbol que dominaba una ligera elevación del terreno, casi tocando el límite del círculo más grande. Lo habrían traído en la carreta, junto con el obelisco. Hicieron sentar en él a Christian, obligándole a la fuerza, y cuando lo hubieron conseguido le ataron al respaldo y a los brazos del asiento con largas sogas. Aparentemente no se podía confiar en los dibujos mágicos para que le retuvieran como a los Lagenay y hacían falta ligaduras de mayor confianza. También estaba claro que, al parecer, debía presenciarlo todo.

Los aldeanos le rodeaban pero su posición le permitía ver por encima de sus cabezas. Podía distinguir a Gabrielle y el pálido brillo de su carne a través de la tela traslúcida y el encaje roto, y también veía a Luc junto a su estaca, con el cuerpo encogido, jadeando lentamente mientras que un hilillo de sangre corría por su mejilla.

Sí, Christian debía presenciarlo todo. Su presencia absolutamente indefensa era esencial y no tenía modo de negársela, ya que le era imposible liberarse y su movilidad era tan inexistente como la de los dos ocupantes del triángulo amarillo.

Los niños se inclinaron sobre las líneas trazadas con tiza y depositaron sus cajas y recipientes todo lo cerca que pudieron de la hoguera y la burbujeante marmita. El sacerdote lo recogió todo y se lo llevó hasta la hoguera, empezando a destapar cada objeto.

¿Tendría la sensación de ser muy importante en ese instante? Sí, parecía probable.

El sacerdote empezó a hurgar dentro de una cajita y echó un puñado de partículas oscuras dentro de la marmita. Ésta emitió un silbido obediente y el sacerdote repitió su gesto.

Como un cocinero inventivo complacido por los resultados iniciales de sus actos, el sacerdote ratón empezó a verter el contenido de los recipientes dentro de la marmita, prosiguiendo luego con una serie de frascos que fue descorchando.

Un olor pestilente y repulsivo empezó a llenar la atmósfera. Olía a especias, a pimienta y alcanfor, a hongos y vegetales podridos… y, por encima de todos esos

olores, nadaba el acre aroma del azufre.

El sacerdote volvió la cabeza rápidamente y estornudó. Como abochornado por esa falta de etiqueta, se apartó unos pasos de la marmita y avanzó a lo largo del círculo interior dirigiéndose hacia la piedra que se hallaba en la parte suroeste del círculo exterior. Cuando llegó a ella cayó de rodillas en el suelo y adoptó la postura de rezar.

De la multitud se alzó un murmullo sibilante que parecía un contrapunto a sus actos y el ininteligible dialecto de la aldea invadió el aire para mezclarse con la humareda asfixiante que se alzaba periódicamente de la marmita.

La pestilencia se hacía más insoportable a cada segundo que pasaba. La turba tosía y resoplaba como sin darse cuenta de ello mientras seguía mascullando las partes que le correspondían en la plegaria.

Qué bien parecía corresponder ese olor espantoso a la sucia alma de quienes lo habían causado, como si fuera una expresión física de lo que eran…

Christian, de modo casi inconsciente, se encontró luchando con sus ataduras, dominado por el impulso de huir de allí.

Un niño vomitó en medio de la turba.

—Malditos seáis —les dijo Christian a todos, tan alto como pudo. Pero ellos no le oyeron o, si le oían, no les importó—. Si existe el infierno, ojalá os aséis todos en él.

La humareda pestilente hizo que la garganta se le llenara de bilis, y como perdidos entre neblina Christian vio al hombre y a la mujer que eran de su misma sangre, retorciéndose convulsos como las dos mitades de un ser al que habían cercenado.

Ríos de sudor corrían por el rostro de Christian, cayendo por su cuello y sus hombros. Su estómago se contraía dolorosamente y sus brazos y su torso se habían tensado como galvanizados contra las sogas de tal modo que la piel, pese a la protección de la camisa, había empezado a hincharse delineando sus ataduras como un dibujo. Sentía un dolor intenso pero no lograba relajar sus músculos para que las cuerdas dejaran de apretarle, como si el dolor fuera algo inherente a su estado actual.

Por alguna razón inexplicable empezó a oír a Rachmaninov en su mente, como sumergido por colosales mareas de música: el piano, la orquesta… Distinguía perfectamente todos y cada uno de los instrumentos pero no lograba identificar la obra en cuestión. No importaba, todo carecía de sentido ahora.

Entre la mezcla de humos percibió el olor del opio. Y luego las semillas de la amapola, las astas de un ciervo, el vinagre quemado…

De pronto el perímetro del círculo exterior albergó a otras figuras que Christian no lograba recordar cómo habían llegado hasta él. Se habían deslizado a través del anillo de fuego igual que lo estaban haciendo ahora otras siluetas, doblemente grotescas en

su misma normalidad, con gran cuidado para no chamuscarse con las antorchas.

El sacerdote se incorporaba de nuevo. Desandó el camino de antes a lo largo del círculo interior y llegó hasta el fuego y la marmita. Se inclinó sobre ella y cogió algo del suelo. Parecía una gran cuchara, casi tan grande como una escudilla.

La tierra tembló. No, estaban levantando la silla tallada y a Christian con ella. Empezó a gritarles, insultándoles con todas las obscenidades que lograba imaginar, pero, al igual que antes, ninguno de ellos le hizo el menor caso. La turba le hizo pasar por un hueco en el anillo de antorchas y quienes le llevaban tuvieron mucho cuidado con el fuego, protegiendo a la vez la silla, que levantaron lo más alto posible, y sus ropas. Le bajaron al suelo con gran cuidado, con una risible cortesía, en el vértice norte del triángulo amarillo, y en ningún instante pisaron más allá del círculo interior.

La mezcla humeante de la marmita le irritaba la garganta y la música de Rachmaninov agonizó lentamente en su cerebro. Empezó a toser violentamente y mientras se debatía intentando respirar no oyó música incorpórea, sino el chasquido del primer latigazo.

El humo debía de estar aclarando o quizá la leve brisa creada por tantos cuerpos en movimiento lo había hecho dispersarse un poco. Christian logró engullir una o dos bocanadas de aire puro y frío. Sus ojos empezaron a lagrimear, aclarándose, y vio una figura de mujer, una silueta negra recortada sobre las antorchas, con los brazos levantados terminando de modo fantástico en un abanico de ramas, como si se hubiera convertido en un árbol.

Las ramas bajaron bruscamente y el golpe resonó cual una especie de lluvia seca en la espalda de Luc. Era el cuarto o quinto golpe y pese a ello se distinguían de modo muy claro las marcas de cada uno por separado, trazando un dibujo de colores casi delicados sobre la pálida piel de su espalda. La mujer giró en redondo y se alejó. El manojo de ramas pasó a otras manos, se alzó y bajó nuevamente, produciendo el mismo extraño ruido. Esta vez se oyó también un eco cercano. Luc resbaló hacia adelante como si intentara estirar la cabeza en dirección a Christian y su cuerpo se aflojó para retorcerse con una convulsión al siguiente golpe del látigo. Entonces la turba avanzó ansiosa hacia él, inclinándose sobre su cuerpo, tapándolo mientras le golpeaban con las manos. Y con ese oscurecimiento de Luc el espacio alrededor de Gabrielle quedó despejado.

Había tirado con todas sus fuerzas de la estaca y ahora su cabeza estaba levantada en un rígido ángulo que recordaba a una serpiente. Su rostro se había convertido en un emblema blanco perforado por sus ojos y su boca abierta. Miraba únicamente hacia el lugar en que yacía Luc o más bien hacia el remolino de cuerpos que se lo

ocultaban. Le sangraban las muñecas pues estaba tirando de la cuerda con un frenesí tan inútil como el de Christian. Quizás estaba gruñendo, quizá les maldecía. Quizá simplemente estaba gritando. Quienes la golpeaban eran hombres, en tanto que las mujeres se ocupaban de Luc. La piel de su espalda y sus nalgas estaba llena de heridas, y el frágil camisón se había roto y la tela estaba llena de manchas, como si fueran esas prendas las que sangraran y no Gabrielle.

Christian la miraba. Ella no le veía, como tampoco parecía ver el haz de víboras que mordía su carne, aunque su cuerpo, de modo automático, bailara cada vez que era golpeado.

No se le ocurría la razón de que no pudiera oír los gritos de ella o los de Luc, y el saberlo se le hizo de pronto terriblemente importante. Se le ocurrió la espantosa idea de que quizá les hubieran cortado la lengua y después, sintiendo un estúpido alivio, se dio cuenta de que también la turba aullaba y cantaba, tan alto que ahogaba sobradamente los roncos cánticos doloridos de Luc y Gabrielle, aunque no siempre pudiera sofocar el disonante crujido de las ramas.

Sintió que algo se partía con un seco chasquido, aflojándose, y bajó la vista imaginando que una de sus ataduras había cedido. Pero el chasquido era el de sus músculos demasiado tensos y alambres al rojo vivo le atravesaron el cuerpo.

El sacerdote se había materializado entre la turba con su gran cuchara humeante. Había ido hasta la marmita y había vuelto. La multitud que rodeaba el círculo interior y el triángulo le abrió paso. El canto se extinguió y Christian oyó cómo el sacerdote ratonil chillaba nerviosamente en dialecto:

—Te encomiendo a ti que eres Luc y que perteneces a Cristo. Vuelve a Cristo, oh, Luc, nuestro hijo. Expulsa a ese otro que tiene soberanía sobre ti, deja que sea expulsado. Oh, te pido que sea expulsado aquel que no es Luc, sino Satanus.

La gran cuchara brilló brevemente y de ella salió una rociada de agua hirviendo. En el centro de la turba un muchacho aulló. Era Luc, y esta vez el aullido era perfectamente audible.

El sacerdote se volvió hacia Gabrielle. Gabrielle, que tenía ahora la espalda roja como los pétalos de las rosas y la sedosa cabellera llena de grumos sangrientos, Gabrielle, cuya boca parecía la de una loba… El rostro exultante del sacerdote reflejó brillantemente la luz de las antorchas.

—Te encomiendo a ti que eres Gabrielle y que perteneces a Cristo. Vuelve a Cristo, oh, Gabrielle, nuestra hija. Expulsa a esa otra que tiene soberanía sobre ti, deja que sea expulsada. Oh, te pido que sea expulsada aquella que no es Gabrielle, ¡sino Satanus!

Y derramó el contenido de la cuchara sobre su rostro, su cuello y su seno.

Gabrielle no gritó. Su cuerpo se retorció doblándose sobre sí mismo, apretando su piel escaldada sobre el fango que rodeaba a la estaca, como si quisiera enterrarse en él.

La señora Tienne pareció surgir del aire sobre el cuerpo inmóvil de Gabrielle. Se inclinó hacia adelante y la golpeó con su mano de duros nudillos, con todo un rico tesoro de malevolencia encerrado en su gesto. Sus rasgos seguían tan rígidos e inexpresivos como siempre.

—¡Expulsad al Diablo! —gritó el sacerdote.

Y la turba, como una sola persona, lanzó un inmenso alarido. Convertidos en una manada de bestias, empezaron a gruñir, resoplar, chillar y golpear el suelo con los pies. En el aire resonaron nuevamente las hirientes notas de los látigos, y la pestilencia drogada que emanaba de la marmita sumió en penumbras aquel retablo de figuras borrosas.

De pronto Christian se tambaleó y advirtió que, sin darse cuenta de ello, había logrado ponerse en pie. Pero la silla, inexorablemente unida a él, le siguió. Logró dar un solo paso, moviéndose como un muñeco enloquecido con las rodillas dobladas, y el peso de la silla le hizo caer de bruces en el gélido fango del suelo, aplastándole luego con su masa. Se quedó arrodillado en el suelo, arañando el fango como una bestia, enterrado bajo el peso de la silla e incapaz de avanzar en ninguna dirección. Ni siquiera podía caer de lado, aplastado por el espantoso empuje de la madera tallada, como si una montaña se hubiera derrumbado sobre su espalda. Aunque en tal posición apenas si podía respirar, también él se unió al griterío. Gritó y sollozó, clavado a la tierra implacable, y alguien que se encontraba dentro del triángulo le dio una patada a la silla y luego fue otro y otro más, hasta que su prisión quedó convertida en un enorme tambor.

No podía hacer nada. Había quedado reducido al llanto, a escuchar y sentir, a conocer hasta dónde llegaba su impotencia, atrapado bajo la madera medieval. Y el eco doble y apagado de los látigos empezó a parecerse al ruido de la lluvia…

Exorcismo. Un proceso para expulsar a los demonios. De vez en cuando, y como efecto colateral, podía acabar matando al poseso. De vez en cuando…

Tenía la boca llena de fango helado y la mente abarrotada de imágenes. Se estaba asfixiando muy lentamente.

Cuando pequeños riachuelos de color escarlata empezaron a infiltrarse bajo la silla pensó que serían sangre. La sangre de Luc y Gabrielle que inundaba la tierra, la sangre que acabaría ahogándoles a todos… Se dio cuenta, de un modo muy lento y confuso, de que al parecer la lluvia de golpes había cesado.

Con una rapidez que estuvo a punto de hacerle vomitar pusieron en pie nuevamente la silla, arrastrando en su movimiento a Christian. Las patas resonaron sordamente en el suelo y Christian descubrió que podía respirar de nuevo. Su cabeza cayó hacia adelante y sus ojos se cerraron. Ahora ya nada le importaba.

Una mujer le limpió el fango de la cara. Sus gestos eran rápidos y al mismo tiempo llenos de respeto: no le apreciaba pero era cortés con él. La señora Tienne…

No sentía nada. Ya no había terror, angustia o deseo de romper sus ataduras. Lo único que sentía era una depresión tan inmensa que no tenía límites y que era peor que cualquier otro sentimiento y más destructiva que el miedo.

Esperó que las manos rápidas y precisas terminaran su tarea y luego abrió los ojos.

Un cielo ensangrentado se derramó en sus pupilas. El color que había visto era el del ocaso pues la oscuridad había sido expulsada del paisaje tan bruscamente como una bandada de pájaros. Pero ese rojo era también una especie de oscuridad, demasiado profunda e intensa, opaca incluso en su instante de máximo esplendor.

Necesitó un esfuerzo muy considerable para apartar los ojos de ese cielo y mirar hacia la tierra.

El fango estaba cubierto de pisadas. Las dos siluetas pálidas que yacían en él parecían haber sido igualmente pisoteadas y la blanca superficie de sus cuerpos estaba marcada por incontables heridas y surcos. No se movían, pese a que no estaban ya atadas. Sus manos fláccidas permanecían quietas, quizá para siempre.

Christian comprendió el inmenso significado de que estuvieran libres, pues ahora se trataba de esperar una prueba. Si el demonio había sido expulsado, entonces la metamorfosis era imposible. Pero si una de esas criaturas golpeadas y mutiladas se levantaba convertida en lobo (peor aún, si las dos lo hacían), hallarían aguardándoles a cuatro hombres con fusiles y balas de plata.

25
El cielo

Invierno.

Los recuerdos del invierno yacían esparcidos por doquier: los paraguas desnudos de los árboles, los manchones sucios de nieve, la pura y punzante inmovilidad del frío.

Pero ahora el invierno se había vuelto escarlata, como si se hubiera transformado en un geranio.

Y entonces ese color cálido empezó a enfriarse.

Era extraordinario, como si una lámpara colosal se extinguiera lentamente tras el cristal ensangrentado del cielo. De modo gradual pero al mismo tiempo rápido y decidido, la llama se fue convirtiendo en un parpadeo huidizo. No había ni una sola nube visible pero el sol aún no se había ocultado por completo. La luz se apagaba, como un cuerpo que se desangra.

Con la nueva oscuridad llegó un nuevo silencio. Rodeado por una masa de siluetas de madera, Christian comprendió que esta quietud extraña y siniestra ocupaba también el centro de su ser. No podía oír ni el latido de su corazón. Se inclinó hacia adelante sin darse cuenta y sólo al ver que las cuerdas resbalaban sobre sus rodillas comprendió que alguien las había cortado por detrás de la silla. Fuera cual fuese el escaso valor de ese bien, ahora se hallaba en libertad. Y en libertad, ¿para qué? Como todos los demás, alzó los ojos al cielo agonizante.

En ese último instante, como surgidas de un conjuro, aparecieron las nubes. Eran como los enormes muros de edificios inmensos que avanzaran rodando desde los horizontes del bosque, como si un gran círculo de antorchas hubiera prendido en una hoguera oculta y sus llamas pudieran contener a toda la propiedad.

Empezó a soplar viento, primero del norte y luego, misteriosamente, como si hubiera vuelto de su viaje, del sur. Con el último destello luminoso Christian vio que las nubes, como galeones a la deriva, se lanzaban unas sobre otras impulsadas por ese

viento.

El cielo se volvió plomizo y el viento murió repentinamente. Las colosales puertas de las nubes se fueron aproximando una o otra y un trueno apagado resonó de un confín a otro.

La turba murmuró nerviosa y la voz del sacerdote, aguda y apremiante, atravesó ese murmullo espontáneo. El dialecto resultaba casi ininteligible pero aparentemente les estaba exhortando a rezar.

Christian se puso en pie. Sus nervios tensos esperaban que docenas de manos se posaran brutalmente sobre sus brazos, pero no hubo mano alguna. Christian vio cómo el cielo se abría de parte a parte.

Un estallido de luz y por un segundo todo fue visible, aunque empalidecido y lúgubre, totalmente irreal. Mientras el destello casi fotográfico se extinguía, el trueno retumbó directamente sobre sus cabezas.

Un espantoso gemido colectivo salió de la multitud. No era meramente el terror ante la tormenta: había en él una increíble nota de familiaridad y casi de bienvenida.

Sin darse realmente cuenta de lo que hacía, Christian había empezado a moverse hacia el interior del triángulo de tiza amarilla.

Un pedazo de aire pasó girando como un fuego fatuo más allá de él y aterrizó a sus pies con un extraño golpe seco. Christian se detuvo y vio que una gran pelota de una sustancia entre grisácea y blanca brillaba en el fango: era tan grande como una manzana.

Entonces hubo una serie de impactos apagados, tan incongruentes como terribles. Una mujer lanzó un alarido. Algo dio en la marmita negra y la hizo resonar como una campana, rebotando para caer en el fuego con un silbido y una columna de vapor blanquecino.

Christian no pudo evitar el alzar los ojos, sintiendo en su interior el impulso de tirarse al suelo. «Estaban cayendo piedras del aire». En ese mismo instante volvió el relámpago y cada partícula de la avalancha que caía sobre ellos pareció arder en llamas.

Christian vio cómo una piedra golpeaba a un hombre en la frente al otro lado de la línea de tiza. La piedra se rompió en dos trozos y el hombre se derrumbó como un fardo. El trueno que explotó siguiendo al relámpago ahogó su grito.

Los aldeanos huían. Sus pies quebraron el mágico círculo interior, corriendo en círculos como ovejas asustadas en cuyo centro se alzaba el sacerdote, agitando los brazos como si fueran las aspas de un molino.

La granizada golpeaba la tierra esparciéndose en fragmentos aislados de tamaño

impresionante como si alguna construcción inmensa se hubiera derrumbado en lo alto. Había trozos de hielo grandes como monedas y otros que tenían el tamaño de frutas, pero un proyectil helado rebotó en la estaca a la que había estado atado Luc y era tan grande como un ladrillo.

Ahora el pánico de la turba era total y en sus efectos recordaba nuevamente a una criatura enorme y estúpida, lenta de reflejos y no muy capaz de coordinar sus abundantes miembros. Una fracción de la criatura se apartó de la masa principal para lanzarse sobre uno de los hombres con fusiles, que había estado moviéndose desorientado, intentando protegerse la cabeza con el brazo libre. El hombre fue derribado y el fusil cayó al suelo, disparándose y proyectando su cápsula de muerte hacia lo alto, como queriendo herir el cielo que se derramaba sobre ellos.

Una muchacha había caído delante de Christian y éste tuvo que desviarse para evitarla. El granizo se estrellaba en el fango, rebotando como si quisiera subir de nuevo al cielo, azotando a la multitud que gritaba y se removía como una criatura confusa y dolorida.

Christian avanzó sobre el fango, resbalando constantemente, y el granizo resbaló sobre sus pies acompañándole. Golpes fugaces, como botones al rojo vivo, le abofetearon el rostro, la cabeza y los hombros. Llegó hasta Gabrielle y se arrodilló junto a ella, extendiendo las manos en la oscuridad llena de fugaces destellos. Entonces llegó el relámpago y todo pareció transfigurarse, como clavado en una cruz. Ahora claramente separado de la luz, el trueno tembló. Sus dedos aferraron sangre y un pelaje enmarañado: vio que la transformación había vuelto a ocurrir. El sol se había puesto finalmente tras un velo de balas heladas.

La loba gruñía débilmente. Las heridas de sus flancos y lomo parecían manchas de aceite negro. Por un momento le pareció que enloquecida por el dolor podía llegar a lanzarse sobre él y sintió un horror traicionero y cobarde ante sus brillantes colmillos. Pero la loba apoyó la cabeza en su mano y sus ojos demoníacos parecían estar ciegos. Qué asombrosas debieron de ser esta vez las contorsiones de la metamorfosis, el cambio de una piel maltrecha por otra que llevaba exactamente las mismas heridas que la primera. La compasión le dolía como un cuchillo clavado en su costado. El granizo rebotaba a su alrededor.

Intentó levantarla un poco pero la misma flaccidez de su cuerpo la hacía muy pesada y cuando intentó conseguir un punto mejor de apoyo ella lanzó un gemido de agonía. Sólo lograba pensar en ella como loba, era incapaz de acordarse de que en realidad era Gabrielle.

La volvió a dejar delicadamente en el fango, permitiéndola aflojar de nuevo el

cuerpo. Se volvió hacia Luc, o hacia el animal en que se había convertido, y vio que junto a la segunda estaca no había nada. En ese momento el prolongado resplandor de un relámpago le reveló la silueta alargada del lobo arrastrándose hacia él, a menos de un metro de distancia. El animal le gruñó roncamente y sin pensarlo Christian se puso en pie. Retrocedió un poco y vio cómo el lobo joven se arrastraba penosamente junto a la loba y se dejaba caer a su lado.

Christian retrocedió un paso más y estuvo a punto de caer al tropezar con un confuso montón de cuerpos que yacían en el suelo, aturdidos por las piedras de hielo o quizás heridos en el pánico que había dominado a la multitud.

Como si el ver esos cuerpos caídos se lo hubiera recordado todo, Christian miró a su alrededor. La turba se había esfumado como un rebaño aterrado que hubiera huido de estampida bajo el martilleo del granizo. Aquí y allá se veían uno o dos cuerpos inmóviles, inconscientes o muertos: no tenía ninguna razón particular para ocuparse de ellos. La tormenta le impedía tener la visibilidad suficiente como para juzgar lo lejos que estaban los demás.

El trueno retumbó en lo alto.

Pensarían que la presencia del bosque, su Lisinte-Licantia, había mandado el granizo para castigarles, o quizá fuera el poder mágico de la trinidad blasfema quien lo había invocado.

La tierra giró trazando un gran arco y de pronto Christian se encontró tendido en el suelo.

Casi todas las antorchas se habían apagado y la hoguera despedía nubes de vapor. De vez en cuando el granizo daba en la marmita y la hacía resonar con una tonalidad extraña, como un clarín anunciando un torneo medieval.

Hundiendo las manos en el fango helado, Christian empezó a reptar hacia el castillo.

Al siguiente relámpago el cielo estaba aún más oscuro. El nuevo trueno pareció más lejano y la granizada siguió cayendo.

Les había traicionado a los dos. No sabía qué hacer y les había abandonado pero en realidad la traición era anterior a eso. Tendido junto a ella en la cama había pensado en irse y había llegado a imaginar cómo sería esa partida, aunque no hubiera hecho planes para llevarla a cabo. Al igual que la aldea, también él era monstruoso. Era posible que el hecho de haber imaginado su partida hubiera obrado como un acto de brujería y de tal modo hubiera precipitado el desastre: el aviso, la invasión de la turba,

la orgía de muerte y destrucción… Sí, todo eso había tenido lugar tal y como él lo había imaginado en sus fantaseos y, después de todo, ¿qué otra cosa podía ser más probable en un lugar tan eléctricamente cargado con todos los elementos más baratos y poco imaginativos de lo sobrenatural?

Por un instante imaginó el aspecto que debería ofrecer ahora, medio arrastrándose, medio cojeando, mientras avanzaba hacia la puerta destrozada del castillo y el pensar en esa imagen le dio asco.

¿Qué pretendía hacer, en el nombre de Dios? ¿Pensaba realmente en abandonarles? No, seguro que no podía ser eso, no podía tratar de marcharse dejándoles allí para morir sobre el fango, entre la sangre y el hielo. Entonces, ¿qué otro curso de acción le quedaba?

Se quedó inmóvil bajo la granizada, que ya empezaba a ceder. Tenía la piel llena de heridas y morados y sentía el rostro insensible y helado, incapaz de albergar ninguna expresión humana. De modo casi milagroso ninguna de las piedras grandes le había acertado… pero, naturalmente, no se trataba de ningún milagro. La diosa del bosque cuidaba siempre de los suyos.

Ascendió tambaleándose los escalones que llevaban a la terraza. Estaban muy resbaladizos y estuvo a punto de caer. Los cuencos de cemento de las urnas estaban repletos con los restos de la granizada, como cestas llenas de huevos imposibles. Quizá fueran los huevos del basilisco. Atravesó la terraza y después pasó por encima de la puerta destrozada dándose cuenta con una curiosa inquietud de que la columna de piedra ya no estaba ahí. No había ni la menor pista que pudiera indicarle cuándo y de qué modo había desaparecido. Quizá también se debiera a la magia.

El gran salón que se extendía más allá del umbral estaba poco iluminado y Christian percibió de inmediato el olor incongruente y ligeramente mohoso, como a hongos, del gas cuando lleva poco tiempo encendido. Unos instantes después vio a la señora Tienne, tiesa como un palo delante de una chimenea apagada.

Había sido una idiotez pensar que saldría corriendo con los demás. Como mínimo habría debido pensar que incluso si huía acudiría directamente al castillo, impulsada por la costumbre.

Sostenía en las manos una bandeja de plata y al entrar Christian en el salón ella abandonó por fin su inmovilidad para acercársele y ofrecerle el coñac y la copa que contenía la bandeja. Christian maldijo y, de un manotazo, le arrebató la bandeja, lanzándola por el aire y haciendo volar su contenido. El golpe fue bastante violento pero la señora Tienne no movió ni un músculo del cuerpo. Muy probablemente ya habría imaginado cuál sería la reacción de Christian.

—Es una pena —se limitó a decir—. Habría hecho bien tomando algo para calentarse durante el trayecto.

—Oh…, ¿entonces, voy a alguna parte?

—Naturalmente, señor Dorse. Renzo ya ha hecho su equipaje y Sarrette traerá el coche hasta la terraza. Sarrette le llevará hasta la estación.

—El tren se ha ido.

—Hay otro, señor. A las diez. Peton tiene la autoridad necesaria para extenderle un billete.

—El camino está inundado de fango. Y en la carretera aún habrá nieve. Y el granizo…

—El camino ya ha sido adecuadamente despejado, señor.

—Señora, resulta francamente inquietante ese modo tan obvio que tiene usted de actuar, intentando deshacerse de mí.

—Fue nuestro trato, señor.

—No me acuerdo de eso.

—Oh, sí que lo recuerda, señor. A usted no se le haría ningún daño siempre que se marchara inmediatamente de aquí.

—Y Gabrielle —dijo Christian—, y Gabrielle y Luc de Lagenay… ¿Qué hay de ellos? Su aldea de locos salió corriendo antes de terminar su trabajo.

—El auténtico propósito del exorcismo es matar —le dijo ella—. Supongo que ya lo habrá imaginado. Ahora se encuentran demasiado débiles para moverse o para ayudarse entre ellos. Sea cual sea la forma que revistan, mañana por la mañana habrán muerto.

—Ah, sí… —dijo Christian, los ojos clavados en las cenizas del fuego—. ¿Qué piensa usted de la granizada, señora Tienne?

—En esta época del año es frecuente que el clima se comporte de un modo raro.

—A mí me pareció que se trataba más bien de una interrupción que de una rareza.

—Como usted quiera, señor.

—Hubo ciertas bajas en su bando, señora Tienne.

—Y en la aldea son gente supersticiosa.

—Sí, lo son… Me pregunto el porqué.

—Yo sugeriría que se marchara usted lo más rápido posible, señor.

Christian se encogió de hombros.

—Muy bien.

Recorrió lentamente con la mirada todo el salón y por primera vez vio todo su equipaje, baúl incluido, colocado junto a una pared y preparado para emprender el

viaje.

—Por supuesto —le dijo—, que no tiene usted el menor derecho legal para hacer esto.

—Ni el más mínimo. Pero en un sitio tan feudal como éste, señor, bien podría decirse que tenemos derechos procedentes de la tierra y del espíritu.

—¿Qué hará cuando me haya marchado y la casa esté cerrada? —le preguntó Christian con una vaga curiosidad. Su mente estaba empezando lentamente a extraviarse, como si algo le obligara a pensar en otras cosas.

—Todos tendremos que buscar otro empleo.

—¿En la posada, quizás? Ahora no creo que deba usted temer demasiado un nuevo intento de violación, ¿eh, señora Tienne?

Christian fue hacia la escalera. Tanto las hermosas alfombras como la madera estaban cubiertas por una gruesa capa de fango tras la intrusión de la turba.

—¿Adónde va? —le preguntó secamente la señora Tienne.

—Quizá desee coger mi manto de viaje.

—Renzo lo traerá.

—Renzo puede irse al infierno y usted, señora, puede hacer lo mismo. —Subió seis peldaños y se volvió para contemplar su rostro de porcelana—. Concédame un capricho, al menos —le dijo—. Me gustaría quedarme con algún libro representativo de la biblioteca de mi abuelo.

—Muy bien —dijo ella—. Pero, por favor, vaya tan rápido como le sea posible.

—Maldita sea —le replicó Christian—, faltan más de cinco horas para que el tren se vaya.

Al llegar a lo alto de la escalera sintió que le vencía el cansancio y tuvo que apoyarse unos instantes en la barandilla. Las últimas salvas del granizo, ahora ya más débiles, se estrellaban contra el cristal de la portilla, que de azulada se había convertido en negra. Era casi un milagro el que no se hubiera roto en pedazos.

Y también resultaba milagroso que él siguiera como antes, sin haber sido destruido por el granizo. O quizá, de un modo insidioso y difícil de explicar, eso era lo que había sucedido.

Llegó hasta la galería, la recorrió y entró en el pasillo.

El manto de astracán se hallaba en el vestidor, sobre la silla en que él lo había dejado la última vez. Se lo puso y luego entró en el dormitorio para contemplarlo todo lentamente, sorprendido al ver que nada de lo que contenía tenía ya el menor significado para él. Luego entró en la biblioteca y cogió un libro al azar, que resultó ser un grueso volumen de ensayos.

Volvió a la galería y se detuvo un instante. La señora Tienne ya no estaba abajo, en el salón. Christian se metió rápidamente por el corredor que llevaba a la parte delantera del castillo.

Algunos intrusos habían estado en la habitación que usaron antes para montar guardia pero las armas, aunque cambiadas de sitio, seguían allí. Entre ellas había una pistola con la empuñadura cubierta de madreperla: Christian no había querido usarla antes, ya que no confiaba demasiado en su precisión. Ahora la cogió, metiéndola entre las páginas del libro. Sosteniendo el hinchado volumen bajo el brazo volvió a la galería y bajó al salón.

La estancia seguía vacía y la única prueba de que se acercaba el instante de la partida era el montón de su equipaje.

Después de unos segundos, estúpidamente irritado, se acercó a la puerta de la terraza y la abrió bruscamente para encontrarse a Renzo en el umbral.

Sin aliento y con las mejillas rojas como cerezas, el muchacho se le quedó mirando con sorpresa. Renzo tenía ahora toda la apariencia de un ladronzuelo sorprendido en el mismo instante de cometer su delito. Christian se apartó a un lado con aire teatral para dejarle pasar.

—Bien, sigue con lo tuyo.

Como si fuera un conejo asustado, Renzo atravesó corriendo el salón para coger su equipaje.

Todo era como la imagen reflejada en el espejo de su llegada. Todo se había invertido, incluso su terror de entonces. Había venido aquí temiendo su propia muerte y se iba aterrado ante la muerte de otros.

El coche avanzó lentamente rodeando la casa, precedido por los haces luminosos de sus faros y se detuvo bajo la terraza.

Apenas si granizaba y cuando lo hacía se trataba de breves ráfagas que brillaban bajo los faros. El tamaño de los proyectiles se había reducido ahora al de los guisantes y las cabezas de alfiler. Los huevos extraños se derretían dentro de las urnas. Sarrette bajó del coche, nuevamente con su sombrero de copa, y se apoyó en él con los brazos cruzados, esperándole.

El camino había sido despejado y el granizo se derretía. A los aldeanos no les hacía falta aparecer para ver cómo Christian era conducido al exilio. ¿Para qué? Su espantosa tarea ya había terminado y, además, estaban asustados. El granizo les había obligado a interrumpir su magia antes de haber sido completada. El granizo era el látigo del castigo, la marca de la furia que invadía a la Cosa del bosque, la criatura a la que habían sacrificado muchachas para apaciguar. ¿Estarían rezándole al obelisco de

piedra o se acurrucarían en el interior de su iglesia parcialmente católica? Pues allí también se encontraba ella, sonriendo torcidamente en el ventanal, con los lirios de los lobos colmando sus brazos de espuma…

Renzo subía y bajaba la escalera a toda velocidad: un conejo inteligente al que habían adiestrado para transportar cosas. Lo resbaladizo del suelo no parecía motivo suficiente para hacerle ir más despacio.

Christian se acercó al coche y Sarrette irguió el cuerpo, poniendo la mano en la manija de la puerta. Christian se quedó inmóvil, estudiándole pensativo.

—Es una pena que se vaya, señor —dijo Sarrette—. Los bosques son magníficos para la salud.

Renzo había traído ya el último bulto y lo estaba colocando en el coche. Vaciló unos instantes, mirando a Christian en tanto que éste le devolvía implacablemente la mirada con el corazón latiéndole desbocado en el pecho. Cuando Renzo saliera corriendo, lo cual no tardaría en suceder, Christian debería hablar con Sarrette. No sabía muy bien cuál sería la reacción de éste a sus palabras: Tengo una pistola y te estoy apuntando con ella. Quizá Sarrette no le creyera y era posible que hubiera una lucha, que sería visible desde el castillo. Sarrette lograría vencerle y quizá se viera obligado a usar el arma, la cual podía errar el tiro y…

—Señor —dijo Renzo con voz trabajosa—, lo siento…

—¿De veras? —dijo Christian. ¿Qué importaban las mentiras de este campesino estúpido? Christian deseó fervientemente que el muchacho se fuera y, como consciente de tal deseo, Renzo empezó a subir los peldaños, ahora con paso torpe y temiendo resbalar a cada momento.

Christian calculó cuidadosamente su posición y, dándole la espalda a la casa, sacó el pesado volumen que llevaba bajo el brazo. Sus dedos se cerraron sobre la sedosa empuñadura del arma escondida entre las páginas.

Sarrette permanecía inmóvil con la mano sobre la puerta del coche, el cuerpo medio vuelto hacia el vehículo, sin haberse dado cuenta aún de lo que ocurría.

—Sarrette —dijo Christian—, tengo una pistola y te estoy apuntando con ella.

26
La cabaña

Sarrette no hizo nada tan brusco como había imaginado Christian: se limitó a quedarse muy quieto, con la puerta a medio abrir, inmóvil repentinamente bajo su mano y la cabeza, cubierta con el sombrero de copa, algo inclinada hacia adelante. Su rostro estaba algo apartado del de Christian y así siguió. Hubo una pausa silenciosa durante la cual ninguno de los dos hombres se movió y finalmente Christian, el agresor, sintió que era él quien debía hablar primero.

—¿Has oído lo que te he dicho, Sarrette?

—Sí, señor Dorse. Lo he oído.

—Probablemente te estarás preguntando qué haremos ahora.

—No, señor.

—Pues deberías hacerte esa pregunta.

Sarrette siguió inmóvil, el cuerpo encorvado hacia la puerta del coche.

—Señor, querría hacerle entender que yo no tuve nada que ver con…, con lo ocurrido antes. No les acompañé. No he nacido aquí, señor. —Su voz no temblaba en lo más mínimo y no parecía estar alarmado: sencillamente, le estaba explicando los hechos.

—Tu padre nació aquí. Por el amor de Dios, ¿qué importa todo eso? Voy a decirte lo que debes hacer.

Sarrette, con el rostro medio ladeado, esperó pacientemente y de pronto Christian estuvo seguro de que le habría obedecido de todos modos y que no había sido nunca necesario amenazarle con la pistola. Christian se sintió repentinamente ridículo, con su arma medio asomando por entre las páginas del libro en un ángulo extraño.

—Pondrás en marcha el vehículo y los dos iremos en él. Cruzarás el foso y luego seguirás el camino. Hay un árbol con el tronco retorcido a cosa de unos doscientos cincuenta metros de la casa. Cuando hayamos recorrido esa distancia, paras el coche.

Nuevamente, el silencio, igual de inmóviles que antes.

—¿No quieres saber lo que se te pedirá después de eso? —le preguntó Christian.

Sarrette meneó la cabeza y su mutismo fue la primera señal de posible temor que había dado desde el principio.

—Vamos —dijo Christian.

Con la pistola asomando aún excéntricamente por entre las páginas del libro y dándole la espalda al castillo, Christian dio un rodeo esquivando a Sarrette y, una vez puesto en marcha el vehículo, éste ocupó el asiento delantero. Una vez sentado, Christian dejó caer el libro y sostuvo la pistola en su regazo.

Atravesaron el puente del foso y tomaron el camino. Quien les vigilara desde la casa se quedaría seguramente satisfecho de verles.

Christian, poseído por una indiferencia demasiado colosal como para no ser sino un mero disfraz de alguna otra emoción, pensó que nunca más subiría esos escalones, que no atravesaría de nuevo el foso y jamás volvería a ver esa extensión de grava.

Le resultaba imposible distinguir el árbol entre las tinieblas que reinaban más allá de los faros. Alrededor del coche se extendía un caos de fango revuelto y pisoteado.

Miró hacia atrás y vio que también el castillo se había retirado al seno de la noche: sus escasas y débiles luces eran invisibles, y nunca volvería a verlo.

El coche frenó con cierta brusquedad y una última salva de granizo repiqueteó en el techo para esfumarse luego en la nada.

—Excelente —dijo Christian—. Ahora, baja. —Sarrette abandonó el coche y Christian le imitó—. Camina hacia el árbol. —Sarrette le obedeció, con los ojos clavados en el suelo fangoso. Ni siquiera ahora lograba Christian distinguir el árbol—. ¿Sabes adónde vas? —Sarrette asintió de nuevo y Christian le siguió—. En algún lugar, cerca de aquí, hay dos lobos —le dijo en voz baja y suave—. Dos lobos heridos y cubiertos de sangre. Vamos a cogerles en brazos, Sarrette, igual que el buen pastor hace con sus ovejas, y los llevaremos al coche. De lo contrario, te pegaré un tiro.

Sarrette caminaba con los hombros encorvados y Christian era incapaz de ver si estaba asustado, atónito, asqueado o si, como le ocurría a él, toda la situación le resultaba sumamente irreal.

En la oscuridad parecía como si estuvieran avanzando a través de finísimas capas de lana que, pese a su delgadez, resultaban casi impenetrables. El cielo, vacío ahora de granizo y de toda sustancia, no ofrecía ni luna ni estrellas. Sus vastos confines eran sólo un poco más pálidos que la tierra. De pronto el árbol apareció ante ellos, como arrugado bajo la apagada luz purpúrea de esa paleta celeste.

El lugar resultaba desagradablemente fácil de reconocer pues todo estaba allí: las estacas seguían clavadas en el suelo y la marmita con el líquido del exorcismo seguía

sobre la hoguera, ahora extinguida. Uno o dos borrones de tiza blanca brillaban como si poseyeran una fosforescencia propia.

Christian examinó la escena con la minuciosidad que antes había dedicado a las demás, tanto el dormitorio como la gigantesca estancia del paisaje nocturno. Su corazón latía de modo lento y regular, como un reloj. Luc y Gabrielle habían desaparecido.

Christian sintió una profunda desesperación al darse cuenta de que su error no era tal. Sí, durante todo el tiempo había sabido que si vivían no podrían quedarse aquí del mismo modo que él no había podido quedarse en el castillo.

Se inclinó para ver mejor las estacas y le pareció detectar las huellas dejadas por sus formas caninas. Pero las huellas no resultaban muy dignas de confianza, ya que no tardaban en perderse irremediablemente entre el fango removido por tantos pies distintos. Tuvo la impresión de poder oler su sangre, pequeños charcos helados de color negro esparcidos en el suelo, y de pronto vio algunos pedazos de su camisón, pisoteados igual que los restos de tiza.

Había estado ausente durante una hora o más. Sí, naturalmente, ¿por qué debían quedarse aquí? Le habían parecido demasiado débiles para poderse mover pero su fuerza animal, su instinto… También había creído en la señora Tienne y en la visión que ella le había dado: dos cadáveres cada vez más rígidos, encerrados dentro de los círculos mágicos. ¿Era posible que ella no lo hubiera sabido? ¿Ignoraba que los dos se meterían a rastras en el bosque cuando la turba se hubiera ido…, cuando él también se hubiera ido?

—¿Sí, señor? —le preguntó Sarrette, como si Christian le hubiera dirigido la palabra.

—Sí —dijo Christian, caminando sin rumbo por el fango con la pistola colgando inútil entre sus dedos.

—Venga conmigo, señor —le dijo Sarrette.

De ese modo se trataba a los lunáticos, ¿no? Una mano firme cogiéndoles por el codo… Sarrette le ayudó a caminar por el fango en dirección al coche.

Christian le dejó hacer y nunca llegó a saber exactamente en qué instante el arma cayó de su mano para perderse en el barro.

—¿Dónde están, Sarrette?

—Ya lo sabe, señor.

Los faros del coche arrancaban violentamente los objetos del seno de la oscuridad:

los perros de piedra, los árboles como pilares y, finalmente, las saetas de la lluvia que empezaban a surcar la noche en diagonal.

«Me voy. Nunca volveré a ver nada de esto».

—Supongo que sí —dijo—. Te refieres a esa cabaña medio destrozada del bosque.

Recordó la cama con los bordados y la espantosa bañera metálica. La estufa. El olor que tenían los cigarrillos de Gabrielle. Su cuerpo. La cicuta. Luc, como un joven Dionisos, apareciendo súbitamente bajo el árbol. Christian sintió el dolor en sus entrañas, un dolor pequeño pero irritante, como si a su alma se le hubiera roto una uña.

Sarrette conducía con gran precaución por el sendero de gravilla helada. El granizo se había derretido por completo.

Christian cerró los ojos y ni siquiera llegó a enterarse de que estaban atravesando la aldea. En esos momentos debía de tener un aspecto sombrío y callado, inmóvil y apagada como los árboles.

Dentro de la estación había un pequeño cuarto que parecía haber sido añadido a toda prisa y en él ardía un fuego. Una lamparilla de aceite con un protector verde cuidadosamente labrado brillaba sobre una mesa insegura junto a la que había una silla desvencijada.

Peton surgió de la nada y empezó a meter en el cuarto el equipaje de Christian.

Sarrette se quedó sentado en el coche, sin decir palabra, como una caricatura de un hombre con sombrero de copa, y cuando finalmente todo el equipaje hubo sido transportado al cuarto que había junto a la plataforma, puso en marcha el vehículo y desapareció.

Peton iba y venía por la habitación. Echó leña al fuego y materializó un billete de tren, exhibiéndolo orgulloso para acabar dejándolo en la mesa ante Christian. Pero estaba nervioso y sudaba, pese al frío, y sus delgados mechones de cabello que parecía dibujado a lápiz se despegaban constantemente de su cráneo para revolotear sobre su cara, delicados como alas de mariposa. Le dijo algo ininteligible en dialecto a Christian y tuvo que repetirlo varias veces antes de que él lograra comprenderlo.

—Vino, señor. Tengo vino. ¿Lo traigo? ¿Traigo vino para usted?

—No.

Pero Peton abandonó el cuarto y no tardó en regresar con una botella gris y un vaso de aspecto miserable, dejando las dos cosas junto al billete.

Christian miró la botella sin verla.

—¿Por qué me enseñaste el camino? —le dijo finalmente a Peton.

—¿Cómo dice, señor?

—El camino. El que lleva a la casa de los Lagenay. La cabaña. ¿Por qué?

—Nunca le he llevado hasta allí —dijo Peton.

—Sabes muy bien que sí lo hiciste.

—No.

—Sí.

—Usted me obligó —dijo Peton.

—¿Y cómo logré hacerlo? —le preguntó Christian. Después de lo que le pareció solamente un minuto pero que pudo ser mucho más tiempo alzó la mirada y vio que Peton se había esfumado.

Christian se quedó sentado en el cuarto de espera. El fuego brillaba en la chimenea y su animado chisporroteo hacía aún peor el desánimo y la deprimente atmósfera inherentes a la habitación. La botella fría sudaba igual que Peton y acabó formando un lago minúsculo sobre la mesa.

Una hora o quizá dos pasaron como fantasmas por la estación para acabar esfumándose. Christian tuvo la premonición de que el tren, retrasado quizá por la nieve sin derretir que cubría las vías o por algún derrumbe motivado por el deshielo, no llegaría nunca.

Se acercó al fuego y echó unos leños en él. Luego se dedicó a recorrer la habitación empezando por el rincón izquierdo, el más cercano a la puerta de la plataforma y siguiendo por el centro hasta la parte derecha, la más cercana a la puerta exterior por la que se accedía a los peldaños y el camino, reemprendiendo luego el trayecto a la inversa.

Intentó imaginar qué tipo de vivienda sería la de Peton y luego la conversación que Sarrette mantendría con la señora Tienne al volver. Los criados permanecerían en el castillo hasta ser despedidos de modo oficial e incluso cuando la casa fuera cerrada, lo más probable es que entraran en ella cuando les viniera en gana: lo más seguro sería hacer derribar el castillo. Por unos instantes lo vio arder en el fuego, con enormes llamaradas emergiendo por las chimeneas y brotando como surtidores de las ventanas.

Luego pensó en la ciudad y en las farolas de los bulevares que ardían con una luz suave, rodeadas por una aureola veraniega de insectos. En las placitas habría orquestas. Pensó en Annelise, a bordo de una gran nave blanca con el velamen totalmente desplegado, y también pensó en el conservatorio y en una canción:

Je pense que dans leurs luminères
Je vois les yeux de ceux qui m'aiment.

«¿Qué estoy haciendo aquí?».

Volvió a sentarse y apoyó el brazo sobre la mesa, dejando reposar luego la cabeza en él, como un niño agotado.

Pensó en la cabaña y en su sangre y en sus ojos ardientes que agonizaban despacio. Los ojos de los lobos…

¿Por qué no habían confiado en él, por qué no habían esperado a que fuera a buscarles? Qué espantosa sabiduría la suya al darse cuenta de que no era digno de confianza…

Sintió un odio inmenso hacia él mismo y supo que debería aprender a soportarlo.

Estaba jugando a la orilla del mar. Mujeres con sombrillas iban y venían por la arena. Una de ellas apuntó su sombrilla hacia el agua y la disparó. Un pez muerto cayó de un salto sobre la arena. Las olas eran en realidad teclas de piano y al andar sobre ellas todas empezaron a sonar de modo espantoso y desafinado. Gabrielle le cogía la mano. Gabrielle era su madre. Su roja cabellera agitada por el viento se le metía en los ojos y entonces vio que las uñas de sus manos y pies eran también rojas. Le dio una patada al pez muerto y una botella cayó de la mesa, haciéndose añicos en el suelo del cuarto.

Ya era de mañana. La luz era incolora y fría. No llovía pero el tren no había llegado.

Christian abrió los ojos y vio su equipaje en el suelo.

Unos instantes después salió a la plataforma. El indicador estaba subido hacia arriba para avisar al tren de que tenía pasajeros y debía parar en la estación. Las únicas cosas vivas de todo el paisaje eran las ramas húmedas de los árboles y el viento que silbaba como pasando por un embudo sobre las vías.

Si el tren hubiera llegado, Peton habría estado atento a ello para despertarle y hacerle subir a toda prisa en él. No, el tren se había retrasado.

Sintiendo un confuso asombro, Christian entró nuevamente en el cuarto, abriendo la puerta del exterior y bajando por la escalera.

El bosque yacía al otro lado del camino igual que un banco de niebla.

Una vez en el camino empezó a correr, pero bastante antes de acercarse al pueblo abandonó la gravilla para meterse entre los árboles.

Barrancos distantes subían y bajaban por entre las torres del pinar. Los alerces

parecían contemplarle con sus brotes desnudos. Los cambios fluctuantes de la luz y las sombras eran como algo bien recordado e incapaz de sorprenderle. Olió de nuevo el punzante aroma de la resina y sintió la rica textura achocolatada de la tierra y el humo viejo. La poca nieve que aún no se había derretido tenía un aspecto sucio y transparente, como las escamas del pescado.

Cruzó el cementerio del pueblo y vio que los negros hombros de las tumbas llevaban aún capuchones blancos.

El bosque ya no era un país desconocido. Ahora le parecía haber aprendido a conocerlo igual que había llegado a conocer la geografía del castillo. Pero ¿qué significaba eso? Solamente que ahora podía hallar su propio camino en él.

Distinguió la aldea por entre los troncos de los árboles. Parecía estar muy lejos y no se veía en ella el menor movimiento. A lo lejos resonó el balido de una oveja, como en otro planeta. No había ya ninguna amenaza, no había nada que tuviera la menor importancia…

Christian estaba empezando a cansarse. El largo trayecto cuesta arriba le había dejado sin fuerzas, o quizá su estado actual de agotamiento se debiera a la aprensión nerviosa que le invadía.

Todo era tan extrañamente normal… Como si la horrible invasión del castillo y el festival de magia pagana no hubieran tenido nunca lugar. Incluso los dos huesos cruzados parecían, cuando llegó a ellos, encontrarse allí por casualidad y resultaban tan amenazadores como un poste de carretera.

La nieve vieja, ahora sucia y gris, yacía en gruesas capas al borde del camino, haciéndole pensar en la botella de Peton esparcida por el suelo del cuarto. La cicuta había quedado bastante maltrecha después del granizo y la nieve: varias ramas se habían partido bajo el peso de la nieve acumulada antes de que ésta resbalara por las oscuras espinas del tronco como las alas rotas de un pájaro. Una pálida flor verdosa, engañada por el deshielo o por la cualidad embrujada del lugar, se había abierto paso hacia el mundo exterior. El frío la mataría cuando reclamara de nuevo sus dominios sobre la tierra. Christian se quedó muy quieto contemplándola, sintiendo ahora por fin la tentación de no seguir adelante. Quizá todo había sido como esa flor: prematuro y débil, enormemente fácil de matar…

27
La partida

Primero distinguió la brecha en el bosque, la vaga impresión de que el terreno descendía: detrás de ella distinguió la cascada de rocas alzándose con su ropaje gris azulado de higueras y finalmente vio el montón de piedras, al igual que la vez anterior, las piedras que habrían sido en la antigüedad parte de un templo dedicado al ser conocido como Lisinte.

La cabaña parecía haber sido maltratada por la nieve igual que el árbol pero de un modo no tan fácilmente definible. Sin duda había soportado ya muchos inviernos, del mismo modo que los dos ocupantes, vueltos ahora a ella, habían sufrido muchos inviernos en sus corazones. Un hilo de humo se desenroscaba encima del tejado.

Sorprendido y sin saber qué hacer, Christian se detuvo a un metro de la puerta. La otra vez la había derribado para entrar, pero ahora no lograba reunir la decisión suficiente para acercarse más a ella. Y mientras permanecía allí inmóvil, como un náufrago perdido en el mar del bosque, la puerta se abrió.

Y por ella apareció Gabrielle. Iba vestida con una amplia gama de pieles que a la luz de la mañana parecían sucias y viejas, y llevaba en la mano una gran tinaja de barro cocido: estaba claro que muy cerca debía de hallarse alguna fuente de agua o un pozo. Su cabellera estaba recogida apretadamente en un moño y toda ella tenía un aspecto cansado y nada atractivo. Sus labios parecían resecos pero sus ojos eran dos manchones brillantes de plomo, uno más pequeño y otro más grande. En su mejilla izquierda había una ampolla de color escarlata y Christian recordó el brebaje hirviente que le habían derramado por la cara. No pareció sorprendida de verle aquí, pero cuando le habló lo hizo como si se dirigiera a un perfecto desconocido.

—¿Qué desea usted, señor?

—Dios santo —dijo él—, estás viva.

—Oh, fue una pequeña paliza —dijo ella—. Siempre acabas recobrándote.

—Gabrielle…

—¿Sí?

Nunca había visto con anterioridad una dureza tan imposible de conmover en un rostro de mujer vuelto hacia él. Había visto otros rostros endurecidos que pese a todo podían acabar ablandándose o a los que se podía hacer pedazos, como había hecho él aquella vez con la puerta. Pero esto… Gabrielle le observaba protegida por un panel de diamante.

—No deberíais estar aquí —dijo él—. ¿Por qué habéis venido? ¿Acaso estáis locos? Quizá pensáis que ahora os dejarán en paz…

—Me parece que nadie vendrá a molestarnos.

Hizo un gesto involuntario, como si hubiera olvidado que no debía moverse, y por un instante el lejano dolor de sus heridas volvió a dominarla. Abrió la boca pero no lanzó grito alguno y su rostro enrojeció de un modo alarmante. Por un instante Christian pensó que iba a caer de bruces y fue corriendo hacia ella para tomarla entre sus brazos e impedir que perdiera el equilibrio.

Al sentir que la tocaba sus ojos se aclararon y entonces algo aún más terrible le sucedió a su cara. Volvió a ser tan clara y hermosa como antes y los labios se abrieron dejando al descubierto los dientes para formar el gruñido del lobo que siempre antes le había parecido tan gracioso, como un gesto de payaso alegre. Pero esta vez el gruñido era totalmente convincente.

—Gabrielle —insistió él, tratando de hacerle recobrar la cordura—, no podéis quedaros aquí.

—¿Y adónde me llevarás entonces? —le preguntó ella burlonamente, uniendo de nuevo sus dientes afilados con un chasquido perfectamente audible. Sus ojos habían cambiado de color y ahora eran negros.

—¿Y Luc? —le preguntó él.

—Peor que yo, pero vivo. Vivo, oh, señor… Mejorará. Los dos mejoraremos. ¿No entiendes acaso lo fuertes, lo llenos de vida que debemos estar para sufrir la continua transformación de la carne? El pueblo siempre olvida tales cosas.

—El pueblo vendrá aquí a buscaros.

—¿Dónde están? —dijo ella.

Él le soltó un brazo y alzó la mano para acariciarle la mejilla en la que no había señal alguna y al ver ese gesto Gabrielle echó la cabeza hacia atrás y le escupió en el rostro.

Asqueado, atónito, Christian se apartó de ella.

Gabrielle rió con una carcajada fugaz que no podía estar más llena de burla y despecho, apartándose también de él para rodear la cabaña. Caminaba lentamente y

cuando las pieles que la cubrían resbalaron una fracción de centímetro Christian pudo ver el ropaje de sangre seca que la cubría.

Temblando y maldiciéndola, Christian entró en la cabaña.

El aire era cálido gracias a la estufa. Luc estaba tendido, totalmente desnudo, de bruces en la cama. Le habían cortado sin mucho cuidado el cabello a la altura de la nuca para que no le irritara aún más las heridas de los hombros. Parecía sumido en un letargo febril y se removía lentamente siguiendo los ritmos de su estupor como si fueran las olas del océano.

Christian permaneció inmóvil, mirándole, sabiendo que no podía hacer nada para ayudarle, esperando a que Gabrielle volviera. Y mientras esperaba, sin darse realmente cuenta de lo que hacía, se limpió el veneno de la piel.

Pero Gabrielle tardaba bastante y con un gesto brusco Luc volvió la cabeza que reposaba en la almohada, dejando al descubierto un solo ojo que, al abrirse, se clavó en Christian.

Christian, no muy seguro de lo que hacía, dio un paso adelante. El ojo se movió siguiendo su avance. Estaba nublado por el sueño pero había en él, al mismo tiempo, una extraña lucidez.

—Dice…, dice que estás enfermo, pero te recobrarás. —Las palabras parecían atascarse en la boca de Christian.

Luc no le respondió. Su rostro era implacable, como el rostro de alguien nunca visto antes por Christian. El ojo se cerró lenta y deliberadamente, con el mismo gesto de quien extingue la luz de bienvenida en una ventana. Luc enterró nuevamente el rostro en la almohada.

Christian fue hacia la estufa y se quedó junto a ella, esperando de nuevo no sabía el qué: la verdad, el castigo o, más sencillamente, la explicación de todo.

Cuando Gabrielle volvió, la tinaja estaba llena. La dejó en el suelo con gestos cansados y fue también hacia la estufa. De modo automático Christian retrocedió y ella pasó junto a él como si fuera invisible para arrodillarse junto a la estufa. Resultaba claro que no podía estar tendida en la cama o que, si lo hacía, debería ser de bruces, como Luc.

—Te lo pregunto de nuevo —acabó diciéndole a Christian, pero sin mirarle—, ¿qué quieres?

—Veros a salvo.

—¿Cómo puedes conseguirlo?

—Gabrielle, no tengo ni la menor idea.

—Entonces, eres un estúpido.

—Al parecer, sí.

—Vete —dijo ella—. Eso es lo que deseas hacer.

—Escúchame… —insistió Christian.

—No —replicó ella—, escúchame tú a mí. —Alzó la mirada y por segunda vez él se enfrentó al desnudo horror de sus ojos—. Estamos a salvo. Sí, lo estamos. Si te marchas aún lo estaremos más. Seremos tolerados, odiados y rehuidos. Pero de ese modo estaremos seguros, igual que antes.

—¿Cómo puedes decir…?

—No tienen nada que temer y ahora lo saben.

Luc murmuró algo, tendido en el lecho. Gabrielle se incorporó de inmediato, se acercó a él y le tocó la cabeza con mucha suavidad. Luego le cogió la mano, sosteniéndola en silencio. Sus uñas rojizas, perfectamente iguales, parecían haber sido manchadas con sangre… ¿la suya, acaso?

—Lo que estás diciendo carece de sentido —dijo Christian. Pese al calor que hacía en la habitación tenía frío y se rodeó el cuerpo con los brazos para calentarse.

—Te lo contaré todo —dijo ella—. Escúchame.

—Muy bien.

—La aldea temía nuestra unidad, la de los tres: el señor con los dos lobos en el bosque. Pero, diciéndolo de modo abierto, se han ocupado de que ahora no exista ninguna unidad entre los tres y, por lo tanto, ningún poder. Te vieron, Christian. Lo vieron cuando acudieron en busca nuestra, se dieron cuenta de que te rendías. Dejaste que nos cogieran. Permitiste que nos azotaran y que nos echaran encima agua hirviendo. Habrías dejado que nos mataran.

Él retrocedió nuevamente, apartándose de ella unos centímetros.

—Estás exagerando las cosas. No tenía mucho dónde elegir.

—¿No?

—Sabes que estaba atado como vosotros, pero sospecho que de modo aún más concienzudo.

—Sí —dijo ella, sin tomarse ya la molestia de mirarle.

—¿Qué debía hacer entonces? —acabó gritando él.

—Oh… —dijo ella—, cualquier cosa excepto lo que hiciste al final: no hiciste nada.

La injusticia de sus acusaciones le llenó de amargura. Todo lo ocurrido desfiló tumultuosamente por su cerebro, luchando por aflorar de sus labios para decírselo a gritos: cómo les había defendido con el fusil (incluso con el primero, el que se había encasquillado); el torrente humano que había invadido la escalera derribándole; las

cuerdas; la silla que había caído enterrándole bajo su peso; su regreso a través del fango con Sarrette…, y sin embargo no dijo nada de todo eso. Sus únicas palabras fueron:

—No sé muy bien lo que según vosotros podía hacer, pero lo hice. Me disculpo por no ser el hechicero que la aldea creyó ver en mí.

Ella le miró de soslayo y esa mirada veloz fue como el golpe de una espada. Esa mirada le hizo comprender por fin el inmenso significado de lo que había dicho y entonces, muy lentamente, fue viéndolo todo. La explicación, anonadadora e increíble, pareció brotar del aire ante él.

Tal y como había supuesto la aldea, de haber logrado formar una misteriosa trinidad con aquellas dos criaturas sobrenaturales, el poder y la magia del brujo habrían afluido a los tres y especialmente a él, cuyo papel tradicional debía ser el del hechicero. Que el poder no hubiera acudido salvo manifestándose en el pequeño espasmo de la granizada le había bastado como prueba a la aldea de que, en realidad, no había ninguna fuerza inimaginablemente mayor y mucho más malévola a la cual temer. Las viejas historias ya no volverían a ser narradas: los cuentos y leyendas de la triada, de los lobos y los hombres que habían aterrorizado a la comarca, desparecerían ahora para siempre. El acto de odio de los aldeanos, aunque finalmente abreviado, había bastado para sentar los cimientos de su seguridad y por lo tanto, de modo complementario, de la seguridad precaria pero aceptable de Gabrielle y Luc. También había probado otra cosa, aquella por la cual ambos le condenaban al desprecio sin ni siquiera proclamarla en voz alta. Aunque había compartido muchas cosas con ellos (sus cambios de humor, sus actividades, su lecho), la verdad era que no había llegado a quererles realmente. No había sido capaz de hacerse uno con ellos o quizá no había estado preparado para ello. También Luc y Gabrielle habían recibido sus pruebas en lo tocante a Christian. Naturalmente, no era con armas de fuego como debía protegerles (el fallo del fusil le parecía ahora un presagio ominoso), ni por cualquier otro medio natural…, no, debía protegerles mediante una colosal fuerza blasfema cimentada, de modo tan sencillo como asombroso, en la necesidad que sintiera de ellos. Pero su necesidad no había pertenecido a un orden tan elevado. Los había usado como una piedra en la que apoyarse para recuperar el aliento y la confianza en sí mismo. Al igual que con la medicina, les había permitido que curaran su dolor pero una vez sanado había mirado más allá. Ya había soñado con la partida antes de que la turba le obligara a marcharse. Ahora se daba cuenta de que dicha partida era una simple formalidad pues la turba sabía ya para entonces que era incapaz de causarles daño. No se trataba de que no hubiera luchado: había luchado de modo equivocado y con armas que no

debía usar.

Christian se tocó el rostro en el lugar del escupitajo. No le culpaba de cobardía o incompetencia: lo que repugnaba a Gabrielle era el que la hubiera usado de tal modo, un modo que ahora había quedado al descubierto, innegable y casi milagrosamente.

—Intenté llevaros al castillo pero os resististeis —le dijo con voz pétrea e inexpresiva—. Volví a buscaros…

—Otro no nos habría dejado —replicó ella. (Al decir otro se refería a otro Christian, otro que hubiera estado unido a ella y Luc en la fusión auténtica e inseparable de la trinidad)—. Otro nos habría llevado, si pudiera hacerlo, pese a que en nuestro dolor le hubiéramos atacado a mordiscos. O se habría tendido junto a nosotros. Sí, se habría quedado tendido allí, entre la sangre, bajo la lluvia y la oscuridad. Se habría quedado tendido junto a nosotros hasta morir, si hubiera sido necesario. Oh, no esperaba tanto de ti. No quedé decepcionada.

Se apartó de ellos, rechazado por aquella inexpugnable escultura piadosa, y se dio cuenta vagamente de que le alegraba huir de aquella unidad que habrían podido compartir los tres, de aquel estado que era aún peor que la vanidad o el narcisismo.

Había logrado evitar la culpabilidad de sus muertes y el atractivo señuelo del poder mágico…, si tal poder era realmente posible. (Oh, sí, ella creería en él y consideraría su fracaso personal como falta de fe pero… ¿debía también Christian creer todo eso?). En esta era moderna de trenes, coches y luces de gas, ¿cómo podían llegar a concebir que una diosa loba fuera capaz de imponer nuevamente su influencia? Quizás había rechazado el uso de tal poder, sin saberlo y sin decisión voluntaria por su parte. O quizá Gabrielle y Luc estaban en un error. Quizá la brujería, como todo lo viejo, estaba agonizando.

Ahora ya casi había sanado de toda esta enfermedad. Se detuvo un instante en el umbral y les dijo:

—Pese a lo que habéis dicho y a vuestros actos, os deseo lo mejor.

—Te dije que te fueras —contestó ella—. Vete.

—Os haré inmortales —replicó él sarcásticamente, como si la amenazara con esas palabras y su significado—. Cuando escriba música…, algo que tengo la intención de hacer, Gabrielle, algo que acabaré haciendo…, entonces estaréis en cada una de sus notas.

—Música que yo nunca oiré.

—Quizás en la ciudad —dijo él—, después de que hayan tocado a Rachmaninov, en algún luminoso anochecer veraniego.

—Tú… —dijo ella quedamente—. Tú eres el lobo. Te alimentas de todos nosotros

para conseguir lo que quieres o lo que piensas necesitar. Lo haces para mantenerte con vida, ya que tu vida es la única a la cual respetas. Vete, Christian. Vete y escribe tu música muy lejos de aquí, no importa dónde.

Avanzó por el sendero dejando atrás el barranco, la cabaña y las piedras, moviéndose con torpe lentitud. Ahora debería recorrer de nuevo el largo trayecto hasta la estación. Quizá perdiera el tren, quizá debiera quedarse aquí otra semana… Pero ahora ya nadie le atacaría y, muy probablemente, se podría confiar en Peton para que le consiguiera comida y refugio.

Christian tosió. Pensó en la ciudad y en aquellos destinados a cuidarle, a preocuparse por él, y tosió de nuevo. Su corazón estaba ya en la ciudad, como si en realidad nunca hubiera salido de ella. Hebras de melodía se infiltraban lentamente en su cabeza, flotando unas sobre otras…, su canción sobre el bosque, esa balada tan simple, transformada y elaborada con cuidado, cubierta de adornos…, variaciones sobre un tema. Las ramas y las púas de los árboles, la blanca hinchazón de la nieve que parecía carne golpeada, los riachuelos del viento y el sol glauco…, todo se convertía en música.

Apretó el paso y saltó sobre el Lisinte de huesos. Ni llegó a verlo.